RACHEL McLEAN

SERIE INSPECTORA LESLEY CLARKE

LOS CRÍMENES DEL CASTILLO



Copyright © 2021, 2024 por Rachel McLean

Copyright © 2025, para esta edición Ediciones Pluma Negra

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Ackroyd Publishing.

LOS CRÍMENES DEL CASTILLO

INSPECTORA LESLEY CLARKE
LIBRO 1

RACHEL MCLEAN

Traducido por
M. L. CHACON

EDICIONES PLUMA NEGRA

LOS CRÍMENES DEL CASTILLO

Rachel McLean escribe thrillers que aceleran tu pulso y hacen trabajar tu mente. Tras convertirse en un fenómeno de la autopublicación, ha vendido millones de copias en formato digital, con un éxito masivo en el Reino Unido y un alcance internacional en crecimiento. Es autora de la serie *Inspectora Lesley Clarke* y de las series derivadas *McBride & Tanner* y *Crímenes en Cumbria*. En 2021 ganó el prestigioso premio Amazon Kindle Storyteller con *Los crímenes del castillo*, y sus libros regularmente alcanzan el puesto número 1 en la lista de ebooks más vendidos de Bookstat al momento de su lanzamiento.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77

Libro GRATIS
Otras Obras de Rachel McLean
Agradecimientos

CAPÍTULO UNO

LAYLA SE DETUVO a mitad de la escalera. Un escalofrío de alarma le recorrió la espalda.

Había alguien en su habitación.

Oía cómo sacaban los cajones, cómo abrían las puertas. Escuchó pasos; por mucho que el intruso intentara ser sigiloso, aquella era una casa vieja y chirriante.

¿Habría vuelto Archie?

No. Archie no iba a regresar hasta el lunes. Tenía una reunión en Londres, algo que ver con la obtención de fondos adicionales para la excavación. Ahora que habían descubierto restos de un asentamiento del siglo XII, estaban esperanzados.

Contuvo la respiración y subió un escalón con extremo cuidado. Desde el último peldaño, vio la habitación que compartía con Archie.

Sería Crystal. A la mujer le gustaba meter las narices en los asuntos de los demás. Parecía pensar que ser la líder de la excavación le daba ese derecho. Pero los dormitorios tenían cerraduras, se suponía que eran privados.

Se había vuelto complaciente. Tendría que acordarse de cerrar la puerta con pestillo todas las mañanas.

El intruso apareció a la vista, de espaldas a Layla. Ella cerró la mandíbula con fuerza.

Patrick.

¿Qué hacía ese viejo pervertido en su habitación? ¿Por qué estaba fisgoneando en sus cosas y en las de Archie?

Patrick le daba escalofríos. Desde que lo intentó con ella al día siguiente de su llegada, se había mantenido alejada de él. No quería líos, de ningún tipo.

Bajó las escaleras con sigilo y abrió la puerta principal. Luego la cerró de golpe. Se puso a tararear lo más alto que pudo, a pesar de la inquietud que sentía, y subió las escaleras de nuevo.

Al llegar arriba, Patrick estaba de pie en el rellano. La miraba fijamente, con las manos en las caderas.

—Deberías ordenar tu habitación. —Señaló a través de la puerta abierta—. Mírala, está hecha un puto desastre.

Lo miró a los ojos y se le revolvió el estómago. Patrick le doblaba la edad y era el más experimentado del grupo. La ponía nerviosa.

—¿Has entrado en mi habitación?

Patrick se apartó una cana grasienta de los ojos antes de contestar.

—¿Por quién me tomas? Quizás deberías cerrar la puerta la próxima vez.

—Más bien dirás, echar el pestillo.

Lo esquivó al pasar y cerró la puerta de la habitación que compartía con Archie. Patrick la observó desde la entrada de su propia habitación. Detrás de él, todo estaba ordenado. Tan inmaculado que era difícil creer que alguien viviera allí.

—Así está mejor —gruñó Patrick.

Ella lo miró fijamente antes de decir: —Voy a volver a salir.

—¿Otra vez?

—Es un país libre.

Layla bajó las escaleras con el estómago revuelto. Había estado deseando pasar unas horas tranquilas leyendo su libro, tal vez en su cama, tal vez en la pequeña sala de estar de abajo. Pero no quería estar sola en la casa con Patrick. Archie estaba fuera por su reunión y no había rastro de Crystal.

—Hasta luego —gritó Patrick desde lo alto de las escaleras.

Layla se estremeció al cerrar la puerta tras de sí. Daba directamente a una estrecha franja de acera junto a una carretera igual de estrecha por la que los coches tenían dificultades para

circular. Castillo de Corfe era un pequeño pueblo que no estaba diseñado para la vida moderna.

Al menos lucía el sol. Decidió que se acercaría a la excavación y luego se iría a tomar una pinta al Greyhound. Tenía unos bancos en la parte de delante, que ocupaban la ya de por sí estrecha acera, y le gustaba ver pasar a la gente.

Se apresuró por West Street, mirando de vez en cuando detrás de ella para comprobar que Patrick no la había seguido. «No te pongas paranoica». Ni siquiera él era tan asqueroso.

Dobló la esquina junto a la entrada del aparcamiento y tomó el sendero que cruzaba varios campos hasta llegar a la excavación. Era domingo; reinaba la quietud sin el bullicio habitual de herramientas y voces.

Podía oír el trino de los pájaros entre los árboles y los coches que pasaban más allá.

Hasta el momento, habían excavado tres trincheras: una en el centro del yacimiento, donde suponían que había estado el patio de armas del castillo de asedio del rey Esteban; otra cerca del pueblo, donde los métodos de geofísica sugerían que podría haber estado la muralla exterior; y una zanja de prueba más pequeña, cerca del montículo donde se encontraba ahora Layla. Las dos primeras zanjas estaban cubiertas por carpas para protegerlas de las inclemencias del tiempo. Aunque fuera junio, en el sur de Inglaterra la lluvia siempre estaba garantizada.

Apartó las solapas de la carpa más cercana a ella, la que cubría la muralla. Había trabajado allí el día anterior y encontrado unas monedas desgastadas e incrustadas de barro, que con suerte serían del siglo XII.

Deambuló sobre los montículos que cubrían las presuntas fortificaciones y se dirigió a la otra carpa. Dos cuervos alzaron el vuelo cuando se acercaba, molestos por sus pasos. A poca distancia, un grupo de palomas torcaces picoteaba el suelo.

Agarró la solapa de la carpa. Este era el lugar donde esperaban encontrar los restos de una edificación medieval. Crystal y Patrick trabajaban allí casi a diario, junto con un equipo rotativo de estudiantes de la Universidad de Bournemouth.

Sobresaltada por un pájaro que salió volando de la carpa, Layla apartó la mirada. Lo espantó con la mano cuando rozó su hombro, pero el ave ya había desaparecido.

¿Qué habría encontrado? Al final de cada jornada, se cuidaban mucho de retirar los hallazgos de la excavación, catalogarlos y transportarlos de vuelta a la casa del pueblo. Allí los almacenaban en el cobertizo del jardín hasta que pudieran trasladarlos a la universidad. Desde el primer día se les había advertido del riesgo de posibles daños, tanto por animales como por seres humanos.

Dentro de la carpa hacía un calor húmedo. Un olor espeso hizo que Layla arrugara la nariz. Alguien había dejado una lona en medio del suelo, y las moscas zumbaban a su alrededor.

Layla se agachó, desconcertada. Agarró el borde de la lona. ¿Habría entrado alguien y la habría dejado allí?

Levantó la lona. Una nube de moscas se alzó hacia ella. Soltó la tela, agitó las manos y escupió las moscas que intentaban colarse en su boca.

Había algo debajo. Se le revolvió el estómago. Aquello no podía ser bueno. Crystal nunca se olvidaba de nada, pero ¿qué era ese olor?

Layla se tapó la nariz con una mano y agarró la lona con la otra. La levantó, deseando no haber venido hasta aquí.

Se quedó con la boca abierta. Ignoró a las moscas; tenía el cuerpo entumecido. Dejó caer la lona.

No. Se estaba imaginando cosas.

Con cautela y resistiendo el impulso de cerrar los ojos, levantó de nuevo la tela.

Y gritó.

CAPÍTULO DOS

LA INSPECTORA LESLEY CLARKE estaba sentada a la mesa de hierro forjado, saboreando el té y el bollo que tenía delante. Miró a través del idílico jardín hacia uno de los paisajes más emblemáticos de Inglaterra.

Respiró hondo, se obligó a incorporarse y se preguntó qué demonios había hecho para merecer esto.

Cogió el cuchillo. Ya que estaba aquí lo mejor sería aprovechar el momento.

¿Debería untar primero la mermelada o la nata? Tenía la sensación de que la pareja de ancianos que no dejaba de mirarla desde la mesa de al lado se quejaría si se equivocaba.

—Estamos en Dorset, mamá. Aquí se pone la mermelada primero.

Lesley se volvió y vio a su hija Sharon de pie junto a ella. Había ido al baño o, como insistían en llamarlo en aquel salón de té, los aseos, y a discutir con la vieja bruja que regentaba el local.

—Te dije que no te molestaras —dijo Lesley. Levantó una mano para protegerse los ojos del sol de junio—. Nunca se gana con mujeres así.

—No es propio de ti, mamá. —Sharon se sentó y examinó su plato de sándwiches—. ¿Qué dirían tus jefes de la policía de las Midlands si supieran que has perdido una discusión con la mujer que regenta un salón de té en una zona rural de Dorset?

—Ella no ha ganado ninguna discusión. —Lesley dejó el cuchillo y cogió la primera mitad del bollo, cargado de mermelada y nata. Hizo una mueca de disgusto—. Probablemente me ha hecho un favor.

Sharon se rio con la boca llena de un bocado de pan integral.

—Tan solo querías una cerveza, mamá. No es que sea un crimen.

Lesley se tragó el primer bocado y se inclinó hacia ella.

—Ah, te equivocas, cielo. Pedir una pinta de cerveza bien fría a la hora de la merienda en un día caluroso en un salón de té del National Trust es claramente un crimen de la más atroz naturaleza. Debería entregarme a las autoridades.

—No es un crimen siempre y cuando la acompañes con comida que requiera cuchillo y tenedor —replicó Sharon.

Lesley sacudió las migas de sus pantalones. Sharon se los había regalado. Prácticos, repelentes a la lluvia. Diseñados para dar largos paseos por el campo. Lesley los había odiado de inmediato.

—¿Sigue con esas? —le preguntó a su hija.

—Firme como una roca.

—Te dije que te haría caso omiso, cielo. Ni siquiera tienes edad para pedir cerveza.

—Puede, pero tengo la suficiente como para defender a mi desvalida madre.

—¡Oye! —Lesley se inclinó sobre la mesa y amagó con el cuchillo hacia Sharon—. No te pases.

La pareja de ancianos de la mesa de al lado murmuraron entre sí. Lesley se volvió hacia ellos con una amplia sonrisa sarcástica. Bajaron la cabeza y desviaron la mirada.

—Para, mamá.

Lesley untó mermelada en la segunda mitad del bollo. Junto a su plato había una tetera. Puaj, té. En los últimos meses había bebido suficiente té como para llenar el puerto de Boston. Si encontraba la manera de comerse el bollo con cuchillo y tenedor, ¿la dejarían tomarse una pinta?

—¿Que pare el qué? —Se metió otro trozo de bollo en la boca y miró a Sharon con los ojos muy abiertos.

—Deja de ofender a los lugareños. ¿Y si son víctimas de un crimen que tienes que investigar?

—No son de aquí.

—¿Por qué no? —Sharon miró a la pareja. Habían cambiado de sitio sus sillas de hierro forjado de modo que ahora les daban la espalda a su madre y a ella.

—Guía turística. Chubasqueros turquesa horripilantes a juego para él y para ella. Esa mirada atontada de «ooh, qué bonito es todo».

—¡Calla!

Lesley se rio.

—Sé que no te gusta que sea grosera. Tu padre lo odia.

—Tal vez eso debería decirte algo.

—Quizá debería. —Lesley se echó hacia atrás, se inclinó para contemplar la vista de las ruinas del castillo de Corfe y se volvió de nuevo—. Pero cuando llegas a mi edad, cielo, es casi imposible cambiar tus malditas costumbres.

—No eres tan mayor.

—Cuarenta y seis años es edad suficiente. Algún día lo entenderás.

La pareja de ancianos se levantó de la mesa. La mujer miró a Lesley con desdén mientras se alejaban. Lesley los vio marcharse, sacudiendo la cabeza.

—Todo eso porque he usado la palabra «malditas».

—Creo que no ha sido solo por eso. —Sharon empezó a colocar los platos y tazas en la bandeja, para hacérselo más fácil al chico que estaba recogiendo. No parecía lo suficientemente mayor como para tener un empleo legal.

—No tienes que hacer eso —le dijo Lesley.

—Es la costumbre.

—Siempre has sido una chica muy considerada.

Sharon la miró. Lesley sabía que ambas pensaban lo mismo: alguien de la familia tenía que serlo. Con la infame brusquedad de Lesley y el hábito de Terry de estar tan distraído que no se daba cuenta de cuándo alguien podía necesitar su ayuda, quizá Sharon había pasado su infancia compensando el comportamiento de sus padres.

Lesley se levantó.

—Vamos, entonces. Tienes que hacer las maletas. El tren a Birmingham sale en poco más de una hora.

El rostro de Sharon se ensombreció.

—Te voy a echar de menos, mamá.

Lesley le dedicó una sonrisa que ocultaba la emoción que en realidad sentía.

—Estaré en casa de visita el próximo fin de semana. Y tú vas a estar muy ocupada con las clases, ni siquiera notarás que me he ido.

—Aun así. Ojalá no te hubieran enviado aquí.

Lesley puso una mano en el brazo de su hija.

—Son solo seis meses. El tiempo suficiente para que le cojas la medida a tu nuevo instituto en septiembre. Volveré todas las veces que pueda, y papá y tú podéis venir aquí de vacaciones.

—Dice que está muy ocupado con el trabajo.

¿Qué podía tener Terry que le mantuviera tan ocupado? Era profesor de Antropología en la Universidad de Birmingham. No era precisamente una profesión de alta presión.

—Cambiará de opinión cuando vea la casa que han alquilado para mí.

—Es enana. —Se rio Sharon.

Lesley la guio hacia la puerta que conducía desde el jardín del salón de té al camino que llevaba al castillo.

—Pintoresca, creo que la llaman por estos lares. Acogedora. —Sonrió y abrió la puerta.

Sharon negó con la cabeza. Tenía dieciséis años, edad suficiente para irse de casa si así lo quisiera. Y la esperaba un futuro brillante en un instituto especializado en arte en Birmingham.

—¿Qué ha sido eso? —Lesley se volvió hacia el jardín.

—¿Qué ha sido el qué? —preguntó Sharon.

Lesley corrió entre las mesas hasta una valla que daba a los campos situados bajo el castillo. Se agarró a la madera.

—He oído...

Desde algún lugar, sonó un grito.

—Ahora sí que lo he oído —confirmó Sharon.

Lesley se volvió hacia su hija. Sabía que le brillaban los ojos.

—Alguien está en apuros.

—Ni siquiera has empezado tu nuevo trabajo todavía. Deja que se encargue la policía local...

Lesley agarró a Sharon por los hombros.

—No lo hago solo porque sea mi trabajo. Además, la policía local igual está a kilómetros de distancia. O merendando un té con bollo en algún sitio.

Sharon arqueó una ceja. Lesley echó un vistazo a los campos bajo el castillo. Podía ver lo que parecía un montículo de tierra con dos carpas sobre él. Le recordaban a las tiendas que usaba la policía científica en las escenas del crimen.

Una joven salió corriendo de una de las carpas. Lesley la señaló.

—Es ella. —Agarró la mano de Sharon—. Vamos, tendrás que tomar el siguiente tren.

CAPÍTULO TRES

LAYLA SE DETUVO en medio de los Anillos y miró frenéticamente a su alrededor. Su grito había espantado a los pájaros. Se alejaron con un gran estrépito, lo que provocó que gritara por segunda vez.

Repasó en su cabeza lo que había visto. La carpa principal cubría una amplia trinchera, en medio de la cual había una depresión. Layla no la había visto, se había quedado en la trinchera más pequeña, detrás de la cual estaba ahora. Pero Crystal había descrito que contenía restos humanos: fragmentos de hueso, de siglos de antigüedad, quizá incluso de un milenio; dientes sorprendentemente bien conservados gracias a las condiciones del suelo y secciones de un collar de oro con huecos donde antes habrían estado incrustadas piedras preciosas.

Pero eso no era lo que Layla había visto. Se llevó las manos a la cara y soltó un largo gemido. Se estremeció y le temblaron las piernas.

Se hundió en el suelo. Estaba hiperventilando. ¿Dónde estaba su inhalador? Apenas lo había usado desde que llegó a Dorset; el aire fresco le había sentado bien. Estaría en algún lugar de su dormitorio.

El dormitorio de Archie y ella. El dormitorio en el que Patrick había estado husmeando.

Oyó voces y levantó la vista. Dos mujeres salieron de entre los árboles que separaban el yacimiento del pueblo. La más alta tenía unos cuarenta años, el pelo corto y rubio. Llevaba una chaqueta vaquera desteñida sobre unos pantalones de senderismo. La otra era

joven, más joven que Layla incluso. Tenía una larga melena oscura que se agitaba con la brisa y calzaba unas botas de ante, inadecuadas para la áspera hierba. A pesar de todo lo que estaba pasando, Layla no pudo evitar pensar que a la chica se le iban a estropear las botas.

Ambas mujeres se acercaron a Layla. La mayor se adelantó. Se metió la mano en la chaqueta, soltó una exclamación y sacudió la cabeza. Jadeaba.

—¿Has sido tú quien ha gritado? —preguntó la mujer.

Layla asintió. Tenía la boca seca y la cabeza le daba vueltas. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Tras un momento preguntándose por qué no podía hablar, señaló la carpa.

La mujer sacudió el brazo de su compañera.

—Quédate aquí. Asegúrate de que está bien. —Miró a Layla—. Si se desmaya, avísame.

Layla sintió que su cuerpo se encogía. Se sentía hueca, como si fuera a salir flotando. Quería detener a la mujer, impedir que entrara allí. Si nadie más lo veía...

—Me llamo Lesley Clarke —dijo la mujer—. Soy inspectora de la policía de Dorset. ¿Hay algo dentro de la carpa?

Layla asintió. Quería tumbarse, dejarse abrazar por la tierra. Ahora que los pájaros se habían ido, el aire estaba en calma.

—No te preocupes —continuó la inspectora—. Estás en estado de *shock*. Voy a echar un vistazo.

—No —suplicó Layla con voz entrecortada.

—¿Qué has visto?

Layla negó con la cabeza. No encontraba las palabras.

La mujer intercambió una mirada con su joven compañera y se dirigió a la carpa. Layla se tragó el sabor acre que tenía en la boca.

La mujer más joven se sentó frente a Layla.

—¿Cómo te llamas?

—Layla —susurró.

La joven, que no era mucho más que una niña, le dedicó una fina sonrisa.

—¿Tú también eres policía? —preguntó Layla en un susurro.

—Dios, no. —La chica señaló hacia la carpa—. Esa es mi madre.

La otra mujer levantaba la lona para entrar. Layla gimió.

—¿Necesitas que llame a una ambulancia? —preguntó la chica.

Layla negó con la cabeza. Frunció el ceño.

—Para mí no.

Pero ya era demasiado tarde. Lo había sabido en cuanto lo vio.

Layla y la hija de la inspectora miraron hacia la carpa. Un grupo de pájaros había reaparecido, reunido en torno a la entrada.

—Ay, joder —llegó una voz apagada desde el interior.

—Así es mi madre —dijo la chica con expresión de disculpa—. Te acabas acostumbrando.

Layla se quedó mirando la carpa. Esperó a que saliera la inspectora.

—Han llegado los patrulleros. —La chica se levantó. En efecto, dos agentes uniformados se acercaban desde los árboles que tenían detrás. Debían de haber aparcado en la carretera por Kingston. Un hombre y una mujer. La agente se había quitado el sombrero y lo llevaba encajado bajo el brazo.

Llegaron mientras la inspectora salía de la carpa. Se dirigió hacia ellos. Su expresión había pasado de la preocupación y la curiosidad a la eficacia profesional.

—Inspectora Clarke —dijo—, del MCIT, el equipo de investigación de delitos graves.

—Señora —respondió la agente—. Lo siento, no la reconocí.

—No esperaba que lo hicieras.

El agente, por su parte, la miraba con el ceño fruncido.

—¿Puedo ver su identificación, por favor?

La mano de la mujer se dirigió de nuevo hacia su chaqueta, pero se detuvo antes de llegar al interior.

—Empiezo mañana. Aún no me han dado la tarjeta de autorización.

—Lo siento, señora —dijo el agente—, pero tendrá que apartarse. Esto es un asunto policial.

—Simon —susurró su colega—, ¿por qué iba a estar mintiendo?

La inspectora se volvió hacia Layla y le preguntó:

—¿Entraste en la carpa?

—Sí.

—¿Lo viste?

—Sí. —La voz de Layla no era más que un susurro.

El agente se aclaró la garganta.

—¿Qué hay ahí?

—Sugiero que vayas y lo veas tú mismo —dijo la mujer que se había presentado como inspectora.

—Lo haré. —Se marchó. La agente se mordió el labio.

La rubia inspectora se agachó para poner su cara a la altura de la de Layla.

—¿Cómo te sientes?

Layla se encogió de hombros.

—Necesitaremos tomarte declaración. Todavía no, te daremos algo de tiempo para que te recompongas.

Layla le dio su nombre y dirección a la agente, quien sacó un cuaderno y los anotó. Se dio cuenta de que la mujer mayor tenía acento de Birmingham. Quizá había mentido al decir que trabajaba en Dorset.

—¿Sabes quién es? —preguntó la inspectora—. ¿Lo has reconocido?

Layla cerró los ojos. Pensó en su cuerpo, retorcido en la zanja. Su chaqueta de cuero, la que nunca llevaba aquí en el trabajo, manchada de sangre. El corte en la nuca. Sus ojos; uno oscurecido por la sangre y el otro mirándola fijamente.

Dios, los ojos.

Se balanceaba, el mundo cambiaba. Sintió unas manos en la espalda que la estabilizaban. Era la joven, la hija de la inspectora.

—Sí —murmuró.

—Sí, ¿lo reconoces? —preguntó la agente.

—Es Archie. —Layla cayó hacia atrás, la hija soportando su peso.

—¿Archie qué? —preguntó la inspectora.

—Archie Weatherton. Mi novio.

CAPÍTULO CUATRO

LESLEY MIRÓ a la joven a los ojos. Estaba apoyada en Sharon, le temblaban los labios y parecía tener un tic en el ojo derecho.

—¿Era tu novio?

La mujer, Layla había dicho que se llamaba, respiraba de forma entrecortada. Asintió con la cabeza.

—Está en *shock*, mamá —dijo Sharon—. Deberíamos llamar a una ambulancia.

Lesley miró a la agente. —¿Dónde está el hospital más cercano?

—Dorchester es el que tiene las urgencias más cercanas.

—Eso está lejísimos. —Lesley estaba acostumbrada a tener varios hospitales a tiro de piedra.

—No tienen que venir desde allí, jefa. Tienen bases móviles. La más cercana está en la zona de estacionamiento, justo al lado de la estación de Norden.

Lesley no tenía ni idea de dónde estaba la estación de Norden, pero asintió con la cabeza y la agente se apartó para llamar por radio. Su colega había salido de la carpa y se dirigía a ellas con el rostro pálido.

Lesley se levantó y se sacudió los horribles pantalones.

—¿Cómo te llamas?

—Agente Mullins, señora. Esta es la agente Abbott. A partir de ahora, nos encargaremos nosotros, si no le importa. —El agente le echó una mirada a Lesley de «te digo que sí como a los locos».

Lesley apretó los dientes. Este imbécil iba a lamentar haberla tratado como a una chalada.

—Te sugiero que llames a la comisaría, agente Mullins, para que me identifiquen. Soy la inspectora Clarke, antiguamente de la policía de las Midlands. A partir de mañana, formaré parte de la plantilla de la policía de Dorset.

—Lo siento, señora, pero, a falta de identificación...

—¡La madre que te parió! Te acabo de explicar que no estoy en activo hasta mañana. —Resistió el impulso de golpearle en la cabeza.

Su colega, la agente Abbott, guardó la radio.

—La ambulancia estará aquí en dos minutos, señora. Estaban en Norden, como esperaba.

—¿Dónde está Norden?

—Es la estación a las afueras de Corfe —dijo Sharon—. Es la parada principal para el tren de vapor.

—Ah, ya sé cuál dices, el de Harry Potter —confirmó Lesley.

—En realidad, no —interrumpió el agente Mullins—. La ruta en la que está pensando es la que sale de Fort William, no el ferrocarril de Swanage.

—Pero lo filmaron aquí —replicó Sharon—. Usaron la estación de Corfe para una escena de *Animales fantásticos*.

—Yo eso no lo sé —dijo Mullins—. Pero se llama Castillo de Corfe.

—Ya lo sé —respondió Sharon.

—No lo sabes —replicó Mullins—. Los forasteros siempre os equivocáis. El pueblo se llama Castillo de Corfe, no Corfe a solas.

Lesley puso los ojos en blanco. ¿Dónde estaba la maldita ambulancia? Sharon cambió de postura. Layla, apoyada contra ella, murmuraba sin sentido.

—Mamá, estoy preocupada por ella.

La joven se había puesto muy pálida. Lesley se agachó junto a ella y le puso un dedo en el cuello.

—Tiene el pulso estable. Los paramédicos le darán una manta térmica, estará bien para declarar mañana.

Se levantó.

—Agente Abbott, establezcamos un cordón. Tenemos que proteger la escena del crimen. Puedes empezar por los árboles de allí; tendrás que improvisar en el otro lado.

—Sí, señora. —La agente Abbott se dirigió hacia los árboles.

Sonó una sirena y una ambulancia se detuvo más allá de los árboles, detrás del coche patrulla. Dos fornidos paramédicos se abrieron paso entre los arbustos. Uno de ellos se arrodilló frente a Layla.

—Hola, joven. Soy Duncan. ¿Me oyes?

—Ha descubierto un cadáver —explicó Lesley—. Nos ha dicho que es su novio.

El segundo paramédico levantó una mano para protegerse los ojos mientras miraba hacia la carpa. La agente Abbott estaba tendiendo cinta desde los árboles más allá de la carpa. Había dejado un amplio margen; sabía lo que hacía.

—¿Un cadáver, seguro? —preguntó el paramédico.

—Soy inspectora de la policía —respondió Lesley—. Reconozco un cadáver cuando lo veo.

—La científica llegó rápido.

—La carpa ya estaba ahí. —Lesley miró a Layla, a la que el primer paramédico estaba ayudando a sentarse recta.

—Es por la excavación arqueológica —explicó Mullins—. Las carpas llevan allí varias semanas.

—¡Ah! Ya sé de lo que hablas —dijo el paramédico—. Son un grupo de *hippies* de la Universidad de Bournemouth. Se han montado una comuna en el pueblo, según he oído.

Lesley lo fulminó con la mirada.

—Uno de esos *hippies* está muerto. Y otra tiene la mala suerte de necesitar tus cuidados.

Se encogió de hombros.

—No me molesta. Tratamos a cualquiera.

«Sí, pero no con respeto», pensó Lesley.

—Tendré que echar un vistazo —dijo el paramédico.

—¿A qué?

Señaló con la cabeza hacia la carpa.

—Con el debido respeto, señora, pero me gustaría estar seguro de que tenemos un cadáver entre manos y no un paciente vivo.

Lesley pensó en recordarle su rango y hablarle de sus décadas de experiencia policial. Pensó en describirle el estado del cadáver. Pero sería más rápido enseñárselo. No creía que hubiera visto muchos cadáveres mutilados trabajando en esta zona tan rural. Quizá así se callara.

Hizo un exagerado gesto hacia la carpa, como diciendo: adelante.

—Te acompaño —dijo el agente Mullins.

—No —interrumpió Lesley—. Ya va tu colega.

La agente Abbott estaba detrás de la carpa, colocando piedras para sujetar la cinta. Lesley y el paramédico se acercaron mientras el agente Mullins y Sharon se quedaban atrás, mirándose de reojo.

—Aquí estamos. —Lesley extendió un brazo para detener al paramédico. Estaban a unos pasos de la carpa y ya habían hecho suficiente estropicio.

—Esta es la escena de un crimen —le explicó Lesley—. No sé cuántas habrás vis…

—Muchas, señora.

—Entonces entenderás mis prioridades: asegurar, proteger, preservar. Habrá pruebas dentro de esa carpa, y no quiero que se vayan pegadas a tus botas.

—Necesito acceso al paciente.

—No hay paciente alguno. Más bien un cadáver. Y podrás ver todo lo que necesites desde la entrada.

—En ese caso, muéstreme dónde debo ponerme.

—Buena idea.

Lesley observó la hierba a la entrada de la carpa. El tiempo había sido seco y soleado desde que Sharon y ella habían llegado a Dorset el jueves. No había barro que pisar, pero tampoco barro en el que el asesino hubiera dejado huellas. Se preguntó cuándo habría sido la última vez que el equipo arqueológico trabajó dentro.

—A ver —comenzó—. Si nos posicionamos a la derecha de la entrada de la carpa, será menos probable que alteremos la ruta de

entrada y salida del asesino. El cuerpo está a la izquierda, así que tendrás una buena vista.

—Preferiría que nos diéramos prisa —dijo el paramédico—. Si necesita tratamiento...

—No lo necesita —respondió Lesley. Sospechaba que él al fin le creía; de lo contrario, ya habría entrado sin ningún cuidado—. Vamos, entonces. Agente Abbott, quédate atrás. Pon otro cordón en la carretera y mantén alejados a los curiosos.

—Sí, señora. —La agente Abbott se volvió hacia los árboles. Lesley se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que todo esto se notara. A juzgar por lo que había visto en el castillo, el National Trust no tardaría en venir y ponerse a vender entradas.

Una vez llegó a la carpa, apartó la tela. El paramédico se inclinó a su alrededor y observó la escena.

—¿Y bien? —inquirió ella.

—No necesita tratamiento.

—No, en efecto.

El hombre que había dentro estaba gravemente mutilado. Tenía la ropa manchada de sangre y la cabeza hundida. Había perdido un ojo o lo tenía cubierto de sangre, y el otro los miraba sin vida.

Lesley dejó caer la tela. Layla ya estaba de pie, apoyada en el primer paramédico que la guiaba hacia la ambulancia. Sharon estaba sentada en la hierba y el agente Mullins de pie a su lado. Cuando Layla y el paramédico alcanzaron los árboles, se cruzaron con un hombre vestido con una chaqueta de *tweed* marrón. El hombre gruñó al paramédico y se adentró entre la vegetación, extendiendo los brazos para evitar arañazos.

Lesley se volvió hacia su hija.

—¿Estás bien?

—Habremos perdido mi tren.

—No es el último.

—Mi billete solo vale para ese tren.

—Bueno, pues te compro otro billete, por Dios.

—Mañana tengo clase. Quiero volver a casa.

Volver a casa… Lesley se arrodilló junto a su hija, sin importarle si se manchaba los pantalones.

—Lo siento, cielo. No era mi intención que te vieras atrapada en todo esto.

—Lo sé, pero Layla ahora está bien. Se la han llevado en la ambulancia. Ya podremos irnos, ¿no?

Lesley suspiró. El agente Mullins y la agente Abbott hablaban con el hombre de la chaqueta de *tweed*. ¿Sería el patólogo?

Necesitaba preservar la escena. Debía registrar quién entraba y salía. No le importaba si este no era su trabajo todavía, tenía que hacerlo bien.

—Lo siento, Sharon. —Puso una mano en la muñeca de la chica —. Me temo que todavía no podemos irnos.

CAPÍTULO CINCO

LESLEY CORRIÓ hacia los agentes y el hombre de la chaqueta de *tweed*, que llevaba unas pesadas gafas que se ajustó a la nariz al acercarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre a Mullins—. ¿La ambulancia?

—La ambulancia tiene un testigo dentro, sargento. Encontró un cadáver. —Mullins señaló la carpa.

—¿Los forenses ya han montado la carpa? —El sargento comprobó su reloj—. Qué rapidez.

—Es una excavación arqueológica, sargento —dijo Abbott—, por lo de la investigación del rey Esteban en el yacimiento de los Anillos.

El sargento miró de Abbott a Mullins.

—Muéstramelo. —Se dirigió hacia la carpa y Mullins lo siguió.

—Esto… ¿Puedo? —intervino Lesley.

El sargento miró por encima del hombro.

—Señora, enseguida estamos con usted y le tomamos declaración. —Hizo un gesto con la mano en dirección a Abbott—. Encárgate tú, ¿vale?

Lesley plantó los pies en la hierba y se cruzó de brazos. Deseó no llevar puestos esos malditos pantalones.

—¿Cómo se llama, sargento?

—Sargento Frampton. No me necesita, la agente Abbott puede tomarle declaración. —Se volvió hacia la carpa y se detuvo en el cordón.

—Mamá, dejémoslos solos —dijo Sharon. Sacó el móvil del bolsillo. Lo desbloqueó y frunció el ceño, no había cobertura.

—Un momento, cielo. —Lesley había sido la primera agente en llegar al lugar. Como nueva inspectora del MCIT, a solo quince kilómetros de allí, probablemente sería la sénior de la investigación, o SIO por sus siglas en inglés.

Alcanzó al sargento Frampton.

—¿Eres del CID, el departamento de investigación de crímenes? Es domingo, supongo que no estás de servicio. —Lesley lo miró de arriba abajo: bajo, delgado en la parte superior, con una expresión crispada y las mejillas curtidas—. Pareces del CID.

—Sí, señora. Soy del CID.

—En ese caso, permíteme presentarme. —Extendió la mano—. Soy la inspectora Lesley Clarke. Empiezo en el equipo de investigación de delitos graves mañana por la mañana. Se podría decir que me he adelantado un poco.

Su mandíbula se suavizó.

—Señora.

—No hace falta que me llames así, todavía.

Se puso rígido.

—Soy un sargento en esa unidad. Creo... creo que trabajaremos juntos.

—Bueno. —Lesley entornó los ojos—. Entonces, será mejor que empecemos. En primer lugar, he visto el cuerpo. Hombre blanco, pelirrojo, estatura y complexión medias. La joven que se fue en la ambulancia, Layla Ford, lo identificó como Archie Weatherton, su novio. A mí me parece un poco mayor para ella, pero bueno, hay de todo en esta vida.

—¿No la detuvo? —preguntó el sargento y añadió—: Señora.

—Estaba en estado de *shock*, sargento Frampton. No está en condiciones de hacer una declaración, y mucho menos una precisa. Podemos enviar a la agente Abbott a hablar con ella por la mañana; parece que se ha creado cierta confianza entre ellas.

—No solemos enviar a agentes uniformados a tomar declaración a posibles sospechosos.

—Ella no es sospechosa. Es una testigo.

Frampton cuadró los hombros.

—Uno, ella afirma haber encontrado su cuerpo. Dos, era su novia. Suena bastante claro para mí.

Lesley dio un paso adelante.

—¿Ah sí? ¿Bastante claro? No has hablado con ella. Ni siquiera la has visto. No has examinado el cuerpo, no has reunido pruebas forenses. No habéis identificado a ningún otro testigo. ¿Es que aquí no os interesan las pruebas?

El sargento enrojeció.

—Con el debido respeto, señora, esto es Castillo de Corfe, no la gran ciudad. Si alguien encuentra a su marido, esposa, compañero o al perro de su mejor amigo muerto, es apuesta segura decir que es quien lo hizo.

Hablaba con acento de Dorset, con un ligero arrastre de las erres que no hacía menos evidente su incompetencia. Lesley se contuvo. Aún no le habían presentado a su inspector jefe. Más le valía informarse antes de empezar a dar palos de ciego.

—Muy bien, sargento. Si deseas basar tu hipótesis de trabajo en que Layla Ford mató a su novio, puramente para tu diversión personal, adelante. Pero yo tengo la intención de seguir la pista de las pruebas.

El sargento torció los labios. Estaba deseando decirle que aún no estaba en el cargo, y ella lo sabía.

Se volvió hacia el agente Mullins.

—Vamos, muchacho. Vamos a echar un vistazo.

Se oyeron voces detrás. Frampton miró a su lado y sus hombros se hundieron. Lesley se volvió y vio a una mujer corpulenta con el pelo oscuro, rizado y un enorme bolso colgado del hombro que se dirigía hacia ellos.

—No entréis —gritó—. Tenemos que comprobar si esa carpa está a la altura.

La mujer se detuvo frente a ellos, respirando con dificultad. Dos hombres iban detrás de ella. Se detuvieron y esperaron, con los ojos fijos en la mujer, a quien Lesley supuso que era su jefa.

La mujer extendió la mano, con los ojos brillantes.

—Gail Hansford, directora de la escena del crimen. Creo que no nos conocemos.

Tenía ese mismo arrastre suave, salvo que, en este caso, le sentaba bien. Lesley le estrechó la mano.

—Lesley Clarke. Nueva inspectora en el equipo del MCIT.

Los ojos de Gail se abrieron de par en par.

—Entonces, es nuestro día de suerte. Supongo que eres la sénior de la investigación.

El sargento Frampton se aclaró la garganta. Gail lo ignoró. Lesley decidió que aquella mujer le caía bien.

Sharon estaba cerca de los árboles, paseando y agitando el móvil en su mano. Lesley no tenía ni idea de cuándo salía el próximo tren a Birmingham, ni siquiera de si había otro esa misma tarde.

—Para ser honesta, Gail —dijo—, no empiezo a trabajar aquí hasta mañana. Así que, estrictamente hablando, no tengo ninguna autoridad todavía. —Señaló hacia la carpa—. Tenemos un varón muerto, hombre blanco de entre treinta y cuarenta años, traumatismo craneoencefálico severo. Supongo que alguien ha llamado al patólogo.

—Lo llamé de camino aquí —confirmó Frampton—. No estaba nada contento con que lo sacaran de casa un domingo por la tarde.

—Bueno, para eso están las guardias —dijo Lesley. Se volvió hacia Gail—. Habrá que asegurar la escena, reunir pruebas forenses. Ya sabes lo que hay que hacer.

—Sí, señora.

—Los paramédicos entraron y salieron por el mismo camino que vosotros. Mi hija y yo entramos por ese camino de ahí. Supongo que la testigo también, pero podemos comprobarlo mañana.

Gail asintió.

—Todo lo cual significa —continuó Lesley— que tenemos algunas zonas localizadas donde el lugar ha sido pisoteado. Tendrás que...

—Conseguiremos información sobre el calzado de todos los que han pasado por aquí —dijo Gail—. Ya tenemos huellas y ADN de los policías asistentes. Excepto las tuyas, claro.

—Haré que lo envíen desde las Midlands —afirmó Lesley—. Creo que puedo dejar la escena en tus manos.

—Desde luego que sí, señora. —Gail sonrió.

El sargento Frampton gruñó. Lesley se volvió hacia él.

—Sargento, eres el oficial de mayor rango en la escena. Asegúrate de que está protegida de la entrada del público. Ponte en contacto con FSM y uniformados para registrar la zona.

—¿FSM?

—El mánager de la escena forense... ¿Cómo lo llamáis aquí?

—CSI, investigación de la escena del crimen, señora —respondió Frampton.

—CSI, como los yanquis. Bueno, encárgate de establecer el contacto, ¿vale?

—Por supuesto. —Su voz era monótona, su expresión neutra.

Lesley miró a su hija, que deambulaba por los montículos de hierba con el teléfono por encima de la cabeza. Una pesadilla para los de la científica.

—Os veré a los dos por la mañana —dijo Lesley—. Asumo que no habrá mucho de interés por parte del patólogo, pero avisadme si lo hay.

—Por supuesto —dijeron Gail y Frampton al unísono. Ambos fruncieron el ceño.

Lesley se rio entre dientes.

—Prueba de fuego. —Regresó por donde había venido, maldiciendo a la creciente multitud de curiosos y rezando para que hubiera otro tren a Birmingham esa tarde.

CAPÍTULO SEIS

LAYLA ESTABA SENTADA en un banco frente al hospital del condado de Dorset, con los brazos apretados alrededor de su cuerpo. La habían llevado a urgencias y tuvo que esperar casi una hora para ser atendida. Los paramédicos le habían colocado una especie de manta eléctrica para calentarla en la ambulancia, y uno de ellos le había dado una barrita de cereales.

Cuando llegó al hospital, se encontraba bien, al menos físicamente. Mentalmente, apenas podía evitar caer por el precipicio.

Mientras no pensara en el cuerpo de Archie, podría seguir aferrada al borde, aunque fuera solo con la punta de los dedos. Cada vez que el recuerdo se le metía en la cabeza, intentaba expulsarlo imaginándose a Archie tal y como estuvo el viernes por la noche, antes de que se fuera a su reunión.

Habían abandonado los confines de la casa por la noche. Él la había llevado a Swanage, donde comieron el típico pescado y patatas fritas en el muelle. Ninguno de los dos tenía dinero, a pesar de que Archie tenía un buen trabajo en la Universidad de Bristol. Cada vez que ella le preguntaba, él evitaba responder.

Archie se había mostrado feliz, burlándose de ella por las mechas moradas que se había teñido en su pelo rubio. También se había mostrado cariñoso, incluso hablando de su futuro más allá de la excavación.

Vivía en Bristol cuando no estaba allí. Ella vivía... Bueno, en realidad no vivía en ningún sitio.

Un Citroën verde se detuvo frente a ella y sonó el claxon. Era Crystal. Layla se levantó del banco y se acercó al coche arrastrando los pies. Crystal le hizo señas con la mano; estaba en doble fila y no quería perder el tiempo. Layla se deslizó en el asiento del copiloto. Crystal arrancó antes de que pudiera abrocharse el cinturón.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó Crystal—. ¿Por qué no te llevaron al hospital rural de Wareham? Tendrán que pagarme la gasolina.

Layla se agarró al pomo de la puerta. Crystal salió a toda velocidad del aparcamiento, tomó una curva en ángulo cerrado y se subió brevemente al bordillo.

Layla cerró los ojos. Las náuseas empeoraron. Los abrió.

—Gracias por venir a recogerme.

—¿Vas a decirme qué pasa?

Layla contempló el húmedo atardecer. Dorchester estaba repleta de turistas que atascaban las carreteras. Las farolas pasaban a toda velocidad, mareándola.

—Es Archie —dijo por fin.

—¿Qué pasa con él? —Crystal tiró del volante hacia un lado y derraparon en la A35.

—Lo encontré.

—¿Qué quieres decir con que lo encontraste?

Layla tragó saliva. Las palabras se le atascaban.

—¿Has estado hoy en la excavación?

—No. Es mi día libre. —Crystal gesticuló con las manos al conductor de delante.

«Mantén las manos en el volante», pensó Layla.

—Ha sido tomada por la policía.

—¿Qué? Layla, guapa, lo que dices no tiene sentido. Empieza de nuevo. ¿Archie hizo algo? ¿Está metido en algún lío?

Layla tragó la espesa bilis que tenía en el fondo de la boca.

—Está muerto.

Crystal pisó el freno.

—Mierda. —Miró por el retrovisor—. ¡Lo siento!

Un coche las adelantó; el sonido del claxon se alejaba en el crepúsculo.

Crystal se volvió hacia Layla.

—¿Archie ha muerto? ¿Cuándo? ¿Fue su mu…? —Se mordió el labio—. Explícate, Layla.

—Lo encontré. —Layla apretó con fuerza la manilla de la puerta, como si así pudiera mantener el control—. Estaba en una de las carpas. Parecía... parecía que alguien lo había atacado.

—¿Lo han asesinado? —Crystal miró fijamente a Layla. Layla señaló hacia delante. Debería haber esperado a llegar a la casa. Crystal era una conductora errática en el mejor de los casos.

Crystal parpadeó en la carretera.

—Dices que alguien mató a Archie y tú lo encontraste. Te llevaron al hospital. ¿Te atacaron a ti también?

—No, estaba en estado de *shock*. Eso me dijeron. —Layla pensó en la inspectora rubia y en su hija. La hija había sido amable. La había cuidado. Sin ella, Layla se habría desmayado en el lugar de los hechos.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Crystal—. ¿Dónde está Archie?

—No lo sé. Estaba en la carpa principal, la que contenía los restos humanos.

Crystal hizo una mueca.

—Pues ahora tiene más restos humanos. —Miró a Layla—. Lo siento. Se lo habrán llevado a algún sitio a hacerle una autopsia. ¿Qué aspecto tenía cuando lo encontraste?

—Yo... no estoy lista para...

—Por supuesto que no. Lo siento, guapa. Pero la policía querrá hablar contigo. Tú lo encontraste. Podrían pensar que lo hiciste tú.

—¿Por qué pensarían que yo lo hice?

—Fuiste la primera en la escena. Te acostabas con él. Y tuvisteis esa pelea.

—¿Qué pelea?

—El miércoles pasado, ¿recuerdas? Querías ir a Londres con él.

Layla se secó las lágrimas de la mejilla. Tenía la piel húmeda.

—Eso no fue una pelea.

Crystal le puso una mano en la rodilla.

—No pasa nada. Les gusta sacar conclusiones precipitadas. Pero sabrán que tú nunca podrías hacer algo así.

—No. —Layla solo tenía diecinueve años. Era delgada, aunque dos meses trabajando en la excavación la habían hecho más fuerte de lo que había creído posible—. Nos arreglamos. Salimos el viernes.

Crystal se agarró la rodilla.

—Pues eso. Muy bien, entonces.

Siguieron conduciendo en silencio hasta pasar la circunvalación de Wareham. Estaba oscureciendo.

—¿Quién querría matar a Archie? —preguntó Layla.

—No tengo ni idea. Era un buen tipo. ¿Estás segura de que fue asesinado?

—Estaba... Tenía la cabeza... No pudo haberse hecho esas heridas a sí mismo. Quiero decir, no lo creo.

¿Archie se había suicidado? Había estado alegre el viernes por la noche. El mal humor tras su discusión había desaparecido y había sido sustituido por la alegría. El sábado por la mañana, cuando ella se despertó, él ya se había marchado. No le había dicho por qué tenía que irse el sábado si la reunión era el lunes.

—No te agobies, guapa. —Crystal redujo la velocidad del coche mientras subían la colina que pasaba por el castillo. Giró hacia la plaza y siguió por West Street—. Sacaré un poco de mi mejor whisky para ti. Lo necesitarás, te ayudará a dormir. Y le diré a Patrick lo que ha pasado. Vete a la cama.

La cama. La cama vacía, con las cosas de Archie en el armario al lado. Layla pensó en su encuentro con Patrick. ¿Había sido aquella misma tarde?

No podía enfrentarse a Patrick. Él había estado revisando las cosas de Archie, ahora lo comprendía. No las suyas.

La pregunta era: ¿por qué?

No podía dormir, pero sí investigar. Se encerraría en el cuarto y averiguaría qué había estado buscando Patrick.

El coche se detuvo delante de la casa. Layla sonrió, cansada, a Crystal.

—Gracias. Aceptaré tu oferta.

CAPÍTULO SIETE

LESLEY APAGÓ los faros y se reclinó en el asiento del conductor. Una luz brillaba a través de la ventana delantera de su casa. Quizás la había dejado encendida al salir aquella mañana con Sharon hacia el castillo. Eso, o había un interruptor con temporizador que ella desconocía.

Su hogar durante los siguientes seis meses era una casa adosada alquilada en Wareham, a diez kilómetros de la jefatura de policía en Winfrith. No la había elegido ella, sino alguien del equipo administrativo. No estaba mal. Limpia, en una calle tranquila y estrecha que aún le costaba encontrar. Wareham era un intrincado laberinto de callejuelas y callejones sin salida que todavía la desorientaban.

No tenía hambre. El té con el bollo aún le pesaba en el estómago y se había comido un paquete de patatas fritas en el bar de la estación de Bournemouth. Formaba parte de un paquete de comida que había comprado para el viaje en tren de Sharon, pero que esta había rechazado. Habría jurado que sal y vinagre era el sabor favorito de su hija.

Ya estaba preparada para mañana. Había colgado su traje de falda favorito nada más llegar el jueves pasado. Se aseguró de que su blusa color crema no tuviera arrugas y colocó sus zapatos de medio tacón en el suelo del armario, que ocupaba una de las paredes de su pequeño dormitorio. Su bolsa de trabajo estaba lista,

con el cuaderno, su pase y una muda de medias por si acaso. Solo le faltaba meter su monedero y estaría lista.

Sentada frente a la casa, se le ocurrió que no tenía mucho sentido entrar. Eran las ocho y cuarto. Le quedaban al menos dos horas antes de poder irse a la cama, y no le entusiasmaba la idea de pasarlas en el incómodo sofá frente a la tele, soportando cualquier programa basura que ofreciera la noche del domingo.

Arrancó el coche. Sabía dónde prefería estar.

Veinte minutos más tarde llegaba al aparcamiento del castillo, el mismo que había utilizado antes. El *ticket* seguía en el parabrisas, válido hasta medianoche. El aparcamiento estaba tranquilo; los turistas estarían en los bares o metidos en sus caravanas o bungalós. A Lesley le entraban escalofríos de solo pensarlo.

Se dirigió hacia el camino que había tomado antes con Sharon y siguió lo que recordaba de la ruta. El aire estaba húmedo, una fina niebla amenazaba con convertirse en llovizna. Tal vez sus pantalones no estaban tan mal después de todo. Quizá tuviera que replantearse sus zapatos brillantes y sus faldas, si todas las escenas del crimen resultaban ser como esta.

Pasó con cuidado por una verja de madera y salió al campo donde se llevaba a cabo la excavación arqueológica. Los bajos montículos tenían un aire inquietante en la oscuridad. Caminó despacio, consciente de que podía tropezar con facilidad. La carpa donde habían encontrado el cadáver estaba iluminada con una luz tenue.

Levantó la cinta policial y se agachó para pasar por debajo. Debería haber un agente uniformado vigilando hasta que los de la científica hubieran terminado su trabajo.

Caminó por la hierba hasta la carpa, deseando haber traído unas fundas para los zapatos. Colocó una mano sobre la lona.

—¡Hola! —Tiró de la lona hacia un lado—. Soy la inspectora Clarke. ¿Por qué no hay nadie de guardia?

Gail Hansford estaba sola en el interior, agachada sobre el suelo mientras examinaba unas salpicaduras de sangre a la luz de una linterna. Se giró, sobresaltada.

—Señora.

—Eres una civil. No tienes que llamarme señora.

—Cierto. —Gail se levantó—. No sé...

—Me llamo Lesley. ¿Cómo es que estás aquí sola?

—Podría preguntarte lo mismo, Lesley.

—*Touché*, tienes razón. —Lesley miró al suelo—. ¿Se lo han llevado ya?

—El patólogo no quería andar dando vueltas. Se estaba perdiendo el cumpleaños de su nieta.

—No me importa si se perdió una maldita fiesta en el mismísimo palacio de Buckingham —protestó Lesley—. Si se han contaminado las pruebas…

Gail negó con la cabeza.

—No te preocupes. Brett y Gavin lo documentaron todo. El fotógrafo que utilizamos estaba cerca, haciendo fotos de cernícalos, así que conseguimos todo lo que necesitábamos.

—¿No tienes tu propio fotógrafo?

—El CSI cuenta con un equipo de cuatro. Gavin y Brett estaban disponibles, Sunil no. Normalmente Gavin hace las fotos, pero para un caso como este utilizamos a un fotógrafo autónomo de la zona. Hizo la boda de mi hija. Es un buen tipo.

Le sorprendió que Gail tuviera edad para tener una hija casada.

—¿Y qué haces si hay varias escenas del crimen que cubrir a la vez?

Gail sonrió.

—No ocurre muy a menudo. Pero hemos enseñado a los equipos locales de investigación criminal a buscar huellas, así que eso cubre la mayoría de los robos y allanamientos. Si hay algo más grande, nos involucramos.

—Pero Bournemouth es parte de tu zona. Seguro que allí hay delitos graves.

—Los hay señora… Quiero decir, Lesley. Puede ponerse feo en Bournemouth. El mes pasado tuvimos un apuñalamiento en el centro de la ciudad y cuatro incidencias domésticas que necesitaron análisis forense. A Brett lo tiene asustado; no se acerca por allí a menos que tenga que hacerlo por trabajo.

—Un apuñalamiento y cuatro domésticos. ¿Eso es todo?

—El apuñalamiento nos mantuvo ocupados durante una semana. Hora de cierre, pub abarrotado, nadie que pudiera decir nada coherente. El tipo vivió, gracias al hospital de Poole. Pero el hermano de su novia... estará mirando el interior de una celda durante algún tiempo.

Lesley silbó.

—De donde yo vengo, un apuñalamiento y cuatro domésticos es una noche tranquila.

—No me malinterpretes. Aquí tenemos nuestra cuota de crímenes violentos, pero la mayoría no necesita pruebas forenses. Y queda empequeñecido por los delitos contra la propiedad. Te sorprendería lo poco segura que puede ser una casa de vacaciones. Los «*grockles*», así es como algunos llaman a los veraneantes, no parecen ser muy buenos cerrando ventanas y puertas.

—No es su propiedad, así que no prestan tanta atención —dijo Lesley.

—Exacto.

Lesley resopló.

—¿Qué has encontrado aquí hasta ahora? Y aún no me has dicho por qué estás sola.

—El sargento Frampton mandó a todo el mundo a casa. Yo me fui, pero no me lo podía quitar de la cabeza.

—¿Vives lejos?

—En Swanage, con mi hijo pequeño. Está a unos ocho kilómetros de aquí.

—Conozco Swanage. —Sharon y ella habían paseado por la playa el sábado por la tarde, disfrutando de los helados y del tacto de la arena entre los dedos de los pies—. ¿Dónde está tu hijo ahora?

Gail apartó la mirada.

—Su padre lo tiene los domingos por la noche.

—Ah. Bueno, dime, ¿has encontrado algo útil?

—¿Viste las heridas de la víctima? —preguntó Gail.

—Lo hice. Lo que era visible donde lo habían dejado, en cualquier caso.

—Ya. El patólogo dijo que la causa de la muerte fue el golpe en la nuca. Es posible que sufriera golpes múltiples. Sabremos más

después de la autopsia.

Lesley decidió asistir en persona a la autopsia. Lo que había oído hasta entonces sobre el patólogo no la llenaba de confianza.

—¿Heridas defensivas?

—Ninguna aparente. Por su posición, parece que intentó girarse tras recibir el golpe, antes de caer al suelo. Lo pillaron por sorpresa.

Lesley miró al suelo. Gail había colocado placas protectoras alrededor del interior de la carpa, y ambas estaban de pie sobre una. Deseó que no hubieran movido el cuerpo tan deprisa.

—Supongo que no puedes enseñarme las fotos.

—Las tengo en mi teléfono. Vamos afuera.

Salieron de la carpa. Gail se bajó la parte superior del traje forense y sacó un teléfono del bolsillo trasero. Llevaba vaqueros y un forro polar oscuro. Su bufanda, iluminada por la luz de la antorcha, resaltaba el azul de sus ojos.

—Mira. —Gail mostró una foto del cadáver. Había sido tomada de lado, mostrando el ángulo torcido en el que habían dejado al hombre. Pasó más imágenes, incluidos primeros planos de las manos del hombre, que estaban intactas, y de la herida en la nuca.

—Parece haber sido un instrumento contundente —comentó Lesley.

—Seguro. Hemos buscado en este campo, así como en la maleza a lo largo de la carretera y los árboles junto al río. No hay señales del arma.

—Así que el asesino se lo llevó.

—O la asesina.

Lesley arqueó una ceja.

—¿Crees que fue una mujer?

—Ni sí ni no. Pero creo que deberíamos considerar ambas posibilidades.

—Por supuesto —afirmó Lesley—. ¿Así que no había señales de que lo hubieran movido?

—No hay disturbios alrededor del cuerpo. Hiciste un buen trabajo asegurándote de que ninguno de los tipos lo pisoteara todo.

—¿Los tipos?

—El sargento Frampton y el agente Mullins —explicó Gail—. Los paramédicos. Esto está lleno de tipos.

—La agente Abbott también estuvo aquí.

—Tina es una buena chica. Espero que reciba el reconocimiento que se merece. —Gail miró a Lesley—. Apuesto a que fue la única que te hizo caso antes, que hizo lo que pediste.

—Podría decirse que sí.

—¿Ves? Tipos, todos ellos. Serás la mujer más veterana en tu departamento desde... Bueno, desde que yo recuerdo.

Lesley estaba acostumbrada a trabajar con hombres y mujeres. No le gustaba darle demasiadas vueltas.

—Estoy segura de que todo irá bien —dijo. Ya casi había oscurecido; apenas podía distinguir el camino de vuelta a su coche —. No vamos a hacer mucho más aquí esta noche. ¿Dónde está tu coche?

Gail señaló.

—Allá atrás, en un campo. ¿Por qué no vamos a tomar algo? Puedo ponerte al día de lo que te espera en la policía de Dorset.

Lesley sonrió.

—Es muy amable de tu parte, pero prefiero mantener la mente abierta. Y tengo que acostarme temprano.

Gail hizo un simulacro de saludo.

—Sin problema, Lesley. Ha sido un placer conocerte. Estoy segura de que nuestros caminos volverán a cruzarse muy pronto.

—Estoy segura de que lo harán. —Lesley miró hacia el pueblo. Entre tanta oscuridad, no había forma de que encontrara el camino de vuelta al coche—. Te pediría un favor, si es posible.

—Lo que tú digas.

—¿Me llevas a mi coche? Está aparcado en West Street.

Gail se rio.

—Por supuesto. Ven conmigo.

CAPÍTULO OCHO

—BUENOS DÍAS. —Lesley entró en el despacho del MCIT y dejó su bolso sobre una mesa vacía. El sargento Frampton, sentado en la mesa contigua, levantó la vista y se puso de pie.

—Señora, me alegro de volver a verla. —Se tiró de la corbata. Era del mismo color que la chaqueta de *tweed* que llevaba ayer, pero ahora la combinaba con un traje azul oscuro que incluso Lesley notó que desentonaba—. Esperaba haberla recibido en la recepción.

Lesley dejó escapar una leve sonrisa.

—Pensé que te ahorraría la tarea. —Levantó el cordón que había traído con ella, junto con la identificación adjunta. La placa de identificación de la Policía de Dorset no tardaría en llegar—. Ahora ya es oficial. Nadie puede acusarme de entrometerme en la escena de un crimen.

Recorrió con la mirada un grupo de mesas. Estaban a un lado de una oficina diáfana, detrás de la cual había grandes ventanales con vistas a la zona de césped frente al moderno edificio de la policía y a la carretera. Otros dos hombres se sentaban en dos de las cuatro mesas. Uno rondaba la treintena, tenía el pelo rubio y desaliñado y vestía un traje demasiado ajustado. El otro era unos diez años más joven, de piel morena clara y pelo muy corto. Su traje parecía barato, pero al menos le quedaba bien.

—Entonces, ¿no me vas a presentar?

Ambos jóvenes se levantaron y miraron torpemente al sargento. Frampton se pasó la palma de la mano por el pelo, alisado con

demasiada gomina.

Frampton señaló al hombre del traje ajustado.

—Este es el cabo Johnny Chiles, señora. Lleva ocho años en el equipo.

Chiles se inclinó hacia Lesley y le tendió la mano. Olía a loción de afeitar barata. Lesley se la estrechó.

—Inspectora Clarke, pero eso ya lo sabes. ¿Ocho años en el equipo y todavía eres cabo?

Su rostro se tensó. Miró de reojo a Frampton, que lo ignoró. Así que había tensión.

Lesley se volvió hacia el hombre que quedaba.

—¿Y tú eres?

—Cabo Michael Legg, señora. —Tenía acento de Dorset, más fuerte que el de Frampton o Gail. No extendió la mano, y Lesley tampoco lo hizo.

—Así que este es el equipo. —Señaló con la cabeza el escritorio vacío—. Supongo que esa no es mi mesa.

—Está vacante, señora —dijo Frampton—. El cabo Graves se jubiló.

—Bien por él. Entonces tendremos que encontrar a alguien nuevo, ¿no? —Lesley echó un vistazo a la oficina. Junto a las mismas ventanas había otro grupo de cuatro mesas, ocupadas por cuatro agentes uniformados.

—¿Nuestros vecinos? —preguntó.

—De manera temporal —explicó el cabo Chiles, chasqueando la lengua—. Esperábamos que, con la llegada de una nueva inspectora, el equipo pudiera crecer.

—¿Y qué pasa con esos? —Lesley observó a los cuatro agentes uniformados. Reconoció a una: la agente Abbott, de la escena del crimen.

—Son patrulleros, señora —dijo Chiles—. Oficiales de apoyo. Lo que nosotros necesitamos son subinspectores.

—Los agentes uniformados pueden ser un recurso inestimable como parte de un equipo de delitos graves. No hay que subestimarlos.

Frampton y Chiles compartieron una mirada. Legg observó en silencio.

—Entonces, ¿dónde me pongo? —preguntó Lesley—. ¿Allí? —Señaló una oficina vacía.

—Sí, señora. —Frampton se anticipó a ella y abrió la puerta. Lesley cogió su bolso y lo siguió. Él se quedó en la puerta mientras ella entraba y le pasaba la mano al escritorio.

El despacho era más grande que el que tenía en Birmingham, con ventanas altas en la parte delantera. En su última oficina, una ventana alta daba a un patio interior del edificio. Nunca había podido apagar las luces.

Aquí, la luz, incluso con el escaso sol de aquel día, era cegadora.

Cruzó hacia la ventana.

—Voy a necesitar unas persianas.

—¿Señora? —preguntó Frampton.

Cerró el puño y lo empujó contra la pared.

—La maldita carretera está ahí fuera. No podemos dejar que cualquier metomentodo se asome a ver lo que hacemos.

—Esto... —dijo Frampton.

—¿Qué pasa? —Colocó su bolso sobre el escritorio. No tardaría mucho en instalarse.

Frampton hizo un gesto a Chiles, que estaba en la puerta. Legg seguía en su mesa, tecleando en el ordenador. O era un tipo trabajador y antisocial, o este equipo no se llevaba bien.

Chiles volvió con un tarro de cristal. En el fondo había un montón de monedas de una libra y de cincuenta peniques.

—Tu campaña benéfica no va muy bien. —Lesley buscó su bolso —. ¿Para qué recaudas fondos?

—No es una campaña benéfica —explicó Frampton—. Es una hucha de palabrotas.

Lesley se quedó mirando el frasco. Luego miró a Frampton, que le devolvió la mirada. Chiles sostenía el tarro con los labios fruncidos. Volvió a meter la cartera en el bolso.

—Jamás he oído nada tan condenadamente ridículo. —Se rio—. Estás de coña, ¿verdad?

Frampton negó con la cabeza.

—Cincuenta peniques por... —carraspeó—, por la palabrota. Una libra por tu infracción anterior.

—¿Infracción? ¿Te refieres a cuando he dicho «la maldita carretera»? —Se apoyó en el escritorio—. No he oído semejante gilipollez en mi vida, sargento. Quítame eso de la cara y que no se te ocurra intentar volver a decirme cómo debo hablar. Soy policía, no una puta monja.

Un músculo bajo el ojo izquierdo de Frampton se crispó. Murmuró en voz baja. ¿Estaba contando? ¿Contando sus infracciones?

Ella le mostraría las malditas infracciones.

El sargento Frampton asintió a su colega, que salió de la oficina con el tarro en mano. Lo colocó encima de un archivador. Legg lo observó sin decir nada.

Por la puerta apareció la cara de un hombre de unos cincuenta años, delgado, con uniforme y placa de jefe.

—Inspectora Clarke, supongo. —Entró a grandes zancadas y le agarró la mano, sacudiéndola con energía.

—Usted debe ser el superintendente Carpenter, señor —respondió ella.

Le guiñó un ojo.

—Normalmente no me visto así, pero voy de camino a una cosa horrible con el jefe de Policía. Ya hablaremos más tarde. —Finalmente le soltó la mano—. ¿Ya has tenido un encontronazo con la policía lingüística?

Lesley miró al sargento Frampton. Había sido grosero con ella en la escena del crimen y ahora la había cabreado diciéndole cómo tenía que hablar, pero era miembro de su equipo.

—Solo estoy conociendo a mi nuevo equipo, jefe. Espero que nos pongamos manos a la obra de inmediato.

—Ah, sí, el incidente del castillo de Corfe. ¿Ya te han puesto al corriente?

—He estado en la escena del crimen, jefe. Estaba en el pueblo cuando se descubrió el cuerpo.

—Qué suerte tienes. —La cara de Carpenter se iluminó.

—Yo no lo diría así, señor.

Hizo un gesto con la mano.

—Ya sabes lo que quiero decir. Un suceso trágico, una vida brutalmente truncada y todo eso. Pero muy afortunado que nuestra nueva inspectora estuviera en la escena cuando ocurrió.

—No fue justo cuando ocurrió. Eso sí que habría sido suerte. —Sonrió—. Podría haberlo evitado.

—¡Ja! Por supuesto que sí. —Le dio una palmadita en el hombro —. De todos modos, debo irme. Ya lo sabes, eres la sénior de la investigación. Te espero para una reunión informativa en mi oficina a las seis de la tarde. Uno de tus chicos te dirá dónde ir.

—Muy bien, señor.

Carpenter salió de su despacho y saludó a los agentes sentados como si fuera un miembro menor de la realeza. Estos se enderezaron en sus mesas. Lesley puso los ojos en blanco.

Chasqueó los dedos para apartar la atención de los miembros de su equipo del oficial superior.

—Bien, amigos —dijo—. A mi despacho. Vamos a elaborar nuestro plan de ataque.

CAPÍTULO NUEVE

—MUY BIEN —dijo Lesley cuando sus tres colegas se reunieron frente a ella—. Traed un par de sillas más, ¿de acuerdo?

Frampton le hizo un gesto a Chiles, que salió de la oficina y volvió arrastrando una silla. El cabo Legg lo siguió e hizo lo mismo. Los tres hombres permanecieron de pie durante un momento y luego se sentaron.

—Que alguien cierre la puerta —sugirió Lesley. Chiles hizo los honores.

Lesley apoyó los codos en el escritorio, con los dedos entrelazados.

—Vale. Tenemos una investigación de asesinato con la que ponernos manos a la obra, pero primero, establezcamos algunas reglas básicas.

Frampton tiró del cuello de su camisa. Legg sacó un bloc.

Lesley sonrió a su equipo.

—Tú y yo no empezamos con buen pie, sargento. Me cabreaste en la escena del crimen y luego viniste con toda esta mierda de la hucha de las palabrotas.

El sargento abrió la boca para hablar, pero Lesley levantó una mano para detenerlo.

—Pero —lo interrumpió, su mirada se desvió hacia la puerta y el tabique medio acristalado en el que se encontraba—, y este es un «pero» muy importante, somos un equipo. Os cubriré las espaldas siempre que hagáis vuestro trabajo. Me gusta dirigir a mi equipo con

eficiencia y sin recortes. No acepto excusas por falta de atención a los detalles ni que corráis tras corazonadas.

Lesley pensó en la subinspectora Zoe Finch, su compañera favorita en la policía de las Midlands. Zoe había hecho sus pinitos persiguiendo corazonadas. Pero su instinto había sido bueno, y se había pasado años demostrándoselo a Lesley. Y cuando Lesley había necesitado refrenarla, recordarle el procedimiento, ella había escuchado. Casi siempre.

—Cuando nos enfrentamos al público o, para el caso, a los jefazos, presentamos un frente unido. Nada de actuar a espaldas de los compañeros. Nada de contradecir a otros miembros del equipo, salvo cuando estemos en esta sala. ¿Entendido?

—Sí, señora —dijo el sargento Frampton que procedió a mirar a los otros dos por turnos, Chiles primero. Siempre Chiles primero, observó Lesley.

Los cabos murmuraron que estaban de acuerdo.

—Y ya que estamos —dijo Lesley—, no tenéis que llamarme «señora» todo el tiempo. Vamos a pasar mucho tiempo juntos. Me hace sentir como la maldita Reina de Inglaterra. Llamadme jefa, sin más.

—No hay problema, jefa —respondió Frampton.

—Muy bien. —Lesley le sonrió—. Tampoco quiero seguir usando vuestros títulos. Recordadme vuestros nombres completos.

Frampton se aclaró la garganta. Miró a Chiles.

—Johnny Chiles, señora. Quiero decir, jefa.

—Johnny. ¿Así prefieres que te llamen?

Asintió con la cabeza.

—¿Seguro?

Otro asentimiento.

—Me parece justo. Johnny, entonces. Intentaré no reírme. —Volvió la mirada hacia el otro agente.

—Michael Legg. Mike. Jefa. —Se rascó detrás de la oreja.

—Mike. Eso me gusta más. ¿Cómo suelen llamar al sargento Frampton aquí?

—Sargento —dijo Johnny.

—¿A pesar de que es evidente que sois amigos desde que Noé construyó el arca?

El cabo la miró con el ceño fruncido.

—Eso significa «desde hace mucho tiempo» —le explicó Lesley—. Voy a tener que aprender a hablar como los de Dorset.

—Chiles y yo hemos trabajado juntos, de forma intermitente, durante doce años —intervino el sargento.

Lesley volvió a pensar en Zoe. Su relación con el sargento Mo Uddin, a quien había conocido en el curso de formación en 2001.

—Así que apuesto a que cuando estás en el pub lo llamas por su nombre de pila. ¿Cuál es?

—Eh… Dennis —dijo Johnny.

—No te preocupes, majo. Si quieres puedes seguir llamándolo «sargento» cuando estés en la oficina. Yo me quedo con Dennis.

Todos los nombres de estos tipos, pensó. Tal vez Gail tenía razón.

—Vale, ya está bien de presentaciones —dijo Lesley—. Os he dicho cómo trabajo y voy a aprender cómo trabajáis vosotros. ¿Qué tal si nos ponemos con la búsqueda del asesino de Archie Weatherton? ¿Sí o sí?

La tensión en la sala disminuyó. Lesley miró a través de la mampara de cristal y vio a la agente Abbott observándolos. Asintió con la cabeza y Abbott apartó la mirada. Lesley se preguntó hasta qué punto eran insonorizadas aquellas paredes.

—Que alguien traiga una maldita pizarra —dijo a su equipo—. Tenemos pruebas que cotejar.

CAPÍTULO DIEZ

GAIL VERTÍA resina en una débil huella de pisada que había encontrado en la parte trasera de la carpa. Seguramente pertenecía al paramédico o al fornido agente Mullins, pero siempre le quedaba la esperanza de que no fuera así.

La voz de Gavin fuera de la carpa la interrumpió:

—¡Oiga! Esto es la escena de un crimen. No se puede entrar así sin más.

Gail abrió las solapas de la carpa. Gavin Larcomb era un hombre corpulento, medía dos metros y tenía la constitución de un armario ropero. Había tenido que hacerse traje de forense a medida para no parecer un niño con el uniforme del curso pasado.

Delante de él había una mujer delgada, con el pelo oscuro y de punta. Tenía la mano en la cinta del cordón y había puesto un pie dentro.

—Este es nuestro lugar de trabajo, colega —dijo con un acento que Gail reconoció como de Glasgow—. No puedes dejarnos fuera.

—Es la escena de un crimen. —Gavin cogió la cinta. Estaba claro que tenía ganas de sujetar a la mujer, pero sabía qué mala pinta tendría si el tipo más grande del equipo era fotografiado tocando a aquella escuálida mujer.

—¿Puedo ayudar? —Gail salió de la carpa, quitándose los guantes.

—¿Y tú quién eres? —La mujer se llevó una mano a la frente—. Madre mía, ahí dentro hay artefactos del siglo XII muy delicados.

Vais a.... —Se quedó mirando a Gail, jadeando. Parecía a punto de llorar.

—También hay pruebas relacionadas con un presunto asesinato —le explicó Gail—. Y si usted es quien creo, se trata del asesinato de uno de los suyos.

—Archie. —La expresión de la mujer se suavizó—. Pobre desgraciado.

Gail estaba ahora delante de la mujer. Había soltado la cinta, gracias a Dios.

—Mire —comenzó—, no sé si conocerá la metodología forense, pero estamos siendo muy cuidadosos ahí dentro. Tenemos placas en el suelo para protegerlo de nuestras botas y estamos catalogando todo a medida que avanzamos.

—No tienes ni idea de lo valiosas que son esas cosas —dijo la mujer con la voz ronca—. Monedas, huesos, joyas.

—No nos interesa nada de eso. Lo único que queremos saber es qué quedó cuando atacaron a su colega.

—¿Cómo se llama, guapa? —preguntó Gavin.

La mujer le dirigió una mirada de desdén.

—No me vengas con «guapa», neandertal.

Gail reprimió una carcajada. El insulto era apropiado, supuso, para una arqueóloga.

—¿Cómo se llama? —Gail miró a la mujer.

—Crystal Spiers. Estoy a cargo de esta excavación.

—¿Alguien ha ido a verla? Imagino que los del CID querrán hablar con todos los asociados del señor Weatherton.

—¿Los «asociados»? Que pomposos sois, ¿no? No, la pasma no ha llamado a nuestra puerta de momento. Todavía no hemos tenido ese placer.

Gail asintió. Gavin las había dejado y se había reunido con Brett para catalogar las bolsas de pruebas y colocarlas en contenedores listos para el transporte en la parte trasera de su coche. Habían recogido muestras de barro y algunas semillas y polen de plantas cercanas. Necesitaban cualquier cosa que pudiera situar a un sospechoso en la escena. Por desgracia, aún no había señales de un arma.

—Terminaremos dentro de un par de horas —le dijo Gail a la mujer—. Y entonces el yacimiento será todo suyo.

—¿Habéis encontrado algo?

—Me temo que no puedo...

—Venga, joder. Es mi maldita carpa la que estás usando. Archie era un colega, un amigo. Si alguien acabó con él, quiero saber quién.

—Aún no hemos identificado a un sospechoso. Tendrá que hablarlo con el equipo de investigación de delitos graves.

—Ya.

La mujer se sentó en el suelo. La hierba aún estaba húmeda por el rocío de la mañana. Sus pantalones, robustos pero no impermeables, se mojarían.

—No me voy a ninguna parte hasta que tú lo hagas. Y pienso vigilar todo lo que salga de mi carpa. Si encuentras algo de importancia arqueológica, me avisas, ¿de acuerdo?

—Haremos lo que podamos —respondió Gail. La verdad era que no creía poder identificar algo de importancia arqueológica ni aunque la golpearan en la cabeza con un ladrillo medieval.

—Vale. —La mujer se recolocó sobre la hierba, con el labio crispado. Tenía frío y se sentía incómoda, pero no parecía tener intención de admitirlo.

Gail suspiró y se volvió hacia la carpa.

—¿Quieres que la vigile? —ofreció Gavin al volver.

Asintió con la cabeza. La mañana iba a ser larga.

CAPÍTULO ONCE

MIKE LEGG HABÍA TRAÍDO una pizarra móvil que Lesley había colocado contra una de las ventanas.

—Con el sol en la cara es imposible ver nada, jefa —dijo Dennis.

—No quiero que cualquiera que pase por delante de la ventana vea lo que hacemos.

—¿Podríamos moverla ahora mientras trabajamos y volver a colocarla frente a la ventana después? —sugirió Mike.

Lesley le hizo un gesto con el bolígrafo.

—Me parece bien. —Colocó la pizarra contra la pared—. Quiero fotos impresas, para empezar a ejercitar la mente. Pero por ahora, os toca conformaros con mis garabatos.

Sonrió a su equipo. Los dos agentes le devolvieron la sonrisa nerviosos y Dennis se arregló la corbata.

Escribió el nombre de Archie Weatherton en la pizarra, seguido del de Layla Ford. Dibujó una flecha de Archie a Layla y escribió «novia».

Clavó su bolígrafo en el nombre de Layla.

—Ella lo encontró. De momento no sabemos mucho más, estaba en estado de *shock*.

—Tal vez porque mató a su novio —sugirió Johnny Chiles.

—Puede que sí —respondió Lesley—. Todavía no tenemos ninguna prueba concreta que la señale como sospechosa. Pero tenemos que asumir que podría haberlo hecho.

—La herida en la cabeza, señora… —dijo Mike—, quiero decir jefa, lo siento. ¿Crees que la chica es lo suficientemente fuerte?

—La FSM lo cree. Lo siento, quería decir CSI, tendré que acostumbrarme a la jerga de aquí. En cualquier caso, creen que lo cogieron por sorpresa, dada la posición en la que estaba y el hecho de que parece que fue solo un golpe. Alguien podría haber entrado en la carpa, él se giró, lo golpearon y cayó. Con el instrumento adecuado, no hay motivo para descartar que fuera una mujer.

—¿Has hablado con el equipo forense? —preguntó Dennis—. Eso es algo que normalmente hago...

—Volví a la escena anoche. No había podido ver mucho antes porque Layla parecía que se iba a desmayar y yo tenía a mi hija a cuestas.

Dennis frunció el ceño.

—¿Quedaste con Gail Hansford en la escena del crimen?

Lesley se volvió hacia él.

—Me dijo que habías mandado a todos a casa. No sé quién te dio autoridad para hacerlo.

—Con todo el respeto, señora...

Ella arqueó una ceja. Dennis tomó aire.

—Jefa, ya hablamos de esto ayer. Todavía no estabas en tu puesto y necesitabas llevar a tu hija a casa. Me dejaste a cargo.

—Y dejaste la escena del crimen desprotegida.

Miró a los agentes. Johnny estaba sentado en su silla, con las piernas extendidas y los brazos cruzados. Tenía la mirada fija en el sargento. Mike, en cambio, estaba sentado con los pies metidos debajo de la silla y la mirada baja.

—Te agradecería que tuviéramos esta conversación más tarde, jefa —dijo Dennis.

Lesley lo miró fijamente. El hombre tenía razón. Dejar desatendida la escena de un crimen era una puta ineptitud. Pero no necesitaba decírselo delante del resto del equipo.

—Muy bien. —Se volvió hacia la pizarra—. Así que tenemos a Archie, a Layla y una excavación arqueológica. Necesitamos antecedentes de Archie, saber si había cabreado a alguien

recientemente. Quién más está involucrado en esta excavación, y cómo son las relaciones. Cualquier tensión. Tenemos la dirección...

—Jefa. —Legg pegó una tarjeta a la pizarra con una dirección en West Street, Castillo de Corfe.

—¿Esta es la dirección de Layla y Archie? —preguntó Lesley. Había estado presente cuando la agente Abbott la anotó el día anterior, pero aún no estaba lo bastante familiarizada con las ciudades y pueblos de la zona como para recordarla.

—De todo el equipo de excavación, por lo que he oído —dijo Johnny—. Un grupo de *hippies* que se ha montado una comuna. Seguro que andan de cama en cama.

Mike sonrió satisfecho. Dennis reprimió una sonrisa.

—Vaya, parece que aquí os habéis quedado en la edad de piedra ¿no? —dijo Lesley, ignorando la expresión fastidiada de Dennis—. Un grupo de colegas comparte casa y os imagináis una escena de porno.

—Lo siento, jefa —murmuró Mike.

—Quiero mentes abiertas sobre este grupo. No me importa que no os guste la gente del mundo exterior. Sí, uno de ellos podría ser nuestro asesino, pero también podría no serlo. Archie podría haber cabreado a un granjero local y...

—Venga, jefa —interrumpió Dennis—. Creo que también sería sensato tener la mente abierta respecto a las comunidades rurales, incluida la comunidad agrícola.

Lesley chasqueó la lengua. El sargento tenía razón. No había visto a un granjero en persona en su vida, pero estaba segura de que tenían exactamente la misma propensión a la violencia que cualquier otra persona. Tal vez.

—De acuerdo. Entonces, necesitamos saber con quién más tenía tratos Archie. Aún no tenemos el arma homicida, pero tengo esperanza de que la autopsia pueda darnos alguna pista.

Recordó lo que Gail le había dicho sobre el patólogo. Esperanza era la palabra correcta, aunque ella habría preferido tener confianza.

—Nos reagruparemos hoy más tarde para buscar otras pistas que podamos seguir. —Clavó su bolígrafo en el nombre de Layla—. Pero primero quiero hablar con el equipo de excavación. Johnny, averigua

con quién estamos tratando. Quiero nombres, antecedentes profesionales y relaciones, si es posible. Si alguno de ellos tiene antecedentes, ya sabes lo que hay que hacer.

—Esto.... —Johnny miró a Dennis.

—Normalmente se encarga Mike de ese tipo de tareas, jefa —explicó el sargento—. Johnny sale conmigo para hacer los interrogatorios.

—Bueno, pues hoy vamos a daros la oportunidad de probar algo nuevo ¿vale? —propuso Lesley. No se le escapó la pequeña sonrisa de Mike—. Venga, vosotros dos. Quiero obtener declaraciones de estas personas antes de que hayan tenido tiempo para ponerse de acuerdo en una versión de los hechos. Yo conduzco. Johnny, llama al sargento con información en cuanto la tengas.

—Así haré, jefa. —Johnny miró de ella a Dennis. Lesley se dio cuenta de que estaba esperando el permiso del sargento.

Lesley dio una palmada.

—¡A moverse, amigos! Da igual que estemos en una zona rural de Dorset, el tiempo corre aquí igual que en todas partes.

CAPÍTULO DOCE

CUANDO SALIERON DE SU DESPACHO, Lesley vio a la agente Abbott en su mesa. La llamó.

—Agente Abbott, ¿estás ocupada en este momento?

La agente se giró en su silla; su mirada iba de Lesley a Dennis y viceversa.

—Bueno, yo... estoy disponible, si me necesitas.

—Vale. ¿Tienes acceso a un coche patrulla?

—Sí.

—Pues ve con Mike. Yo llevaré al sargento.

—¿Mike? —preguntó Abbott.

Mike Legg miró a la agente y se señaló a sí mismo, clavándose el dedo en el pecho.

—El cabo Mike Legg, agente —le dijo Dennis.

—Claro, perdón. Sí, dame cinco minutos.

Veinte minutos después habían dejado atrás la circunvalación de Wareham y se encontraban en la A351, en dirección al pueblo de Castillo de Corfe. La carretera estaba flanqueada por amplios campos llenos de tojos. Había nubes bajas en el horizonte, pero aquí mismo había salido el sol.

Lesley no estaba acostumbrada a ver cómo se acercaba el mal tiempo en la ciudad en la que antes vivía, y eso la inquietaba.

—¿Por qué querías que la agente Abbott trajera su coche patrulla? —le preguntó Dennis—. Pensaba que no querríamos llamar la atención.

—Todo lo contrario, hará salir a los vecinos. ¿Te imaginas en una calle tan estrecha? Necesitamos todos los informes de testigos oculares que podamos conseguir.

—Seguro que podemos conseguir lo mismo yendo de puerta en puerta.

—Ya, pero quiero que sepan que nos tomamos esto en serio.

Se acercaban al castillo. El sol estaba detrás de ellos y las ruinas estaban iluminadas, los detalles de las paredes maltratadas destacaban por la luz brillante. La carretera rodeaba el lado norte, tan cerca que parecía que el castillo estaba encima de ellos. Mientras subían la colina hacia el pueblo, sonó el teléfono del sargento.

—Frampton... Sí... Bien... OK... eso debería simplificar las cosas... Gracias. Era Johnny —le dijo a Lesley—. Solo hay, bueno, había cuatro empleados fijos en la excavación, complementados por un equipo rotatorio de estudiantes.

—¿Nombres?

—Archie y Layla ya los conocemos. La jefa es una mujer llamada Crystal Spiers. Y hay un tipo llamado Patrick Donnelly. Todos viven en la misma dirección. —Le dirigió una mirada mordaz, pero no mencionó nada de ninguna comuna—. Johnny quería saber qué más debería hacer.

Lesley se volvió hacia él. Estaban entrando en lo que parecía una antigua plaza de mercado y se habían quedado atascados detrás de un coche que intentaba entrar marcha atrás en una plaza de aparcamiento. El anciano al volante parecía agobiado.

—¿No puede decidirlo Johnny por sí mismo? —le preguntó la inspectora.

—Claro que puede. Pero has sido tú la que ha dado las órdenes hasta ahora. Quería asegurarme de que hacemos lo que tú quieres.

El coche entró por fin en el aparcamiento y Lesley pisó a fondo el acelerador. No sabía qué era más frustrante: si el tráfico lento de Dorset o sus colegas, aún más lentos.

—¿Tú qué sugieres, sargento?

—Sabemos lo del equipo de excavación. Aún no tenemos constancia de si el fallecido tenía familia, o si había algún problema personal o profesional en su casa.

—Bingo. —Giró de nuevo hacia el aparcamiento en West Street. Tenía la sensación de que iba a familiarizarse con este lugar—. Haz una llamada rápida y asegúrate de que no está perdiendo el tiempo, ¿quieres Dennis? Y ya de paso, vas y nos consigues un *ticket* de aparcamiento.

—Tendrás que hacerte miembro del National Trust —explicó al tiempo que abría la puerta del coche.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Son dueños de la mayoría de los aparcamientos en la zona. También de las playas. Lo heredaron junto con el castillo.

—¿Alguien era el dueño de todo esto?

Apuntó hacia el castillo.

—La familia Bankes. Una de las familias de más renombre de la zona, o al menos sus antepasados lo eran.

Lesley torció la nariz.

—¿Y simplemente lo regalaron?

—¿Querrías tú la factura del mantenimiento de este lugar?

—Creí que esa era la gracia, ver el castillo en ruinas.

—Algún día te lo explicaré —ofreció el sargento mientras salía del coche.

—Por favor, no —murmuró. Salió y se dirigió al coche patrulla. Estaba aparcado en un arcén, la agente Abbott no necesitaba sacar *tickets* de aparcamiento ni ser miembro del National Trust.

—Me temo que no había ningún lugar para aparcar fuera de la casa, señora —dijo la agente—. Había línea amarilla a lo largo de toda la West Street, así que tendremos que dejarlo aquí.

Lesley observó a los turistas que salían del aparcamiento en dirección al castillo. Era una mañana de lunes lectivo y ninguno de ellos tenía menos de sesenta años. Impermeables de colores brillantes, pelo canoso, joyas de buen gusto. Algunos miraron de reojo al coche patrulla, pero nadie se acercó.

—Bueno, no pasa nada —dijo Lesley—. No estamos en Chelmsley Wood.

—¿Qué es Chelmsley Wood? —preguntó Abbott.

—No preguntes.

El cabo Legg salió del coche patrulla. Dennis volvió con el *ticket* de aparcamiento. Lesley los observó y se preguntó si pellizcarse la llevaría de vuelta a casa.

—Vamos, entonces. Tenemos testigos que entrevistar.

CAPÍTULO TRECE

SUSAN WEATHERTON TERMINÓ la llamada con el corazón acelerado.

Tony no debía llamarla a casa, mucho menos cuando estaba con su hija. Por lo general, seguía esa regla.

Hoy había sido diferente.

Apretó el teléfono contra el pecho y entró por la puerta del patio, sin darse cuenta de que la lluvia le había pegado el flequillo a la frente.

—¡Mamá! ¿Dónde está mi libro de la biblioteca?

Era Millie.

Susan intentó reprimir el sentimiento de culpa por haberse tomado cinco minutos para salir, no solo de su casa, sino de su papel de madre. Se aclaró la garganta y guardó el teléfono en un cajón.

—Está justo aquí, cariño.

—¿Dónde?

—En la cocina. —El libro estaba sobre la mesa, a su lado.

Millie entró con las coletas, que Susan le había recogido, hechas ya un desastre.

—Me voy a meter en un lío si no lo llevo.

—No, no lo harás. —Susan cogió el libro y se lo ofreció a su hija —. ¿Dónde está tu mochila?

Millie frunció el ceño.

—Pensé que lo sabrías tú.

Susan contuvo la irritación. Señaló la mochila, que su hija había tirado en un rincón de la cocina la noche anterior.

—Gracias, mamá.

Susan sonrió. A sus once años, Millie pasaba de ser una preadolescente sabelotodo e insolente a parecer, como hoy, una niña de guardería otra vez.

—No te olvides el almuerzo —le recordó Susan. Señaló la fiambrera sobre el mostrador.

—Sí. —Millie la metió en su mochila sin importarle que aplastara el libro de la biblioteca que acababa de meter debajo.

—¿Estás lista? —Susan cogió sus llaves. El colegio estaba a un kilómetro y medio, un agradable paseo por Clifton, uno de los suburbios más deseados de Bristol. Esta casa había pertenecido a los padres de Susan. Su marido, Archie, a pesar de tener un buen trabajo en la universidad nunca había tenido un duro; no habría podido poner un techo sobre sus cabezas.

Al pensar en Archie, su mirada se dirigió al cajón donde había escondido el teléfono. Sus pensamientos cambiaron a Tony, y algo en su interior se ablandó.

Abrió el cajón y se metió el móvil en el bolsillo de la falda.

—Vámonos.

Millie se detuvo ante el espejo del vestíbulo, intentando en vano alisarse el pelo.

—Quizá debería peinarte justo antes de salir de casa —dijo Susan. Pero ni siquiera eso sería suficiente. En realidad, debería hacerlo cuando estuvieran en la puerta del colegio si quería que su hija empezara la jornada escolar con aspecto medio presentable.

Abrió la puerta de su casa. Dos hombres con uniformes policiales se dirigían hacia ella.

Susan se llevó la mano a la garganta.

—Hola —dijo con voz entrecortada—. ¿Puedo ayudarles?

El mayor de los dos policías la miró con preocupación.

Conocía esa mirada. Sintió que se le revolvía el estómago.

Millie cerró la puerta de golpe.

—¿Mamá?

Susan agarró la manga de la rebeca de su hija, sin apartar los ojos de los dos policías.

—¿Es usted Susan Weatherton?

Ella asintió.

—¿Sería posible entrar en su casa?

Miró calle arriba y calle abajo. El viejo señor Gill, el vecino, habría visto el coche de policía aparcado unas puertas más allá. Seguro que estaba ya en su ventana, espiando a través de las polvorientas cortinas de encaje.

—Tengo que llevar a mi hija a la escuela. Se nos hace tarde.

El agente arrugó los ojos. Su expresión pasó de la preocupación a la lástima.

Ay, Dios.

Susan apretó con fuerza la rebeca de Millie.

—Es sobre su marido, Señora Weatherton. Me temo que esto no puede esperar.

Susan sintió que apenas podía respirar. Solo había una razón para que la policía apareciera en su puerta tan temprano.

Tragó saliva y murmuró:

—Será mejor que pasen.

CAPÍTULO CATORCE

EL EQUIPO de excavación arqueológica ocupaba una casa adosada con fachada plana en West Street. La fachada del edificio lindaba con la estrecha acera, donde Lesley y Dennis se encontraban ahora. Tuvieron que apartarse en varias ocasiones para dejar pasar a transeúntes mientras esperaban a que les abrieran la puerta.

—Quizá no hay nadie —sugirió Dennis.

Lesley señaló hacia arriba.

—Vi moverse esa cortina cuando llegamos.

—Vale. —Procedió a golpear la puerta.

Lesley frunció el ceño con desagrado. La joven a la que habían venido a ver era una testigo, por ahora. Había pasado por un calvario y, por lo que Lesley había visto de ella ayer, se encontraba en un estado emocional frágil.

Por fin, la puerta se abrió. Lesley hizo un gesto a Dennis, que mostró su placa.

—Soy la inspectora Clarke, este es el sargento Frampton. Tú y yo nos conocimos ayer.

Layla la miró fijamente. Su piel estaba menos pálida que en la escena del crimen, pero, dados su cabello rubio y sus extremidades delgadas, seguía teniendo un aspecto etéreo. Lesley pensó que, si esta mujer había asesinado a su novio, no habría sido capaz de moverlo. Encajaba con la teoría de Gail.

—¿Cómo estás, Layla? —comenzó Lesley.

—Mejor. Me dieron el alta enseguida.

—Muy bien. ¿Podemos entrar?

Layla miró hacia el interior de la casa y luego hacia los agentes. Se encogió de hombros.

—Por supuesto.

—Gracias —dijo Dennis. Arqueó las cejas esperando a que Layla se apartara y entró en la casa. Lesley lo siguió con la mirada fija en el rostro de Layla.

Layla cerró la puerta principal y se quedó de pie junto a ella, tirando de la manga de su blusa de flores.

—Siento el desorden.

A Lesley le pareció que la sala no estaba tan mal. Había un periódico en el suelo junto a un raído sillón verde y un plato con unas tostadas a medio terminar en el sofá. Aparte de eso, solo había una cómoda estrecha y un taburete bajo con libros apilados. No había mesa de centro; no había espacio. Tampoco había televisión.

Lesley sorteó el sofá y tomó asiento en él. Trasladó el plato de tostadas al taburete de los libros. Dennis escogió un sillón. Detrás de él había una puerta que daba a una pequeña cocina y, a un lado, una empinada escalera de madera.

—Acogedor —comentó Dennis mientras intentaba acomodarse en su asiento.

Lesley palmeó el sofá a su lado. Layla seguía junto a la puerta, mordisqueándose un mechón de pelo.

—No mordemos —dijo Lesley—. Puedes sentarte.

Layla le dedicó una sonrisa tensa y se encaramó al otro extremo del sofá, junto a la silla de Dennis. Este cogió el periódico, lo dobló y lo colocó en el brazo de su silla. Lesley lo miró con el ceño fruncido.

—No hay nadie más en casa —dijo Layla—. Crystal ha bajado a los Anillos, el lugar de la excavación. Patrick... No sé dónde está Patrick.

—No pasa nada —le dijo Lesley—. Es contigo con quien queríamos hablar.

Layla agarró su manga con más fuerza.

—Sé que esto es difícil, Layla. Pero necesito que me describas lo que pasó ayer.

—Vale.

—¿Puedes empezar contándonos por qué estabas en la excavación? —Lesley le hizo un gesto a Dennis, que sacó su bloc de notas y empezó a escribir.

—Normalmente no iría, ya que era domingo. —A Layla le temblaba la voz—. Pero yo... tuve una discusión con Patrick.

—¿Patrick Donnelly? —preguntó Dennis.

—Sí. Llegué a casa de hacer unas compras. Lo vi en mi habitación, la que compartía con Archie. Estaba fisgoneando en nuestras cosas. —Sorbió por la nariz—. Me echó la bronca por el desorden.

—¿Te echó él la bronca? —preguntó Lesley—. ¿No debería ser al revés?

—Lo encontró husmeando en su habitación —explicó Dennis.

Unas pequeñas manchas rojas aparecieron en las mejillas de Layla.

—Volví abajo antes de que me viera. Hice mucho ruido para que supiera que estaba de vuelta en casa y luego volví a subir. No quería enfrentarme con él.

—¿Habías visto al señor Donnelly revisando tus pertenencias antes? —quiso saber Lesley.

—Eso es lo interesante. No estaba revisando mis cosas.

Dennis levantó la vista.

—Acaba de decir...

—Estaba revisando las cosas de Archie —sugirió Lesley—. ¿No es así, Layla?

Las manchas rojas se intensificaron.

—Archie y yo manteníamos nuestras cosas separadas. Patrick estaba revolviendo en su mesita de noche.

—¿Encontró algo? —preguntó Dennis. Lesley volvió a fruncir el ceño.

Layla se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo no...

Lesley se inclinó hacia ella.

—¿Has tenido oportunidad de revisar las pertenencias de Archie desde su muerte?

—Iba a hacerlo. Pero cuando llegué a casa anoche, no pude...

—Entiendo —afirmó Lesley. Se dirigió al sargento—. Vamos a necesitar que venga un equipo forense.

—Gail Hansford ya está en la escena del crimen.

—¿No tenemos más de un equipo de CSI?

—Hay uno en Weymouth, pero...

Lesley suspiró. Podrían continuar esta conversación más tarde. Se volvió hacia Layla.

—Así que subiste por segunda vez y ¿dónde estaba Patrick?

Layla miró hacia la puerta que daba a las escaleras.

—En el rellano. Supo que había regresado a casa.

—¿Sostenía algo en las manos? ¿Lo viste llevarse algo?

—No.

—Vale. Así que discutiste con él sobre el estado de tu habitación. ¿Qué hiciste entonces?

Los ojos de Layla brillaban con lágrimas.

—Yo no lo maté, ¿sabes? Yo amaba a Archie. Lo amaba de verdad.

—No he dicho que lo hicieras.

—Sé lo que estás haciendo. Intentas montar una línea de tiempo. Investigar mis movimientos.

—Solo queremos saber cuándo y cómo lo encontraste —le dijo Lesley.

—Le convendría cooperar —añadió Dennis.

Lesley apretó los dientes.

—Continúa —dijo Lesley sin más—. Cuéntanos qué pasó después.

—Salí de casa. Quería alejarme de Patrick. Estaba enojada porque Archie se había ido a Londres temprano. Solo quería...

—Espera —la interrumpió Lesley—. Acabas de decir que Archie se había ido a Londres temprano.

—Tenía una reunión el lunes. —El rostro de Layla se nubló—. Hoy. Algo sobre la financiación de la excavación.

—Y ¿cuándo salió de casa para ir a Londres?

—El sábado por la mañana.

—¿Eso era normal para él?

Layla se encogió de hombros.

—A veces se iba el fin de semana, pero odiaba Londres. No tenía… no tenía ningún sitio donde alojarse allí. Por eso yo no entendía por qué se tenía que ir tan pronto.

—Layla, ¿crees que Archie podría haber ido a Londres y luego volver aquí? — preguntó ahora Lesley.

—La reunión no era hasta el lunes.

—Pero se fue a alguna parte.

La joven se desplomó.

—Sí.

—¿Sabes de algún lugar al que podría haber ido?

—Es empleado de la Universidad de Bristol. Supongo que a lo mejor tenía un piso allí. Aunque nunca lo mencionó.

Lesley y Dennis intercambiaron miradas. Lesley pensó en la conversación telefónica que había mantenido con Johnny Chiles cuando venía de la excavación. Johnny había localizado a los familiares de Archie. La policía de Bristol probablemente estaría llamando a su puerta ahora mismo.

—¿Te dijo Archie que tenía familia en Bristol? —continuó Lesley.

La mano de Layla se detuvo en su manga.

—¿Sus padres? Creía que habían muerto.

—No, sus padres no.

Layla negó con la cabeza.

—Archie tenía una esposa en Bristol. —Lesley observó con atención a la joven—. Su nombre es Susan.

Layla alzó la mirada.

—No, no es posible. Eso es... Lo habéis entendido mal.

—Una hija pequeña también —dijo ahora Dennis. Su tono era duro—. De once años.

—Pero... —Layla los miró a los dos.

—Lo siento, Layla —dijo Lesley—. Parece que Archie te estaba mintiendo.

CAPÍTULO QUINCE

—¿NO lo sabías? —preguntó Lesley a la joven.

—Me dijo que estaba divorciado. Nunca mencionó nada de una hija.

Lesley entornó los ojos. Tendrían que hablar con los demás de la casa, averiguar si Layla decía la verdad.

Si Layla sabía que Archie estaba casado y habían discutido por ello, entonces tal vez...

—Mencionaste que Archie y tú tuvisteis una discusión —continuó Lesley.

—Yo quería que esperara hasta el lunes por la mañana para ir a Londres. Tenía tiempo de sobra y yo le habría llevado a la estación. —Levantó la vista—. A veces me dejaba conducir su coche. No era la primera vez que se iba el fin de semana. Otras veces había ido a reuniones con el decano en Bristol, a una visita a un yacimiento en Avebury. —Hizo una pausa—. Iba a casa con su esposa, ¿no?

La joven parecía a punto de llorar. Lesley cambió de posición los pies. En Birmingham había tenido un equipo más grande que la protegía de la necesidad de interrogar a testigos. Los sospechosos que se ponían sentimentales la molestaban.

—La policía de Bristol ya habrá visitado a la señora Weatherton —dijo Dennis—. Imagino que estará muy afectada.

Layla asintió.

—Si lo hubiera sabido... —Se secó la cara con la manga, cada vez más húmeda—. ¿Once años, dices?

Dennis la miró.

—¿Cuántos años dijo que tenía, señorita Ford?

Parpadeó.

—Veinte. Archie pensó que yo tenía...

—¿Le dijiste que eras mayor? —quiso saber Lesley.

—No lo hice..., simplemente todos aquí lo asumieron.

«Qué conveniente», pensó Lesley. Se preguntó si Crystal Spiers, como directora del equipo, sabría la edad real de Layla.

Lesley se tiró de los dedos, haciendo crujir los nudillos. Tenía hambre y quería encontrar a los otros dos habitantes de la casa antes de que desaparecieran sin dejar rastro.

—Volvamos a los acontecimientos de ayer. ¿Fuiste directamente de casa a la excavación?

—Sí. Era el único lugar al que se me ocurrió ir. Pensé que, tal vez, si hacía algo de trabajo, me distraería.

—¿Era normal que los miembros del equipo trabajaran solos?

—Normalmente somos un grupo: nosotros cuatro, más algunos estudiantes de la Universidad de Bournemouth. A veces también un par de voluntarios del National Trust. Quizá, si necesitamos un especialista de algo en concreto, viene uno si está disponible. —Se frotó la cara—. Cambia cada día. Pero ayer fue la primera vez que estaba allí sola.

«Excepto que no estabas sola» pensó Lesley.

—Describe lo que pasó cuando llegaste al lugar.

—Estaba vacío. Había un hombre más adelante en el campo, paseando a su perro. Se supone que no se pueden llevar perros sin correa por esos campos, pero me fijé porque su perro estaba persiguiendo conejos. Sería un turista, seguramente.

Lesley miró a Dennis, que seguía escribiendo. Localizar al hombre con el perro sería una prioridad.

—¿Y después qué?

—Entré primero en la otra carpa, la más pequeña. Ahí es donde he estado trabajando con Patrick. —Se estremeció—. Me di cuenta de que no tenía equipamiento conmigo, ninguna herramienta. Lo guardamos todo aquí en casa. Hay un cobertizo. —Señaló hacia la parte trasera de la casa.

—¿Qué hora era?

Layla frunció el ceño. Había palidecido y su piel parecía casi translúcida otra vez.

—Sobre las tres, creo.

—¿Qué hiciste después?

—Me había dado un calambre en el pie, salí y lo sacudí. Decidí echar un vistazo rápido en la carpa grande y luego ir al pub. Desconectar un rato.

—Así que fuiste a la carpa principal...

Una inclinación de cabeza.

—Y él... Archie estaba allí. —La voz de Layla se entrecortó.

—Describa lo que vio. —Dennis se subió las gafas a la nariz y reanudó su toma de notas.

Layla miró de él a Lesley, con los ojos llorosos.

—Había moscas. —Se sobrecogió—. Una lona. La levanté. Ojalá no hubiera... —Se secó la mejilla—. Estaba de espaldas a mí. Su cabeza...

Apoyó la mano en el sofá y arañó ligeramente la tela.

—Yo... me arrodillé. Lo agarré del brazo y le di una sacudida. Pero su cabeza... La herida... —Cerró los ojos, le temblaban las manos—. No puedo quitármela de la cabeza.

—Y después, ¿qué? —espetó Dennis. Lesley lo miró; tendrían que hablar seriamente sobre técnicas de interrogación cuando salieran de allí.

Layla lo miró. Tenía los ojos apagados, como si le costara concentrarse.

—Me di cuenta de que no podía hacer nada. Salí corriendo de la carpa. Debí de gritar. —Miró a Lesley—. Y entonces llegaste tú.

CAPÍTULO DIECISÉIS

SUSAN COLGÓ su segunda llamada de la mañana, intentando no pensar en la primera.

La señora Hancock, administradora del colegio de Millie, había sido amable pero entrometida. Nadie en la escuela conocía a Archie. Su trabajo lo llevaba a recorrer todo el país y, a veces, también el extranjero. Habían elegido una casa cerca de su universidad, pero Susan se preguntaba a menudo por qué se habían molestado. De hecho, a menudo se preguntaba si el personal de la escuela pensaría que Archie era solo producto de su imaginación y la de Millie.

Ya no.

Subió las escaleras arrastrando los pies, con las piernas pesadas. Los agentes de policía habían sido amables y le dieron la noticia con la mayor delicadeza posible, dadas las circunstancias: voz baja, tono respetuoso, sombreros en el regazo. Más tarde vendría un agente de relaciones familiares. Posiblemente también miembros del equipo de investigación de delitos graves.

Delitos graves.

Susan subió al último escalón y se metió el puño en la boca. Quería meterse en la cama, enterrarse bajo el edredón y hacer como si hoy no hubiera existido.

—Mamá, ¿qué quería la policía? —Millie se puso a su lado, con cara de preocupación. Que dos policías de uniforme se presentaran en tu puerta justo antes de salir hacia el cole era una experiencia aterradora para cualquier menor—. ¿Vamos al cole ahora?

—Tienes el día libre. —Susan no podía mirar a su hija a los ojos.

—¿De verdad? ¡Qué guay!

Millie entró corriendo en su habitación, sin pensar en los policías. Se tiró en la cama y cogió el móvil.

Susan quería protegerla. Darle la alegría de un día libre sin la angustia de saber por qué. Podría llevarla al centro, comprarle un helado en Oliver's. Tal vez incluso ir a Weston, al parque de atracciones. Pasar un último día juntas antes de que el mundo de Millie se derrumbara.

Millie se paró en la puerta.

—Le he mandado un mensaje a Hayley. No contesta. ¿Estás segura de que tenemos el día libre, mamá?

Susan se irguió. «Sé fuerte». Sonrió de manera tenue a su hija y miró hacia el dormitorio.

¿Dónde debería hacerlo? Sabía que este sería un momento que Millie recordaría para siempre. La habitación donde ocurrió estaría siempre asociada a él.

Cogió la mano de la niña.

—Ven abajo, cariño. Tengo algo que decirte.

CAPÍTULO DIECISIETE

—¿DE qué iba eso? —Lesley le preguntó al sargento Frampton mientras cerraba la puerta de la casa tras ellos.

Le dirigió una mirada mordaz y echó a andar hacia el aparcamiento. Ella le siguió el paso.

—Trataste a esa mujer con demasiada dureza —dijo Lesley—. Es una testigo, no una sospechosa.

Se detuvo y se volvió hacia ella.

—Lo sé.

—Entonces, ¿a qué viene ese tono? Necesitábamos ganarnos su confianza para que se abriera.

—Es una mentirosa, señora. —Reanudó la marcha.

—Ya te he dicho que no me trates así. ¿No crees su descripción de los hechos?

—No es eso. No es mucho más que una niña que finge tener veintitantos años. Liada con un hombre lo bastante mayor como para ser su padre.

—Archie tenía treinta y siete.

—Su hija es solo ocho años más joven que ella.

—Eso no es relevante. Y creo que estarás de acuerdo en que fue Archie el que mintió.

Llegaron al aparcamiento. Mike Legg estaba sentado en el coche patrulla junto con la agente Abbott.

Dennis puso una mano en el brazo de Lesley. Ella se estremeció.

—Jefa, se acostaba con un hombre casado. Mintió sobre su edad. Y seguramente les contó una versión bastante cuestionable de sí misma a sus colegas. Layla Ford tiene una moral dudosa.

Lesley soltó una carcajada.

—¡Me cago en la leche, Dennis! Si sospechas que todos los que se follan a alguien que no deberían acaban matando, tendríamos más gente en la cárcel que paseando por la calle.

—Por favor, no uses ese tipo de lenguaje.

Reprimió otra carcajada.

—¿Qué lenguaje? ¿Follar?

Frunció el ceño, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un bloc de notas. No era el negro de la policía, sino uno azul claro. Escribió algo en él.

—¿Qué es eso? ¿Qué estás escribiendo?

Se lo enseñó. Ella leyó: palabrotas, más dos blasfemias.

—Dios mío, Dennis. ¿No solo tienes una hucha de palabrotas, sino que también llevas un puto bloc de notas?

Sus ojos se abrieron de par en par. Se humedeció los labios y volvió a escribir. Lesley resistió el impulso de arrebatarle el cuaderno de las manos.

—Lamento que no compartas mis, bueno nuestros, valores morales, inspectora. Sé que de dónde vienes...

—No es cierto, Dennis. Vengo de Birmingham, no del maldito Buckingham.

A Frampton se le ensancharon aún más las fosas nasales.

—No voy a cambiar mi forma de hablar, sargento; eso debe quedar claro si vamos a trabajar juntos. Ya sé que operáis a un ritmo diferente por estos lares, y tienes una... ¿cómo decirlo? Una visión del mundo diferente. Sé que tendré que acostumbrarme a eso. Ya he aprendido a decir CSI en vez de FSI, ¿no?

—Jefa, no es eso…

Lesley levantó una mano. Por encima del hombro de Dennis, pudo ver que Mike salía del coche. La agente Abbott y él se estarían preguntando qué demonios estaba pasando.

—Entonces —continuó Lesley—, vas a volver a meter ese bloc de notas en tu bolsillo. Te habrás dado cuenta de que no he dicho

ninguna palabrota en esta última frase, aunque, créeme, he estado muy tentada de hacerlo. Vamos a dejar esta conversación atrás como si nunca hubiera pasado. Y yo voy a fingir que esa hucha tuya no existe.

—Es por una buena causa, jefa. El dinero es para mi iglesia…

—¿Me estás escuchando o no? Porque estoy a punto de exponer una cuestión mucho más importante que cualquier tontería sobre mi uso del anglosajón.

Mike estaba a unos pasos. Miró entre Lesley y Dennis, moviéndose sobre sus talones.

—Dime, Mike —estalló Lesley—. ¿Qué pasa, que no puede esperar?

—Quería ponerte al día, jefa. —Mike parecía desear no haber salido nunca del coche—. La agente Abbott y yo fuimos al lugar de la excavación. Hablamos con Crystal Spiers. Y nos dijo dónde está Patrick Donnelly.

—¿Dónde?

—En el Greyhound. Abren temprano para desayunar.

—Lo sé. —El pub Greyhound estaba cerca del salón de té desde donde había oído a Layla ayer—. Acércate un momento. Quiero que prestes atención a esto también.

Mike miró a la agente Abbott en el coche.

—Esto... bueno. —Dio un paso adelante.

—A ver —comenzó Lesley—. Ha salido a la luz cierta información sobre Layla Ford que el sargento Frampton, aquí presente, considera cuestionable moralmente. En mi opinión, nos dice más sobre el tipo de hombre que era la víctima, pero no está aquí para defenderse.

Mike miró a Dennis, cuya mirada se dirigió justo por encima del hombro de Lesley, hacia el castillo.

—Quiero dejar algo muy claro —continuó Lesley—, y es que no hacemos suposiciones sobre testigos o sospechosos. Si sacamos conclusiones sobre los motivos, comportamientos o estados mentales de las personas que interrogamos, deben basarse en pruebas. —Miró a Dennis—. No en nuestra opinión sobre el tipo de persona que eran.

—Por supuesto, jefa —dijo Mike—. Lo que hacemos es construir el caso.

Lesley sonrió. Por fin, uno de esos paletos hablaba su idioma.

—Me alegra que lo entiendas, cabo Legg. ¿Dennis?

Frampton se aclaró la garganta.

—Sí, jefa. Lo recibo alto y claro.

Lesley lo miró con los ojos entrecerrados. ¿Había sarcasmo en su «alto y claro»? ¿De verdad Dennis era capaz de ser sarcástico?

Decidió darle el beneficio de la duda.

—Muy bien. Entonces sigamos con la búsqueda de nuestro asesino.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—ENTONCES —dijo Lesley—, ¿interrogasteis a la señora Spiers?

—¿Que si la interrogamos? —preguntó Mike.

—Sí, ¿le preguntasteis dónde estuvo ayer? ¿Establecisteis una coartada?

—Estaba teniendo una bronca con los investigadores de la escena del crimen. No era...

Lesley apartó la mirada de Mike, en dirección al castillo. «No pierdas los papeles con él». Era el primer día, necesitaba hacer amigos.

—Bien, cabo Legg, ¿dónde está Crystal ahora?

—Todavía en la escena del crimen. Observando.

—En ese caso, tú y yo vamos a ir a hablar con ella.

—Jefa. —Parecía a punto de saludarla al estilo militar. Lesley se volvió hacia Dennis.

—Tú y la agente Abbott id a entrevistar a Patrick Donnelly. Quiero saber si tenía un motivo para matar a Archie, qué hacía en su habitación y si tiene coartada.

—Aún no tenemos la hora de la muerte —respondió Dennis.

—Cierto. ¿Cómo vamos con la autopsia?

Dennis y Mike intercambian miradas.

—¿Qué pasa? —preguntó Lesley.

—Es el doctor Whittaker. Lo llamaron para otro asunto ayer. Probablemente empiece hoy; se quedará tarde para compensar. —Dennis parecía avergonzado.

—Tiene una víctima de asesinato en sus manos y él... No importa. Dime cuando sepas sus planes. Quiero estar presente.

—Jefa.

—Bien. Venga, entonces, Mike. Dennis, os veo a ti y a la agente Abbott aquí dentro de poco.

—Sobre eso...

Lesley levantó un dedo.

—La agente Abbott estuvo aquí ayer. Es brillante y buena con el público. No la voy a tener sin hacer nada en el coche porque a ti no te guste involucrar a los patrulleros en las investigaciones.

La miró fijamente.

—Señora.

Lesley hizo un gesto a la agente Abbott para que saliera del coche.

Ella se apresuró hacia ellos y luego se dirigió al pueblo con Dennis; ninguno de los dos parecía cómodo. Los transeúntes se volvían para mirar su uniforme, intrigados.

—La mayor emoción que este pueblo ha tenido en años —dijo Lesley.

—Desde la Guerra Civil, probablemente —añadió Mike.

—¿Eh?

—Hubo un asedio. No te aburriré con eso.

—Gracias a Dios. Vayamos a la escena del crimen.

Cuando llegaron, Crystal Spiers estaba sentada junto al cordón policial, el rostro endurecido.

—¿Señora Spiers? —Lesley se acercó a ella, maldiciendo la hierba tupida. Sus zapatos ya tenían manchas de barro.

—Esa soy yo. —Crystal miró a Mike—. Pero eso ya lo sabes. ¿Dónde está tu compañero?

—Soy la inspectora Lesley Clarke —comenzó Lesley—. El cabo Legg y yo tenemos algunas preguntas que nos gustaría hacerle.

Crystal se echó hacia atrás. Tenía las manos extendidas sobre la hierba detrás de ella y parecía que estaba tomando el sol,

disfrutando de la luz del mediodía. Aparte de la expresión de enfado en su rostro.

—Hablaré contigo si sacas a estos bastardos de mi excavación.

—Es la escena de un crimen —replicó Lesley—. Y seguro que ya le han explicado que no hay nadie más cuidadoso en una búsqueda que los agentes del CSI.

—Pero esto no es una búsqueda, es una excavación arqueológica. Cualquier cosa que muevan amenazará la integridad de nuestros hallazgos.

—No hemos removido la tierra dentro de la carpa. —Gail estaba fuera de la carpa donde habían encontrado el cuerpo de Archie—. No tiene por qué preocuparse.

Crystal se levantó.

Gail se puso las manos en las caderas.

—Mire, señora. La mayoría de las pruebas que hay son salpicaduras de sangre. Su compañero tiene un... Bueno, no necesita saber los detalles. Pero queremos preservar las pruebas tanto como usted. Estamos midiendo, fotografiando. Triangulando.

—Estás pisando tierra donde podría haber artefactos importantes justo bajo el nivel del suelo.

Gail se quitó los guantes y se frotó las manos.

—Este campo es un sendero público. La gente lleva siglos pisándolo. Y estamos usando placas protectoras. Es el único sitio donde nos paramos.

—Gracias, Gail —interrumpió Lesley. Esta discusión podría ser eterna. Miró hacia la hierba. Ni de broma iba a sentarse en ella con su falda de color melocotón—. Gail —llamó a la mujer antes de que volviera a entrar en la carpa—, ¿nos prestas tu coche?

Gail frunció el ceño.

—¿Vas a alguna parte?

—Solo quiero un lugar para sentarme.

—Vale. —Gail lanzó sus llaves a Lesley—. Pero no vayas a ensuciarlo.

Lesley había estado en el coche de Gail la noche anterior. Sabía que cualquier resto que ella o Mike añadieran pasaría desapercibido en aquel interior lleno de basura.

—No la entretendremos mucho —le dijo a Crystal, y la condujo al coche.

Lesley se sentó en el asiento del conductor, con Crystal a su lado y Mike en la parte de atrás. Estaba rodeado de paquetes de patatas fritas, envoltorios de caramelos y cartones de zumo vacíos.

—Gracias por dedicarnos su tiempo —le dijo a Crystal, que se cruzó de brazos—. ¿Hacía mucho que conocía a Archie Weatherton?

Crystal contempló los árboles que los separaban de la escena del crimen. Se estremeció, como si le hubiera dado un escalofrío.

—Lo conocí en el 2003, en una conferencia. Pero era la primera vez que trabajábamos juntos. Yo me especializo en historia medieval temprana, él es más un tipo técnico. Bueno, era.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con él en este proyecto?

—Dos meses y diez días.

—Es una respuesta muy precisa.

—Tengo buena memoria.

—¿El resto del equipo lleva aquí el mismo tiempo?

—Patrick, sí. Layla vino después. Hace cinco semanas.

—Y en ese tiempo, ¿ella estableció una relación con Archie?

Crystal se encogió de hombros.

—Es un ambiente muy unido. Las cosas tienden a intensificarse bastante rápido.

—¿Usted y Archie mantuvieron alguna vez una relación?

—Dios, no. No me van los hombres jóvenes.

—¿Cómo era su relación con Archie?

Crystal miró a Lesley y luego volvió a mirar a los árboles.

—Buena, supongo. Quiero decir, podía ser un cabrón pesado, pero nos llevábamos bien.

—¿Pesado? ¿En qué sentido?

—Él pensaba que debía estar al mando. Hacía más por conseguir financiación, lo admito. Pero el proyecto era mío. Llevo más de dieciséis años presionando al National Trust para que nos dé acceso para excavar en este lugar.

—Nos han dicho que Archie tenía que haber estado fuera del pueblo este fin de semana. Algo de una reunión de financiación en Londres.

Crystal negó con la cabeza.

—La reunión de financiación era bastante real. Programada para el lunes por la tarde. —Se pellizcó la piel por encima de la nariz—. Tendré que reorganizarla. Pero no había ido a Londres el fin de semana.

—¿Adónde cree que fue?

Crystal se volvió hacia Lesley.

—Tiene una esposa en Bristol. Los demás no lo sabían. Especialmente, Layla.

—¿Pero a usted se lo contó?

—Como ya dije, conozco a Archie de haberlo visto aquí y allá desde hace años. Coincidí con Susan un par de veces. Es simpática, aunque aburrida. Le dijo a Layla que estaba divorciado.

—¿Pero a usted no le dijo eso?

—Los círculos académicos son chismosos. Lo habría sabido.

—¿Y no se lo contó a Layla?

—No es asunto mío.

—¿Cree que hay alguna posibilidad de que Layla descubriera lo de la mujer de Archie?

Crystal se metió los dedos entre las rodillas. Hacía frío a la sombra de los árboles.

—Discutieron el miércoles por la noche. Podría haber sido por eso, supongo.

—¿No lo oyó?

—No sé qué crees que estamos haciendo en esa casa, inspectora, pero respetamos la privacidad de cada uno. Patrick y yo nos fuimos al pub. Nos ahorramos tener que escuchar cómo se peleaban.

—¿Discutían mucho?

—Tenían una relación volátil. Ella es inmadura. Él era nervioso. Se peleaban y luego se reconciliaban. Y puedes creerme, Patrick y yo queríamos escuchar las reconciliaciones aún menos.

Mike se inclinó hacia delante y apoyó su peso en el respaldo del asiento de Lesley. La inspectora había olvidado que estaba allí.

—Si Archie no estuvo en Londres ni en Bristol, ¿dónde estuvo? —preguntó.

Crystal se encogió de hombros.

—Ni idea. Salió de casa temprano el sábado por la mañana. Fui la única que estaba levantada.

—¿Qué hora era? —preguntó Lesley.

—Sobre las seis y media.

—¿Normalmente se iba tan temprano, cuando iba a visitar a su esposa? —preguntó Mike.

—A veces. No era nada fuera de lo normal.

Lesley se aseguró de recordar que interrogaran a Susan Weatherton. Se preguntó cuánto tiempo llevaría llegar hasta Bristol en coche.

—¿Dónde estuvo entre el sábado por la mañana y las tres de la tarde de ayer? —preguntó Lesley a Crystal.

—El sábado estuve en casa la mayor parte del tiempo. Layla y Patrick estuvieron allí por la mañana; luego Patrick salió a desayunar. Layla puede responder por mí hasta las seis y media de la tarde, cuando salí a dar un paseo.

Lesley se preguntó cuánto tiempo había permanecido Layla en su habitación. No habría sabido si Crystal hubiera salido.

Pero entonces, ¿cuál era el motivo de Crystal? Ella no tenía ninguna razón para matar a su colega, ciertamente no en comparación con su esposa y su amante.

—¿Y el domingo? —preguntó Lesley.

—En casita hasta primera hora de la tarde. Luego fui a dar un paseo.

—¿A dónde?

—A Swanage, a caminar por las colinas.

—¿Sola?

—Yo no lo maté, inspectora. ¿Por qué querría hacerlo?

Lesley asintió.

—Gracias por su tiempo. Estaremos en contacto si tenemos más preguntas.

—Preferiría que me devolvieras mi maldita excavación lo antes posible.

Lesley no dijo nada; en su lugar, salió del coche e indicó a Crystal que hiciera lo mismo. Le hizo una seña a Mike y los dos regresaron

al pueblo, mientras Lesley se preguntaba hasta qué punto la historia de Patrick coincidiría con la de Crystal y Layla.

CAPÍTULO DIECINUEVE

DENNIS CAMINABA rápido por West Street, con la agente Abbott pisándole los talones. Cuando llegaron al Greyhound, se volvió hacia ella.

—Hablo yo, que para eso pertenezco al equipo de investigación.

—Lo que usted diga, sargento.

Él asintió. Se apartó de ella y entró en el bar.

El interior estaba en penumbra y el resplandor de la mañana acentuaba el contraste. Una pareja de ancianos con chubasqueros a juego estaba sentada junto a una ventana, disfrutando de un desayuno inglés completo. Dos viejos estaban en la barra, tomando una taza de té. Dennis arrugó la nariz. No entendía por qué alguien iría a un bar antes de la hora de comer, incluso si no se trataba de beber alcohol.

La señora de la pareja de ancianos tocó el brazo de su marido. Él levantó la vista con un ruido seco de su cuchillo, y los dos miraron a la agente Abbott. Ella les devolvió una sonrisa amistosa.

No era la primera vez que Dennis se preguntaba por qué la inspectora le había endosado a aquella patrullera en lugar de a su cabo de mayor confianza, al que había dejado languideciendo en la oficina.

—Habla con el camarero —le dijo a la agente Abbott—. Averigua si Donnelly está aquí. Necesito hacer una llamada.

Salió al patio interior. Estaba a la sombra del castillo, con vistas a sus murallas.

Su llamada fue contestada al segundo timbre.

—Sargento.

—Johnny, ¿cómo te va? Espero que no estés dándote golpes contra la pared del aburrimiento.

—Mentiría si dijera que esto era lo que quería hacer cuando me uní al equipo.

—Lo siento. Me aseguraré de que la nueva jefa no vuelva a hacerlo. ¿Cómo va la investigación de los asociados de Weatherton?

—Su mujer ha recibido una visita de la policía local, como ya sabes. He localizado a su jefa en la Universidad de Bristol, una tal doctora Alman. No estoy seguro de si tenemos que concertar una entrevista con ella.

—Tenemos que hacerlo.

«Todas estas mujeres al mando», pensó Dennis. Desearía que más de ellas fueran como su esposa Pam.

—¿Algo más?

—Nada aún, sargento. Pensé en ver si podía conseguir los registros financieros de Archie. Quizá si tuviera problemas de dinero...

—Esto no fue un suicidio, Johnny, si es por ahí por dónde van los tiros.

—Pensé que era mejor no descartar...

—Has visto las fotos. Una herida en la parte posterior de la cabeza tan severa nunca es autoinfligida. Estamos buscando a un asesino.

—¿Quién cree la jefa que lo hizo?

Dennis frunció el ceño.

—La inspectora Clarke todavía no cree nada. Insiste que debemos mantenernos imparciales. En mi opinión, la novia es sospechosa.

—Layla.

—Se acostó con un hombre casado, Johnny. Mintió sobre su edad. Dios sabe qué más oculta.

—De acuerdo, sargento. Si eso es lo que piensas...

—¿Ya tienes hora para la autopsia?

—El patólogo dice que esta tarde.

—Se lo haré saber a la inspectora.

—¿Alguna otra tarea que quieras que haga, sargento?

Dennis comprobó su reloj.

—Nada más. Tómate el descanso para el almuerzo ahora. Para cuando hayas terminado ya estaremos de vuelta.

—Muy bien.

Dennis colgó y se encontró a la agente Abbott detrás de él, en la puerta del pub.

—¿Qué? —espetó.

—Patrick Donnelly lo está esperando, sargento. Dice que no tiene todo el día.

—Bueno, dado que hemos cerrado su lugar de trabajo, yo diría que tiene tiempo de sobra, ¿no?

Pasó al lado de la agente. Estaba irritado con ella, irritado con su arrogante nueva jefa e irritado consigo mismo. Si al menos el inspector Mackie no hubiera...

—¡Sargento! —Un hombre bajo, con el pelo oscuro y alborotado, le saludó desde el otro lado del pub. Dennis suspiró y se acercó a él, ignorando al señor y la señora Chubasqueros, cuyos ojos seguían cada uno de sus pasos.

—Patrick Donnelly.

—Usted debe ser el sargento Frampton. —Donnelly señaló a la agente Abbott. Tenía un marcado acento irlandés—. Su encantadora colega me contó todo sobre usted.

—Necesito hacerle algunas preguntas sobre Archie Weatherton y sus otros colegas.

—Claro que sí. Estoy encantado de poder ayudar.

Dennis acercó una silla. Este hombre era abierto, afable. No podía imaginárselo husmeando en las habitaciones de la gente.

—Gracias por tomarse la molestia de hablar conmigo. —Dennis ni miró a la agente Abbott, que se había sentado a su lado. ¿Qué sentido tenía traer a una patrullera a un interrogatorio? La chica estaría mejor vigilando el tráfico.

—Es un placer —respondió Donnelly—. Qué tragedia lo del pobre Archie. ¿Puede decirme cómo murió exactamente?

—Me temo que ahora no puedo. Lo siento.

Donnelly asintió con complicidad.

—Por supuesto. Lo entiendo perfectamente, sargento.

—¿Conocía bien al señor Weatherton?

Donnelly torció la boca, pensativo. Respiró hondo.

—Bueno, compartí casa con él durante más de dos meses. Sé qué marca de pasta de dientes usaba. Y sé más de lo que me gustaría sobre sus preferencias sexuales, por lo que he oído de lo que hacía con Layla. Esas casas no están construidas tan sólidas como se piensa.

Dennis no quería saber nada de las inclinaciones sexuales de Archie Weatherton. El hombre debería haberse guardado ese tipo de cosas para su lecho conyugal.

—¿Cómo era su relación con Layla? ¿Suave? ¿Inestable?

Donnelly se rio.

—Tempestuosa, diría yo. Pero ella es una chica tempestuosa. El pobre Archie estaba perdido desde el principio.

Dennis arqueó una ceja.

—¿Qué quiere decir con que estaba perdido?

Los ojos de Donnelly se abrieron de par en par.

—Oh, no me refiero a eso. Ella no lo mató. Al menos, no creo que lo hiciera. Pero eso es cosa suya, ¿no? No, lo que quiero decir es que, cuando ella se fijó en él, estaba acabado. No acabado de verdad. Ahí voy, abriendo la boca de nuevo. Ya sabe lo que quiero decir, ¿no?

Dennis no estaba seguro de lo que Donnelly quería decir. Pero no estaba diciendo que Layla mató a Archie. Eran solo frases hechas, ¿no?

No. Dennis negó con la cabeza. Por lo que había visto, Donnelly no era nada sutil.

—¿Cuánto tiempo llevaba Layla siendo la amante del señor Weatherton? —preguntó.

—La amante. Esa sí que es una buena palabra. Empezó la segunda semana de mayo. Lo recuerdo porque fue cuando empezamos con la segunda trinchera. Fue después de que ella... Bueno, en una semana, más o menos, ya estaban juntos. No estoy seguro de cómo empezó.

—¿Pasó algo importante en su primera semana? —preguntó la agente Abbott. Dennis la miró de forma severa.

Donnelly volvió su sonrisa hacia ella.

—¿Por qué piensas eso?

Miró su bloc de notas.

—Antes dijo «después de que ella», y luego cambió de táctica y dijo: «en una semana más o menos». ¿Hizo Layla algo en esa primera semana? ¿Algo que ver con el señor Weatherton?

Donnelly se inclinó hacia ella.

—Es solo mi forma de hablar, guapa. Mejor ignorarme. —Se volvió hacia Dennis—. Pues anda que soy bueno como testigo.

Dennis le devolvió la sonrisa. Recordó lo que había dicho Layla.

—Layla nos dijo que lo vio en su habitación, la que compartía con Archie.

Donnelly parecía desconcertado.

—No. ¿Cuándo?

—Ayer por la tarde, antes de encontrar su cuerpo. Parecía pensar que estaba buscando entre sus cosas.

Donnelly se metió la mano en la camiseta y se tocó una cadena que llevaba al cuello. Atrapaba el sol bajo que entraba por la ventana: un crucifijo. Dennis se palpó instintivamente el suyo, bajo la camisa abotonada.

—Volvió a casa sobre las dos y media, quizá un poco más tarde. Yo estaba en mi habitación, leyendo un libro. *La biblioteca de Dios*, seguro que no ha oído hablar de él. La oí dar vueltas y luego subió.

—¿Hablaron entre ustedes?

—Me quejé del desorden de su habitación. Había dejado la puerta abierta y podía ver platos sucios dentro. No estaba así cuando Archie estaba en casa, pero teníamos un problema de roedores. Si seguía dejando comida en su habitación... —Se estremeció y luego esbozó una sonrisa—. Me imagino que lo entiende, sargento.

—Por supuesto.

Dennis no tenía ni idea de lo que sería tener un problema de roedores. Su propia casa estaba inmaculada; Pam la cuidaba muy

bien. Jamás había subido comida al piso de arriba en todos los años que habían vivido allí.

—¿Así que no estuvo en la habitación de Layla y Archie? —preguntó la agente Abbott—. ¿No estaba rebuscando entre las cosas de Archie?

Dennis deseó poder darle una patada por debajo de la mesa sin meterse en problemas por acoso sexual. Apretó los dientes.

Donnelly extendió los brazos en un gesto de inocencia.

—La chica miente, sargento.

—¿Algo que hace a menudo? —preguntó Dennis.

Donnelly se rio.

—De verdad, sargento. Usted no tiene ni idea.

CAPÍTULO VEINTE

—¿DÓNDE es la autopsia? —le preguntó Lesley a Dennis mientras volvían al cuartel general.

—En el hospital de Poole —le contestó—. Toma la A351 y la A35 en dirección a Poole y luego sigue las señales. ¿Quieres que te acompañe?

—Vuelve a la oficina. Quiero un informe completo sobre las circunstancias personales y profesionales de Archie Weatherton.

—Jefa, estamos haciendo toda esta investigación sobre Weatherton y sus colegas. ¿No has considerado que podría no haber sido nada de eso?

—¿Cómo es eso?

—Tal vez se metió en una pelea. Molestó a alguien en el pub. Podría ser al azar.

—¿Cuántos asesinatos al azar hay cada año en Castillo de Corfe?

—Ninguno, pero...

—Y en toda la isla de Purbeck en su conjunto?

—A veces, en Swanage...

—¿Cuántos?

—Uno. Hace dos años.

—Exacto. —Puso el intermitente para indicar que abandonaba la A352 y se acercó a la oficina. Empezaba a familiarizarse con las carreteras, al menos con las que iban de Winfrith a Corfe—. No hay nada al azar en lo que le pasó a Archie Weatherton. Las pruebas de la científica no muestran signos de lucha ni salpicaduras de sangre

fuera de la carpa. Quienquiera que lo mató, sabía que estaría allí. Solo tenemos que averiguar por qué estaba allí, y no en Londres o Bristol.

Se detuvo ante la puerta principal.

—Haz salir a Johnny Chiles, ¿quieres? Es hora de que deje el escritorio.

Dennis se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Estás encontrando excusas para trabajar con cada uno de nosotros. Nos estás evaluando.

—Bien hecho, Poirot. Encontraré un hueco lo más cerca posible.

Gruñó y se bajó. De camino a la oficina no habían hablado de la hucha de las palabrotas ni habían discutido sobre la falta de moral de Layla. Pero Lesley sabía que todo seguía ahí, bajo la superficie.

Johnny salió corriendo por las puertas delanteras y se zambulló en el coche.

—Jefa.

—Parece que alguien estaba deseando salir de la oficina.

—Estaba aburrido, jefa. Jodidamente aburrido.

Lesley reprimió una risita. O Johnny estaba mostrando su verdadera cara o intentaba caerle bien. Pronto averiguaría cuál de las dos era.

Cuarenta minutos más tarde, una joven técnica que llevaba unas botas Doctor Martens y bata de laboratorio los condujo a la morgue. Johnny no dejaba de sonreírle, pero ella no picaba.

—Ya ha empezado —dijo la joven mientras abría unas puertas dobles—. Pónganse esto, por favor.

Las batas de laboratorio colgaban de una hilera de ganchos y las botas de agua estaban en el suelo, debajo. Lesley se quitó los zapatos llenos de barro y se calzó las botas. En unos instantes, Johnny y ella estaban listos.

—Por aquí. —La mujer los condujo a través de otra serie de puertas hasta el depósito de cadáveres. Un hombre de pelo blanco grisáceo y ralo estaba de pie junto al cadáver de un hombre que yacía sobre el ancho banco de metal. Ya le habían abierto en canal.

—Doctor Whittaker —comenzó Lesley—, soy la inspectora Clarke. Este es...

—Sí, he oído todo sobre la nueva jefa del norte. Llegas tarde.

—Estábamos entrevistando testigos.

Gruñó.

—Apártate y no estorbes. —Miró a Johnny—. Y si te mareas, por el amor de Dios, lárgate a otra puñetera sala.

Lesley sonrió. Al menos este no era otro tipo obsesionado con las palabrotas. Johnny le dirigió una mirada exasperada que ella no devolvió.

El patólogo examinó el cadáver durante unos minutos en silencio. Extrajo los órganos internos y se los entregó a su colega. Al cabo de un rato se apartó, con las manos en la parte baja de la espalda.

«Una autopsia muy rápida», pensó Lesley.

—Así que querrás saber la causa de la muerte —comenzó el doctor Whittaker.

—Por supuesto —respondió Lesley.

—No hay grandes sorpresas, me temo. El golpe en la cabeza le causó una importante hemorragia intracraneal y daños en la corteza cerebral. Perdió el control total de sus funciones corporales y mentales antes de quedar inconsciente. Y luego, por supuesto, murió.

—¿Cuánto tiempo habría durado cada una de esas etapas?

—¿Cuánto habría durado o cuánto duraron en este caso en particular? —Se inclinó hacia atrás, observando el cuerpo—. El control corporal se perdió casi de inmediato, según mi mejor estimación. Habría caído al suelo como un urogallo en temporada de caza. La pérdida de conocimiento... Bueno, podría haber durado entre un par de minutos y diez.

—¿Es posible que permaneciera tirado en el suelo mirando a su asesino durante diez minutos? —preguntó Johnny.

El patólogo le dirigió una mirada de advertencia: no interrumpir.

—La muerte habría sido más lenta. Quizá una hora, quizá dos.

Johnny silbó. El gesto del doctor Whittaker se crispó. Lesley dio un codazo al cabo: cállate.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Lesley.

El patólogo se limpió las gafas y se apretó el puente de la nariz.

—Cuando asistí ayer a la escena, el rigor mortis aún era evidente, aunque empezaba a desvanecerse. Ahora ha desaparecido casi por completo.

—Lo que sitúa la muerte alrededor de veinticuatro horas antes de que lo encontráramos —confirmó Lesley.

El doctor sacudió la cabeza.

—No es tan sencillo como eso, inspectora. Hay que tener en cuenta la temperatura y las condiciones climáticas después de la muerte. El tiempo ha sido cálido últimamente y había nubes el sábado por la noche, así que la temperatura no habría bajado demasiado durante la noche.

—Hacía doce grados —dijo Johnny.

—¿Acaso eres meteorólogo, hijo?

Johnny levantó su teléfono.

—Aplicación del tiempo. Doce grados el sábado por la noche en Castillo de Corfe.

El médico resopló.

—Bueno, debo inclinarme ante su juicio superior, en ese caso.

Johnny apretó los labios. Lesley echó un vistazo a su teléfono y vio que tenía razón.

Odiándose a sí misma por alimentar el ya considerable ego de aquel hombre, miró al patólogo.

—Teniendo en cuenta la temperatura, ¿cuál es la hora estimada de su muerte?

—Un entorno cálido ralentiza el rigor mortis. El rigor es el proceso de paso del calor de un cuerpo caliente, que ya no es capaz de regular su propia temperatura mediante la circulación de la sangre, a un ambiente externo frío. Si hace calor, esto se ralentiza.

«Esto ya lo sé yo», pensó Lesley.

—¿Hora estimada?

El doctor resopló.

—Entre las nueve de la mañana del sábado y las tres de la tarde del mismo día.

—Gracias.

Eso implicaba que Archie no pudo haber viajado a Londres. Se había quedado en el pueblo, había ido al lugar de la excavación por

alguna razón y lo habían matado allí.

—Pero eso no es lo interesante —dijo ahora el patólogo.

—¿No? —preguntó Lesley.

Él sonrió, sus pequeños ojos se arrugaron. Se preguntó qué clase de hombre sería en su casa. Si había sido así de pomposo en la fiesta de cumpleaños de su nieta.

—No, en efecto —dijo—. Antes de que llegarais tan tarde aquí hoy, hicimos análisis de sangre. Nuestra víctima tenía una concentración anormal de un sedante en su sistema.

—¿Qué sedante?

—Zoplicona. Se usa en pastillas para dormir disponibles solo con receta médica. La dosis normal es de siete miligramos y medio, pero en su sangre encontramos niveles equivalentes cuatro veces esa cantidad.

—¿Tomaba somníferos? —se preguntó Lesley.

—¿Tomó una sobredosis? —preguntó Johnny a su vez.

—Si lo hizo, no fue suficiente para matarlo. Aunque estoy seguro de que ya habías considerado, inspectora, que existe la posibilidad de que las pastillas fueran administradas por otra parte.

—Por el asesino —dijo Johnny.

Lesley frunció el ceño. No tenía sentido. No había indicios de que hubieran forzado o arrastrado a Archie a la carpa. Parecía que lo habían cogido por sorpresa.

Pero los sedantes....

Lesley había instado a su equipo a mantener la mente abierta. Tenía que seguir su propio consejo, también cuando se trataba de las pruebas forenses.

—Vamos, Johnny. Tenemos que hablar con el resto del equipo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LESLEY SE APOYÓ sobre su escritorio mientras Dennis y Mike entraban, uno tras otro, en su despacho. Johnny ya estaba con ella y no se había separado de su lado desde la autopsia.

—Traigamos también a la agente Abbott, si está por aquí. ¿Mike?

Mike se apresuró a salir y se dirigió a la mesa de la agente Abbott. Esta pareció sorprendida, pero contenta.

Lesley la saludó con la cabeza al entrar.

—Espero que no estemos interrumpiendo algo importante.

—Papeleo, señora. Infracciones de tráfico, y un...

—Vale, no hace falta que me cuentes tu vida.

—Sí, señora. —La agente Abbott bajó la mirada.

Lesley movió el tablón desde su lugar junto a la ventana. A lo largo del día, se habían dedicado a añadir fotos del equipo arqueológico y de Susan Weatherton, más imágenes de la escena del crimen y una copia impresa del informe toxicológico. También había un mapa del pueblo Castillo de Corfe en el que aparecían la casa de los arqueólogos y la escena del crimen.

—Recapitulemos lo que tenemos hasta ahora —dijo Lesley—. Johnny, cuéntanos sobre la autopsia.

—Pero tú estabas allí, jefa.

—Ya lo sé, pero el resto del equipo no. Alguien tiene que informarles de lo que dijeron, ¿por qué no lo haces tú?

Johnny se aclaró la garganta y compartió una mirada con Dennis. Se acercó a la pizarra y señaló una foto de la víctima.

—La causa de la muerte fue un golpe en la cabeza. Todavía no sabemos cuál fue el arma. Aún no la hemos encontrado.

Llamaron a la puerta. Gail estaba fuera, con una sonrisa nerviosa. Lesley le hizo señas para que entrara.

—Perdón si interrumpo. Quería poneros al día de lo que hemos hecho hoy.

—¿Has encontrado el arma? —preguntó Lesley, esperanzada.

La expresión de Gail, que había sido animada, cambió.

—No, lo siento.

—Bueno, no pasa nada. Está bien que hayas venido. Johnny nos está poniendo al día sobre la autopsia.

—Ah. —Gail se apoyó en la puerta para escuchar.

—¿Puedo continuar? —Johnny miró de Lesley a Dennis.

—Por supuesto —respondió Lesley.

—Vale, así que... como os iba diciendo, la causa de la muerte es la herida en la cabeza. El patólogo cree que lleva muerto desde el sábado por la mañana.

—Más concretamente, situó la hora de la muerte en un intervalo entre las 9:00 y las 15:00 horas —añadió Lesley.

—¿Así que fue asesinado solo unas horas después de salir de casa? —quiso saber Mike.

—Eso parece —confirmó Lesley—. ¿Qué dice el resto del equipo de excavación que estaban haciendo en ese momento?

La agente Abbott tenía su bloc de notas fuera.

—Patrick Donnelly estaba en el Greyhound. Cuando fuimos esta mañana, estaba desierto, pero quizá estuvo más concurrido el sábado.

—No fue Donnelly —espetó Dennis—. No es un asesino.

Lesley se reclinó en el escritorio.

—¿Asumo que sus inclinaciones morales son más de tu gusto que las de Layla?

—Pues ya que preguntas, sí. El hombre fue abierto y sincero con nosotros. Estaba feliz de responder a nuestras preguntas. Y claramente no pinta nada en esa casa, ya que es un católico practicante.

Mike se aguantó una carcajada. Dennis le lanzó una mirada fulminante. Lesley cogió un bolígrafo y presionó repetidamente la parte superior.

—¿Estaba en misa cuando ocurrió el asesinato? —preguntó la inspectora.

Dennis frunció el ceño.

—Por supuesto que no. Estaba en el Greyhound, sirven desayunos todo el día.

—En ese caso, no veo qué tiene que ver su religión con la probabilidad de su culpabilidad o no.

—Eso habla de su carácter, jefa.

Lesley se dio cuenta de que Gail sonreía en la puerta. Se volvió hacia la agente Abbott.

—¿Tú qué opinas sobre el... carácter de Donelly?

La agente se sonrojó.

—Era simpático, señora. Aunque un poco baboso.

—¿Baboso?

—No dejaba de mirarme... el pecho, señora. Y me tocó la rodilla cuando me levanté para irme.

—¿Esa es tu descripción de un buen ciudadano, Dennis?

—No existe ninguna ley que prohíba mirar a una mujer. Y podría haber rozado fácilmente la rodilla de la agente Abbott por accidente. —Sus ojos se dirigieron a las piernas de la agente y luego rápidamente al suelo.

—Vale. —Suspiró Lesley. No quería otra discusión en público con su sargento—. Layla afirmó que Donnelly estaba husmeando en las cosas de Archie, que lo vio en su habitación. ¿Qué dijo a eso?

—Lo negó, jefa. —La mirada de Dennis era dura—. Dijo que Layla mentía.

—¿Por qué se inventaría algo así? —preguntó la agente Abbott.

—Para desviar las sospechas de sí misma hacia Donnelly —respondió Dennis—. Yo diría que es evidente.

—Así que es su palabra contra la de él —concluyó Lesley.

—No necesariamente —intervino Gail—. Podemos buscar sus huellas.

—La casa del pueblo no forma parte de la escena del crimen —dijo Dennis.

Gail lo miró fijamente.

—Si Layla consiente en que registremos su habitación, entonces podemos hacerlo. Si piensa que podría revelar pruebas de que Patrick Donnelly registró las cosas de la víctima, no dudará en aceptar.

—Y si está mintiendo —añadió Dennis—, no dará su consentimiento. Me gusta esa opción.

«Apuesto a que sí», pensó Lesley.

—Así que esto es todo lo que tenemos de Patrick Donnelly. —Señaló su foto con el pulgar—. Comportamiento inapropiado con las mujeres, hace todo lo posible para hacernos creer que está cooperando, afirma haber estado en el Greyhound el sábado. Tendremos que comprobar esa coartada con quien estuviera trabajando en el pub.

—Puedo hacerlo yo —dijo Mike.

—Gracias. ¿Por qué no nos cuentas sobre Crystal Spiers?

—No creo que se llevara muy bien con Layla.

—¿Por qué no?

—Estaba muy interesada en hacernos saber que Layla y Archie discutían. Describió su relación como volátil.

—¿Y crees que eso significa que no le gustaba Layla?

—Tengo la sensación de que estaba celosa, jefa.

Lesley no había tenido esa impresión en absoluto.

—¿Por qué?

Mike se encogió de hombros.

—Donnelly es diez años mayor que Crystal, treinta años mayor que Layla. Lo que significaba que Archie era el único hombre elegible en la casa. No es de extrañar que las dos mujeres sintieran una cierta rivalidad por él.

Lesley suspiró. Y Mike se había mostrado tan prometedor.

—¿Dijo Crystal que le gustaba Archie? —le preguntó a Mike—. ¿Dio alguna indicación en esa dirección?

—No, pero quedó claro que no estaba contenta con la relación de Archie y Layla. Sabía lo joven que era Layla. Tal vez estaba

resentida...

—Por Dios del amor hermoso. —Lesley se llevó una mano al pelo. Ignoró el carraspeo de Dennis ante lo que él consideraría usar el nombre de Dios en vano—. ¿Qué os dije a todos cuando estábamos en el aparcamiento del Castillo de Corfe?

Johnny levantó la mano.

—Esto… Yo no estaba allí.

—No. Pero esto se aplica tanto a ti como a cualquier otro. ¿Qué dije?

—Que no hiciéramos suposiciones —dijo Dennis.

—Un punto para el sargento. ¿Qué más?

—Pruebas, señora —dijo la agente Abbott—. Que construyéramos el caso basado en pruebas.

—Exacto. —Lesley levantó una mano y empezó a contar con los dedos—. Uno: que Patrick Donnelly sea católico practicante no le convierte necesariamente en un buen ciudadano. Creo que hay bastantes miembros del IRA que comparten ese rasgo.

Dennis abrió la boca para hablar.

—No. —Lesley le detuvo—. Vengo de Birmingham, recuerda. El primer sargento para el que trabajé estuvo en los atentados.

Dennis cerró la boca, con la cara aún roja.

Lesley continuó.

—Dos: por otro lado, que Donnelly te mirara el pecho —hizo un esfuerzo por no dirigir la mirada hacia esa dirección—, agente Abbott, puede convertirlo en un asqueroso. Pero no lo convierte en asesino.

La agente Abbott asintió con los hombros encorvados.

—Tres: solo porque Crystal Spiers y Layla Ford fueran dos mujeres compartiendo casa con un hombre que todo el mundo aquí parece pensar que era el soltero de oro, pero que a mi gusto se parece más a un Ed Sheeran envejecido, no significa que a ambas les gustara. Y tampoco significa que una de ellas lo hubiera matado por eso.

Johnny se aclaró la garganta.

—Lo siento, jefa.

—Disculpas aceptadas. Y volviendo a Layla, y de hecho a la mujer de Archie, Susan Weatherton, en Bristol. —Se volvió hacia la foto de la mujer en la pizarra—. Archie estaba engañando a estas dos mujeres. Aún no sabemos si Susan lo sabía, pero Layla seguro que no, o al menos afirma no saberlo. Esto les da a ambas mujeres un motivo potencial. Pero no dice nada sobre su carácter o sus valores morales.

—Ya lo has dejado claro. —Dennis se había desplazado al fondo de la oficina, con el rostro sombrío.

—En efecto. —Lesley tomó aire. Ahora mismo, añoraba la comisaría de Harborne y las caras familiares de su antiguo equipo: Zoe, Mo, Frank… incluso el cabrón de David Randle—. Entonces. —Se volvió hacia Gail. Una sonrisa jugaba en los labios de la doctora —. Pasemos a las pruebas, ¿de acuerdo? Gail, ¿qué tienes para nosotros?

—Pensé que nunca lo preguntarías—. Gail se acercó a Lesley y le tendió la mano.

Lesley miró la mano y le pasó el rotulador que tenía en la suya.

—Gracias. —Gail continuó con la pizarra. Rodeó una foto del interior de la carpa.

—Salpicaduras de sangre —comenzó—. Hay montones de sangre, que cuando eres técnico forense, es como Navidad y día de Reyes todo en uno. —Señaló la foto—. La dirección de las salpicaduras indica múltiples heridas, pero el primer golpe fue el fatal. ¿Veis las líneas de puntos en el lienzo? Esta, con las salpicaduras más grandes y la clara dirección lateral, fue infligida a la víctima cuando su pulso era fuerte. La salpicadura arterial es posiblemente la más impresionante que he visto. Luego tenemos otros rastros, con diferentes puntos de origen. Todos indicativos de un chorro de sangre arterial, lo que confirma golpes violentos. Tres golpes en total, según las matemáticas.

—¿Matemáticas? —preguntó Johnny.

—Trigonometría, para ser exactos —aclaró Gail—. La utilizamos para calcular el ángulo y la intensidad de la pérdida de sangre, y así determinar dónde estaba la víctima cuando recibió el impacto. —Señaló una foto de la víctima—. El golpe final fue cuando ya había

llegado al suelo. El chorreo es mucho más débil, ya había perdido mucha sangre.

—¿Puedes decir qué arma podría haber sido?

—Hemos encontrado pelo enmarañado con sangre en el suelo y pequeños fragmentos de metal mezclados con ella. Los he mandado al laboratorio. Pero era un artefacto romo, y pesado. Posiblemente un martillo, pero los fragmentos no coinciden con ningún martillo que haya visto hasta el momento.

—¿Una herramienta arqueológica? —sugirió Johnny.

—¿Algo que desenterraron? —añadió Mike.

—No saquemos conclusiones precipitadas —respondió Lesley.

—Tiene que merecer la pena considerarlo —dijo Dennis.

Lesley le hizo un gesto con la cabeza.

—Avísame en cuanto lleguen los análisis del laboratorio —le dijo a Gail.

—Por supuesto.

—¿Crees que el arma era pesada? ¿Podría haberla levantado una mujer de unos cincuenta y cinco kilos? —preguntó Dennis.

—Como Layla —murmuró la agente Abbott. Lesley puso gesto de dolor.

Gail se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Hasta un niño puede levantar un martillo normal, aunque no sería muy preciso con sus golpes.

—Gracias —dijo Lesley—. ¿Algo más? ¿Alguna huella de zapato?

—Lo siento. La hierba está demasiado seca en esta época del año.

—Vale. También tenemos las pastillas para dormir que tenía en la sangre. Johnny, pasaste por alto mencionar eso.

—Lo iba a decir...

—No pasa nada. —Ella lo había interrumpido cuando Gail había llegado. Se volvió hacia el equipo—. Archie tenía cuatro veces la dosis habitual de Zoplicona en su sistema. Sí, yo tampoco lo había oído nunca. Necesitamos saber si le habían recetado ese fármaco o si alguien más en la casa lo tenía.

Observó sus caras. ¿Quién estaba pensando y quién estaba esperando a que le dieran instrucciones?

—Y tenemos que confirmar las coartadas. Tenemos una ventana de tiempo, así que vamos de puerta en puerta preguntando si alguien vio algo. Prioricemos a los vecinos de la casa del pueblo y de las viviendas próximas al camino de la excavación. Y que alguien encuentre al tipo que Layla dijo ver paseando a su perro cuando encontró a Archie.

—¿Y Susan Weatherton? —preguntó Dennis.

—Iré a visitarla mañana, puedes venir conmigo. Asigna tú las tareas de los compañeros, ¿quieres? Tengo una reunión ahora.

Consultó su reloj: eran las seis menos cuarto.

—Señora —dijo la agente Abbott—, ¿todavía me necesita? Es que tengo un montón de papeleo.

Lesley lo recordaba y sabía que había empeorado en los veinte años que habían pasado desde que ella era agente uniformada.

—Puedes irte, agente Abbott. Gracias por tu ayuda.

Dio una palmada.

—¡Venga, fuera de mi oficina! A tomar viento todos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—LESLEY, adelante. —El superintendente Carpenter cerró su portátil y se incorporó en su silla—. ¿Qué tal tu primer día?

—Bien, señor.

—No tienes que ser tan formal. Siéntate. —Indicó la silla frente a la que estaba de pie.

Lesley se sentó y se alisó la falda con las manos. La verdad era que estaba agotada y tenía un fuerte dolor de cabeza, pero no iba a decírselo a su nuevo jefe.

—¿Cómo va el caso Weatherton?

—Estamos progresando bien. Los de la científica han sido útiles. Hemos entrevistado a las tres personas que compartían casa con la víctima. Mañana visitaré a su mujer.

—¿Es sospechosa?

—Vive en Bristol con su hija de once años, así que es poco probable. Estoy investigando los antecedentes de su marido.

—He oído que lo tuyo son las pruebas. Construir un caso.

—Sí, señor. —No le dijo que había tenido que recordárselo a su equipo dos veces hoy.

—¿Pero estás buscando antecedentes?

—Tenemos que identificar quién podría haber tenido un motivo para matarlo, señor. Pero ese es solo un enfoque. Nosotros...

Golpeó con los dedos sobre el escritorio.

—Parece que lo tienes todo bajo control. La pregunta es: ¿puedes manejar una investigación de asesinato tan pronto en tu

nuevo puesto?

—Tengo años de experiencia en este tipo de casos. Muchos mucho más complejos y peligrosos. En la policía de las Midlands...

—Sí, sí. Estoy seguro de que somos poca cosa en comparación con lo que estás acostumbrada. Pero te enviaron aquí para que llevaras un ritmo más lento, si no me equivoco.

—Aprecio el sentimiento, señor. Pero, como he dicho, estoy más que preparada para dirigir una investigación de asesinato. Tenemos sospechosos potenciales saliéndonos por las orejas. Estoy segura de que pronto señalaremos a uno de ellos.

Frunció el ceño.

—Asegúrate de elegir el correcto.

—Iremos donde nos lleven las pruebas.

—Eso es bueno escucharlo.

Se removió en la silla. El despacho de Carpenter era luminoso y moderno, con grandes ventanales a un lado y tres piezas casi idénticas de insípido arte moderno en la pared detrás de él. La luz del sol se filtraba por las persianas venecianas y le daba en la cara, obligándola a entrecerrar los ojos.

—¿Eso es todo, señor?

Abrió una carpeta de su escritorio.

—Has sido convocada.

—¿Perdón?

—De vuelta a las Midlands. Quieren que...

—Pero apenas llevo aquí un día.

—Déjame terminar. Quieren que asistas a una reunión con el superintendente Rogers. El miércoles por la mañana.

—Será un caso en el que estaba trabajando.

—¿Y necesitan que vayas hasta Birmingham? ¿No puedes hacerlo por teléfono?

Lesley tragó saliva. Carpenter acabaría enterándose; mejor que viniera de ella.

—El superintendente Rogers es de Asuntos Internos. Necesitará que haga una declaración sobre un caso en el que estuve involucrada.

—¿Acaso investigabas casos de corrupción policial?

—Me temo que no puedo hablar de ello, señor. Pero me aseguraré de que mi equipo tenga trabajo antes de irme. Estaré en el primer tren de vuelta.

—Seguro que sí. —Cerró el expediente—. He oído hablar bien de ti, Lesley. Espero que estés a la altura.

—Yo también lo espero.

—No me cabe duda. —La miró. La informalidad en la que había insistido al principio había desaparecido. ¿Fue la mención de Asuntos Internos?—. Puedes retirarte —dijo mientras abría de nuevo el portátil.

Lesley salió del despacho con un nudo en el estómago.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

LAYLA SE DESLIZÓ escaleras abajo desde su dormitorio; le dolía todo el cuerpo. Había pasado la mayor parte de la tarde tumbada boca arriba en la cama, con la imagen de lo que vio en aquella carpa dando vueltas por su mente.

Crystal estaba en la cocina, preparando la cena. Habían tenido el día libre, ya que la policía se había hecho cargo del lugar, pero Crystal había ido allí de todos modos. Estaba empeñada en garantizar que no dañaran nada.

Layla se sentó en el banco detrás de la mesa de la cocina sin decir nada. Crystal canturreaba mientras cocinaba. Layla la observaba, preguntándose por la relación entre Crystal y Archie. Se conocían de antes de esta excavación, pero Archie no le había dicho hasta qué punto.

—Crystal.

Crystal dejó caer la cuchara de madera que sostenía y se giró.

—Ay, joder, Layla. ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentada?

—Cinco minutos, más o menos.

—Era una pregunta retórica. Ayúdame un poco, ¿quieres? Necesito a alguien que corte el pan y ponga la mesa.

—¿De verdad hay que poner la mesa? —En casa, la madre de Layla solía poner la comida en un plato y dejaba que Layla decidiera qué hacer con ella.

—Sí, hay que poner la mesa. —Crystal le tiró un paño de cocina —. Vamos, te hará bien hacer algo útil.

Layla se levantó y abrió la vitrina de pino donde guardaban los platos y cubiertos. Con el pecho oprimido, colocó tres cubiertos sobre la mesa.

Se apartó y miró el espacio vacío donde debería estar el plato de Archie.

Crystal le puso una mano en el hombro.

—No le des más vueltas, ¿eh? He hecho espaguetis a la boloñesa, eso te animará.

—Soy vegetariana.

—No es verdad. La semana pasada te comiste las alitas de pollo que hizo Archie ¿o no?

Layla se encogió de hombros. Llevaba tiempo pensando en hacerse vegetariana, pero Archie la había desanimado.

Quizá ahora era el momento.

Se sentó.

—¿Ha hablado la policía contigo?

Crystal se tensó, de espaldas a Layla.

—Así es. Después de haber pisoteado todo el suelo de la excavación.

—Nosotros lo pisoteamos también, todo el tiempo.

Crystal se giró.

—Pero nosotros sabemos lo que estamos haciendo. Si dañan algo importante... —Frunció el ceño—. ¿No hay vino?

Layla miró la mesa que había puesto: vasos, pero nada de beber.

—No creía que fuera apropiado.

—Anda, no digas tonterías. —Crystal metió la mano en la nevera y sacó una botella de Pinot Grigio. La dejó sobre la mesa—. Bebe un poco, y sírveme a mí una copa, ya que estás.

La puerta de la casa se abrió con estrépito y una ráfaga de aire entró en la cocina. Crystal puso los ojos en blanco.

—De vuelta del pub.

Patrick se detuvo en el umbral de la puerta.

—Huele bien.

Crystal le dirigió una mirada asesina.

—Se suponía que era tu turno.

—Ay, diablos, lo siento. —Se acercó al fogón—. Dame, que lo hago yo.

Crystal le apartó la mano de la sartén de un manotazo.

—Ya casi he terminado. Mañana cocinas tú.

—Por supuesto. —Patrick se volvió hacia Layla—. ¿Cómo está nuestra cachorrilla desamparada?

—Estoy bien. —Layla se acurrucó sobre la mesa.

—¿Hablaron contigo los investigadores? —le preguntó mientras ocupaba el asiento de enfrente. Ella se arrastró por el banco, sin querer mirarle a los ojos. Se echó hacia atrás—. Fueron bastante agradables. El tipo al mando no parecía creer que yo pudiera haberlo hecho.

Layla hizo una mueca de dolor. ¿Cómo podía hablar así, de manera tan despreocupada?

—No era un tipo el que mandaba —le corrigió Crystal—. Era una mujer. Una inspectora, nada menos.

—La única mujer que vi yo fue una patrullera. Una cosita muy joven. —Colocó los cubiertos frente a él.

—Paddy, te agradecería que no hablases de las mujeres así... —empezó Crystal.

—Sí, sí. Ya lo sé. Soy un dinosaurio. Que me arresten. —Le guiñó un ojo a Layla, que sabía que era mucho peor que un dinosaurio. Ella metió los pies debajo del banco, alejándose de él.

—Ya está la comida. —Crystal colocó dos cacerolas sobre la mesa de pino, una con los espaguetis y otra con la salsa—. ¿Dónde está el pan, Layla?

—Lo siento. —Layla salió de detrás de la mesa y cogió el pan que ya había cortado.

Crystal se sentó en el banco y se sirvió espaguetis en su plato.

—Necesitaba esto, después del día que he tenido.

—Sentada en tu culo mirando a los polis —comentó Patrick.

—Estaba preservando el lugar de excavación. Me llevó dieciséis años conseguir...

—Sí, sí, ya nos conocemos la triste historia. La pobre Crystal, que se pasó media vida luchando contra el maldito National Trust. Ahórratelo.

Crystal le lanzó una mirada fulminante desde el otro lado de la mesa. Layla se alejó un poco. Iba a caerse del banco si no tenía cuidado.

—¿Qué te pasa? —Crystal le preguntó a Patrick—. Normalmente ocultas lo insoportable que eres detrás de tu encanto irlandés.

Layla contuvo la respiración. Sabía que Crystal y Patrick habían trabajado juntos antes. Años atrás, Crystal había sido la subalterna de Patrick en otras excavaciones. Ahora, ella estaba a cargo.

Patrick se rio.

—Y lo hago muy bien. —Se metió los espaguetis en la boca y miró a Crystal con los ojos muy abiertos. Tragó saliva y se volvió hacia Layla—. Entonces, ¿quién crees que lo hizo? ¿Fuiste tú?

Layla se agarró la rodilla por debajo de la mesa.

—¿Qué?

—Déjala en paz, Paddy —le dijo Crystal—. Si es culpable, eso es para que lo resuelva la policía.

Layla la miró fijamente.

—Yo no lo maté.

—Claro que no, guapa. Yo tampoco. Y Paddy tampoco, si le preguntas.

—No fui yo, agente. —Patrick levantó las manos.

—Ahí lo tienes —dijo Crystal. Se inclinó hacia delante—. Pero alguien lo hizo, ¿no? Sé que esta noche cerraré con llave la puerta de mi habitación.

El ambiente en la cocina se tensó por las implicaciones de lo que Crystal acababa de decir. Layla miró a los otros dos, que le devolvían la mirada.

—No tengo hambre. —Apartó su plato y salió de detrás de la mesa, deseando no haberse sentado a ese lado—. Me voy a mi habitación.

—¡La habitación de Archie también! —gritó Patrick mientras subía las escaleras—. Seguro que la policía querrá registrarla.

Cerró la puerta del dormitorio tras de sí. Cuando había sorprendido a Patrick husmeando allí, no había mostrado nada de su bravuconería habitual. Nunca lo hacía en las raras ocasiones en que estaban solos.

Se estremeció. «No pienses en ello». Las cosas de Archie aún estaban aquí. No lo estarían por mucho tiempo. Aunque la policía no quisiera acceder, su mujer aparecería para llevárselo todo.

¿Qué había estado buscando Patrick? ¿Lo había encontrado? Tenía las manos vacías cuando se topó con ella en el rellano de la escalera.

Layla respiró hondo y abrió el cajón superior de la mesilla de noche de Archie. Necesitaba averiguarlo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LESLEY DEJÓ sus sucios zapatos en el suelo y se hundió de nuevo en el sofá.

No estaba acostumbrada a días así. En Birmingham, desde que la habían ascendido a inspectora, pasaba la mayor parte del tiempo detrás de un escritorio. Pero aquí, con menos personal y ningún subinspector a sus órdenes, tuvo que volver a hacer el trabajo de calle. Pensaba que lo acabaría disfrutándolo, siempre y cuando pudiera convencer a su equipo de que se comportara. Especialmente Dennis.

Le quitó la tapa al curry para llevar que había cogido de camino a casa y tomó el teléfono para llamar a casa. Sonó cuatro veces.

—¿Sí?

—Sharon, cielo. Esperaba que fuera tu padre el que contestara.

—Ha salido. No sé, algo de trabajo.

Lesley hizo una pausa, con el tenedor en el aire.

—¿Estás sola entonces?

—Estoy bien, mamá. Me dejaste volver a casa en tren desde Bournemouth, ¿no?

La chica tenía razón.

—Gracias por tu mensaje.

—Querías saber cuándo llegué. Soy más fiable de lo que crees. Aunque papá está cabreado.

—¿Por qué?

—No sé. Cree que deberías haberme puesto como menor no acompañada, o algo así. Así me tendrían vigilada.

—No sabía que eso era posible.

—Yo tampoco. Pero papá estaba en New Street cuando llegó mi tren. Enviándome mensajes cada dos minutos después de que el tren saliera de Rugby. Ha aprendido a usar WhatsApp.

Lesley se rio. No podía imaginarse a su marido, reacio a la tecnología, en las redes sociales. Ni siquiera tenía cuenta en Facebook.

—¿Qué haces? —le preguntó a su hija.

—Repasando para un examen de francés que tengo mañana. *Je suis, tu es, vous êtes*.

—Espero que tu vocabulario vaya más allá.

—Sí, mamá, no te preocupes. Pero no esperes mucho de mí con el francés, ¿vale?

Lesley tragó un bocado de su Pollo Jalfrezi.

—Tienes muy poca confianza en ti misma, cielo.

—Se llama realismo. Siempre he sido una mierda con el francés, siempre lo seré.

Lesley estuvo a punto de reprocharle el lenguaje, pero un pensamiento sobre Dennis la detuvo en seco.

—¿Quieres saber cómo me ha ido en mi primer día? —Esperaba poder haberlo hablado con Terry. Necesitaba una cara amiga en este momento.

—Lo siento mamá, pero tengo un montón que repasar. Dímelo rápido.

Lesley suspiró. Miró el cartón de comida para llevar; debería coger un plato.

—No pasa nada, cielo. Vuelve a tu trabajo. Dale un abrazo a tu padre de mi parte, ¿vale?

—¿Tengo que hacerlo?

Lesley se rio.

—Dile hola, entonces. Y que me llame.

—Lo haré. —La línea se cortó.

Lesley miró su curry. Estaba soso y aguado, poco apetecible. ¿Qué esperaba de un pueblo en medio de la nada como Wareham?

Lo llevó a la cocina y lo metió en la nevera, que estaba casi vacía, con tan solo un cartón de leche y un paquete de barritas Mars. Mañana se llevaría un par de ellas al trabajo, por si tenía que pasar otro día fuera de la oficina.

Se había fijado en un pub cerca del restaurante de comida para llevar, el Duque de Wellington. Estaba a solo dos minutos andando.

Cinco minutos más tarde, estaba acurrucada en una mesa en un rincón, con una copa de vino tinto delante. Quiso haber pedido una buena pinta de cerveza, pero el ceño fruncido del camarero al señalar los grifos de la barra la desanimó. Así que, en su lugar le sirvieron aquella copa de Merlot amargo. Se preguntó cuánto tiempo llevaría abierta la botella.

Dio un sorbo a su bebida y observó a la clientela del bar. Estaba tranquilo; el hecho de que fuera lunes superaba el que fuera Dorset en junio. Dos hombres estaban sentados en una mesa en el rincón más alejado, hablando en voz baja mientras bebían una pinta de sidra cada uno. Tenían la cara desgastada por el tiempo y el pelo reseco por el viento.

Más allá, una pareja joven estaba sentada en la barra. El chico era delgado, tenía la piel enrojecida y el pelo corto y rubio. No paraba de alargar la mano para tocar a su novia; en la rodilla, el codo, el hombro. La chica, por su parte, estaba rellenita, con el pelo largo y castaño y unos vivaces ojos verdes que brillaban cada vez que él la tocaba. Lesley supuso que aún no se habían acostado, pero que pronto lo harían.

Terminó su vino y se acercó a la barra a por otra copa. Quizá también una bolsa de patatas fritas; sentía hambre de nuevo. A Terry le gustaba insinuarle que comiera más sano, incluso que se pusiera a dieta. Ella lo ignoraba; no era asunto suyo lo que comiera.

El camarero había sido sustituido por una mujer. Sostenía un vaso a contraluz, de espaldas a Lesley. Tenía el pelo grueso y ondulado, casi negro, que le colgaba por encima de los hombros. Lesley se pasó una mano por su pelo corto, rubio y fino.

La camarera se volvió y colocó un vaso de vodka delante de la joven pareja. Miró a Lesley, con los ojos fruncidos. Era mayor de lo que Lesley esperaba, con arrugas en la cara y leves patas de gallo.

—¿Qué te pongo? —preguntó mientras la pareja se alejaba de la barra hacia una mesa.

—Una copa grande de vino tinto y un paquete de patatas fritas sabor queso con cebolla, por favor.

—¿Estás segura? Esa es una combinación letal.

Lesley se rio.

—Estoy hecha de material duro. —Se acarició el vientre. Aquella mujer era probablemente un par de años mayor que Lesley, pero había algo en ella que la hacía sentirse anciana.

—¿Estás aquí de vacaciones? —La mujer colocó un vaso y la bolsa de patatas fritas delante de Lesley—. No tienes pinta de turista.

Lesley aún llevaba la falda color melocotón y la blusa crema, además de los zapatos llenos de barro. Debería haberse cambiado.

—Estoy aquí por trabajo. Acabo de mudarme a la vuelta de la esquina.

La mujer sonrió.

—Quizá nos volvamos a ver, en ese caso. —Se alejó para atender a un grupo de tres mujeres que acababan de entrar.

Lesley la observó un momento. ¿Merecía la pena intentar hacer amigos aquí?

No. Y, si lo era, hacerse amiga de la camarera era un poco cliché.

Agarró el vino y las patatas fritas y volvió a su mesa. Esta sería su última copa; mañana necesitaba estar despejada.

CAPÍTULO VEINTICINCO

LESLEY ABRIÓ la puerta de su despacho y llamó a su colega.

—¿Dennis?

El sargento y los dos cabos levantaron la vista. Eran las ocho y media de la mañana, y le había impresionado que Dennis y Mike estuvieran ya trabajando cuando ella había llegado diez minutos antes; Johnny no tardó mucho en aparecer.

Se sentó detrás de su escritorio. Dennis entró y se sentó frente a ella.

—¿Cuál es el plan de acción para hoy, entonces? —le preguntó.

—Entrevistas a testigos. Susan Weatherton está disponible esta mañana. Necesitamos averiguar más sobre los movimientos de Layla el sábado y establecer coartadas para los otros dos, si las tienen.

—También quiero hablar con el jefe de Archie en la Universidad de Bristol.

—No hay problema. Johnny tiene sus datos.

—Podríamos ponernos en camino, entonces. ¿A cuánto está Bristol de aquí?

—Dos horas, si no hay mucho tráfico. Pero, si no te importa, jefa, creo que es mejor que me quede. Me gustaría coordinar los interrogatorios en el pueblo, y no podemos dejar a los cabos solos.

—De acuerdo. Yo me voy con Johnny; tú, con Mike.

—Estaba pensando...

—Johnny tiene la información sobre las personas a las que queremos entrevistar en Bristol.

—Bueno, no creo...

—Dennis. Si consigues resistir tus jodidas ganas de discutir conmigo cada vez que hay que tomar una decisión, tú y yo nos vamos a llevar muchísimo mejor.

El sargento se llevó la mano al bolsillo, pero no sacó el cuaderno. Ese condenado cuaderno de palabrotas. ¿Podría Lesley moderar su lenguaje si él pudiera controlar su terquedad?

—Muy bien. —Se levantó y cogió su bolso—. Nos vemos aquí a última hora de la tarde. Avísame si pasa algo interesante mientras tanto.

—Sí, jefa.

Dos horas más tarde, Lesley bordeaba el sur de Bristol por la A370. Había dejado conducir a Johnny, contenta de poder descansar. La cama de su casa de alquiler era jodidamente incómoda.

—¿En qué parte de Bristol viven? —le preguntó a Johnny.

—Clifton. Lo tengo en el GPS.

—¿Ya?

—Lo programé cuando salimos de la oficina, jefa.

Miró la pantalla del navegador.

—Tendrás que enseñarme cómo funciona ese chisme cuando terminemos hoy. Parece que siempre quiere enviarme a la otra punta de Escocia.

El cabo sonrió.

—Es solo tecnología, jefa. Si confías en ella, hará lo que le digas.

Lesley gruñó. Doblaron una curva y siguieron un río. El puente apareció delante, muy por encima de sus cabezas.

—Ese es el puente colgante de Clifton —dijo Johnny.

—Lo conozco bien —respondió Lesley—. Estudié a Isambard Kingdom Brunel en el colegio.

Esperó a que hiciera una broma sobre cuánto tiempo hacía de eso. Cuarenta y seis no era tan mayor. Lo bastante joven para haber hecho la Selectividad y no la antigua Reválida.

Giró a la derecha, luego a la izquierda y de nuevo a la derecha, y los condujo a una calle de casas victorianas grandiosas, aunque algo descuidadas.

—Qué bonito —dijo Lesley.

—Bristol tiene uno de los mercados inmobiliarios más caros del país —le explicó Johnny—. Fuera de Londres, claro. Supongo que nuestra víctima valía lo suyo.

—O su mujer.

Encontraron aparcamiento y caminaron hasta la casa de los Weatherton. Una cortina se movió en el ventanal de al lado y un anciano se asomó.

La puerta se abrió y apareció una mujer con la cara roja, el pelo castaño y un aire de solidez. No podía ser más diferente de Layla Ford. Tenía pinta de ser unos años más joven que Lesley, lo que la hacía unos años mayor que su marido.

—¿Señora Weatherton?

—Susan, por favor. Pasen. —Se quedó mirando el ventanal de al lado y la cortina se cerró.

Lesley mostró su identificación.

—Soy la inspectora Clarke, este es el cabo Chiles.

—Los estaba esperando. Por favor, entren.

Siguieron a la mujer por un pasillo oscuro hasta una gran cocina situada en la parte trasera de la casa. Las encimeras estaban abarrotadas de platos sucios y varias sillas estaban cubiertas de ropa tendida.

—Lo siento, normalmente no está así. —Susan cogió una camiseta de niña del respaldo de una silla y la dobló.

—No hace falta que recoja por nosotros —le dijo Johnny. Susan puso la camiseta doblada sobre la mesa.

Una mujer delgada, rubia y con la misma nariz angulosa que Susan apareció en la puerta. Miró a los agentes y luego a Susan.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias, Fi —dijo Susan. Miró a Lesley y continuó—: Esta es Fiona, mi hermana. Sé que enviaron a un oficial de familias, pero prefiero tener a alguien que conozco…

—El agente de relaciones familiares puede ayudar a mantenerla informada de los avances en la investigación —dijo Lesley—. Es buena idea mantenerlos a mano.

Lo que no dijo es que ese agente hacía también de los ojos y oídos del equipo de investigación en la casa familiar. Podían informar de cualquier comportamiento sospechoso.

—Si tengo que aceptar...

—No es una obligación —confirmó Lesley—. Pero es aconsejable.

—Vale. —Susan cogió otra camiseta de una segunda silla.

—Deja, que ya lo hago yo —dijo Fiona—. Tú tienes que hablar con estos agentes. Voy a poner la tetera. —Guio a su hermana a la silla ahora vacía de ropa.

Susan tomó asiento. El enrojecimiento de sus mejillas había desaparecido, sustituido ahora por una palidez blanquecina. Lesley y Johnny ocuparon las sillas frente a ella, ignorando la ropa.

—Gracias por aceptar vernos hoy —comenzó Lesley—. Entiendo que esto no puede ser fácil para usted.

—No creo que tuviera otra elección —dijo Susan.

Lesley intercambió una mirada con Johnny. ¿Testigo hostil?

—La tiene, Susan. Esto no es un interrogatorio formal y no tenemos motivos para obligarla a hablar con nosotros. Pero, como estoy segura de que puede imaginar, sería muy útil para la investigación de la muerte de su marido.

—De su asesinato —murmuró Susan.

Lesley asintió.

—Sí, de su asesinato.

Fiona puso sobre la mesa una bandeja con una tetera y varias tazas. Tomó asiento junto a su hermana.

—Sírvanse.

Lesley indicó a Johnny que le sirviera una taza. Luego sirvió a Susan y Fiona, y finalmente, una para sí mismo. Lesley echó azúcar en el té mientras observaba a las dos hermanas.

—¿Puede decirnos cuándo vio a Archie por última vez?

Susan rodeó su taza con las manos.

—Hace poco más de dos semanas. Vino a casa el fin de semana.

—¿Hacía eso la mayoría de los fines de semana?

Susan se encogió de hombros.

—Depende.

—¿De qué?

Susan suspiró. Miró a Lesley a los ojos.

—De si tenía un lío con alguna mujer del equipo de la excavación.

Johnny tosió, su té bajó por el camino equivocado. Fiona lo miró con el ceño fruncido. No había pestañeado cuando su hermana había mencionado los amoríos de Archie.

—¿Tenía el hábito de acostarse con mujeres con las que trabajaba? —preguntó Lesley.

—Gracias —asintió Susan—, por no tener pelos en la lengua. A Archie le gustaba acostarse con mujeres más jóvenes, y su trabajo le daba muchas oportunidades. —Cogió un pañuelo de una caja que había sobre la mesa y se sonó la nariz.

—¿Siempre con mujeres jóvenes? —quiso saber Lesley.

—Sí.

Fiona puso una mano sobre la de su hermana. Susan se mordió el labio inferior.

—¿Estudiantes? —indagó Lesley.

—Que yo sepa, no. Sabía que le despedirían. Pero a menudo había mujeres veinteañeras en sus equipos. La arqueología no se ha abierto a las mujeres excavadoras hasta hace unos quince años.

—Que usted supiera, ¿había alguna mujer en la excavación del castillo de Corfe?

—Crystal Spiers estaba a cargo. La vi un par de veces, no me caía bien.

—¿Alguna otra mujer?

—Estás hablando de Layla. No sé su apellido.

—Layla Ford —dijo Johnny.

—No me importa cuál era su apellido. Archie dijo que era demasiado joven para él, como si eso lo fuera a parar. Negó estar involucrado con ella.

Susan se tragó el té. Lesley esperó a que continuara.

—Pero sé que mentía —dijo Susan.

Fiona le apretó el brazo.

—Ya no tienes que agobiarte por eso.

Susan sacudió la mano, pero su hermana no la soltó. Lesley se echó hacia atrás.

—¿Cómo sabía que estaba mintiendo?

—Porque ella me lo dijo. —Susan levantó la vista y miró a Lesley a la cara.

—¿Quién se lo dijo?

—Layla.

El bolígrafo de Johnny dejó de moverse por el bloc. Lesley se inclinó hacia delante.

—¿Le habló Layla de su relación con su marido?

—Pensé que no iba a hacer eso. Ella no tenía una relación con él, solo llevaba en la excavación cinco semanas. Se lo estaba follando, la muy zorra.

La mano de Fiona abandonó la de su hermana. Susan cogió su propia mano y la estrechó.

—¿Cuándo se lo dijo Layla? —preguntó Lesley.

La mano de Susan se posó sobre la mesa.

—Me llamó, a mi móvil. Dijo que podía olvidarme de él, que ahora era suyo.

—¿Cuándo ocurrió esto?

Susan cambió de posición. Fiona soltó un largo suspiro y se volvió hacia su hermana. Se inclinó y murmuró al oído de Susan.

Susan levantó una mano para apartarla.

—Fiona dice que debería contratar a un abogado.

Fiona sacó una tarjeta de visita del bolsillo y la puso sobre la mesa.

—Soy abogada de empresa. No puedo representar a Susan en esto. Pero creo que esta entrevista debe terminar ahora.

—¿Por qué? —preguntó Johnny. Lesley extendió una mano para silenciarlo.

—Susan —intentó captar su atención. La mujer les había dejado entrar. Les había dado té. Les había ofrecido información—. ¿Podría decirme cuándo Layla le habló de su relación con Archie?

Susan le devolvió la mirada, con el cuerpo muy quieto.

—Suze... —dijo Fiona en voz baja.

Susan asintió a Lesley.

—Fue el jueves pasado. Me llamó y me contó todo acerca de su «relación» con mi marido. —Hizo hincapié en la palabra relación, pronunciando cada sílaba con claridad.

Fiona se levantó.

—Susan, cállate. Agentes, agradecería que se marcharan.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

DENNIS LLAMÓ a la puerta de la casa del equipo arqueológico. Mike estaba en el Greyhound, buscando a los clientes que habían estado allí el sábado por la mañana. La agente Abbott, gracias a Dios, estaba en alguna parte haciendo lo que fuera que los patrulleros hacían hoy en día.

Layla entreabrió la puerta.

—Ah. Hola de nuevo.

Le dedicó una sonrisa seca.

—Solo quería hacer un par de preguntas más. No le quitaré mucho tiempo.

—Por supuesto. Soy la única que está aquí. Crystal y Patrick están en la excavación. Yo debería haber ido, pero...

Dennis observó la sala. Había una tetera sobre la mesilla y un plato con tostadas en el sofá. Layla llevaba un pijama y una bata. Eran las nueve y media de la mañana.

No se molestó en sentarse.

—Necesito preguntarle dónde estuvo el sábado, entre las nueve de la mañana y las tres de la tarde.

Su expresión expectante se apagó.

—Habéis hecho la autopsia.

—Así es. —No es que fuera a decirle nada al respecto. Ese tipo de información estaba reservada para la esposa de la víctima—. ¿Puede responder a la pregunta, por favor?

—Sí. —Desvió la mirada hacia la cocina—. Bueno, estuve aquí hasta las diez. Los demás también, al menos Crystal. Estaba aquí abajo cuando me fui.

—¿Qué hora era?

—Un poco antes de las diez, creo.

—¿Y estuvo con ella antes de eso?

—No, yo estaba arriba, en mi habitación.

Sacó su bloc de notas.

—Entonces, ¿a dónde fue después?

—Fui a desayunar a la cafetería La Cabra Rosa. Está de camino al castillo.

—¿Alguien la vio allí?

—Mi amiga Caz trabaja allí.

—¿Caz?

—Karen Dawes. Estuvo allí todo el tiempo. Hizo su descanso, charlamos, luego me tomé otro té y leí un libro.

—¿A qué hora salió de la cafetería?

—Sobre las doce y media. Se estaba llenando, así que pensé que lo mejor era dejar la mesa libre.

Dennis arqueó una ceja.

—Volví aquí. Estaba... cansada. Escribí algunos correos, vi una película.

—¿Qué película?

—No me acuerdo. Una de Netflix.

—¿Había alguien más en casa?

—Patrick llegó sobre las dos y Crystal algo más tarde. Diría que a las cinco.

—Así que estuvo sola desde las doce y media hasta las dos.

—Sí, estaba aquí. No estaba matando a Archie. Mírame, ¿crees que podría con él?

—Señorita Ford, ¿Archie tomaba pastillas para dormir?

Ella negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no.

—¿Y usted?

—Dios, no.

—¿Alguna otra persona de la casa que las tome?

—No podría asegurarlo, pero no lo creo.

—Ya sabrá que podemos comprobar los historiales médicos.

—Estoy diciendo la verdad. —Parecía que iba a romper a llorar. Dennis se había encontrado con muchas mujeres que hacían eso. Recurrir a las lágrimas, por el efecto emocional.

—¿Aceptaría que hiciéramos un registro forense de su habitación?

Se puso tensa.

—¿Por qué? ¿No creerá que lo mataron aquí?

—Porque mencionó que Patrick Donnelly había estado rebuscando entre las cosas de Archie. Queremos saber si el señor Weatherton estaba tomando pastillas para dormir. O si escondía algo.

—Como dije, él estaba...

La miró fijamente.

—¿Consiente o no?

El teléfono vibró en su bolsillo. Lo ignoró.

Layla lo miró.

—¿No quieres contestar?

—Puede esperar. ¿Da su consentimiento para que registremos la habitación?

—Sí, lo doy. —Se sentó en el sofá, volcando la tostada al suelo—. ¿Cuándo va a suceder?

—Dentro de muy poco. Voy a pedirle que no vuelva a entrar en su habitación hasta que la hayamos registrado. El equipo de la científica está cerca.

Layla se mantuvo muy quieta, como si no quisiera revelar sus verdaderos sentimientos.

—Voy a salir un momento.

—No. Mejor quédese aquí abajo, conmigo. Ponga la tetera.

—Por supuesto. —Se fue a la cocina. Dennis cogió su teléfono para llamar a Gail Hansford. Tenía un mensaje de voz de la inspectora.

«Dennis, ¿dónde estás? Llámame, tenemos nueva información sobre Layla».

Le envió un mensaje rápido a Gail: «Tenemos el consentimiento. Cuando quieras». Y marcó el número de su jefa.

—Dennis, ¿dónde estás?

Layla hacía ruido en la cocina, aparentando no escucharle. Él sabía que no debía confiar en eso.

—Estoy en la casa del pueblo. Layla Ford está en la habitación de al lado.

—Vale, necesito que le preguntes sobre Susan Weatherton.

—¿El qué en concreto?

—Según Susan, Layla sabía que Archie estaba casado. La llamó el jueves de la semana pasada.

—¿Qué le dijo?

—La hermana de Susan es abogada y cerró la conversación antes de que pudiéramos indagar más, pero parece que Layla le dijo a Susan que estaba teniendo una aventura con Archie.

Dennis cambió de posición para ver mejor a Layla, que vertía agua caliente en una tetera. Pensó en la reacción de la chica cuando le dijeron que Archie estaba casado. La aparente conmoción.

—Sé lo que estás pensando, Dennis.

Cubrió el teléfono con la mano mientras se acercaba a la puerta.

—Es una mentirosa, y además muy convincente.

—Asumiendo que Susan Weatherton no es la que está mintiendo.

—¿Crees que una viuda afligida mentiría sobre algo así?

—No creo nada, Dennis. Habla con Layla, a ver si puedes averiguar cuál es la verdad. Y si ella lo sabía, ¿por qué llamó a su mujer?

—¿Deberíamos leerle sus derechos?

—Creo que aún no hemos llegado a ese punto. ¿Qué tal su coartada?

—Tiene algunas lagunas.

—Vale. Investiga la coartada y llámame. Decidiremos si tenemos que interrogarla formalmente una vez que sepamos qué más tenemos.

—Jefa. —Colgó mientras Layla volvía con la tetera. Llamaron a la puerta detrás de él.

La abrió de golpe.

—Gail.

—Sargento. —Gail había traído a su colega, el que era absurdamente alto—. ¿Por dónde empezamos?

—Por el dormitorio delantero, arriba. Asegúrate de que no se vaya a ninguna parte.

—¿No es ese tu trabajo?

—Necesito hablar con una testigo. —Se escabulló entre la forense y su asistente y se apresuró hacia la cafetería.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—¿DE qué iba eso? —preguntó Susan cuando Fiona reapareció en la cocina. Su hermana había acompañado a los agentes a la salida, deseosa de que Susan no respondiera a más preguntas.

—Lo siento, Suze. ¿Por qué no te sientas?

Susan cerró de golpe el cajón de los cubiertos. Su hermana era cuatro años más joven, casada y sin hijos. Siempre hacía que Susan se sintiera desaliñada y lenta. Hoy no había sido diferente.

—No necesito sentarme. Lo que quiero es que te expliques.

Fiona se sentó a la maltrecha mesa de pino. Las tazas de té a medio terminar de los agentes seguían enfriándose.

—Descubriste que Archie tenía una aventura el jueves, y murió el sábado. Te tendrán como sospechosa.

—Eso es ridículo. Murió en un campo, en medio de Dorset.

—Tendrás que demostrar dónde estuviste el sábado. Proporcionar una coartada.

—Eso será muy sencillo. —Susan se apoyó en la encimera, con la mente confusa—. Estuve de compras con Millie.

—¿Alguien te vio? ¿Tienes recibos?

Susan se unió a su hermana en la mesa.

—Fi, sé que cuando te llamé el viernes por la mañana dije que lo iba a matar. Pero sabes que no lo decía en serio, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Pero también me enviaste un mensaje el jueves por la noche, ¿recuerdas?

Susan sintió un vacío en el pecho.

—Pero yo no...

—Yo lo sé, y tú lo sabes. Pero la policía no te conoce. Ellos...

—Descubrirán que soporté las infidelidades de Archie durante diez años sin hacer nada al respecto. ¿Por qué iba a cambiar eso ahora?

—Ya sabes por qué.

Susan miró fijamente a su hermana al otro lado de la mesa.

—¿Qué insinúas?

Fiona se inclinó.

—No insinúo nada. No digo que crea que lo hicieras, sabes que no. —Se aclaró la garganta—. Pero te pedirán una coartada sólida. E imagino que también se la pedirán a Tony.

Susan sintió que el corazón empezaba a latirle con más fuerza.

—No saben lo de Tony.

—Lo descubrirán. No se los ocultes, Suze. Sé sincera con ellos. Si empiezas a mentir, no creerán nada de lo que digas después. —Sacó su teléfono—. Tengo una colega, especialista en derecho penal. Voy a llamarla.

Susan tenía la boca seca.

—No necesito ninguna abogada.

—Ya sé lo que piensas, que solo los culpables necesitan abogados, ¿no? Sin embargo, la verdad es que, si eres inocente necesitas uno aún más.

—¿Si soy inocente?

—No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho. —Fiona levantó un dedo para silenciarla—. Soy Fiona Reynolds, para Jacinta Burke. Gracias.

Fiona cubrió el teléfono con la mano.

—Y llama a Tony. Dile que Archie ha muerto y que no podrás verlo durante un tiempo. Pero no le digas nada más.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

LA CABRA ROSA era una acogedora cafetería de dos fachadas, situada casi exactamente a medio camino entre la casa de los arqueólogos y el castillo. Una campana sobre la puerta sonó cuando Dennis entró.

Las ocho mesas estaban ocupadas, en su mayoría por veraneantes de mediana y avanzada edad. En una de ellas había una familia joven con un niño pequeño que chocó con las piernas de Dennis al acercarse al mostrador.

—¡Charlie! Lo siento mucho. Hoy está un poco alterado. —El padre del niño lo tomó de la mano y le dedicó a Dennis una sonrisa de disculpa.

Dennis miró al hombre y al niño y les dedicó una sonrisa forzada.

—Tengan más cuidado. —La sonrisa del padre se transformó en un ceño fruncido y apartó al niño.

Tras el mostrador, una mujer de unos sesenta años, con cara de estar a punto de dar malas noticias, esperaba a Dennis.

—Solo nos queda comida para llevar, querido. A menos que no te importe esperar.

Le mostró su identificación y ella se puso casi en posición de firme.

—Ah, lo siento, agente. Espere, yo... —Su mirada recorrió la cafetería, sin duda evaluando de qué mesa podía desalojar a los ocupantes para él.

—No se preocupe, señora —dijo—. No necesito sentarme.

—¿Se trata de…? —Bajó la voz y se llevó la mano a la boca como si compartiera un secreto—. ¿Del asesinato en los Anillos? —Parpadeó, con los ojos húmedos—. Qué triste. Pobre hombre.

—Necesito hablar con una de sus empleadas. Se llama Karen Dawes.

—No entiendo qué tiene que ver Karen con todo esto.

—Por favor. No la retendré mucho tiempo.

La mujer se limpió las manos en el delantal y desapareció por una puerta detrás del mostrador.

La cafetería se sumió en el silencio. Todos los clientes estaban escuchando. Dennis se volvió con cuidado de no mirar a nadie a los ojos, aunque ya sabía que apartarían la vista de todos modos. El niño gritó y su madre le hizo callar. La conversación se reanudó en un par de mesas.

Dennis se volvió al oír abrirse la puerta tras él. Una joven de pelo castaño recogido en una coleta y tez marcada por el acné lo miraba, nerviosa.

—Sheila dice que necesitas hablar conmigo.

Le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora.

—No la entretendré mucho. Se trata de Layla Ford.

La camarera inclinó la cabeza.

—¿Cómo está? Debe de estar... —Karen sacudió la cabeza.

—Me dijo que estuvo aquí el sábado por la mañana, que pasó un rato con usted.

—Así es.

El sargento sacó su bloc de notas.

—¿Puede decirme a qué hora?

—Eh... llegó aquí sobre las diez y cuarto, las diez y media. Cuando me tomé el descanso, me senté con ella un rato. Luego se quedó por aquí. —Miró hacia la puerta, detrás de la cual Sheila estaría sin duda escuchando la conversación—. Hizo que una tetera le durara hasta poco después del mediodía. Entonces Sheila la echó. Necesitaba la mesa.

—¿Estuvo aquí todo el tiempo?

—Sí. Trabajo de ocho a tres los sábados. Se sentó en aquella mesa. —Señaló la mesa donde el niño estaba ahora de pie en una

silla, bailando. Al menos, Dennis pensó que se suponía que estaba bailando—. Tuvo que salir en un momento dado para ir al cajero, pero, aparte de eso, estuvo aquí todo el tiempo.

—¿Salió a sacar dinero?

—Necesitaba pagar su té. Le dije que se lo podía prestar yo, pero insistió. Estaba un poco... —La joven frunció el ceño y dejó de hablar.

—¿Estaba un poco qué?

—Estaba disgustada. —Enderezó los hombros—. Él era un cabrón. La trataba como a una mierda. Tal vez ella va a estar mejor sin él. —La chica notó el ceño fruncido del sargento—. Lo siento. Pero así eran las cosas.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el cajero?

—No funcionaba, así que tuvo que ir a la tienda del National Trust para sacar dinero allí. Le hicieron comprar un tarro de mermelada.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

La chica se encogió de hombros de nuevo.

—Una media hora, supongo. Recuerdo que era temprano, antes de las once. De lo contrario no habría podido guardarle la mesa.

—Gracias, Karen. Ha sido de gran ayuda.

—No la habré metido en algún lío, ¿no?

—No se preocupe. Agradezco su ayuda.

Dennis notó su mirada de consternación mientras salía de la cafetería.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

EL DEPARTAMENTO de Arqueología y Antropología estaba ubicado en un gran edificio victoriano en el centro de la universidad. En la recepción había un joven con corbata de colores del arco iris sobre una camisa negra.

—La doctora Alman está con estudiantes ahora mismo, pero estará disponible en quince minutos.

—Esperaremos —dijo Lesley—. Dígale que no se vaya a ninguna parte.

—No veo por qué lo haría.

Lesley se acercó a una fila de sillas bajas junto a una máquina expendedora. Johnny se sentó a su lado.

—Llamaré a Dennis mientras esperamos —le dijo a su compañero. Él asintió y ella salió.

—Jefa —Dennis hablaba con la respiración entrecortada.

—¿Has estado corriendo?

—Estoy volviendo a la casa desde la cafetería donde Layla pasó la mañana del sábado.

—¿Y?

—Se fue durante una media hora. Estaba nerviosa, aparentemente. Y su amiga dijo que estaría mejor sin Archie.

—Eso no significa que ella lo matara.

—Con todo respeto, señora. La chica nos ha estado mintiendo. Fingió no saber que la víctima estaba casada, ha estado lanzando

acusaciones sobre Patrick Donnelly, y no nos dijo que no estuvo toda la mañana en la cafetería.

—Y estuvo sola durante la tarde —añadió Lesley.

—Te estás acercando a mi forma de pensar.

—No, Dennis. Todavía no. Una coartada débil y una o dos discusiones con la víctima no son pruebas suficientes.

—Pero las mentiras...

—Necesitamos pruebas concretas y restos forenses. ¿Y dónde está la puñetera arma homicida? —Ella ignoró su chasqueo de la lengua—. ¿Ha dado su consentimiento para un registro de su habitación?

—Gail Hansford está ahí ahora mismo.

—Bien. Avísame si consigues algo útil.

—Ya estoy de vuelta. Si esperas un momento.

Lo oyó golpear la puerta de la casa y luego silencio. Más golpes.

—¿Qué pasa, Dennis?

—Aquí no hay nadie. Le dije a Gail que se asegurara de que la chica no fuera a ninguna parte.

—Ese no es su cometido, Dennis.

—Le di instrucciones claras.

Lesley suspiró. Oyó una voz de mujer al otro lado de la línea, era Gail. Así que no había abandonado su puesto. Dennis hablaba con ella, con tono tenso. Parecía que estaban discutiendo.

—¿Jefa? —Johnny estaba detrás de ella—. La doctora Alman está lista para nosotros.

—Dennis, tengo que irme. —Lesley no estaba segura de si la oyó.

Guardó el móvil en el bolsillo y siguió a Johnny al interior. Les esperaba una mujer alta con el pelo rubio recogido en un moño.

—¿Doctora Alman?

—Pensé que se habrían largado.

Lesley sonrió. Sacó su identificación.

—Soy la inspectora Clarke, este es el cabo Chiles. Tenemos que hacerle unas preguntas sobre Archie Weatherton.

—Por supuesto. Estamos todos destrozados. —La mujer les hizo pasar a su despacho. Era largo y estrecho, forrado de libros. Una ventana ocupaba uno de los extremos y el contraste de luz entre

cada extremo de la habitación hizo que a Lesley le dolieran los ojos —. Tomen asiento. Haré que nos traigan café.

—Para nosotros no, gracias.

—Insisto. —La doctora Alman cogió el teléfono de su mesa y pidió tres cafés y una jarra de leche. Sonriendo, se reunió con ellos en una zona baja. Tres sofás desgastados se apretujaban alrededor de una mesa de café—. Lo siento, es un poco estrecho. Mis grupos de tutoría tienen ocho alumnos, por eso hay tantos sofás. Es muy acogedor. —Se sentó—. Entonces, ¿en qué puedo ayudarles?

Lesley intentó reclinarse en el sofá, pero este tenía el respaldo muy bajo. Se sentó erguida, con las rodillas en una posición incómoda para no chocar con la mesa de centro.

—¿La han informado de que Archie fue asesinado el sábado?

—La policía local vino ayer por la tarde. Su mujer debe de estar destrozada.

Lesley no estaba segura de si «destrozada» era la palabra que utilizaría, pero cada persona experimentaba el duelo de una manera diferente.

—Tenemos que obtener toda la información posible sobre el señor Weatherton.

—El doctor Weatherton, querrá decir.

—Sí. Cualquier cosa que podamos encontrar que pueda dar a alguien un motivo para matarlo sería útil.

—¿Así que no fue un ataque al azar?

—Tuvo lugar en Castillo de Corfe, un pueblo de mil quinientos habitantes. En un lugar así no se producen ataques al azar.

—Se sorprendería.

—Doctora Alman, comprenderá que no puedo darle detalles de lo que le ocurrió a su colega. Sin embargo, las pruebas no indican un ataque al azar.

—Pero ¿quién querría matar a un arqueólogo, por el amor de Dios? —La doctora se estremeció—. No somos precisamente el centro de atención.

—¿Qué sabía de la vida personal de Archie?

La doctora Alman asintió.

—Ah, ahora la entiendo.

Johnny se inclinó.

—¿El qué entiende?

—Tenía... cierta reputación. Mujeres jóvenes, colegas en las excavaciones. Nunca se acercó a ninguna estudiante, que yo sepa, gracias a Dios, pero imagino que se le pasaría por la cabeza.

—¿Sabía que tenía múltiples aventuras? —preguntó Lesley.

—Las excavaciones arqueológicas pueden llegar a ser claustrofóbicas, inspectora. Especialmente cuando hay que quedarse a vivir allí. Y las noticias vuelan. Imagino que la mitad de la maldita universidad era conocedora de las hazañas de Archie.

—¿Incluyendo a su mujer?

—Eso no lo sabría decir. A la mayoría de los actos sociales de la facultad se suele ir sin acompañante. Los que no, bueno, digamos que la conversación tiende a ser más discreta.

—¿Podría haber habido una mujer que quisiera venganza? ¿O un marido?

La doctora se rio.

—Bastantes, me imagino. Pero no los veo viajando a Dorset para acabar con él. Sospecho que tendrán que buscar más cerca de casa.

Lesley y Johnny intercambiaron una mirada.

—¿Puede explicar lo que quiere decir con eso? —le preguntó Lesley.

—Bueno, viendo que fue asesinado en Castillo de Corfe, ¿no deberían entrevistar a sus colegas en esa excavación? Especialmente a cualquier mujer joven.

Otra mirada: Layla.

—Ya lo estamos haciendo —dijo Johnny.

—Muy bien. —La doctora se levantó—. Ahora, si me disculpan, tengo que preparar un seminario.

—¿Cómo era la relación de Archie con los otros miembros del equipo de excavación? —interrumpió Lesley—. ¿Había tensión?

—Ni siquiera sé quiénes eran la mitad. El proyecto estaba dirigido por la Universidad de Bournemouth. Archie fue reclutado por su experiencia excavando joyas y otros objetos delicados.

—¿Conocía a la mujer a cargo?

La doctora asintió.

—Crystal Spiers. Sí, la conozco. Hay mucha historia entre Archie y ella.

Lesley arqueó una ceja.

—Crystal y Archie se conocen desde hace años, inspectora. No dudo que se acostaran cuando ella era lo bastante joven para que él se interesara. Pero sé que él no estaba contento con su gestión de la excavación.

—¿Por qué no?

—Consideró que estaba demasiado cerca del proyecto. Era su criatura, el trabajo de toda su vida. Según él, Crystal no podía ver más allá de eso. Y era terrible en la gestión de las finanzas.

—¿En qué sentido?

—Archie me dijo que habían perdido un patrocinador clave. Que Crystal no tenía control sobre el presupuesto. Tuvo que sacarla de apuros en varias ocasiones y buscar fuentes alternativas de ingresos. Me habló de algunas cosas, probablemente se calló el resto.

—¿Por qué haría eso?

La doctora se levantó.

—No estoy segura de que sea asunto mío especular. Y ahora tengo que despedirme de ustedes. —Señaló con la cabeza hacia la puerta, a través del cristal se veía a un grupo de estudiantes—. Siento no poder ser de más ayuda.

«¿No puede o no quiere?» Lesley apretó los dientes mientras la catedrática los guiaba hacia el pasillo.

—No nos ha servido de mucho, ¿eh, jefa? —dijo Johnny mientras los estudiantes pasaban a su lado.

—¿No lo crees, Johnny? Por el contrario, yo creo que ha sido muy útil.

CAPÍTULO TREINTA

GAIL ABRIÓ la puerta y se encontró a Dennis Frampton fuera, con cara de haberse tragado una mosca.

—¿Dónde está?

—Entra, ¿quieres? Ya casi hemos terminado.

Pasó a su lado, furioso. Gavin bajaba las escaleras, agachándose para no golpearse la cabeza.

—¿Qué has hecho? —le espetó Dennis.

—Lo siento, colega. —Gav miró más allá de Dennis a Gail, que se encogió de hombros.

—No teníamos derecho legal a detenerla —explicó.

—¿Adónde se fue? Te dije que la mantuvieras aquí.

—Y yo te dije que ese es tu trabajo. ¿Planeas arrestarla?

Parecía que quería fastidiarlo.

—Todavía no. Pero tengo mis sospechas sobre esa joven.

—¿Ha autorizado la inspectora una detención?

—Ya te lo he dicho, todavía no —espetó—. Pero quería ver su reacción a lo que sea que hayas encontrado.

—Ah, puedo ayudarte con eso. —Gav sonaba divertido. Gail reprimió una sonrisa—. Se quedó aquí abajo todo el tiempo que estuvimos en la planta de arriba. Supongo que rondando la puerta. Quería saber qué estábamos haciendo.

—¿Y? —Dennis cerró los puños sobre las caderas.

—¿Y qué, colega?

Dennis puso los ojos en blanco y se santiguó.

—A veces me pregunto por qué nos molestamos con vosotros. ¿Qué has encontrado? ¿Cómo reaccionó la chica?

Gail intervino.

—En respuesta a tu primera pregunta, encontramos tres juegos distintos de huellas.

—¿De quién?

—Aún tenemos que determinar eso. Las de Archie podemos obtenerlas del patólogo. De los otros en la casa, tendremos que tomar huellas de eliminación. Un juego será de Layla, por supuesto.

—¿Así que tomaste sus huellas?

Gail negó con la cabeza.

—No tuve oportunidad.

—¿Por qué no? ¿A qué estabas jugando?

—Sargento. —Gav extendió una mano.

Dennis se lo quitó de encima.

—¿Dónde se fue?

—Yo eso no lo sé, sargento —dijo Gail—. Pero sí puedo decirte que cogió algo de ese cajón —señaló una cómoda apiñada junto a un sillón— y se lo llevó.

Dennis cruzó hacia la cómoda.

—Ya he mirado yo —dijo Gail—. No hay nada, excepto una pila de juegos de mesa.

—No puede haberse llevado un juego de mesa.

—Improbable.

Gail miró a Dennis. Su color había vuelto; la tensión de su rostro se había aflojado. Dennis había sido así cuando ella se incorporó al equipo; lo había evitado en la medida de lo posible. El inspector Mackie lo había calmado, había conseguido dominar su temperamento. Pero entonces se suicidó. Gail no podía imaginar que a Dennis le hiciera mucha gracia que hubieran sustituido a su antiguo jefe y mentor con una mujer de la gran ciudad.

—Tomaremos huellas de ese cajón —le dijo—. Técnicamente no tenemos permiso, pero...

—Hazlo —ordenó Dennis—. Si no sabemos qué sacó de allí, al menos quiero saber quién más estuvo toqueteando.

Gail asintió con la cabeza y Gav sacó su kit de huellas dactilares.

—¿Vas a ir a buscarla? —le preguntó a Dennis.

Su mejilla se crispó.

—Por supuesto.

Gail se volvió al oír abrirse la puerta principal. Layla entró a trompicones, sorprendida al verlos a todos. Rápidamente, Gail se puso delante de Gav, que ya estaba guardando su equipo en una bolsa.

—¿Qué ha pasado? —La mirada de Layla voló de Dennis a Gavin, a la cómoda y de nuevo a Dennis.

—Nada. —Gail le dedicó una sonrisa—. Ya estamos terminando.

Layla asintió. No preguntó qué habían encontrado en el dormitorio.

Dennis flexionó los dedos a los lados. Gail vio que estaba deseando detener a Layla. No veía con buenos ojos a mujeres como ella, y el umbral de exigencia para la evidencia bajaba cuando trataba con ellas. O al menos así había sido hasta que el inspector Mackie había temperado su humor.

—Vamos, sargento —dijo Gail—. La inspectora nos espera en su despacho.

Dennis se quedó mirando a Layla un momento, y la joven le sostuvo la mirada. Después, Dennis frunció los labios y siguió a Gail y Gav fuera de la casa.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—BIENVENIDOS —comenzó Lesley—. Espero que hayáis tenido un día productivo.

El equipo murmuró mientras entraban en su despacho. Johnny bostezó. El viaje de vuelta de Bristol había sido agotador, con el comienzo de la hora punta justo al salir de la ciudad y media hora de cola detrás de un tractor al llegar a la oficina.

Lesley señaló la pizarra.

—Empecemos con Crystal y Patrick. ¿Cómo van sus coartadas?

—No muy bien para ninguno de los dos —respondió Mike—. El camarero del Greyhound ha confirmado que habló con Patrick un par de veces, pero no puede asegurar que estuviera en el pub todo el tiempo. Y Crystal ya ha dicho que estuvo paseando sola. Pregunté por ahí a ver si alguien en el pueblo la había visto, pero nada.

—¿Qué hay del motivo? ¿Alguno de ellos tiene una razón para querer a Archie muerto?

—Están los problemas financieros de los que nos habló la jefa de Archie —mencionó Johnny.

—Pon a los demás al corriente, ¿quieres?

—Sí, por supuesto. —Se volvió hacia la sala, fijando la mirada en Dennis—. Archie y Crystal se conocían desde hace años. Su jefa cree que tuvieron un lío cuando eran más jóvenes. Pero no estaban de acuerdo con la forma en que se estaba llevando el proyecto. Había problemas financieros, y Archie creía que eran culpa de Crystal.

Luego estaba lo que la doctora Alman nos dijo sobre la vida sexual de Archie...

Lesley lo detuvo.

—Llegaremos a eso cuando revisemos la información de Susan. Vamos a necesitar un rastreo de las finanzas del proyecto. Cuentas de la excavación, presupuestos… Como sea que funcionen estas cosas. Johnny, habla con la Universidad de Bournemouth mañana.

—Jefa. — Johnny miró a Dennis, que frunció el ceño.

—Vale—continuó Lesley—. ¿Qué hay de Layla?

—Dijo que estuvo en una cafetería toda la mañana —respondió Dennis—, pero la chica que trabaja allí dijo que tuvo que salir a sacar dinero sobre las once. Por lo visto tardó un rato.

—¿Lo suficiente para ir y volver a la excavación?

—Unos treinta minutos.

Lesley sacó una de sus barritas Mars del bolsillo y la desenvolvió.

—Así que ninguno tenía coartada. Aquí nos falta algo.

—La sangre —dijo ahora Gail.

Lesley dio un mordisco y le hizo un gesto de aprobación con el pulgar, con la boca llena.

—Archie sufrió una serie de heridas en la cabeza —comenzó Gail —, una de las cuales fue mortal. Si estaba de espaldas a su asesino, no lo habría cubierto por completo. Pero no podría haber evitado tener al menos algún resto de sangre en la ropa.

Lesley tragó su segundo bocado de la barrita Mars, disfrutando la subida de azúcar.

—¿La salpicadura de sangre muestra un hueco donde el asesino estaba de pie?

—En realidad, no. Hay menos restos en la entrada, pero eso se debe en gran parte a que la herida estaba en el otro lado de la cabeza de la víctima.

Lesley cogió un bolígrafo de su escritorio e hizo el amago de golpear con él, imaginándose a alguien haciendo lo mismo con Archie Weatherton.

Gail la miró.

—¿Quieres que te haga una demostración?

Una carcajada recorrió la sala. Lesley se metió en la boca el último trozo de barrita Mars y le tiró el bolígrafo a Gail.

Gail se acercó al escritorio de Lesley, dejó caer el bolígrafo y cogió unas hojas de papel.

—¿Son importantes? —le preguntó a Lesley. Lesley aún no había revisado el papeleo que había llegado a su mesa, pero negó con la cabeza de igual manera.

—Gracias. —Gail enrolló el papel en forma de tubo alargado para hacer una réplica de la posible arma.

—Lo que lo golpeó fue una especie de martillo. La intensidad, la trayectoria de la salpicadura y el ángulo de la herida indican que fue llevada en un amplio arco, golpeándole en la parte posterior del cráneo, lado izquierdo. El asesino era diestro.

Asestó un golpe con la mano derecha, luego bajó el papel enrollado, ligeramente arrugado, y señaló el extremo más alejado.

—La cabeza del arma sobresalía por aquí. Encontramos restos de hierro en su pelo y también se mencionó en el informe patológico. Ningún martillo moderno está hecho de hierro.

—¿Sería un martillo antiguo? —preguntó Mike.

Gail se encogió de hombros.

—No necesariamente antiguo, pero bastante viejo. Posiblemente un hallazgo de la excavación.

Johnny silbó.

—En circunstancias normales —continuó Gail—, me pondría en contacto con el director de la excavación y preguntaría por los objetos que faltan y por la composición de las armas del período que están estudiando.

—Pero en este caso es una posible sospechosa —concluyó Lesley.

—Exacto. Con tu permiso, señora, me gustaría pedir consejo a un experto. Aunque no a uno de la Universidad de Bournemouth.

—Por razones obvias —murmuró Dennis.

—Hazlo —le dijo Lesley a Gail—. Y por el amor de Dios, deja de llamarme señora. Eres una civil.

Dennis se aclaró la garganta. La mirada de Johnny se dirigió al archivador junto a la mesa del sargento, con la hucha de las palabrotas encima.

—El tipo de arma nos ayudará a determinar la fuerza del asesino —dijo Lesley—. Y, por supuesto, estará cubierta de pruebas forenses. Encontrarla es una prioridad.

—Hemos peinado el campo —dijo Gail.

—Quizá deberíamos preguntar si ha desaparecido algo —sugirió Johnny.

A Lesley no le gustaba la idea de hacer una pregunta tan directa a los arqueólogos.

—Preguntemos por el inventario —propuso en su lugar—. Habrán documentado lo que fueron encontrando. Necesitamos una copia de los registros que lleven.

—Sí, jefa.

Dennis la observaba, levantando ligeramente la mano.

—Esto no es el colegio, Dennis. Interrumpe cuando tengas algo que decir.

Asintió con la cabeza.

—Seguro que las pruebas de la científica nos bastan para incautar esos registros. No tenemos que pedirlo.

—Tienes razón. Dennis. Trabaja con Johnny en el ángulo de la Universidad de Bournemouth. Encuentra quién se ocupa de los registros. Consigue una copia y empieza a trabajar, buscando cualquier cosa que coincida con la descripción de Gail. Averigua dónde se guardan los artefactos y busca discrepancias.

—Jefa.

—Gracias. —Por fin estaba cooperando—. Entonces, pasemos de Layla a Susan...

Dennis levantó la mano, pero la bajó al ver la expresión de su jefa.

—Insiste en su afirmación de que Patrick estaba rebuscando entre las cosas de Archie.

—Así es. ¿Dio consentimiento para realizar un registro?

Lesley metió la mano en el bolso, atenta a la segunda barrita Mars. Una vez más, no había almorzado.

—Lo hizo —respondió Dennis.

—Encontramos tres juegos de huellas —dijo Gail.

—¿Tenemos muestras de huellas dactilares de los habitantes de la casa? —quiso confirmar Lesley.

—Todavía no —respondió Dennis—. Otra tarea para mañana.

—Vale. Mike, llévate un equipo móvil de muestreo a la casa o a la excavación. Consigue huellas de los tres.

—Estaba a punto de sugerirlo —dijo Dennis.

Lesley suspiró.

—Pasemos a Susan. Sabía que su marido tenía una aventura con Layla.

—Sí, fue Layla quien se lo dijo —dijo Johnny. Dennis hizo una mueca con la boca y negó con la cabeza.

Lesley continuó:

—Layla dijo que no tenía ni idea de que Archie estaba casado cuando la entrevistamos.

—Y se escapó mientras registraban su habitación esta tarde —añadió Dennis. Dirigió a Gail una mirada mordaz.

—Si nos ha mentido sobre esto —dijo Lesley—, podría estar mintiendo sobre otras cosas.

—Incluyendo lo de que Patrick registró su habitación —interrumpió Dennis.

Lesley se rascó la mejilla.

—Las huellas respaldarán su afirmación, o no.

—Lo más probable es que no.

—No asumamos, ¿de acuerdo?

Se encogió de hombros.

—¿Salió algo más del registro de su habitación? —preguntó Lesley.

—Nada de interés —dijo Gail—. Su mesita de noche y su cómoda solo tenían ropa.

—¿Revisaste la ropa de Layla? —preguntó Dennis—. Podría haberse deshecho de lo que llevara puesto cuando… —Miró a Lesley y se corrigió, añadiendo—: Si es que lo mató.

—Miramos, pero no vimos nada —respondió Gail.

—¿Algo más sobre Susan Weatherton? —preguntó Mike.

—Se cerró en banda —respondió Johnny—. ¿No es así, jefa?

—Su hermana es abogada. Después de contarnos lo de la llamada de Layla, la hermana nos echó.

—Lo cual es sospechoso, en mi opinión —dijo Johnny.

—Es lo que hacen los abogados —le dijo Lesley—. Sin embargo, quiero saber más sobre Susan. Su relación con Archie, su paradero durante el fin de semana.

—Otra cosa para mañana —dijo Dennis.

—Bien pensado. —Lesley consultó su reloj—. Tengo que coger un tren. No llegaré hasta mañana por la tarde; es una reunión de la que no me puedo librar. —No importaba cuánto lo había intentado ya.

—Nosotros nos ocupamos — dijo Dennis. Lesley miró de él a Gail, que asintió.

—Muy bien —concluyó—. Buen trabajo a todos. Avisadme si averiguáis algo importante mientras no estoy.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

GAIL DEJÓ el vaso vacío sobre la mesa.

—Será mejor que me vaya. Es hora de relevar a la niñera.

Dennis observó a la forense mientras salía del pub. Gail era buena en su trabajo, pero le reprochaba que dejara a su hijo con una niñera para salir a beber después del trabajo. Aunque solo hubiera tomado una cerveza.

—No te pases con ella, sargento —dijo Johnny—. Conozco esa mirada.

—¿Qué mirada?

—Crees que debería estar en casa con su hijo.

—No creo nada.

Johnny se echó a reír y se apuró el último trago de su cerveza.

—Me parece justo. Espero que aún estés bien para llevarme a casa.

—Te prometí que te llevaría. No me retractaría de una promesa.

—Por supuesto que no. —Johnny se volvió hacia Mike, que casi había llegado al fondo de su propio vaso—. ¿La próxima ronda es tuya?

—Eh... —Mike miró a Dennis, que levantó su vaso vacío. Pepsi Zero. Idea de Pam para evitar la barriga típica de la mediana edad.

—Buen chico —dijo Johnny mientras Mike recogía los vasos y se iba al bar. Se volvió hacia Dennis—. No me gusta cómo Mike le está chupando el culo a la nueva jefa.

Dennis torció la cara.

—Esa es una manera horrible de decirlo.

—Ya sabes a lo que me refiero. Incluso ha empezado a decir palabrotas delante de ella cuando piensa que no le estás escuchando.

Dennis aspiró en seco. Mike estaba en la barra, flirteando con la camarera. Ella se inclinó hacia él, con el escote abierto.

—¿Sargento?

Dennis se volvió hacia Johnny.

—Disculpa, sí. Mike es ambicioso. No me sorprende que quiera impresionarla.

—Ya, pero solo lleva dieciocho meses en el MCIT.

Ese era el problema, Dennis lo sabía. Johnny llevaba ocho años en el equipo y seguía siendo cabo. Le preocupaba que alguien pudiera adelantársele. Pero Johnny era un buen policía. Leal, fiable. Dennis dependía de él.

—¿Qué piensas de ella? —le preguntó Dennis, a quien no le apetecía hablar de Mike.

Johnny se encogió de hombros.

—Es eficiente. Nunca he trabajado tanto como en estos dos últimos días. Parece minuciosa.

—No entiendo cómo una mujer que exige tal meticulosidad en la recopilación de pruebas no puede ser igual de meticulosa en su comportamiento —replicó Dennis.

Johnny ladeó la cabeza.

—En castellano, por favor, sargento.

Dennis palmeó la mano del agente. Johnny no era el más listo de la clase. Para él, eso lo convertía en un buen agente, sin sorpresas.

Se inclinó hacia la barra. Mike seguía charlando con la camarera. No paraba de tocarse el pelo. No hacía falta ser policía para saber lo que eso significaba.

—Hice una investigación a fondo —le dijo a Johnny—, sobre la nueva inspectora.

Johnny se frotó las manos.

—¿Y qué encontraste?

—Lo hice por una buena razón, ya me entiendes. Después de lo que pasó con el inspector Mackie, yo, bueno, quería estar preparado.

—Quería saber si la nueva tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros.

—Bueno, no lo pondría así. —Dennis hizo una pausa y se quedó mirando la mesa. Solo habían pasado tres meses, pero parecía que el viejo inspector había fallecido ayer.

—¿Y la tiene? La cabeza, me refiero.

Dennis sintió que se le caían los hombros. Le había resultado difícil cuadrar lo que había oído sobre Lesley Clarke con la mujer inteligente y enérgica que se había convertido en su nueva jefa.

—Esto es confidencial.

Johnny hizo un saludo irónico.

—Promesa de boy scout —dijo mientras le salía un hipo.

Dennis puso los ojos en blanco.

—Fue herida hace cuatro meses en el atentado en el centro de Birmingham.

—¿El de la estación o el del aeropuerto?

—El del centro de Birmingham, en la estación.

—A mí me parece que está bien.

—Sufrió una lesión en la cabeza. Tal vez el cuello, no conseguí más información.

—¿De quién has sacado esto, sargento?

Una joven empujó detrás de Dennis para llegar a la mesa de al lado. Arrastró el taburete y bajó la voz.

—No te preocupes por eso. Pero dicen que le afectó psicológicamente.

—¿Ha perdido la cabeza?

—Tiene síndrome de estrés postraumático.

Johnny se reclinó en su asiento. En el bar, Mike le había dado su número a la camarera y estaba recogiendo las bebidas.

—No se lo digas a nadie, Johnny —dijo Dennis—. Especialmente a ella. Pero es posible que a nuestra nueva jefa le falte un tornillo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

TONY RESPONDIÓ AL SEGUNDO TONO.

—Hola, amor.

Por primera vez en todo el día, Susan sintió que podía relajarse.

—Hola.

Se acercó el teléfono a la oreja y se sentó a la mesa de la cocina. Millie estaba en su habitación, poniéndose el pijama. No tardaría. Susan planeaba pasar una noche tranquila con ella, quizá viendo una película. Cualquier cosa que las distrajera.

Sonó el timbre.

—Mierda. Lo siento, Tony. No puedo hablar mucho tiempo.

—¿Qué pasa? ¿Has hablado con él?

Ella cerró los ojos.

—Está muerto.

—¿Qué? ¿Quién?

—Archie. Él... murió el sábado.

Se hizo el silencio. Entonces, el timbre volvió a sonar.

—Tony.

—¿Cómo pasó?

—No puedo hablar de eso. Mi hermana me ha dicho que no esté en contacto contigo por un tiempo.

—¿Por qué no?

Llamaron a la puerta de casa. Susan oyó la voz de Millie desde las escaleras.

—¿Mamá?

—No creerás que yo lo maté, ¿no, Susie?

—Por supuesto que no. Pero imagino que la policía querrá hablar contigo.

—Me dijiste que nadie sabía lo nuestro.

—La inspectora que vino era bastante perspicaz.

Susan contuvo un sollozo. Aún no podía creer que Archie hubiera muerto. Le resultaba imposible imaginar que no volvería el fin de semana, como si todo fuera bien y su matrimonio no se estuviera desmoronando.

—¡Mamá! La abuela está en la puerta.

Susan se tensó. La abuela no era otra que la madre de Archie.

—Tengo que irme, Tony. Te llamaré cuando... cuando las cosas se hayan calmado.

—Eres libre. Podemos casarnos, como dijimos.

—No quiero hablar de ello.

Archie la había engañado Dios sabía cuántas veces. Ella amaba a Tony. Quería estar con él…, ¿no?

—¡Susan! —Su suegra había abierto el buzón y gritaba por la ranura. Ella podría ver a Millie.

—Tengo que irme. Te quiero.

—Yo también. Cuídate, Susie. Llámame si me necesitas.

Asintió y parpadeó para contener las lágrimas.

Con el teléfono guardado en el bolsillo, salió de la habitación y tomó la mano de su hija. Respiró hondo. Le abrió la puerta a su suegra, con los dientes apretados.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

AL VER EL EDIFICIO SELFRIDGES, Lesley sintió que la envolvía el cálido resplandor del hogar. No habría querido volver tan pronto, y la reunión de mañana con el comisario Rogers la hacía sentirse aún más reacia. Pero después del estrés de los últimos días, le sentó bien llegar a la estación de New Street de Birmingham.

Se abrió paso entre la multitud hasta la parada de taxis. Tan solo llevaba una pequeña bolsa de viaje, una blusa nueva para mañana y los expedientes que le habían enviado para preparar la reunión. No había traído nada del caso Weatherton; lo tenía todo en la cabeza.

Aunque se resistía a admitirlo, Dennis probablemente tenía razón. Resultaría ser un caso sencillo, con Layla como principal sospechosa. La chica tenía un motivo, habría tenido acceso al arma si se trataba de un hallazgo arqueológico y no tenía prácticamente coartada. Además, había encontrado el cadáver y ahora se comportaba de forma extraña. Lesley tuvo que admitir que todo apuntaba a ella.

Pero necesitaban más pruebas. Restos forenses. Testigos. Comprobaría si alguien había localizado al hombre que Layla dijo haber visto paseando al perro cuando encontró el cadáver.

Por fin Lesley llegó al principio de la cola y subió a un taxi. Dio su dirección al conductor y se recostó en el asiento. Le sentó bien que la llevaran más allá de las luces familiares de la ciudad. Madre mía, probablemente había visto más gente en los últimos cinco minutos que en toda la semana pasada en Dorset.

El taxi se detuvo frente a su casa y ella buscó dinero en el bolso. El taxista frunció el ceño al ver la escasa propina. Solo la había llevado kilómetro y medio, ¿qué esperaba?

De pie en la acera, miró hacia la casa. Una tenue luz brillaba en el pasillo y la del dormitorio seguía encendida. Eran las nueve menos cuarto; Terry estaría trabajando o, quizá, disfrutando de una copa de vino frente al televisor. Había hablado con Sharon en el tren; su hija estaba en casa de una amiga para una sesión de repaso y una fiesta de pijamas. Lesley no estaba segura de cómo le sentaría eso un martes por la noche, con los exámenes en plena ebullición.

El teléfono de Terry había saltado al buzón de voz y no había dejado ningún mensaje. Su visita relámpago sería una sorpresa.

Abrió la puerta, se quitó los zapatos y los colocó en su lugar habitual bajo el radiador. Los de Terry y Sharon estaban alineados a su lado, más ordenados de lo normal.

La luz de la cocina estaba encendida en la parte trasera de la casa. Lesley vio las puertas cerradas del salón y el comedor, y se detuvo en la de la cocina. Bostezó.

La puerta del frigorífico estaba abierta. Terry tenía la mano agarrada al borde, pero su cuerpo estaba oculto tras ella. Lesley se aclaró la garganta.

La puerta se cerró de golpe. La persona que estaba allí no era Terry.

Por un momento insoportable, Lesley pensó que se había equivocado de casa. ¿Se había equivocado de dirección? ¿El daño cerebral tras el atentado era peor de lo que temía?

No. Esos eran los zapatos de su familia junto a los suyos en el pasillo. Esta era su cocina: muebles grises, encimera de madera arañada, fotos de familia en la pared sobre el fregadero.

Y esa era su bata de seda, que llevaba puesta la mujer morena que estaba delante de la nevera.

—¿Quién coño eres tú?

La mirada de la mujer se posó en Lesley y luego pasó de largo.

—¡Terry!

Lesley oyó pasos en la escalera. Se volvió y vio a Terry tropezando con el último escalón, atándose el cordón de la bata.

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué haces? ¿Quién es esta?

No tenía sentido. Su marido era un idiota. La aburría como una ostra y hacía tiempo que había dejado de resultarle atractivo.

La mujer de la cocina tenía una cintura estrecha y el pelo negro, ondulado y brillante, que le caía por la espalda. Lesley tuvo que reconocer que estaba guapísima en la bata.

¿Terry tenía una aventura, con esta belleza? Jamás.

—¿Dónde está Sharon?

Terry se acercó a ella, con los brazos en alto.

—Con unas amigas. Lesley, puedo explicarlo.

—Estoy segura. —Lesley se volvió hacia la mujer—. ¿Quién eres?

—Julieta. Soy colega de Terry. ¿Quién eres tú? —Tenía acento, pero su inglés era impecable.

—¿Que quién soy yo? —Lesley no sabía si reír o escupir—. Soy su maldita esposa.

La mujer palideció.

—Oh.

—Oh —repitió Lesley, gritando. Se dio cuenta de que el acento de la mujer era español.

Joder. Guapísima, diez años más joven que Terry y española.

Se volvió hacia su marido.

—¿Cómo leches te las has apañado para ligarte a esta?

Terry frunció el ceño.

—¿Perdón?

—A ver, mírala y mírate a ti. —Lo recorrió con la mirada de arriba abajo—. ¿Qué has hecho, le dijiste que eras millonario?

—No lo hagas.

—Creo que puedo hacer lo que me dé la puta gana, dado que acabo de pillarte follándote a una española buenorra en el lecho conyugal. —Volvió a mirar a la mujer—. Todo tuyo.

Se abrió paso a empujones, cogió sus zapatos y salió dando un portazo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

OTRA COMIDA, otra discusión. Esta vez, entre Crystal y Patrick. Crystal estaba tensa por los daños que, según ella, habían causado los forenses dentro de la carpa. Patrick, por su parte, quería que las cosas volvieran a la normalidad. Había preparado una cena desastrosa, y las quejas de Crystal se habían convertido en una gran bronca.

Layla secaba los platos mientras Crystal los lavaba. Crystal seguía haciendo preguntas, pero Layla se había cerrado en banda. Sabía que la policía había vuelto y que habían registrado la habitación de Layla y Archie. Lo que no sabía era por qué.

Una vez recogido todo, Layla salió de la cocina. Patrick estaba en el estrecho salón, con un partido de críquet a todo volumen en un transistor barato que guardaba para la ocasión. Layla hizo una mueca y subió las escaleras.

Se detuvo arriba, con la mano en el pomo de la puerta. Cada vez le costaba más entrar allí. La habitación seguía oliendo a él; cada vez que abría un cajón encontraba sus pertenencias. Se había acostumbrado a dormir tan acurrucada como podía en su lado de la pequeña cama de matrimonio. Habían bromeado acerca de la falta de espacio y de que no les quedaba más remedio que intimar. Las tres primeras semanas en la casa las había compartido con Crystal, que tenía dos camas individuales en el dormitorio de abajo. Mudarse aquí había sido un alivio, aunque eso significara soportar las miradas

de desaprobación de Crystal. Al menos le había quitado de encima a Patrick.

Sacó su bolsa de lona de debajo de la cama. Ya no soportaba estar allí. Había enviado un mensaje a su hermana, Jade. «Te he enviado un paquete. Guárdalo bien».

Pero Jade la odiaba.

Lo abriría seguro. Y entonces ¿qué pasaría? ¿Y si la policía decidía ir a su casa, entrevistar a su familia?

Escuchó movimiento afuera, seguido de un golpe en la puerta. La abrió, con el pie detrás por seguridad.

—Tenemos que hablar.

Era Patrick.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Ah, no seas tonta, guapa.

Empujó la puerta. Ella la mantuvo firme.

—Por favor, déjame en paz.

—Registraron tu habitación.

—¿Cómo lo has sabido?

—No seas tonta, Layla. Déjame entrar. —Dio un empujón a la puerta y entró.

—Voy a avisar a Crystal.

Patrick se apoyó en la puerta. Ella se apartó de él.

—¿Y qué pensará, sabiendo lo putita que eres? Archie está muerto, hora de pasar al siguiente.

Un escalofrío recorrió su piel. Patrick tenía edad suficiente para ser su padre. Y era asqueroso.

—Vete.

—Dime por qué registraron tu habitación.

—¿Y yo qué sé? Querían revisar las cosas de Archie, supongo. Estarían buscando pistas.

—Buscando pistas… No seas tan ingenua. Estaban buscando algo específico.

Se encontró con su mirada. «Ni parpadees».

—No sé de qué estás hablando.

Patrick se metió el índice en la boca y hurgó entre los dientes. Luego retiró el dedo y lo examinó. Ella lo observó con asco.

—Bueno, ahora lo tendrán, supongo. —Dio un paso hacia ella—. ¿A menos que lo encontraras tú antes?

Ella se encogió hacia atrás, sus piernas golpeando la cama.

—Como he dicho, no tengo ni idea de lo que estás hablando.

Él asintió, torciendo los labios. Otro paso adelante. Ella se inclinó hacia atrás.

—¿Les has hablado de lo nuestro? —murmuró.

—¿Lo nuestro? —Extendió una mano detrás de ella, pero cayó en el vacío, casi haciendo que perdiera el equilibrio.

—Sí, de ti y de mí, imbécil.

—No hay ningún «lo nuestro».

Sonrió y levantó la mano. La dejó suspendida a pocos centímetros de su cara.

«No te caigas. No cierres los ojos. No le dejes ganar».

Le acarició la mejilla. Ella entornó los ojos.

—Eres una cosita linda, para ser una buscona. —Le sopló en la cara, muy suavemente. Ella quería gritar.

Después de un largo momento, él se apartó.

—Pronto saldrás de aquí.

—¿Qué? —Abrió los ojos y recuperó el equilibrio. ¿Sabía él que estaba a punto de hacer las maletas?

—Crystal solo te mantuvo porque Archie insistió. Él tenía poder sobre ella. Pero ahora que ya no está...

No tenía respuesta. Era la más joven del equipo, y no tenía las calificaciones que decía tener. Solo Crystal lo sabía.

Pero estaban demasiado avanzados en el proyecto para que Crystal empezara a reclutar. Y Layla era barata.

—Sal de mi habitación, ahora mismo.

—Con mucho gusto. —Tiró de la puerta tras de él y bajó las escaleras.

Layla se hundió de nuevo en la cama, con el cuerpo tembloroso. Archie había sido su protección. De Crystal y su desconfianza. De Patrick y sus manos largas. Sin él, no le quedaba nada. No quería ser arqueóloga. Los seis meses que había pasado en la universidad antes de abandonar, y las cinco semanas en esta excavación, se lo

habían demostrado. Solo se levantaba por las mañanas porque amaba a Archie. Y él también la había amado, ¿no?

Sacó la bolsa de lona; no tenía muchas pertenencias. El poco dinero que había ahorrado le serviría para comprar un billete de tren a casa.

Se detuvo.

A casa.

Ni siquiera le había dicho a su padre que había dejado la universidad. Jade lo sabía, y guardaba ese conocimiento sobre Layla listo para atacarla. Su padre había sido una cáscara vacía durante los últimos dos años y medio, desde la muerte de su madre. Apenas sabía cómo se llamaban sus hijas, y mucho menos qué estaban estudiando. Pero el hecho de que Layla hubiera conseguido una plaza en la Universidad de Durham le había hecho sonreír por primera vez en muchos meses.

Dejó caer la bolsa. No podía volver a casa.

¿Dónde iría, entonces?

Oyó pasos en la habitación de al lado. Patrick.

Deseó que su habitación tuviera cerradura.

¿Podría preguntarle a Crystal si quería compartir de nuevo, ahora que Archie se había ido para siempre?

Crystal haría preguntas. Sería una excusa para echar a Layla del equipo.

Layla abrió la puerta de un tirón y se apresuró a bajar las escaleras. Estaba oscuro. No quería ir al pub; todos hablarían de ella.

Pero tenía que salir de casa.

—Voy a dar un paseo —le dijo a Crystal. Había una ruta que subía a las colinas por encima del pueblo. A menudo iba allí para pasar algún tiempo sola.

Crystal levantó la vista de su libro.

—Ponte un abrigo.

«¿Quién eres, mi madre?». Layla sintió que se le saltaban las lágrimas. Abrió la puerta de golpe y salió a la calle, ignorando el frío.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

LESLEY ESTABA en la puerta de su casa, con el corazón acelerado. Había empezado a llover. Típico.

Se volvió hacia la casa. Las cortinas del dormitorio estaban corridas. Su dormitorio. Donde el cabrón de su marido se estaba tirando a una mujer que estaba fuera de su alcance.

No debería haberse ido así. Era su casa. Debería haber echado a la española, Julieta. Y a Terry también.

Suspiró, imaginando las disputas legales por la casa. Además, tenía que pensar en Sharon. Con Lesley atrapada en Dorset durante los próximos seis meses, Terry querría la custodia.

Sacudió la cabeza. La lluvia le mojaba la cara. No eran lágrimas. Estaba demasiado cabreada para llorar.

A lo largo de los años, había estado bastante ocupada con su carrera como para cultivar el tipo de amistades en cuya puerta podrías aparecer sin avisar, un martes a las diez de la noche, empapada y furiosa.

Tendría que ser un colega. Debería llamar antes, pero su nuevo teléfono de la policía de Dorset no tenía los números de sus antiguos colegas.

Encendió el móvil y abrió la aplicación de Uber.

Veinte minutos más tarde, estaba de pie frente a una estrecha casa adosada en Selly Oak. Se echó el pelo hacia atrás, consciente de su aspecto.

Una cortina se movió en el ventanal de al lado; un joven la estaba mirando. Ella le saludó con la mano con cierto sarcasmo y él cerró la cortina. Tomó aire y llamó al timbre.

Se encendió una luz, visible a través del cristal de la puerta principal. Al menos su colega estaba en casa. Al cabo de unos instantes, la puerta se abrió.

Una mujer de unos cuarenta años, con el pelo largo y castaño, apareció en el umbral. Llevaba un gato atigrado gris en brazos. Cuando reconoció a Lesley, se quedó boquiabierta.

—¿Señora?

Lesley negó con la cabeza.

—Ya no soy tu jefa.

Zoe miró más allá de Lesley como si esperara ver una flota de coches de policía detrás de ella.

—¿Todo bien?

—Me estoy mojando.

—Disculpa. Pasa.

Lesley pasó arrastrando los pies junto a la subinspectora Finch y cruzó un estrecho pasillo. El gato bostezó al verla pasar. Zoe recordó que lo llevaba en brazos y dejó que la criatura cayera al suelo antes de cerrar la puerta de la casa.

El salón era un caos. La mesa de centro estaba llena de cartones vacíos de comida china para llevar, y un par de Doctor Martens negras yacían en el suelo junto al sofá. Zoe nunca se había caracterizado por ser ordenada.

Lesley se volvió hacia la mujer que había trabajado para ella hasta hacía pocos meses. Zoe Finch había sido su mejor subinspectora, la única persona en la que podía confiar.

—¿No han salido las cosas bien en Dorset, señora?

—Llámame Lesley, por favor. Dorset está bien. Tuve que volver para una entrevista con el Superintendente Rogers. Es mañana a primera hora.

—Ah. —Zoe ya lo sabría. La entrevista era sobre el caso Jackdaw, una investigación sobre el antiguo jefe corrupto de Lesley, el inspector jefe David Randle. Sin la aportación de Zoe, Rogers y su equipo no habrían atrapado al hombre.

—¿Necesitas algo de mí, Lesley? —Zoe parecía incómoda llamándola por su nombre de pila.

—Esto es jodidamente embarazoso. Y es confidencial, ¿entiendes?

—Por supuesto.

Lesley miró los cartones de comida para llevar. Desde la reunión, lo único que había comido, aparte de las dos barritas Mars, había sido un paquete de galletas rellenas en el tren.

—No te quedarán sobras, ¿no?

Zoe se rio.

—Para parar un tren. Nicholas ha salido con su novio. Pedí más de la cuenta y el gato no ha mostrado interés alguno.

Lesley se hundió en el sofá. Quería hacerse un ovillo y dormir durante una semana. Las imágenes de Julieta le pasaban por la cabeza. Terry con ella.

Se estremeció.

—Toma. Te traeré un plato. Igual lo tenemos que meter en el microondas.

—Fenomenal. Gracias.

—No hay de qué. ¿Es eso lo que necesitas de mí? ¿Comida?

Lesley se frotó la sien.

—También necesito una cama para pasar la noche.

Zoe se detuvo mientras recogía los cartones de comida para llevar. Lesley podía intuir las preguntas, pero Zoe nunca se entrometería.

—Por supuesto. —Llevó los cartones a la cocina—. Puedes quedarte en la habitación de invitados —dijo mientras abría el microondas.

Lesley asintió. El gato gris, apenas un gatito, saltó a su regazo. Tras un momento de vacilación, lo acarició.

Jodido Terry. ¿Por qué demonios se le habría ocurrido sorprenderlo con su visita?

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

ROLLINGTON HILL ESTABA a medio camino del Sendero Purbeck, una cadena de colinas azotadas por el viento, con vistas panorámicas a la isla de Purbeck. Al norte, se extendía la bahía de Poole. Detrás, el castillo de Corfe se alzaba en lo alto de la colina. En un buen día, se podía ver hasta la isla de Wight, al este, y casi hasta el New Forest, más allá de Bournemouth, al noreste.

Hoy no era un buen día.

Dennis se tiró de la chaqueta gris de *tweed*, deseando haber cogido el abrigo al salir de la oficina. Pam se lo había comprado. Uno sensato: verde, impermeable, diseñado para largos paseos por el campo.

No creía que los fabricantes hubieran previsto su uso en la escena de un crimen.

Detrás de él, Johnny pataleaba y se soplaba las manos. Mike había sido el afortunado de los tres; de vuelta en la oficina, le tocó contactar con la jefa y localizar a los familiares.

Delante de él, Gail Hansford y su equipo de fornidos técnicos luchaban con los elementos para levantar una carpa forense. El viento azotaba la lona, sacudiéndola de un lado a otro y, a veces, arrastrando a uno de ellos.

—¿No deberíamos echarles una mano, sargento?

Dennis suspiró. La verdad era que había disfrutado viéndolos luchar. Gail Hansford era un poco irritante, con su brusquedad poco propia de una dama y esas horribles botas negras que insistía en

llevar. Circulaban rumores sobre Gail, y Dennis prefería no meterse en ellos. Pero lo cierto era que nunca había dado a nadie una explicación satisfactoria de por qué su marido la había abandonado hacía tres años. Su ex, Bob Hansford, era un buen tipo, trabajaba como guardia de tráfico en Poole. Vivía solo allí, sin novia ni nueva esposa. No tenía sentido.

—¿Sargento?

Dennis salió de sus pensamientos.

—Por supuesto.

Johnny corrió hacia los forenses. A diferencia de Dennis, iba adecuadamente vestido, con un forro polar negro sobre su arrugado traje azul. Dennis odiaba los forros polares.

Johnny agarró la cuarta esquina de la carpa y ayudó a controlarla. Dennis se unió a él.

—Gracias, chicos —jadeó Gail—. Tened cuidado de no alterarla. Esta es una tarea jodidamente delicada.

Dennis arqueó una ceja; deseaba haber conseguido persuadir a la encargada de la escena del crimen para que incluyera a su equipo en la hucha de las palabrotas. Los fondos para el tejado de la iglesia serían considerablemente más elevados ahora.

—Entendido —confirmó Dennis al tiempo que Gail clavaba una estaca en el suelo, esquivando por poco el pie del sargento.

La forense se desplazó entonces a las otras esquinas de la carpa, asegurando las estacas mientras los cuatro hombres mantenían la estructura estable. Entonces se apartó, con el viento azotándole el pelo en la cara.

—Soltad.

Los cuatro hombres soltaron sus respectivas esquinas y dieron un paso atrás. Dennis se puso un brazo delante de la cara. No se habría sorprendido si todo se le hubiera venido encima. Pero aguantó.

Oyó un grito detrás de él y se giró para ver al viejo patólogo subiendo la colina. Se detuvo junto a Dennis, jadeante.

—Esa colina es malditamente empinada. —Respiró.

—Gracias por venir.

—Solo hago mi trabajo. Y mucho mejor que esta vez me habéis pillado en un día laborable, ¿no?

El doctor Whittaker avanzó con dificultad y entró en la carpa. Gail y uno de sus técnicos ya estaban dentro, mientras que el otro estaba agachado en el suelo fuera, examinando algo.

—Cuidado por dónde pisa —dijo el forense cuando el patólogo pasó junto a él.

El médico agitó un brazo con desdén.

—Llevo haciendo esto desde que estabas en pañales, jovencito. —Apartó de un tirón la abertura de la carpa, haciendo que Johnny diera un respingo, y desapareció en el interior.

—Quédate aquí —le dijo Dennis al cabo—. Llama a Mike, averigua qué está pasando.

—Sí, sargento.

Dennis pasó por delante del técnico, atento a dónde ponía los pies. Ya habían colocado placas en el suelo; no querían más huellas. Apartó la tela de la carpa y se deslizó dentro, contento por la relativa quietud del interior.

Gail y el doctor Whittaker estaban acurrucados junto al cadáver. Dennis solo podía ver el pelo y las piernas de la joven; el resto estaba oculto. El patólogo murmuró algo a Gail, que asintió.

Dennis se quedó mirando el pelo rubio, con la mente entumecida. Hacía menos de veinticuatro horas había estado hablando con aquella mujer. Había juzgado su carácter. Había creído que era una asesina.

Y ahora...

«Acabar muerta no significaba que ella no pudiera haber matado también», se recordó a sí mismo. Podría haber sido atacada por alguien que quisiera vengarse por lo que le había hecho a Archie. Podría no haber sido capaz de vivir con la culpa de su crimen y haber venido aquí, a la cima del condado, para acabar con su vida.

Cuando el patólogo y la forense retrocedieron, supo que no se había suicidado. La cara de Layla Ford había sido aplastada por un objeto contundente. Su mejilla estaba destrozada y su mandíbula rota. No era una imagen agradable.

El patólogo se levantó, hizo una mueca de dolor y estiró los hombros.

—Estoy demasiado viejo para esto.

El doctor Whittaker llevaba desde hacía seis años amenazando con jubilarse. Dennis pensaba que nunca lo haría.

—Imagino que no necesitáis que os diga la causa de la muerte.

—Preferiría que lo confirmaras —respondió Dennis.

—Por lo que veo aquí, los huesos de la mejilla y la mandíbula se fracturaron tras el impacto de un objeto contundente. Un trozo de hueso —se agachó y señaló— se ha desprendido y le ha roto la arteria carótida. —Indicó que había sufrido una hemorragia dentro del cráneo, detrás de la mandíbula rota—. También podría haberse incrustado en la tráquea. Por el color de su piel, no sospecho asfixia, así que imagino que murió de un paro cardíaco.

—¿Se le paró el corazón por un golpe en la cara?

El patólogo se volvió para mirarle.

—La cabeza es una cosa complicada, sargento. Se sorprendería.

—Lo estoy. —Dennis hizo una mueca. Fuera cual fuera la moral de aquella chica, no se merecía ese final. Era poco más de dos años mayor que su sobrina.

—¿Alguna señal de un arma? ¿Fibras? ¿Huellas? —preguntó a Gail.

—Todavía no hay señal alguna del arma. Podría ser la misma que se usó con Archie Weatherton, pero no quiero sacar conclusiones hasta tener más datos. Huellas de pisadas, todavía las estamos comprobando. Habrá algunas de los agentes uniformados y de la pareja de ancianos que la encontró.

La pareja seguía cerca, acurrucada en una roca con mantas térmicas a su alrededor. Un agente había encontrado un frasco de té en su mochila y se los estaba dando a la fuerza.

—¿Fibras? ¿Heridas defensivas?

—Demasiado pronto para hablar de fibras, sargento, pero hay heridas defensivas. —Gail señaló la mano derecha de Layla—. Tiene las uñas rotas.

Asintió con la cabeza. Con suerte, su asesino aún tendría marcas de los arañazos.

Temblaba. El efecto aislante de la carpa había desaparecido y sus dedos eran bloques de hielo.

Podría dejar esto a los técnicos.

—Estamos intentando contactar con la inspectora —dijo—. Está en una reunión, pero esperemos que Mike ya haya hablado con ella.

—¿Será la sénior de la investigación?

—Forma parte de la misma investigación que Weatherton, así que sí. Pero hasta que vuelva, yo soy tu punto de contacto, ¿de acuerdo?

—Muy bien. —Gail volvió a su trabajo.

Dennis salió de la carpa y el viento le golpeó la cara. Reprimió un grito. Johnny estaba hablando con uno de los forenses.

—¿Ya ha conseguido Mike hablar con ella? —le preguntó Dennis mientras comenzaba a caminar hacia el castillo de Corfe.

Johnny se apresuró para alcanzarlo.

—Su móvil está ocupado, sargento. Espero que sean buenas noticias.

—Bien.

Dennis aceleró el paso, ansioso por alejarse de aquel terrible viento.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

UNOS GOLPES en la puerta despertaron a Susan. Dejó escapar un leve gemido y miró el despertador: las nueve. Tuvo un breve momento de pánico antes de recordar por qué no había puesto la alarma anoche. Archie había muerto. Millie tenía la semana libre, y su jefe le había dicho que se tomara todo el tiempo que necesitara.

Se dejó caer sobre las almohadas y se quedó mirando el techo. Quería dormir una semana. Hasta el funeral, al menos. Por Dios. Hoy tenía cita en la funeraria con su suegra. Aún no habían entregado el cuerpo de Archie, pero con su habitual eficiencia, Rowena Weatherton había insistido en que debían empezar a organizar las cosas.

Los golpes en la puerta volvieron a sonar. Susan se levantó de la cama y recogió su bata de rizo rosa del suelo. Estaba descolorida y sucia por los puños. Se ató el cinturón mientras abría la puerta principal.

—¿Estás bien? No tomarías pastillas para dormir, ¿no? —Su hermana Fiona estaba en la puerta. En el otro extremo del camino, más allá de Fiona, se detuvo un coche de policía.

—¿Qué está pasando? —preguntó Susan.

Fiona la hizo entrar y cerró la puerta.

—Te han asignado a una agente de relaciones familiares. Te dirán que está aquí para cuidarte y para mantenerte al corriente de la investigación, pero su verdadero trabajo es espiarte.

—No hay nada que espiar. Fi, por favor, deja de ser tan paranoica.

—¿Y Tony?

—Voy a hablarles de Tony.

—Deberías consultarlo con Jacinta antes de hacer eso.

—¿Jacinta?

—Tu abogada. —Fiona fue a la cocina. Millie estaba en el rellano de las escaleras.

—¿Mamá?

Susan se apresuró a subir las escaleras y abrazó a su hija. Deseaba que la niña no tuviera que pasar por esto. Maldito Archie. ¿Qué había hecho para que lo mataran en un lugar como Castillo de Corfe?

—Vamos, cariño. Te traeré algo para desayunar.

—No tengo hambre. —La voz de Millie se quebró. Susan temía que se le partiera el corazón.

Nuevos golpes sonaron en la puerta.

—Ay, dejadnos en paz —murmuró Susan. Millie y ella necesitaban que las dejaran en paz.

Se agachó y apartó el pelo de Millie de sus mejillas.

—Tú siempre tienes hambre.

—Hoy no —resopló la pequeña.

Susan tiró de Millie hacia ella y la guio escaleras abajo. Fiona estaba en la puerta y una policía uniformada en el umbral.

—Déjala entrar —le dijo Susan a su hermana—. No tengo nada que ocultar.

La agente sonrió a Susan con tristeza al entrar en la casa. Susan tendría que acostumbrarse a que la gente la mirara así.

—Ven a la cocina —le dijo Fiona.

—Voy a poner la tetera —sugirió la agente. Fiona puso los ojos en blanco.

Susan condujo a Millie al salón, en la parte delantera de la casa. Las cortinas seguían cerradas. Las dejaría así; de lo contrario, el viejo señor Gill no dejaría de husmear día y noche.

Encendió el televisor y puso el canal Disney. Le dio a su hija un beso en la frente.

—Voy a prepararte el desayuno. —«Y a escuchar qué dice la agente esta» pensó. Imaginó que la pondría al día y luego se marcharía. Planeaba pasar el día aquí, acurrucada en la oscuridad con su hija. La funeraria tendría que esperar.

Cerró suavemente la puerta del salón y se apresuró a ir a la cocina. Oyó nuevos golpes en la puerta de casa. Impaciente, la abrió de par en par.

Una mujer de mediana edad, con el pelo rubio, rizado y un traje verde oliva hecho a medida, estaba de pie en el escalón de su casa. Levantó una tarjeta de visita.

—Soy Jacinta Burke. Espero que Fiona te haya dicho que vendría.

Susan frunció el ceño.

—No.

Fiona apareció detrás de ella.

—Perdona, Suze, no he tenido la oportunidad. Jacinta es tu abogada.

—No necesito ninguna abogada.

Jacinta hizo caso omiso.

—La policía quiere entrevistarte. Eres testigo, así que lo harán en una sala especial de interrogatorios, con el mobiliario que ellos consideran cómodo.

—¿Por qué no aquí? —preguntó Susan.

—Quieren mostrarte algunas fotografías —explicó Jacinta—. Me dijeron que sería mejor hacerlo en la estación.

—Pero Millie...

—Yo la cuidaré. —Fiona le apretó el hombro—. Mejor acabar con esto de una vez.

Susan se quedó mirando a la abogada. Debería haber respondido a sus preguntas ayer.

—Una policía ya está aquí.

—Será la de relaciones familiares —dijo Jacinta al entrar en la casa—. Malditos agentes. No le digas nada.

—No tengo nada que ocultar.

—¿Quién quiere un té?

Las tres mujeres se volvieron y vieron a la agente en la puerta de la cocina, con una tetera en la mano. Jacinta murmuró en voz baja.

—Ya lo hago yo —dijo Susan.

—No hace falta. Tú tómatelo con calma. Para eso estoy yo aquí, para cuidarte.

—Mentira —susurró Jacinta.

La puerta del salón se abrió.

—Mamá, ¿dónde está mi desayuno?

—Ya te lo hago yo, guapa —dijo la agente.

La cara de Millie se arrugó.

—¿Quién es usted? —Se volvió hacia Susan—. ¿Mamá?

Susan fulminó con la mirada a la agente, deseando que la mujer no estuviera tan irritantemente animada.

—Tomaré una taza de té, por favor, con leche y sin azúcar. Mi hija tomará un tazón de Weetabix.

Acompañó a Millie al salón y se sentó a su lado en el sofá. Observó la cara de Millie y le tendió la mano. Millie se quedó mirando la televisión.

Susan resistió el impulso de apretar con más fuerza la mano de su hija. Quería envolver a Millie en su amor, protegerla del mundo exterior. Pero, por ahora, lo único que podía hacer era esconderse con ella en un salón a oscuras.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

UN COCHE PATRULLA esperaba a Lesley en la estación de Bournemouth. Había planeado coger un taxi para volver a casa y cambiarse de ropa antes de ir a la comisaría, pero el mensaje que había recibido de Mike al salir de la entrevista con Asuntos Internos de las Midlands había echado por tierra esa idea.

Se sentó en la parte trasera del coche, consciente de que olía a humedad. Su traje se había mojado con la lluvia de la noche anterior y no se había secado del todo; sus zapatos habían perdido toda la forma. Zoe había intentado ayudarla a acolcharlos con papel de periódico, pero eso solo había empeorado las cosas. Cuando entró en la sala de interrogatorios y el superintendente Rogers la observó, debió de pensar que ya se estaba convirtiendo en una pueblerina.

El coche se detuvo frente a la comisaría y Lesley salió de un salto. Se metió en el servicio para arreglarse. Al menos su blusa, protegida por la bolsa de viaje, estaba a salvo. Y Zoe le había prestado un secador, así que, por lo menos, su pelo no parecía que la hubieran arrastrado por uno de los muchos setos de Dorset.

Tras un largo rato mirándose en el espejo e intentando no pensar en Terry y la española, se dirigió a su despacho.

Su equipo estaba en sus mesas, todos al teléfono. Les hizo un gesto para que terminaran sus llamadas y se reunieran con ella en su despacho.

El tablón había sido ampliado. Mostraba fotos de la escena del crimen de la pobre Layla Ford, lo que hizo estremecer a Lesley. La

cara de la chica era un desastre, sus rasgos apenas reconocibles. Lesley no envidiaba al familiar que tuviera que realizar la identificación.

Mike entró primero, seguido de Dennis y, después, de Johnny. Estaban cabizbajos.

—Cerrad la puerta —pidió. Johnny obedeció.

Lesley se apoyó en su escritorio e indicó a su equipo que se sentara. Lo hicieron, a regañadientes en el caso de Dennis.

—Ponedme al día.

—Una pareja que paseaba encontró el cuerpo de Layla bajo la torre de radio de la colina de Rollington a las ocho y media de esta mañana —dijo Dennis.

—¿Dónde está eso?

—En las colinas entre el castillo de Corfe y Swanage —aclaró Johnny—. Justo al este del pueblo.

—¿Cuándo murió? —preguntó Lesley.

—El patólogo cree que anoche, tarde —respondió Dennis.

—¿Alguna pista de quién pudo haber estado arriba con ella? ¿Dejaron algo atrás? ¿Hay heridas defensivas?

—Tiene un par de uñas rotas —le dijo Dennis—. No han dejado nada más, por lo que sabemos. Ni rastro de un arma.

—¿Podría haber sido la misma?

—Fue un golpe duro. No podemos decir mucho más ahora mismo. Pero entre el patólogo y la médico forense...

—Sí, sí. Gail lo tiene bajo control. —Del patólogo no estaba tan segura.

—¿Alguien ha hablado con los otros dos? Tenemos que averiguar cuándo salió Layla de la casa del pueblo o si se la llevaron a la fuerza.

—Fui a la excavación, jefa —dijo Johnny—. Ambos compañeros estaban allí trabajando. No parecían muy afectados cuando les di la noticia.

Lesley lo miró con el ceño fruncido.

—Cualquiera de esos dos, o ambos por lo que sabemos, podría ser el principal sospechoso. Por favor, dime que tomaste nota literal de la conversación.

—Lo hice, jefa. —Sacó su bloc de notas.

—Bueno, eso es algo, supongo. ¿Se lo dijiste a los dos juntos?

—Sí. Crystal quería saber por qué Layla no se había presentado a trabajar y Patrick...

Lesley se sujetó al borde del escritorio que tenía detrás.

—La próxima vez que informes a dos posibles sospechosos de un asesinato, sepáralos primero, ¿de acuerdo? Como mínimo, son testigos. Ahora podrían estar charlando entre ellos, alineando sus historias.

—Lo dudo —dijo Dennis.

—¿En serio?

—Ese par no me parece que se lleve particularmente bien. Crystal parece...

—Vale. Por muy amigos que sean o no, tenemos que hablar con ellos antes de que tengan más tiempo para deliberar. Y quiero mantenerlos vigilados. Maldita sea, uno de ellos podría estar en peligro. Tenemos que ponerles un agente de relaciones familiares.

—Hay un par de chicas de la zona de Poole que normalmente hacen ese trabajo —dijo Johnny.

Lesley se cruzó de brazos.

—¿Cuántos años tienen esas agentes, Johnny?

—No lo sé.

—Pero serán adultas, de todos modos, ¿no? Pues entonces, por favor, refiérete a ellas como mujeres.

—Si fueran tíos, los llamaría chavales.

Lesley no estaba de humor para esto.

—Refiérete a tus colegas con respeto, por favor, cabo.

—Sí, jefa.

—En cualquier caso, preferiría que fuera alguien de esta zona. —Se apartó del escritorio y se dirigió a la puerta. La abrió y se asomó. Afortunadamente, su objetivo estaba en su escritorio.

—Agente Abbott, ¿tienes un momento?

—Estoy haciendo más papeleo, señora. —La agente miró de Lesley a la pantalla y viceversa—. Por supuesto, señora.

—Bien. Tengo un trabajo para ti. —Lesley se retiró a su oficina. La agente Abbott la siguió.

Lesley se volvió hacia sus subordinados.

—La agente Abbott irá a la casa del pueblo. Ella será nuestra agente de relaciones familiares.

—¿Ah, sí? —preguntó Abbott.

Lesley asintió.

—Ya has estado allí y está claro que conoces el pueblo muy bien. Quiero que vigiles a Crystal Spiers y Patrick Donnelly. Los interrogaremos, pero quiero saber si alguno de ellos hace algo raro.

—¿Cómo qué, señora?

—Lo sabrás cuando lo veas.

La agente Abbott parecía no tener ninguna confianza en que lo hiciera.

—Sí, señora —murmuró.

—¿Deberían Johnny o Mike acompañarla? —preguntó Dennis—. Este es un trabajo para un miembro del equipo de investigación.

—El trabajo del agente de relaciones familiares está bien definido —le recordó Lesley—. No necesita niñera.

Dennis gruñó.

—Entonces —Lesley juntó las manos—, ¿algo más que informar?

—De momento, no. —La expresión de Dennis era tensa.

—Me parece justo. Tenemos mucho que hacer. Dos testigos para entrevistar. ¿Tenemos una declaración de la pareja que la encontró?

—El agente uniformado lo hizo —dijo Johnny.

—Bien. Están los forenses y la autopsia. ¿Tenemos hora para eso?

—Mañana por la mañana —respondió Dennis.

—¿Mañana?

—El doctor Whittaker tiene consulta privada los miércoles por la tarde.

—¿Y no pudo hacerlo esta mañana?

—No.

—Que Dios me dé fuerzas.

Dennis se enderezó. Un murmullo recorrió la habitación.

—¿Qué? —preguntó Lesley—. ¿Qué no me estáis diciendo?

Johnny estaba mirando al sargento. Se aclaró la garganta antes de contestar.

—No es eso, jefa.

—¿Y entonces qué?

—El sargento encuentra ofensiva la blasfemia.

Lesley miró a Dennis.

—¿Qué he dicho esta vez?

—Está bien, señora. Dejémoslo. —Ya estaba llamándola señora de nuevo. Pero tenían un asesinato que investigar.

—Y aún nos queda la investigación Weatherton —añadió Lesley —. Voy a aplazar la entrevista con su mujer. Quizá la incluyamos más tarde. Pero, por ahora, tenemos que conseguir toda la información que podamos sobre las últimas horas de Layla. Preguntad en el pueblo. Encontrad a cualquiera que la viera anoche. Comprobad bares, cajeros, rutas de autobús. Llamad a las puertas. Tenemos una buena oportunidad de reconstruir esto, pero solo si nos ponemos en marcha.

Dio una palmada y el equipo empezó a moverse.

—Dennis, llévate a Johnny y a Mike. Yo iré con la agente Abbott.

—Pero, jefa...

—Ni peros ni nada. Nos vemos en el castillo.

CAPÍTULO CUARENTA

EL COCHE de Lesley seguía aparcado frente al cuartel general de la policía de Dorset, donde lo había dejado antes de coger el tren el día anterior. Parecía que había pasado toda una vida.

—Yo conduzco —le dijo a la agente Abbott mientras pulsaba el cierre a distancia—. ¿Necesitas decirle a alguien dónde vas?

—Ya lo he hecho, señora.

—Muy bien.

Subieron al coche.

—Todavía no domino el GPS —le explicó Lesley—. Avísame si me desvío del camino.

Pero la ruta entre Winfrith y Castillo de Corfe se había grabado en la mente de Lesley. A medida que se acercaban a Wareham, se relajaba en la conducción. Echaba de menos el bullicio y la energía de Birmingham, pero agradecía no verse atrapada en un atasco cada cinco minutos.

—Espero que no te importe que te haya traído —le dijo a la agente cuando salieron de la rotonda hacia la circunvalación de Wareham—. No me veía con ánimos de estar rodeada solo de hombres.

—No hay problema, señora. Solo dígame qué necesita de mí.

Lesley miró a la mujer.

—¿Cuánto tiempo llevas en el cuerpo?

La agente Abbott frunció el ceño.

—Seis años, señora. Desde que dejé la escuela.

—Así que eso te hace, ¿veintidós? ¿O veinticuatro?

—Veinticuatro, señora. —La agente Abbott se retorció las manos en el regazo.

—Lo siento. Estoy siendo entrometida. Recuérdame, ¿cómo te llamas?

—Esto...

—Me refiero a tu nombre de pila.

—Tina, señora.

—Encantada de conocerte, Tina. Y puedes relajarte. No necesito que me llames señora cada vez que te dirijas a mí.

Tina asintió. Condujeron en silencio, atravesaron Stoborough y pasaron el desvío a Arne.

—Si no le importa que le pregunte, señora, ¿va todo bien?

—¿Por qué lo preguntas? —Lesley pisó el freno. El Nissan de delante frenaba y aceleraba. Miró por el retrovisor, preguntándose dónde estarían los demás.

—No, por nada. Lo siento.

—Si mi comportamiento te preocupa, quiero saberlo. Seguro que Dennis ya piensa que me falta un tornillo. —Se volvió hacia la otra mujer—. Que conste que no es así.

Tina sonrió.

—Eso es bastante evidente.

—Pero sigues pensando que algo va mal.

—Lo siento, hablé fuera de lugar.

Lesley golpeó suavemente en el volante siguiendo un ritmo en su cabeza. Había muchas cosas que iban muy mal. Su marido se acostaba con otra mujer, ella estaba atrapada en este condado perdido de la mano de Dios y, de la noche a la mañana, se había dado cuenta de que no quería salvar su matrimonio.

Pero nada de eso debería afectar su trabajo.

Mantuvo los dedos quietos sobre el volante.

—Tuve una reunión difícil en Birmingham. Estoy frustrada por ir atrasada con el asesinato de Layla Ford. Eso es todo. —Sonrió a Tina —. Pronto, todo volverá a la normalidad.

Tina soltó una risita nerviosa. Se acercaban a Castillo de Corfe.

—¿Por dónde voy a la escena del crimen? —le preguntó Lesley.

—Gire a la izquierda bajo el puente del ferrocarril y luego conduzca hasta el aparcamiento para senderistas. No tiene pérdida. ¿Podría dejarme en la plaza?

—Claro. —Lesley se detuvo frente a la tienda del National Trust, ignorando al hombre del Audi azul que iba detrás de ella tocando el claxon. Tina se apeó.

—Hazme saber si pasa algo importante. Vendremos más tarde para las entrevistas y enviaré un equipo forense tan rápido como pueda. Mientras tanto, asegúrate de que no entren en la habitación de Layla y Archie y vigila que no muevan ninguna posible prueba.

—Seguramente ambos estarán en la excavación, señora. —Tina se asomó por la puerta. Otro bocinazo del Audi. Lesley tomó aire. «Ignóralo».

—Cierto. Pégate a ellos. Finge estar cuidando de ellos. Ya conoces el procedimiento.

—Sí, señora.

Lesley rodeó el monumento situado en el centro de la plaza. Tuvo que frenar para evitar atropellar a un niño que se cruzó corriendo delante de su coche. Su padre corrió tras él, lo recogió y pidió disculpas.

—¿Qué tal si vigilas a tu hijo? —murmuró entre dientes.

Por fin salía del pueblo. Los uniformes edificios de piedra gris y la omnipresente mole del castillo empezaban a resultarle claustrofóbicos.

Siguió las indicaciones de Tina por un estrecho carril bajo el puente del ferrocarril hasta un aparcamiento para peatones que los uniformados habían acordonado para los vehículos policiales. Había dos coches patrulla, una furgoneta forense y dos coches sin matrícula.

Dennis, Johnny y Mike salieron del Opel Astra marrón justo delante de ella.

—El cuerpo sigue ahí arriba, jefa —dijo Dennis—. No hay prisa, ya que el patólogo no está disponible.

«No hay mal que por bien no venga», pensó Lesley.

—Muéstramelo.

Señaló un sendero embarrado que ascendía por la colina.

Lesley suspiró, pensando en sus zapatos. Primero el aguacero de anoche, ahora esto. No iban a servir más que para ir a la basura.

—¿Esa es la única manera?

—Hay otro camino que sube desde el pueblo, pero este es más directo. Da la vuelta por el otro lado y tardarás media hora más. —Le miró los pies—. Depende del calzado.

Tenía razón. Todos los agentes uniformados llevaban botas pesadas reglamentarias. Su equipo, se dio cuenta, llevaba zapatos con suelas resistentes. Y Gail tenía unas botas muy buenas bajo sus protectores.

—Muéstrame el camino. —Encontraría una zapatería el fin de semana. Las botas pesadas no combinarían con sus trajes de falda, pero encontraría algo más práctico.

—Jefa. —Dennis empezó a subir la colina, con pasos rápidos y decididos. Lesley trató de seguirle el ritmo, agachándose de vez en cuando para sujetarse a una mata de hierba y evitar resbalar.

Por fin llegaron a la cima. Lesley se llevó la mano a los ojos, tratando de ignorar el dolor de cabeza que se le estaba formando.

—¿Lista, jefa? —Los tres hombres estaban delante de ella, observando. Esperando.

No dejes que una estúpida colina te impida hacer tu trabajo.

Cerró el puño y se golpeó el muslo, dispuesta a seguir. Aquí arriba, el viento era tempestuoso y el aire húmedo. Juraría que caminaban dentro de una nube.

—Jesús del amor hermoso —murmuró para sí misma—. Dame un túnel del canal. Dame un maldito polígono industrial en ruinas.

Llegó a la carpa. Su equipo había aminorado la marcha, no caminaban a todo ritmo por deferencia a ella. Fingió no darse cuenta. Gail estaba fuera de la carpa, protegida de la humedad por su traje forense. Más allá de ella y de la carpa había un rebaño suelto de vacas, que parecía a punto de interesarse por la escena del crimen.

—Lesley, me alegro de verte. Siento que te estés perdiendo las vistas.

—¿Hay vistas?

—Gloriosas, en un día despejado, claro. —Gail barrió con el brazo el paisaje gris—. La bahía de Poole por allí. El castillo detrás de nosotros.

—Lo dejaré para otro día, gracias. —Lesley señaló a las vacas—. ¿Van a darnos problemas?

Gail se volvió para mirarlas.

—No, ignóralas.

—Si tú lo dices. Venga, echemos un vistazo.

—Por supuesto. —Gail hizo un gesto a Lesley para que se adelantara—. Asegúrate de pisar solo en las placas.

Lesley ya las había visto. Podía imaginar la humedad filtrándose en el suelo, haciéndolo suave.

—¿Alguna huella?

—Muchas —respondió la forense—. Demasiadas para ser de alguna utilidad. Este es un sendero popular, en esta época del año.

«Hoy no», pensó Lesley.

—¿Has puesto cordones en las entradas?

—Lo hemos precintado en el camino que sube desde el pueblo y hemos puesto una señal en la bifurcación por la que se baja a Woolgarston.

—¿Eso es todo?

—La gente es bastante obediente por aquí, cuando se trata de senderos. Hay demasiados desprendimientos en la costa como para arriesgarse.

—Lógico. —Lesley apartó la tela de la carpa. El cuerpo de Layla se encontraba dentro, solo. La soledad hizo que la visión de la joven fuera aún más inquietante.

Yacía retorcida, con la cara hacia un lado y los brazos doblados hacia el otro. No parecía una postura deliberada, sino más bien la forma en que había caído. Tenía la pierna izquierda doblada y le faltaba un zapato.

Lesley lo señaló.

—¿Has encontrado ese zapato?

—A cincuenta metros. Está en una bolsa de pruebas.

Lesley giró la cabeza para ver mejor a Layla. Se agachó junto a ella, tambaleándose ligeramente sobre la placa. Malditos zapatos.

—¿Un solo golpe?

—Dos o tres, calculo. Por supuesto, la autopsia lo confirmará.

—¿La atacaron aquí o la trajeron después?

—La distribución de la sangre en la hierba indica un ataque repentino aquí. —Gail señaló la mancha. Levantó una linterna para iluminarla—. No hay salpicaduras claras, al estar en un lugar tan expuesto. Pero hay suficiente sangre aquí para coincidir con los efectos de una herida en la cabeza.

—¿Murió al instante?

—El doctor Whittaker nos podrá decir más sobre eso.

Lesley asintió; no estaba tan segura.

—La sangre se ha acumulado en el suelo. Se ha filtrado en la hierba, por lo que parece que se desangró después de golpear el suelo. Hay muy poca evidencia de salpicadura arterial.

—Así que la hemorragia fue *post mortem*.

—Lo más probable.

Aquello era un consuelo. Ser atacado aquí por la noche, a kilómetros de cualquiera que pudiera ayudar, ya era horrible. Pero yacer aquí medio muerta, con el corazón bombeando sangre, no era algo en lo que quería pensar.

—¿Cuánto falta para que pueda ser trasladada?

—Por lo que a mí respecta, en cualquier momento. Estamos esperando a que vengan los de Patología a por ella.

—¿Están esperando a que el doctor Whittaker termine sus citas privadas?

El rostro de Gail se ensombreció.

—Suelen bailar a su son.

—Ya veo. —Lesley sacó la cabeza de la carpa. Dennis estaba hablando con uno de los forenses de Gail, el que parecía que estaba haciendo una audición para el papel del primo de Zumosol—. Dennis, ve a Patología. Diles que queremos que se lleven este cuerpo cuanto antes.

—Sí, jefa. —Asintió al forense y sacó su teléfono.

—¿Y por qué están Johnny y Mike merodeando por aquí? Volved todos al pueblo. Hay testigos a los que interrogar.

—Pensé que querrías hacer eso tú, jefa.

Se mordió el labio inferior. Gail se rio detrás de ella.

—Hay que ir de puerta en puerta. Tenemos que construir una línea del tiempo de la víctima. Ve y ponte a ello.

—Bien. —Dennis acompañó a los dos cabos de vuelta al camino.

Lesley se metió en la carpa.

—¿Son siempre así?

—Sin comentarios. —Gail reprimía una sonrisa.

—¿Cómo era mi predecesor? ¿El inspector jefe Mackie?

—Ah, él cagaba oro. Hasta que de repente dejó de hacerlo.

—¿Cómo es eso?

Gail se puso tensa.

—No me gusta cotillear. Terminaré de preparar a Layla para el transporte y que se la lleve el patólogo.

Se dio la vuelta y dejó a Lesley preguntándose cuál sería el gran secreto.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

TINA ABBOTT se dirigió a la excavación. Como era de esperar, no había nadie en la casa del pueblo cuando llamó a la puerta. Crystal Spiers estaba fuera de la carpa donde habían encontrado a Archie, hablando con un grupo de estudiantes.

—Tú otra vez, no.

—Me han asignado como su agente de relaciones familiares.

—No éramos familia.

—Debe de ser duro para usted. Primero Archie, luego Layla.

Crystal levantó una mano para protegerse los ojos. El día no era soleado, pero sí luminoso, y el sol amenazaba con atravesar una capa de nubes.

—Estamos ocupados. No necesitamos que estés por aquí rondando.

—Ha vuelto al trabajo.

—Sí, hemos vuelto al trabajo. ¿Vas a juzgarnos por ello?

Tina se encogió de hombros. No le gustaban mucho los trabajos de relaciones familiares.

—Estoy segura de que la universidad entendería si necesitaran tomarse unos días libres.

—La universidad ya me llamó. Les dije que nos faltaba personal y que teníamos que ponernos manos a la obra. La mujer de recursos humanos fingió que prefería que no trabajásemos, pero no lo hizo muy bien.

Tina asintió. No le correspondía decirle a Crystal cómo debía reaccionar ante los asesinatos de dos de sus colegas.

Pero su trabajo era observar e informar.

—El señor Donnelly no estaba en la casa del pueblo.

Crystal señaló hacia la segunda carpa, más pequeña.

—Está ahí.

Tina asintió.

—El sargento vendrá más tarde. Necesitarán interrogarlos a los dos. Establecer los movimientos de Layla en las horas previas a su muerte.

Crystal se volvió para hablar a los alumnos. Hizo una pausa y se giró hacia Tina.

—¿Te importa? Tengo cosas que hacer.

—Solo quería advertirla.

—Bueno, ya lo has hecho. Ahora, ¿puedes dejarnos en paz?

—Me quedaré a mirar, si le parece bien.

Crystal se pasó la mano por el pelo corto y oscuro. No había ninguna ley que obligara a las familias o compañeros de piso a aceptar la presencia de la agente de relaciones familiares. Pero ambas mujeres sabían que este campo era un sendero público.

—Haz lo que quieras.

Crystal le dio la espalda a Tina y siguió hablando con los estudiantes. Al cabo de unos instantes, el grupo se dispersó y cada uno se puso a trabajar en una parte concreta de la excavación. Antes de meterse en la carpa grande, Crystal le dirigió una mirada fría a Tina.

La vista de Tina se desvió hacia la otra carpa. Aún no había rastro de Patrick. ¿Debería comprobarlo?

No. No tenía motivos para sospechar que Crystal mentía.

Encontró una roca más o menos plana y se dejó caer sobre ella, intentando sin éxito ponerse cómoda. Por primera vez desde que la inspectora la había llamado, deseó no haber tenido tantas ganas de involucrarse.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

LESLEY VOLVIÓ A APARCAR su coche en el aparcamiento de West Street. Dennis tenía razón, necesitaba un permiso de aparcamiento.

Sacó el *ticket*, lo colocó en el parabrisas y se apresuró hacia la casa. Antes había telefoneado a Tina para que trajera a Crystal de la excavación. No quería ni imaginar cómo se sentiría Crystal al pasear por Castillo de Corfe con una agente de policía uniformada.

Al acercarse a la casa, vio a Mike cruzando la carretera y le hizo señas para que se acercara.

—¿Estás tocando puertas?

—Sí, jefa. Sin suerte aún.

—¿Cuántas casas has comprobado?

—El agente Mullins y yo hemos revisado las casas desde el final de la calle hasta aquí. —Señaló más allá del aparcamiento—. Nadie recuerda haber visto a Layla anoche o esta mañana.

—¿Y Dennis y Johnny?

—El sargento está cubriendo las casas más cercanas al camino hacia Rollington Hill Down. Johnny está con los pubs.

—Vale. Voy hacia la casa de los arqueólogos. Necesitaré a alguien que esté presente mientras entrevisto a Crystal y Patrick.

—Cuenta conmigo.

—Eso es lo que esperaba oír. Hazle saber al agente Mullins lo que vas a hacer.

Mike se apresuró hacia donde estaba el agente Mullins, en la puerta principal, hablando con una mujer joven que sostenía a un

niño pequeño en la cadera. Ella negaba con la cabeza.

Estas casas estaban pegadas a la carretera, lo que significaba que la gente mantenía las cortinas cerradas por la noche. Parecía que Layla había pasado desapercibida.

La agente Abbott se acercaba a la casa desde la dirección opuesta y Crystal Spiers caminaba a su lado. La mujer mantenía la mayor distancia posible de la agente, dado lo estrecha que era la calle.

Lesley las alcanzó mientras Crystal metía la llave en la cerradura, con Mike detrás de ella.

—Esta dice que quieres hablar conmigo —dijo Crystal.

—Necesitamos entender los movimientos de Layla ayer por la noche. Espero que pueda ayudarnos.

—Lo intentaré. —Crystal abrió la puerta de un empujón. Lesley hizo un gesto a Tina, que se adelantó hasta la cocina. Crystal se sentó en la butaca, dejando el sofá para Lesley y Mike. Lesley tomó asiento en el extremo más cercano a la entrevistada.

Tina asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Alguien quiere té o café?

—Café con leche para mí —respondió Lesley.

—Té fuerte, por favor, Tina —dijo Mike.

Lesley arqueó una ceja y miró a Crystal.

—Lo mismo que él —gruñó la arqueóloga.

—Enseguida vuelvo.

Tina desapareció y Lesley oyó cómo abría y cerraba varios armarios. Crystal se retorció en la silla.

—Háblenos de la noche de ayer, por favor —pidió Lesley—. ¿Vino Layla a casa después del trabajo?

—Pasó la mayor parte de la noche en su habitación. Últimamente hace mucho eso. —Crystal se encogió de hombros, sin mirar a Lesley—. No puedo culparla, supongo.

—¿Podría ser más específica? ¿A qué hora llegó a casa? ¿Cuándo salió? ¿La vio?

Crystal soltó un exagerado suspiro.

—Layla fue la primera en llegar a casa, sobre las cinco, creo. Patrick dejó la excavación no mucho después; le tocaba cocinar. Yo

tenía que recogerlo todo e informar a los alumnos. Volví sobre las seis y media.

—¿Le resulta difícil trabajar allí después de lo que le pasó a Archie?

—Intento no pensar en ello. Todo este asunto nos ha retrasado, tus forenses nos impiden trabajar... Estoy bajo presión.

La agente Abbott apareció con dos tazas. Le dio una a Lesley y la otra a Crystal. Mike la miró interrogante.

—La tuya viene ahora. —Desapareció en la cocina.

—Así que —dijo Lesley después de sorber su café—, cuando llegó a casa, ¿quién estaba aquí?

—Patrick estaba cocinando. —Crystal hizo una mueca—. Layla estaba arriba.

—¿La vio?

—Patrick me dijo que estaba ahí arriba.

Lesley asintió.

—Sí, pero ¿la vio?

—Bajó a cenar poco antes de las siete. Volvió corriendo a su habitación justo después. Intenté hablar con ella, ser amable. Es solo una cría. Me imaginé... En cualquier caso, no la volví a ver durante una hora o así.

—Dice que se escabulló. ¿Cómo estaba de humor?

—Cabizbaja. Asustada. —Crystal miró a Lesley por encima del borde de su taza—. No dejaba de mirar raro a Patrick.

—¿Qué clase de miradas raras? —Lesley miró detrás de ella y vio a Mike escribiendo furiosamente en su libreta.

—Recelosa, supongo. Como si pensara que fuera a morderla.

—¿Presenció alguna tensión entre Patrick y Layla antes de esto?

Tina reapareció y le entregó una taza a Mike. Se retiró con la suya y se quedó de pie en la puerta de la cocina.

—¿Estoy bien aquí, señora?

—Sí. —Lesley estaba concentrada en Crystal—. ¿Alguna tensión entre ellos?

Crystal apretó los labios.

—Tendrías que preguntarle a Patrick.

—Le estoy preguntando a usted.

Crystal se rascó la barbilla.

—No conozco todos los detalles. Preferiría...

—Dígame lo que sabe. Hablaré con él a continuación.

Crystal ladeó la cabeza.

—Creo que lo intentó con ella. Cuando llegó, antes de que ella y Archie se convirtieran en pareja.

—Solo para confirmar, ¿está alegando que Patrick «lo intentó» con Layla?

Crystal inclinó la cabeza y sorbió su té. Para alguien cuyos dos compañeros de casa habían sido brutalmente asesinados y sospechaba que una de ellas había sido agredida, estaba notablemente tranquila.

—Cuando dice «lo intentó», ¿a qué se refiere exactamente? —indagó Lesley.

—¿Tengo que deletrearlo? Quería llevársela a la cama. Es bastante común en estas excavaciones. Pero el hombre es lo suficientemente mayor como para ser su padre. Su abuelo, incluso.

—¿Patrick agredió sexualmente a Layla?

—Soy su jefa. No puedo ir lanzando acusaciones como esa.

—Esto es confidencial, señora Spiers. ¿Patrick agredió a Layla?

—No puedo probar nada. Pero estuvo a solas con ella un par de veces. Escuché...

—¿Qué oyó?

—Un forcejeo. Él gritándole. No oí las palabras. Ella llorando hasta dormirse las noches que pasó.

—¿Eso pasó varias veces?

—Sí, pero paró cuando Archie y ella se juntaron. Layla se mudó a su habitación. Se aseguraba de estar sola lo menos posible.

—¿Hubo algún incidente entre Layla y Patrick después de la muerte de Archie?

Crystal se chupó los labios. Agarró su taza.

—Lo oí entrar en su habitación ayer por la tarde.

—¿Después de cenar?

Asintió con la cabeza.

—Subió allí después de que yo intentara hablar con ella. Patrick estaba aquí, oyendo el críquet. —Señaló una pequeña radio que

había en la cómoda a su lado—. Cuando terminé de recoger la cocina vi que había subido. Su habitación está arriba, con la de Layla y Archie. La mía está aquí abajo.

Señaló detrás de ella, hacia la puerta que conducía a las escaleras.

—¿Lo oyó entrar en su habitación?

—Los oí hablar. —Crystal miró hacia arriba—. No es difícil con la forma en que estas casas están construidas.

—¿Qué decían?

La mano de Crystal se posó en su mejilla. Lesley sintió que el sofá se movía; Mike se arrastraba hacia ella. En la puerta de la cocina, Tina estaba inmóvil.

—Oí decir: «tú y yo». Luego susurros. Todo lo que oí después fue a ella diciéndole que se fuera.

Lesley asintió.

—¿Y luego qué pasó?

—Oí puertas abriéndose y cerrándose. Pasos. Parecía que Patrick iba a su habitación. Entonces, Layla bajó las escaleras. Casi se cae, iba tan apurada.

—¿Habló con usted?

Crystal negó con la cabeza.

—Solo dijo que iba a dar un paseo. —Cuando Crystal levantó la vista, le brillaban los ojos—. Esa fue la última vez que la vi.

Tina contenía la respiración. Mike pasó a una nueva página de su bloc.

—¿No salió a buscarla? —le preguntó Lesley.

Crystal desvió la mirada.

—Ojalá lo hubiera hecho.

—¿Y qué pasó con Patrick?

Crystal levantó la cabeza.

—¿Qué pasó con él?

—¿Se quedó arriba? ¿Salió? ¿Dijo algo? —Lesley sabía que no debía hacer tantas preguntas a la vez, pero estaba impaciente.

Crystal respiró entrecortadamente.

—Un cuarto de hora después de que Layla se fuera, él también salió.

Tina soltó un suspiro. «Silencio», pensó Lesley.

—¿Habló con usted al salir?

—Solo para decir que iba al pub. Es un habitual del Greyhound.

Lesley miró a Mike: algo más que Johnny tenía que comprobar.

—¿Cuándo regresó?

—Me fui a la cama a las diez. Estaba hecha polvo después de todo aquello... Luego, lo oí entrar a eso de las once y media. Las escaleras están justo sobre mi habitación, es un coñazo.

—Muy bien. —Lesley se frotó los ojos. Un dolor familiar se estaba gestando en su nuca—. Señora Spiers, ¿puede decirme si había alguna tensión entre Patrick y Archie? ¿O entre usted y Archie?

Crystal la miró con el ceño fruncido.

—Archie y yo éramos colegas desde hace años. Tuvimos una pequeña aventura, antes de que naciera su hija. Solo un par de meses. Éramos amigos, inspectora. No había tensión ninguna.

—¿Ningún desacuerdo sobre la forma de gestionar el proyecto de excavación? ¿Ninguna discusión sobre la financiación?

Crystal se echó hacia atrás.

—No. Nada.

—Muy bien. ¿Y qué hay de Archie y Patrick?

—Ellos... Bueno, se las arreglaron para llevarse bien. Patrick claramente estaba resentido con Archie: era mayor, pero con menos antigüedad. Sin embargo, mantenían una relación de trabajo amistosa, supongo.

—¿No hubo tensiones por Layla?

—Archie no era esa clase de hombre.

—¿Y Patrick?

Crystal apartó la mirada.

—Al principio estaba un poco celoso, pero pronto entró en razón. Una cría como Layla nunca se habría fijado en él.

—La llama cría.

—Tenía diecinueve años. Había dejado la universidad. Fingía tener veintitrés y ser licenciada. Yo era la única que lo sabía.

—¿Layla había mentido sobre su edad?

—No era para tanto. Aun así, era adulta.

—¿Había mentido sobre algo más?

Lesley pensó en Dennis y en su desconfianza hacia la joven. Se imaginó su cara cuando se lo contara.

—Que yo sepa, no.

—Vale. —Lesley comprobó su reloj: ya era media tarde—. Tendremos que hacer un registro completo de esta casa, con su consentimiento.

—Por supuesto.

—Gracias. —Lesley se levantó. Quería procesar lo que Crystal le había dicho antes de que pasaran a Patrick.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

LOS CUATRO AGENTES se sentaron en el coche de Lesley en el aparcamiento de West Street. Lesley y Mike iban delante; Dennis y Johnny, detrás. Dennis puso mala cara cuando Lesley le dijo que se sentara atrás, pero Mike y ella ya llevaban un rato esperando ya que habían terminado su entrevista con Crystal cuando Dennis y Johnny regresaron de ir puerta por puerta.

—Entonces —comenzó Lesley—, ¿alguien vio a Layla antes de que subiera a las colinas?

—Nadie —confirmó Dennis—. Llamamos a todas las puertas a lo largo de West Street, así como a las casas alrededor del camino que lleva a los altos.

—Yo fui a todos los pubs —dijo Johnny.

Mike se rio.

—Apuesto a que eso te encantó, colega.

Johnny le dio una colleja. Mike se llevó una mano a la nuca e hizo un gesto de dolor, pero no dijo nada.

Lesley no les hizo caso.

—¿Así que nadie en todo el pueblo la vio? —preguntó a Dennis—. No tiene sentido. Salió de esa casa alrededor de las nueve. Aún era de día. Habría sido perfectamente visible.

—Y llamaba la atención —dijo Johnny—, con ese pelo tan rubio.

Lesley asintió. No era precisamente fácil no verla.

Dennis se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que si hubiera tenido una discusión con Patrick... A ver, se dirigía a las colinas cuando estaba oscureciendo. No es sensato que una mujer vaya allí sola.

Lesley apretó el puño.

—Tuvo una discusión con Patrick. Al menos, eso nos dijo Crystal.

Dennis arqueó una ceja.

—¿Sobre qué discutieron?

—Crystal la oyó decirle que se fuera. Levantó la voz.

—Así que discutió con Patrick, salió furiosa de casa y corrió hacia la colina de Rollington —dijo Dennis—. ¿Crees que planeaba hacerse daño?

—No llevó nada para ayudarse—respondió Lesley.

—Eso no lo sabemos —interrumpió Johnny—. El asesino podría haberle quitado lo que llevara.

Lesley no estaba tan segura.

—No tenemos pruebas de que se llevara nada.

—A lo mejor se fue porque quería tiempo para sí misma —dijo Mike.

Lesley frunció el ceño.

—Alguien sabía que estaba allí arriba. Alguien la siguió.

—¿Crees que alguien la vio pasar por delante de su casa? —sugirió Dennis.

—Es posible —respondió Lesley—. Tanto Crystal como Patrick sabían que ella había salido. Y Patrick salió quince minutos después que ella.

—Se fue al pub, jefa —dijo Mike.

—Eso es lo que él dice. Tendremos que comprobar el Greyhound de nuevo, Johnny.

—No pregunté por él. Solo buscaba a Layla.

—Está bien. Pero necesito que vuelvas allí y les preguntes si Patrick estuvo anoche y, si es así, a qué hora.

—Vale, me voy para allá a ver qué me dicen. —Johnny abrió su puerta.

Lesley asintió.

—Dennis, quiero que vengas conmigo a la casa. Aún tenemos que entrevistar a Patrick.

—Así podemos escuchar su versión de la historia.

Lesley suspiró.

—Ya me imaginaba que dirías eso.

—Bueno, es la versión de Crystal contra la de él. Ella afirma que discutió con Layla. Dice que la agredió. Afirma que fue al pub justo después de que Layla saliera de casa. Pero ella es la única persona que estaba allí. Quizás fue ella la que salió después de Layla. Tal vez la siguió hasta Rollington Hill.

Lesley contuvo su irritación. Dennis parecía pensar que Patrick Donnelly era el rey del mambo, o tal vez era que Crystal le caía como un tiro.

—No voy a llegar a ninguna conclusión —dijo Lesley—. Vamos a entrevistar a Patrick para ver qué dice y hasta qué punto coincide con la versión de Crystal.

—Buen plan.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Mike.

—Aún no sabemos de dónde salieron esos somníferos. Todos niegan que alguien en la casa los tomara. Pero, si Archie fue drogado, alguien lo hizo. Y existe la posibilidad de que esas pastillas fueran recetadas a uno de los arqueólogos.

—¿Quieres que llame a los médicos de cabecera? —preguntó Mike.

—Todavía no —dijo Lesley—. ¿Hay alguna farmacia en Castillo de Corfe?

—La única está al lado de la consulta de West Street.

—Cielos. Todo está en West Street en este lugar.

—Es un pueblo pequeño, jefa.

—Dos pájaros de un tiro. Ve allí, averigua si había una receta para somníferos en esa dirección. Si no fue hecha por uno de sus médicos, podrían haberlas dispensado en la farmacia.

—Sí, jefa. —Mike abrió la puerta de su coche—. ¿Algo más?

—Cuando Johnny y tú terminéis en el pueblo, volved a la escena del crimen. Averiguad qué ha pasado con el cuerpo de Layla. Quiero estar segura de que ha sido trasladada. Me sabe mal que la pobre chica siga allá en las colinas.

—¿Hablamos también con los forenses? —preguntó Johnny—. ¿Para averiguar si hay algo nuevo?

—No —dijo Lesley—. A ellos ignóralos.

Se giró para ver el ceño fruncido de Johnny.

—Sí, Johnny. Averigua qué hay de nuevo. Llámame si encuentras algo importante. ¡Vamos!

Johnny y Mike salieron del coche.

Lesley los observó, sacudiendo la cabeza.

—Vamos, Dennis. Es hora de interrogar a tu querido Patrick Donnelly.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

PATRICK HABÍA TOMADO el lugar de Crystal en el salón de la casa. Se sentó en el extremo del sofá más cercano a la puerta y procedió a quitarse la suciedad de las uñas.

Se giró al ver entrar a los agentes; su mirada fue fría hacia Lesley, pero se suavizó al ver a Dennis.

—Mi turno de sentarme en el banquillo, ¿eh?

—Gracias por hablar con nosotros —dijo Dennis—. Sabemos lo ocupados que están.

«Para», pensó Lesley. Le puso una mano en el brazo a Tina, que se retiró de nuevo a la puerta de la cocina.

Lesley tomó asiento junto a Patrick, dejando el raído sillón para Dennis. Se volvió hacia Patrick y le dedicó una breve sonrisa.

—¿Puede hablarnos de su relación con Layla Ford?

—Caray. —Se secó la frente y se miró la mano. Tenía los dedos sucios—. No te andas con tonterías, ¿no?

Sonrió, esperando que le respondiera.

—De acuerdo, entonces... Déjame ver. Bueno, Layla se unió al equipo de excavación hace cinco semanas. Crystal la reclutó, no estoy seguro de dónde la sacó. Licenciada en arqueología, nos dijeron. No había encontrado un trabajo estable, así que Crystal la contrató. Tampoco sé si era voluntaria o si Crystal le pagaba. En cualquier caso, la chica nunca dio señales de tener un duro.

—Todo eso es muy útil —dijo Lesley—, pero nos gustaría saber cómo era su relación con Layla. ¿Se llevaban bien? ¿Trabajaban bien

juntos? Tengo entendido que estaban en la misma carpa.

—Sí, en la pequeña. En la que no hemos encontrado ni una mierda de momento.

Dennis se inquietó en su asiento. «Tal vez se le cayeran un poco las gafas de color rosa», pensó Lesley.

—¿No le gusta trabajar en esa carpa? —le preguntó.

—La otra trinchera, la que... ya sabe... esa es la grande. Crystal cree que es la gran sala de un segundo edificio, quizá incluso de un castillo. Yo no estoy tan seguro. Pero mientras me pague mi sueldo...

—¿Los asignaron a Layla y a usted a trabajar juntos desde el principio?

Negó con la cabeza.

—Ella estaba con Archie al principio. Yo estaba con Crystal y un montón de estudiantes en la gran carpa. Esa jodida trinchera es magnífica, ¿sabes?

Dennis chasqueó con la lengua. Lesley reprimió una risita.

—¿Por qué movieron a Archie de carpa?

—Crystal pensó que era demasiado íntimo, dado que estaban follando, y todo eso.

Lesley tenía ganas de girarse y ver la reacción de Dennis, pero se contuvo. Se centró en el entrevistado.

—¿Trabajaban bien juntos usted y Layla?

—Era floja e inexperta. Era yo quien hacía todo el trabajo.

—Así que estaba resentido con ella.

—Solo porque no me gustara la chica no significa que la matara.

—Señor Donnelly, ¿usted...?

—Llámame Patrick. Paddy, para los amigos. —Le guiñó un ojo.

—Patrick, ¿hubo algún incidente entre Layla y usted poco después de que se uniera al equipo?

—¿Qué tipo de incidente?

—¿Una agresión sexual?

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos.

—¡Qué tontería! Le dije que era guapa, eso es todo. ¿Es que no se le puede hacer un cumplido a una jovencita hoy en día?

Patrick miró a Dennis, esperando ver un gesto de aprobación. No obtuvo ninguno.

—Así que niega haberla agredido —dijo Lesley.

—Esto ha venido de Crystal, ¿a que sí? Nunca le he gustado. Venga, cuéntame. ¿Qué otros cuentos chinos ha contado sobre mí?

—Patrick, ¿puede describir la interacción que tuvo con Layla ayer por la tarde?

—Hablas como si yo la hubiera matado.

—Intentamos establecer qué hizo y con quién habló en las horas previas a su muerte.

Su cara se arrugó.

—Pobre niña, tan joven... —Se recompuso y miró a Lesley a los ojos—. Llegó a casa la primera desde la excavación. Cansada, no puedo culparla después de encontrar a Archie así. Yo fui el siguiente, me tocaba preparar la cena. Chuletas de cerdo. —Se lamió los labios —. Pero Layla no las tomó, ella se preparó algo vegetariano.

—¿Cenaron todos juntos?

—Sí. Crystal apareció justo a tiempo. Sobre las siete. Comimos, escuché el críquet, luego fui al pub.

Lesley oyó a Dennis tomar aliento.

—¿Dónde estaba Layla cuando salió de casa? —le preguntó el sargento.

Patrick se encogió de hombros.

—Ni idea. En su habitación, supongo. Últimamente se escondía mucho allí. —Sacudió la cabeza, con el ceño fruncido—. Pobre niña.

—¿A qué hora volvió del pub? —le preguntó Lesley.

—¿Y a qué pub fue? —añadió Dennis.

—Al Greyhound, como siempre. Me quedé hasta la hora de cerrar, volví sobre las once y media.

Todo esto coincidía con el relato de Crystal.

—¿Quién estaba aquí cuando llegó a casa? —preguntó ahora Lesley.

—No estoy seguro de si Layla estaba. Supuse que estaría en la cama. Crystal estaba dentro, porque la oí salir unos diez minutos después.

—¿Crystal salió de la casa? —preguntó Dennis.

Patrick se volvió hacia él.

—Estaba en la cocina, preparándome una taza de leche caliente. Me ayuda a dormir. Vi a alguien cruzar el salón, oí la puerta principal abrirse y cerrarse.

—¿Está seguro de que era Crystal? —dijo Lesley.

—Cuando fui a las escaleras, la puerta de su dormitorio estaba abierta. La habitación estaba vacía. Ya habéis visto lo pequeño que es este lugar, no podría haber estado en ningún otro sitio.

—¿Escuchó su regreso? —preguntó Dennis.

—Lo siento, amigo. Caí rendido en cuanto me tumbé. —Miró a ambos agentes—. Eso era lo que queríais saber, ¿no? No quiero ni pensar que heya podido meter a Crystal en un lío.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

EL PROPIETARIO ESTABA seguro de que Patrick había estado en el pub la noche anterior.

—Sí, colega —le dijo a Johnny—. Estuvo aquí. Vino, a ver… Sobre las nueve y cuarto, las nueve y media, algo así. Se fue a la hora de cerrar. Siempre es de los últimos en irse. Le gusta la Guinness.

—¿Estuvo aquí todo el tiempo o se fue en algún momento?

—No sabría decirte. Estaba demasiado ocupado sirviendo a otros clientes. Pero se tomó tres pintas en total así que supongo que eso significa que estuvo aquí todo el tiempo.

—Gracias —dijo Johnny. Se apartó de la barra y vio frente a él a una joven con el pelo oscuro recogido en una coleta.

—¿Está investigando el asesinato de Layla? —le preguntó.

—Sí —respondió y sacó su identificación—. Soy el cabo Chiles. ¿Quién es usted?

—Karen Dawes. Soy su amiga.

—Vale. ¿Cogemos una mesa?

Ella asintió. La llevó a un rincón tranquilo. Cuando se sentó, notó que a la joven le temblaban las manos en la mesa.

—¿Tiene algo que contarnos?

Ella asintió.

—¿La vio anoche? ¿Fue a su casa?

—No. —Sacudió la cabeza—. No la veo desde... desde la mañana en que murió Archie. Esa fue la última vez que la vi. Pobre Layla.

La observó sin decir nada. No es que se le pudiera decir mucho a una joven que acababa de perder a su mejor amiga.

—¿Tiene algo que contarme? —le preguntó de nuevo, tratando de mantener un tono amable.

Miró a su alrededor y se inclinó hacia él. Su respiración era superficial.

—Es Patrick.

—¿Patrick Donnelly?

Respiró hondo y volvió a mirar hacia la barra.

—Es un mal tipo.

—¿En qué sentido?

—Trató de sobrepasarse con ella. Él, bueno, pensó que podría conseguir que se acostara con él.

—¿Cuándo ocurrió eso?

Arrugó la nariz.

—Hace unas cuatro semanas. No, un poco más que eso. Tres días después de llegar al pueblo. Layla y yo nos conocíamos de antes, de la universidad. Me buscó en cuanto llegó y me encontró en la cafetería. No sé muy bien cómo se las apañó. Me encantó verla, sin embargo. Bueno, en cualquier caso, me dijo que había un tipo en la excavación que vivía en la misma casa con ella. Que no dejaba de echarle miraditas raras. Creía que le atraía al viejo. —Hizo un gesto de desagrado—. Era bastante mayor, como para ser su padre, incluso su abuelo. Layla no lo soportaba.

—¿Hizo algo al respecto? —le preguntó Johnny.

Karen se encogió de hombros.

—Sé que se mantenía alejada de él todo lo que podía. Por eso recurrió a Archie. Y Archie se dio cuenta de que había algo raro. Ella sintió que él detendría a Patrick, que la protegería. Eso fue antes incluso de que ella y Archie se liaran.

—Entonces, ¿cuándo fue que Archie y ella comenzaron su relación?

—Alrededor de una semana después de llegar aquí.

Johnny la miró.

—Qué rapidez.

Karen se rio.

—Así era Layla.

—¿Pasó algo entre Layla y Patrick? ¿O solo fueron miradas?

Respiró hondo, con las fosas nasales dilatadas.

—Me dijo que no se lo contara a nadie.

«Está muerta», pensó Johnny. No es que importara ahora.

—Esto es confidencial —aseguró.

La voz de la joven era grave.

—Me contó que Patrick entró en su habitación una noche.

—¿La habitación que compartía con Archie?

Sacudió la cabeza.

—No, al principio compartía con Crystal. Tenían la habitación de abajo. Y los hombres tenían las dos habitaciones de arriba. Crystal lo prefería así, al parecer. —Se echó hacia atrás y agarró la mesa con tal fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

Miró a Johnny con expresión sombría.

—Hubo una mañana en que Crystal había salido temprano, para preparar algo en la excavación o algo así. Layla dijo que la puerta no tenía cerradura. Patrick irrumpió en la habitación. Ella estaba medio desnuda, vistiéndose. La tocó.

—¿La tocó?

—Sí, en el... —Karen miró hacia abajo. Se rozó ligeramente el pecho.

—¿Le tocó un pecho?

—Y más. La inmovilizó contra la pared. Intentó quitarle la bata.

—¿Entonces qué pasó?

—Crystal regresó. Patrick la oyó entrar por la puerta y se separó de ella como si le hubiera dado un calambre. Layla lo empujó fuera de la habitación y cerró la puerta tras él. Al día siguiente, Archie y ella se juntaron.

—¿Así que cree que su amiga comenzó una relación con Archie para mantenerse a salvo de Patrick?

—Bueno, con el tiempo se convirtió en algo más. Se enamoró de Archie. Eso es lo que me dijo ella. Era un buen tipo, decía. A pesar de estar casado.

—¿Le dijo que estaba casado?

—La semana pasada, el jueves. Se acababa de enterar.

—¿Cómo se sintió al respecto?

—¿Cómo se sentiría usted si descubriera que su pareja está casada?

Johnny le sonrió con tristeza.

—No muy bien, que digamos.

—Estaba angustiada. No paraba de llorar. Layla sólo tenía diecinueve años. Ella fingió tener veintitrés y dijo que era graduada. Que había acabado la universidad.

Johnny asintió. La jefa le había contado algo al respecto.

—Esto es muy útil, Karen, gracias. Así que, después de que Patrick la agrediera, ¿presentó alguna denuncia? ¿Fue a la policía? ¿Habló con Crystal?

Karen negó con la cabeza.

—¿A quién creerían? ¿A Layla, de diecinueve años, recién aparecida en Castillo de Corfe, donde nadie la conocía de nada? ¿O a Patrick Donnelly, un tipo mayor, respetado, que conoce a Crystal desde hace años? —Miró hacia su regazo—. Ella no se lo dijo a nadie. Simplemente se pegó a Archie y se aseguró de no quedarse nunca sola en esa casa con Patrick.

Johnny le entregó su tarjeta.

—Si recuerda algo más, me lo hace saber, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

Johnny recordó un último detalle.

—¿Tomaba Layla algún tipo de medicación? ¿Pastillas para dormir, tal vez?

—Qué va. Layla dormía como un tronco. Nunca necesitó pastillas para dormir.

—¿Ni siquiera después del trauma de que Patrick la agrediera?

—Tenía a Archie para ayudarla a dormir. —Karen sonrió, pero su expresión se apagó al recordar que su amiga había muerto.

—Bueno, gracias por avisarme.

Salió del pub a toda prisa. Tenía que contárselo a la jefa.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

PATRICK HABÍA SUBIDO A SU DORMITORIO. Lesley se volvió hacia Dennis en el salón; ambos parecían inquietos.

—No hablemos de esto aquí.

Había olvidado que Tina Abbott seguía de pie en la puerta de la cocina.

—¿Qué quiere que haga, señora? —le preguntó la agente.

—Vigílalo —le dijo Lesley—. Vigílalos a los dos.

—Uno de ellos está mintiendo —dijo Dennis.

—Vaya, Dennis. Directo al primer puesto de la clase —replicó Lesley.

—No hay necesidad de ponerse así.

—Tienes razón —admitió Lesley—. He tenido un día duro. Y este par de individuos me lo están poniendo aún más difícil.

Encogió los hombros.

—Entonces —continuó Lesley en voz baja—, ahora tenemos dos versiones. Ambos intentan culpar a la otra persona. Necesitamos testigos independientes. En su ausencia, pruebas forenses decentes. ¿Por qué demonios no hay ni una maldita cámara de seguridad en este pueblo?

Dennis le sonrió.

—No es la gran ciudad, jefa.

—No, de eso ya me he dado cuenta.

Se volvió hacia Tina.

—Agente Abbott, tú quédate aquí.

—¿Qué quiere que haga, jefa?

—La rutina habitual de relaciones familiares. Cuidarles, llevarles tazas de té, prepararles la cena si hace falta.

—¿La cena?

—Vale, quizá no hace falta que les hagas la cena. Ayúdales. Finge que estás aquí para cuidar de su bienestar. Te haré saber si hay algo que necesiten saber, aunque eso es mucho suponer. No quiero que este par de individuos sepa más de lo imprescindible.

Bajó la voz y se acercó un paso a la agente.

—Pero lo que de verdad necesito que hagas es observarlos. Quiero saber si hablan de Layla o de Archie. Quiero saber si alguno de los dos acusa al otro de algo. Quiero saber si discuten, si se rascan la jodida nariz. Estoy convencida de que uno de los dos oculta algo, y quiero saber qué es.

—¿Tenemos un motivo para alguno de ellos, jefa? —preguntó Dennis.

Miró hacia las escaleras.

—Tenemos a Patrick, que supuestamente agredió a Layla y que sabe qué impacto tuvo eso en su relación con Archie. Y luego está lo que la mujer de la Universidad de Bristol nos dijo sobre las finanzas.

Dennis asintió.

—Necesitamos la información financiera.

—Desde luego que sí —respondió Lesley—. Con suerte, obtendremos algo útil de la Universidad de Bournemouth.

Oyó pasos bajando la escalera. Era Patrick.

Lesley miró a sus dos colegas.

—Silencio.

Patrick abrió la puerta de la entrada.

—¿Siguen aquí?

—La agente Abbott se va a quedar un tiempo —dijo Lesley—. Va a cuidar de ustedes. Se asegurará de que estén bien.

—No necesitamos que nos cuiden.

—Dos inquilinos de esta casa han perdido la vida en tres días, en circunstancias violentas. Quiero asegurarme de que están a salvo. De hecho, estoy considerando poner un agente uniformado en la puerta principal.

—Por el amor de Dios —dijo Patrick—, eso es una locura.

Dennis se aclaró la garganta.

—No es ridículo —refutó Lesley—. Alguien de esta casa podría estar en el punto de mira.

Patrick la miró.

—Eso no es lo que piensa en realidad, y ambos lo sabemos.

—Lo siento, señor Donnelly, pero no puedo compartir con usted los detalles de mi pensamiento en este momento. Si tengo algo que hablar con usted, estaré en contacto.

Salió de casa, ansiosa por no contarle nada más. Se preguntó cuánto de la conversación había escuchado.

Fuera, le hizo un gesto a Dennis.

—Adelántate al coche, tengo que hacer una llamada.

Asintió y se dirigió al aparcamiento.

Marcó el número de móvil de su hija y saltó el buzón de voz.

—Hola, cielo, soy yo otra vez. Me gustaría hablar contigo. Espero que te haya ido todo bien en casa de tu amiga anoche. Llámame, ¿vale?

Ya era la tercera vez que llamaba a Sharon. Eran las cuatro de la tarde, las clases habían terminado por hoy. La había llamado a propósito a horas en las que sabía que Sharon tenía descansos. Además, siempre tenía el móvil encendido.

¿Qué le habría contado Terry?

Lesley sacudió la cabeza. Ahora no tenía tiempo para preocuparse. Aceleró el paso por West Street, con la mente en vilo.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

LESLEY BOSTEZÓ mientras tomaba asiento detrás de su escritorio. La cama supletoria de Zoe no era nada cómoda. Tenía bultos y era estrecha. No creía haber dormido más de cinco horas y estaba hecha polvo.

—Vale. —Suspiró—. Hagamos un repaso rápido para poder irnos a casa.

Dennis había sacado el tablero y lo alineó a noventa grados de su escritorio. Johnny y Mike estaban sentados en las sillas que habían traído. Johnny estaba encorvado, con la chaqueta colgándole de los hombros.

—¿Dónde está Gail? —preguntó Lesley.

—Está de camino —dijo Dennis. No sonaba muy contento.

—En ese caso, empecemos con las declaraciones de los testigos, Patrick y Crystal. Ambos creen que el otro salió y pudo haber atacado a Layla.

—Estuve en el Greyhound —comenzó Johnny— y hablé con el dueño. Me dijo que Patrick se pidió tres pintas de Guinness. Estuvo allí hasta la hora de cerrar. Es posible que se fuera y volviera, pero con el tiempo que se tarda en tomarse tres pintas, no es probable. Encaja con su historia.

Lesley asintió.

—Así que su coartada parece sólida.

—Patrick dijo que Crystal salió después de llegar a casa —comentó Dennis.

—Ya sé lo que dijo —reprochó Lesley—, pero sigue siendo su palabra contra la de ella.

Dennis murmuró algo entre dientes.

—¿Qué? —estalló Lesley—. Dinos lo que estás pensando.

—Crystal ocultaba algo sobre las finanzas de la excavación. Había algo que Archie sabía y que ella no quería que se supiera. Así que tenía un motivo para matarlo.

—Sí, pero ¿qué hay de Layla? —intervino Mike—. ¿Cuál era el motivo de Crystal para matarla?

—Tal vez Layla descubrió lo que Archie sabía de Crystal y por eso tuvo que callarla a ella también.

—Me parece un poco excesivo —dijo Lesley—. A ver, es una excavación arqueológica universitaria. No estamos hablando de las Joyas de la Corona.

—Por lo que respecta a estos arqueólogos —dijo Dennis—, lo que están buscando podrían ser las Joyas de la Corona. Dado que supuestamente se trata del castillo del rey Esteban, tal vez incluso podría haber algunas allí.

Lesley sonrió con satisfacción.

—Es solo un campo lleno de montículos de tierra.

Dennis arqueó una ceja.

—No estés tan segura, jefa. Las excavaciones arqueológicas son importantes por aquí. Lo que descubrieron en el castillo de Corfe en el 2014...

Lesley levantó una mano.

—No necesito que me cuentes más detalles. —Miró la pizarra. No era de mucha ayuda.

—Entonces, creemos que Crystal podría haber tenido un motivo para ambos asesinatos. —Dennis cogió un rotulador y marcó con un círculo el nombre de Crystal en la pizarra—. Y Patrick dice que ella salió la noche del asesinato de Layla. No tiene coartada para el asesinato de Archie.

—No saquemos conclusiones adelantadas —le advirtió Lesley—. También tenemos que pensar en Patrick.

Mike levantó una mano.

—No olvidemos que Layla no tenía coartada para el asesinato de Archie.

Lesley se volvió hacia él.

—¿Crees que podría haberlo matado?

Se encogió de hombros.

—Nada de eso cambia lo que tenemos ahora —dijo Dennis.

—No estoy de acuerdo —replicó Lesley—. Que Layla esté muerta no significa que no pudiera haber matado a Archie. Quien la mató pudo haberlo hecho porque ella mató a Archie.

—Esto es Castillo de Corfe, jefa —dijo Dennis—. Ese tipo de cosas no pasan aquí.

Ella arqueó una ceja.

—Nada de suposiciones, Dennis. ¿Recuerdas lo que te dije al principio? Nos basamos en pruebas. Construimos el caso. Necesitamos algo más que las declaraciones de esos testigos, algo más que nuestras corazonadas y suposiciones sobre esa gente.

Johnny se aclaró la garganta.

—¿Puedo...?

—Lo siento, Johnny, claro —dijo Lesley.

—Mientras estaba en el pub hablé con una amiga de Layla, Karen Dawes. Me dijo que Patrick agredió a Layla cuando esta empezó en la excavación, hace un mes. La agredió sexualmente en su dormitorio.

—¿La violó? —preguntó Mike.

—No llegó a hacerlo —explicó Johnny—. Crystal llegó a casa justo a tiempo. Fue entonces cuando Layla se enrolló con Archie.

Lesley apretó los dientes.

—Crystal dijo que había oído algo.

—Así que Layla empezó a acostarse con Archie solo para mantenerse a salvo de Patrick. —Dennis silbó.

—No es la primera vez que una mujer vulnerable busca protección en un hombre —espetó Lesley—. No juzguemos a la chica, ¿de acuerdo?

—La otra cosa —continuó Johnny— es que Layla, sin lugar a duda, estaba mintiendo sobre su edad. No tenía título, dejó la universidad. Karen la conocía de antes. Crystal dijo que era joven.

—Crystal nos dijo que tenía diecinueve años —confirmó Lesley—, pero no veo qué implica eso.

—Implica mucho cuando estamos intentando definir su carácter —interrumpió Dennis—. Layla mintió sobre su edad, sobre su relación con Archie y sobre Patrick.

—¿Cuándo mintió sobre Patrick? —le preguntó Lesley.

—Bueno, no nos dijo toda la verdad, ¿no?

—¿Dirías toda la verdad si uno de tus colegas hubiera intentado violarte?

Dennis enrojeció.

—Ya me lo imaginaba. —Lesley tamborileó con un dedo en la pizarra—. Así que, tenemos a Patrick y Crystal, todo basado en suposiciones y en sus declaraciones como testigos, el uno tratando de inculpar al otro. ¿Pero qué hay de las pruebas? ¿Qué pasa con los forenses? ¿Dónde está la maldita arma?

—Jefa… —murmuró Dennis.

Lesley le hizo un gesto con la mano para que se callara.

—Necesito saber cuál fue el arma en el asesinato de Layla.

Mike se animó.

—Volví a la escena del crimen, jefa. Gail dice que encontró restos de hierro al igual que en el asesinato de Archie.

—¿Cree que fue la misma arma?

—No está segura del todo, de momento. Va a hacer algunas pruebas en el laboratorio, pero parece probable.

—Vale —dijo Lesley—. Bueno, si ese es el caso, y esa es una suposición de momento, significa que tanto Archie como Layla fueron posiblemente asesinados por la misma persona usando esta arma. Que puede, o no, ser un artefacto arqueológico.

—¿Hemos comprobado si falta algo? —preguntó Dennis.

Lesley suspiró.

—Hemos estado tan ocupados en el castillo que no hemos tenido ocasión de hablar con la Universidad de Bournemouth. Alguien tendrá que ir allí a primera hora de la mañana.

—Vale —dijo Dennis—, los avisaré.

—Necesitamos estudiar las finanzas y el inventario. También tenemos que volver a Bristol y hablar con Susan de nuevo. Con todo

lo que sabemos ahora sobre Archie, quiero una declaración formal de ella.

—No te la dará sin un abogado presente —le avisó Dennis.

Lesley puso los ojos en blanco.

—Anda que no lo sé, ¡puñetas!

Dennis apretó los labios.

—Vamos Dennis, admítelo. «Puñetas» no está tan mal. —Suspiró —. Vas a tener que darme una lista de palabras que toleras que diga.

La miró sorprendido.

Lesley se rio.

—Dejando eso de lado, ¿cómo te fue en la consulta del médico, Mike?

—Los somníferos eran de Archie.

—Bueno, eso es algo. Al menos sabemos que eran de la casa.

—Sí, pero en realidad no nos ayuda —dijo Mike.

Lesley volvió a bostezar. El cabo tenía razón. Aun así, preguntaría a Gail si habían encontrado las pastillas en el registro de la casa y, en caso afirmativo, de quién eran las huellas.

—Se está haciendo tarde —dijo ahora Lesley—. Vámonos a casa, mañana necesitamos la mente despejada. Dennis, Mike y tú id a la Universidad de Bournemouth. Yo iré a Bristol con Johnny otra vez.

—Sí, jefa.

No se opuso, gracias a Dios. Lesley los despidió y salieron corriendo del despacho, dejándola a solas con sus pensamientos y la inútil pizarra.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

FIONA SUSPIRÓ y colgó el teléfono.

—Parece que hoy no van a poder verte, Suze.

Susan la miró fijamente; para ser sincera, sintió alivio. No le había gustado nada la idea de ir a la comisaría y hacer una declaración. No sabía lo que les diría, cómo se sentiría.

Su prioridad ahora era su hija, Millie, que estaba arriba lavándose los dientes. Susan la había dejado en el baño después de que la niña le gritara que la dejara en paz. Hoy estaba de mal humor. Susan estaba preocupada por ella.

Había intentado acompañarla, sentarse con ella en el salón y vigilarla, reaccionando cada vez que la chica hablaba. ¿Podría ser que tan solo necesitara espacio para sí misma? Tal vez mañana Susan podría ver si alguna de sus amigas se quería pasar un rato. Un poco de normalidad la ayudaría ¿no?

—Entonces —dijo Fiona—, estarán aquí mañana por la mañana. La inspectora estará en la comisaría local. Te llevo si quieres.

—Por favor —dijo Susan—. Pero ¿qué pasa con Millie?

—Yo cuidaré de ella. —La agente de relaciones familiares estaba de pie en la puerta de la cocina. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Susan refunfuñó.

—Preferiría que fuera un familiar.

Fiona la observó.

—¿Qué tal la madre de Archie?

—Estás de coña, ¿no?

—No es tan mala.

—Nunca le he gustado. Y ahora le voy a gustar aún menos.

—No veo por qué haría eso —dijo Fiona.

—No entiendes a la mujer —replicó Susan.

Millie bajó las escaleras.

—¿Dónde está mi camisón, mamá?

—Cariño, no tienes camisón. Te dejé un pijama en la cama, ¿recuerdas? Me dijiste que ya eras demasiado grande para camisones.

—Ah... —La chica parecía como si Susan acabara de abofetearla.

A Susan se le revolvió el estómago.

—Tengo que subir con ella, Fi. Te veo mañana, ¿vale? Quizá la lleve conmigo a la comisaría.

—Ni se te ocurra —amonestó Fiona.

—No. —Susan suspiró—. Tienes razón. Vale. ¿Te quedas tú con ella mientras yo voy a declarar?

Fiona la miró.

—Por supuesto. Tendrás a Jacinta contigo, ella se asegurará de que no se pasen.

Susan se encogió de hombros.

—Gracias.

Fiona se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—¿Estarás bien aquí sola?

—No estoy sola —dijo Susan. Señaló con la cabeza hacia la cocina, donde se encontraba la agente de relaciones familiares. Bajó la voz—. Siempre está ahí parada, observándome. Me está espiando, ¿a que sí?

Fiona asintió.

—Pero no hay nada de lo que debas preocuparte.

—Supongo que no.

Fiona sonrió.

—Eso ya es algo. Nos vemos mañana.

Susan se quedó en el pasillo mientras Fiona cerraba la puerta de casa al salir. Tenía el cuerpo entumecido. Vale, Archie había sido un pésimo marido. Había tenido aventuras con Dios sabía cuántas mujeres, se estaba acostando con esa tal Layla que la había llamado

el jueves pasado. Pero había sido el padre de Millie. Al menos hacía acto de presencia la mayoría de los fines de semana y fingía ser un marido devoto. ¿Qué iban a hacer Millie y ella ahora?

El timbre resonó en la casa.

Millie llamó por las escaleras.

—Los encontré mamá, ¿subes?

—Espera un momento, cariño.

Susan se dirigió a la puerta. Fiona habría olvidado algo, o tal vez había algo que necesitaba decirle.

Tony estaba de pie en el escalón delantero. Susan echó un vistazo atrás, buscando a la agente.

—¿Qué haces aquí? Te dije…

—Lo siento, Susie. Es que no podía... no podía dejar de pensar en ti. Estoy preocupado. Quiero ayudar.

—Puedes ayudar manteniéndote alejado —siseó—. La policía no lo sabe.

Miró por encima de su hombro.

—¿Está Millie en casa?

—Por supuesto que está en casa, ¿dónde iba a estar?

—Mami. —Millie apareció detrás de ella.

Susan extendió la mano y su hija se acurrucó en su abrazo.

—Hola, peque —le dijo Tony.

—Hola, Tony. —Millie se arropó con el jersey de Susan.

Susan se inclinó y besó la parte superior de la cabeza de su hija.

—Vamos a prepararte para ir a la cama.

—¿Duermes en mi habitación esta noche, por favor?

—Por supuesto.

Se volvió hacia Tony.

—Lo siento, pero tienes que irte.

—¿Estás segura de que no hay nada que pueda hacer para ayudar?

Sacudió la cabeza.

—Mantente calladito y apartado, eso es lo que necesito que hagas. No quiero que piensen...

—No van a pensar nada. No es que tu marido te fuera fiel, ¿no?

—Tony —lo regañó mientras miraba a Millie.

—Lo siento, amor. —Tony besó su mano y la puso en la mejilla de Susan. Ella sintió el calor en su piel.

—Te llamaré. Te lo prometo.

—Lo sé.

Millie sonrió a Tony.

—Adiós, Tony.

—Adiós, peque. —Le dio un cariñoso golpe en la oreja y la pequeña sonrió más.

A Millie le caía bien Tony. Era una de las cosas que Susan adoraba de él. Los fines de semana anteriores a que Archie estuviera en casa, se había pasado horas temiendo que Millie le hablara a su padre de Tony, pero Archie nunca se había quedado el tiempo suficiente como para que surgiera el tema. Y se habían cuidado de que la niña nunca los viera comportarse como algo más que amigos.

Susan cerró la puerta.

La agente salió de la cocina, con una pregunta en los ojos.

—¿Quién era?

—Nadie.

—Era Tony —dijo Millie—. Nuestro amigo.

Susan puso una mano sobre la boca de su hija.

—Estaba preocupado por mí.

La agente arqueó una ceja.

—Es bueno contar con el apoyo de amigos. ¿Vas a acostar a tu hija?

—Sí —dijo Susan—. Y ya me quedo arriba.

La agente asintió.

—Muy bien.

Susan subió las escaleras, llevándose a Millie de la mano. Mientras subía, escuchó a la agente en la cocina hablando con alguien por teléfono.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

LESLEY TAMBORILEÓ con los dedos sobre su rodilla mientras esperaba a que atendieran el teléfono.

Después de tres tonos, Zoe contestó.

—Buenas noches, señora.

—Zoe —dijo Lesley—, ya te lo he dicho, ya no soy tu jefa.

—Lo siento. —Zoe se aclaró la garganta—. Lesley.

Lesley se rio.

—Así está mejor.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó Zoe.

—Solo quería darte las gracias por lo de anoche, por tu hospitalidad.

—Era lo mínimo que podía hacer. Estabas...

—Estaba hecha una sopa, ¿a que sí?

—No quería decirlo.

—De todos modos, gracias. Y gracias también por no hacer preguntas.

Hubo una pausa incómoda.

—No pasa nada —dijo Zoe en voz baja—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

Lesley reflexionó. Tenía un nuevo equipo, se suponía que debía ser leal a ellos. Pero...

—Zoe —comenzó—, ¿puedo contarte algo?

—Claro.

—Vale. Me dijeron que mi predecesor aquí, el inspector Mackie, se había jubilado antes de que yo aceptara el trabajo.

—Entiendo —dijo Zoe—. Hasta ahora, todo normal.

—La cosa es que no se había jubilado. Bueno, sí lo hizo, pero al poco tiempo murió.

Zoe chasqueó la lengua.

—¿Jubilación por enfermedad?

—Por lo que he oído, no. Y aquí son todos bastante raros al respecto.

—¿Cómo es eso?

—Siempre que pregunto por él, se callan. Me hace preguntarme si hay algo sospechoso.

—¡Ay, mierda! —exclamó Zoe—. ¿No será otro Randle?

Lesley hizo una mueca.

—Que Dios nos libre de David Randle y los de su calaña.

—Qué razón tienes —respondió Zoe—. Entonces, ¿quieres que investigue un poco?

Lesley miraba por la ventana de su casa provisional. Anochecía y el tráfico se disipaba en el pueblo adormecido. Se preguntó cuánto tiempo tendría que quedarse allí. Quizá debería buscar casa propia, un lugar con más vida.

—No estoy segura —le explicó—. No quiero causar problemas aquí.

—Seré discreta —afirmó Zoe—. Ya me conoces.

Lesley sonrió. Zoe tenía razón. Había pasado seis meses investigando al superintendente David Randle, y nadie más que Lesley lo sabía. Ni siquiera el amigo de Zoe, el subinspector Uddin.

—Adelante, entonces —dijo Lesley—. A ver qué puedes averiguar sobre él. ¿Cómo murió? ¿Hay algún registro oficial?

—¿Eso no lo puedes averiguar tú? —le preguntó Zoe.

—Podría, pero no quiero que nadie se piense que me estoy metiendo donde no me llaman.

—Lo entiendo —dijo Zoe—. Déjamelo a mí.

—Investiga solo un poco —le pidió ahora Lesley—. Sé que tienes trabajo que hacer y no quiero causar problemas.

—Puedes confiar en mí —respondió Zoe. Y colgó.

Lesley se frotó la frente. Volvía a dolerle la nuca, como consecuencia de la lesión que sufrió tras la bomba de Birmingham. Le había dicho al médico que se encontraba bien, que no necesitaba fisioterapia. Al psicólogo le había dicho que estaba totalmente recuperada. Les había mentido a ambos.

Por la noche, le costaba cerrar los ojos. Lo último que veía antes de irse a dormir era el recuerdo del inspector Jameson corriendo hacia ella. Las puertas del centro comercial explotaron y el cuerpo del inspector salió volando por los aires, rodeado de cristales rotos.

Lesley respiró hondo. Debería comer, pero no tenía hambre. Otra barrita Mars, tal vez. O iría al bar. Necesitaba gente, distracción.

—De acuerdo —se dijo a sí misma y se puso el abrigo.

Cinco minutos después, ya estaba en la barra del Duque de Wellington. La atractiva mujer de pelo largo y oscuro estaba otra vez detrás de la barra. Silbaba para sí misma. Lesley sonrió y le tendió un billete de diez libras por su bebida.

—Pareces contenta.

La mujer asintió.

—Me han ofrecido un ascenso para ser socia.

Lesley arqueó una ceja.

—¿Perdona? ¿En este pub?

La mujer se rio.

—No. Solo estaba ayudando a mi hermano mientras encuentra a alguien permanente.

—¿Socia de qué? —preguntó Lesley.

La mujer pasó un trapo por la barra.

—De un bufete de abogados, en Bournemouth.

—¿Eres abogada?

—Sí, de derecho penal.

—Entonces puede que algún día nuestros caminos se crucen —dijo Lesley—. Yo soy inspectora de policía.

—Ah, vale —respondió la mujer—. Entonces, ¿eres la nueva jefa del equipo de investigación de delitos graves?

Lesley apoyó su vaso en la barra.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Las noticias vuelan por aquí. En cualquier caso, bienvenida.

—Así que tú defenderás a los que yo detenga.

La mujer se rio.

—Estoy segura de que alguna vez nos veremos en el lado opuesto de una mesa de interrogatorios.

Lesley tomó su bebida y se apartó. Al darse la vuelta, la mujer habló.

—Espero que no te importe que te pregunte, pero no pareces muy contenta. ¿Es por el nuevo trabajo y todo lo demás?

Lesley se puso rígida. Confiar en una desconocida tenía cierto alivio, pero aquella mujer podría no ser una desconocida durante mucho tiempo. Se volvió hacia ella.

—Problema familiar —dijo sin más.

La mujer frunció el ceño.

—Lo siento, no debe ser fácil.

Lesley se encogió de hombros.

—Los hombres, ya sabes.

La mujer negó con la cabeza.

—La verdad es que no.

—Bueno, entonces eres afortunada. No tienes que aguantar a un cretino como mi marido.

—Lamento escucharlo. —La mujer le tendió la mano—. Soy Elsa, por cierto. Elsa Short.

Lesley le estrechó la mano.

—Lesley Clarke, encantada de conocerte.

—¿Quieres contarme lo de tu marido?

—Es lo de siempre. Le pillé tirándose a otra mujer.

Elsa hizo una mueca.

—Un cretino, en efecto.

Lesley le dedicó una sonrisa triste.

—Pues sí.

Se giró hacia su mesa; no le apetecía seguir hablando.

CAPÍTULO CINCUENTA

LESLEY SE MASAJEÓ la nuca mientras cruzaban el puente colgante de Clifton rumbo a la casa de Susan Weatherton. Había llamado con antelación y les había dicho que no obligaran a Susan a ir a la comisaría. Ya era bastante duro para la mujer sin tener que sacarla de casa y hacer que buscara a alguien que cuidara de su hija. Y Lesley quería tranquilizarla, además de observar la vida familiar de Archie en aquella casa.

—Ya hemos llegado —le dijo Lesley a Johnny, que conducía. La ruta se le había hecho familiar más rápidamente que las rurales, y le sentó bien el paseo por la ciudad.

Cuando se detuvieron frente a la amplia casa victoriana de Susan, la cortina de la casa contigua se movió ligeramente. Lesley se preguntó cómo sería vivir al lado de alguien así.

—¿Te has dado cuenta? —le preguntó a Johnny.

—¿El viejo de al lado?

—Tal vez deberíamos llamar a su puerta. Averiguar lo que sabe.

—¿Crees que sabría algo útil sobre Archie?

—Puede que sepa algo útil sobre Susan —respondió—. Ve a hablar con él mientras yo hablo con ella.

Johnny asintió y subió por el camino hacia la casa de al lado.

Lesley apenas había extendido el dedo hacia el timbre cuando la puerta se abrió de golpe. Una mujer delgada, de pelo rubio rizado y traje caro apareció frente a ella.

—Usted debe de ser la inspectora Clarke.

Lesley mostró su identificación.

—¿Y usted es?

—Jacinta Burke, la abogada de Susan.

—Ella no necesita una abogada —dijo Lesley—, es solo una testigo. Apenas si es eso.

La abogada se encogió de hombros.

—Ser meticuloso nunca está de más.

A Lesley le gustaba la meticulosidad. Construir un caso. Recopilar pruebas. Excepto que ella no esperaba construir un caso contra Susan. ¿El hecho de que la mujer hubiera contratado a una abogada debería hacerla sospechar?

La abogada la condujo a un amplio comedor situado en la parte trasera de la casa. Lesley oía voces en la habitación contigua, donde la agente de relaciones familiares hablaba con una niña. La niña no parecía nada contenta.

Susan ya estaba sentada en la mesa del comedor. Su hermana, la que había estado presente la última vez, también se sentaba a su lado. Ambas mujeres se cogían de la mano.

Lesley sonrió con amabilidad a Susan.

—Siento tener que hacer esto otra vez, señora Weatherton. Pero necesitamos obtener todos los antecedentes que podamos sobre su marido. Podría ayudarnos a encontrar a la persona que lo mató.

Susan resopló.

—Lo sé.

Fiona apretó con fuerza la mano de su hermana.

—¿Necesitas que me quede contigo?

—No hace falta —le respondió—. Ve y quédate con Millie. No me gusta que esté sola con la agente.

Lesley se preguntó cómo sería su compañera. Al pertenecer a otro cuerpo, no la conocía de antes. Aunque, para ser honesta, tampoco había tratado con muchos miembros del cuerpo de Dorset. Se acomodó en una silla frente a Susan. Jacinta se sentó junto a su cliente y sacó un expediente.

Lesley cruzó las manos sobre la mesa y se irguió, tratando de no intimidar a Susan.

—¿Puede decirme cuándo vio a su marido por última vez?

Susan asintió.

—Hace poco más de dos semanas. Vino a casa el fin de semana. Millie tenía un torneo de *netball* y él quería verla. Fue agradable pasar tiempo en familia. —Su expresión se apagó.

—¿Y cuándo volvió a Dorset?

—El domingo por la noche, sobre las siete u ocho. Cenamos aquí los tres y luego tuvo que volver a la excavación.

—Siento de nuevo tener que preguntar esto, pero ¿lo vio después de eso?

—Se suponía que iba a venir a casa este fin de semana, pero...

—¿Le dijo que no vendría?

—No. —Susan miró a Lesley a los ojos—. No me dijo nada.

—¿Era normal que Archie no volviera a casa cuando había dicho que lo haría?

—Hubo alguna que otra ocasión en la que no llegó, pero en general, estaba en casa cada quince días. A veces más a menudo, a veces un poco menos. Sin embargo, si no iba a venir, me llamaba el jueves para avisarme.

—Vale. —Lesley tomó nota en su libreta. La abogada hacía lo mismo.

Inspiró hondo.

—Susan, ¿puede decirme si había algo que preocupara a Archie? ¿Algo que le diera problemas en el trabajo?

Susan negó con la cabeza.

—Nada que yo sepa. ¿Por qué? ¿Cree que alguien del trabajo...?

—No vamos a sacar conclusiones todavía. Pero necesito saber si se había peleado con alguno de sus colegas. En particular, con los de la excavación, la gente con la que vivía en Castillo de Corfe.

Susan apretó los labios con desdén.

—Se refiere a esa chica, Layla.

—No hablo de nadie en particular —respondió Lesley—. Solo necesito saber si hubo algún problema.

—¿Cree que una de esas personas podría haberlo matado? ¿Cree que fue Layla?

Lesley respiró hondo.

—¿Qué le dijo Layla cuando llamó el jueves?

La abogada pasó la mano por el brazo de su clienta. Susan frunció el ceño.

—No tengo por qué contestar a eso.

—No está detenida ni se le han leído sus derechos, señora Weatherton.

—Llámeme Susan, por favor.

—No está bajo custodia, Susan, ni es sospechosa. Pero sería de gran ayuda si pudiera responder a mis preguntas. Solo estoy tratando de obtener información para entender el contexto de este caso. ¿Sabía que Layla también ha muerto?

El horror se reflejó en el rostro de Susan.

—¿La chica?

Lesley asintió.

—La encontraron ayer por la mañana en la cima de una colina, no muy lejos de la casa del pueblo.

Susan palideció.

—¿También fue asesinada?

—Creemos que sí.

—¿Cree que lo hizo la misma persona? La misma persona que... —Susan no pudo terminar la frase.

—Aún no lo sabemos —le explicó Lesley. Se sentía muy apenada por Susan, pero al mismo tiempo tenía que recordar que la mujer podía ser, de algún modo, responsable de la muerte de su marido—. Tenemos que conseguir toda la información que podamos antes de sacar conclusiones.

—Quiere saber si fue un suicidio, ¿no? —preguntó entonces Susan.

—Solo quiero saber cómo sonaba cuando le llamó. ¿Estaba enfadada? ¿Molesta?

—Estaba tranquila, demasiado tranquila.

—¿Puede recordar lo que le dijo?

Susan tomó aliento de forma sonora. Llevaba una rebeca azul raída por los codos y con los puños húmedos.

—Me dijo que estaba enamorada de mi marido. Primero me preguntó si yo era la mujer de Archie. Le dije que sí. Me dijo su

nombre. Me dijo que él la amaba y que ella también lo amaba. Me dijo que lo sentía.

—¿Algo más?

—No, luego colgó. No sabía si creerla o no. No por la aventura, sino por lo de que él la amaba.

—¿Habló con Archie al respecto?

—Lo llamé, pero no me contestó.

—¿Así que no consiguió hablar con su marido desde el momento en que Layla la llamó hasta que él murió?

Susan le sostuvo la mirada, el rostro tenso.

—No —susurró.

Lesley sintió que su corazón se desplomaba. Pensó en que Terry aún no había intentado contactarla. Habían pasado dos días desde que llegó a casa y lo encontró con Julieta, pero ni una sola vez había intentado ponerse en contacto.

Maldito cabrón.

«Basta», se dijo a sí misma. «Concéntrate».

—Susan, ¿puede decirme cuáles han sido sus movimientos desde el sábado?

—Sí, por supuesto. —Susan se volvió hacia su abogada, que sacó una hoja de papel de debajo de su bloc de notas y la deslizó por la mesa hacia ella. Contenía una lista de fechas, horas y lugares. Lugares en los que Susan había estado desde el jueves por la noche, cuando Layla la había llamado. Terminaba ayer por la mañana, cuando apareció la policía. Incluía las compras, otro partido de *netball*, el colegio y el trabajo del viernes.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo? —preguntó Lesley.

—Sí —respondió Susan con la voz entrecortada—. Mi jefe puede dar fe de que estuve en el trabajo el viernes. Habrá otras madres que puedan decir que estuve en el partido de *netball* el sábado por la tarde.

—¿Y el sábado por la mañana?

—Ya le he dicho que estaba de compras con Millie. No puedo aportar pruebas de eso. Pero no hay forma de que pudiera llegar a Castillo de Corfe y regresar a tiempo para el partido de la tarde.

Lesley asintió.

—Muchas gracias.

Llamaron a la puerta y oyó unas voces.

Sería Johnny que había vuelto. Lesley se preguntó si habría obtenido algo útil del vecino.

Le dedicó otra sonrisa a Susan.

—Sé que esto será difícil, pero ¿puede hablarme de la relación de Archie con Crystal Spiers?

Una sombra pasó por el rostro de Susan.

—Nunca me gustó esa mujer.

Lesley esperó.

—No hay nada nuevo que contar —dijo Susan al ver la expresión de Lesley—. Sé que se acostó con él cuando estaba embarazada de Millie.

Lesley notó que la abogada hacía una mueca. Estaba aprendiendo más cosas sobre Archie y, cuanto más aprendía, peor le caía. ¿Acaso todos los hombres eran así si se presentaba la oportunidad?

—Terminaron antes de que naciera Millie —continuó Susan—. Fueron un par de meses, estaban juntos en una excavación y, bueno, eso es lo que hacía Archie.

Lesley arqueó una ceja.

—¿Lo hacía a menudo?

Susan se encogió de hombros.

—Ya lo sabe. A Archie le gustaba conocer mujeres en el trabajo. Mujeres jóvenes. Nunca estudiantes, siempre fue cuidadoso. Y nunca tuve pruebas suficientes para enfrentarme a él. Ni siquiera estaba segura de querer hacerlo. A ver, tenía que pensar en Millie. Pero cuando Layla me llamó...

—¿Cómo se sintió?

—Ya le he dicho que no podría haber llegado a Castillo de Corfe a tiempo para...

—No estoy preguntando si mató a su marido, Susan. Solo le pregunto cómo se sintió cuando descubrió que tenía una aventura con Layla Ford.

—¿Cómo cree que me sentí? Conmocionada, traicionada, herida, enfadada. Quería proteger a nuestra hija. ¿Qué se espera?

Lesley asintió. Oyó que llamaban a la puerta del comedor.

Johnny asomó la cabeza.

—Esto… jefa.

Lesley se volvió hacia Susan.

—Gracias por todo. No cabe duda de que comprobaremos todos estos lugares. Volveré a hablar con usted si tenemos más preguntas. Pero gracias. Entiendo que esto no ha sido fácil para usted.

Lesley salió al pasillo con su colega, cerrando la puerta tras ella. Johnny estaba a punto de hablar, pero ella levantó la mano y comprobó si había puertas abiertas. Ninguna.

—Adelante, entonces —murmuró, cuando estuvo segura de que no había nadie a la vista.

—El vecino de al lado, jefa, me ha dicho que Susan también tiene una aventura.

—¿Ah, sí?

—Un tipo llamado Tony. Viene casi todos los días. Al parecer se lleva muy bien con la niña y prácticamente vive aquí.

—¿Cómo no nos enteramos antes?

—Seguramente Archie no lo sabía, estaba fuera todo el tiempo.

—Es posible. Entonces, ¿quién es este hombre con el que tenía una aventura?

—Solo sé que se llama Tony.

—Gracias. Voy a hablar con ella ahora mismo.

Abrió la puerta del comedor. Susan estaba acurrucada con su abogada, murmurando entre ellas.

Lesley se acercó a la mesa.

—¿Puedo preguntarle por un hombre llamado Tony?

Susan se apartó de la abogada, su rostro enrojecido.

—¿Tony?

—Hemos oído que tiene un amigo llamado Tony que viene mucho por aquí.

Susan le devolvió la mirada, firme.

—Es más que un amigo.

—¿Archie sabía de él?

—No le debía ninguna explicación después de lo que me llevaba haciendo todos estos años.

Lesley entendía el punto de vista de la mujer.

—¿Planeaban contarle a Archie lo de su relación? ¿Iba a dejar a Archie?

Susan vaciló. Respiró hondo, empezó a hablar y luego se detuvo.

La abogada le puso la mano en el brazo.

—No tienes que decir nada.

Susan negó con la cabeza.

—No pasa nada. No tengo nada que ocultar.

Miró a Lesley.

—Sí, inspectora. Pensaba contarle a mi marido lo nuestro. Pensaba decirle que lo dejaba y que me iba a casar con Tony.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

EL TELÉFONO de Lesley sonó mientras Johnny y ella salían de la casa de Susan.

—Hola Gail, ¿alguna noticia?

—Hemos hecho algunos análisis de los residuos del arma utilizada para matar a Layla.

—¿Y?

—Estoy segura de que fue la misma en ambos asesinatos.

Lesley intercambió una mirada con Johnny.

—La misma arma —le dijo. Él asintió—. Vale —le dijo a Gail—. ¿Qué tipo de arma era?

—Se encontraron depósitos de metal cerca de ambas víctimas. Fragmentos que se desprendieron del arma después de ser usada. No era el más estable de los objetos. Pero los metales eran una aleación de cobre y hierro, consistente con un hacha de principios de la Edad Media.

—¿No puede ser algo más reciente?

—Si lo fuera, sería más robusto y estaría hecho de aleaciones diferentes. El acero moderno estaría presente en alguna parte. El tipo de acero que usamos ahora no comenzó a fabricarse hasta finales del siglo XVIII.

—Así que estás segura de que fue algo que encontraron en la excavación.

—O eso, o algo que trajeron de otro yacimiento. Un botánico está analizando esporas y restos de semillas en el metal para determinar

si era de la zona.

—Vale —respondió Lesley—. ¿Algo más que informar?

—¿Recuerdas que la segunda víctima tenía heridas defensivas? ¿Uñas agrietadas?

—Sí.

—Encontramos fibras bajo sus uñas. Células de piel. Un par de pelos.

—¡Fantástico! —exclamó Lesley—. ¿Y...?

—Habrá que esperar los resultados del análisis de ADN —respondió Gail.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Un par de días, aproximadamente.

—¿Un par de días? Esto es urgente, Gail. ¿No puedes hacer que se den prisa?

Gail se rio.

—Esto es Dorset, no Londres ni Birmingham.

Lesley negó con la cabeza.

—Me da igual si es el maldito Tombuctú. Tenemos a dos personas en esa casa. Una o las dos podrían estar en peligro. Necesito saber de quién era el ADN que había bajo las uñas de Layla. Y necesito saberlo ayer.

—De acuerdo. —Gail sonaba apagada—. Veré si puedo conseguirlo por la vía rápida, aunque costará más.

—No me importa si cuesta el sueldo del jefe de policía, quiero que se haga.

—Como tú digas. —Gail terminó la llamada.

Lesley se volvió hacia Johnny mientras subían al coche.

—Así que ahora sabemos que tenemos solo un asesino.

Asintió con la cabeza.

—Es más probable que sea uno de esos dos de la casa.

—No saquemos conclusiones precipitadas —advirtió Lesley—. Esperaremos los resultados del ADN.

—Eso nos dará a nuestro hombre…, o mujer.

—Por supuesto.

—¿Y el almacén? ¿Qué hay del inventario?

—Buena idea, llamaré a Dennis. —Cogió su teléfono.

—Jefa. —Dennis no sonaba contento.

—¿Cómo te va? —le preguntó Lesley—. ¿Has hablado con alguien de la Universidad de Bournemouth?

—Nos están dando largas. Parece que no están muy contentos de que hayan asesinado a dos miembros de su equipo de excavación en pocos días. Y ahora han descubierto que Layla no estaba cualificada...

—Un momento, ¿dos de sus empleados han muerto y no quieren cooperar con la policía?

—No es que no cooperen, pero están tardando demasiado en encontrar a alguien que pueda hablar con nosotros.

—Eso suena a que no quieren cooperar. ¿Quieres que haga una llamada?

—De momento no hace falta.

Lesley suspiró.

—Te dejo con ello. Avísame si necesitas que haga algo, ¿de acuerdo?

—Espera, antes de que cuelgues...

—¿Qué?

—Es el informe *post mortem*. Whittaker me llamó hace media hora.

—Vaya, para él eso es rápido.

Dennis no respondió al sarcasmo.

—El daño causado en la cabeza de Layla es muy similar al que le infligieron a Archie. Y, al parecer, había restos de metal en su mandíbula.

Lesley asintió.

—Acabo de hablar con Gail, ha encontrado lo mismo en la escena del crimen. Parece que tenemos solo un arma, lo que significa un asesino.

—¿Qué hay de las pastillas para dormir? —murmuró Johnny.

—¿Y los somníferos? —preguntó Lesley a Dennis—. ¿Supongo que no había ninguna señal de ellos en el cuerpo de Layla?

—Nada. Ninguna sustancia, ni siquiera alcohol.

—Así que tal vez no drogaron a Archie para asesinarlo después de todo —dijo Lesley—. Tal vez se tomó él mismo una buena dosis.

—Tenía cuatro veces la dosis normal en su sistema—dijo Dennis.

—Aun así, eso no prueba que fuera otra persona quien se los diera.

—No.

Lesley se volvió hacia Johnny.

—Quiero entrevistar al tipo con el que Susan ha estado teniendo una aventura.

Asintió con la cabeza.

—Tras hablar con el vecino, hice algunas llamadas. Su nombre es Tony Goodall. Y escucha esto.

Lesley arqueó una ceja.

—Es policía —dijo Johnny—. Trabaja en la unidad de fraudes en Bristol.

Lesley señaló el volante con un gesto.

—Mejor aún. Vamos a charlar con él.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

TONY GOODALL ERA subinspector y trabajaba en la comisaría de Avon, en Portishead. Estaba en su despacho cuando Lesley y Johnny aparecieron.

Se levantó con una sonrisa cautelosa en los labios.

—Señora, ¿qué puedo hacer por usted?

Lesley le estrechó la mano y se sentó.

—Se trata de un caso que estamos investigando en Castillo de Corfe.

Tony suspiró.

—He oído hablar de ello.

Ella le sonrió.

—Creo que tiene una conexión con la víctima.

Él se inclinó hacia delante. Su lenguaje corporal era rígido, formal.

—¿Cómo es eso?

—El nombre de la víctima era Archie Weatherton. —Esperó su reacción.

Tony la miró, sin pestañear.

—OK.

—¿Conoce a su esposa, Susan Weatherton?

La miró fijamente durante demasiado tiempo.

—Sí, la conozco.

—Vale. —Lesley miró a Johnny. Al menos había decidido no mentirles—. ¿Puede explicarme la naturaleza de su relación con la

señora Weatherton?

Tony se levantó, rodeó el escritorio y cerró la puerta tras Lesley y Johnny.

—Entenderán que esto es confidencial.

—Por supuesto —dijo Lesley.

Se sentó.

—Susan y yo mantenemos una relación desde hace dieciocho meses.

—¿Dieciocho meses?

Asintió con la cabeza.

—Archie no lo sabía.

—Ya me lo imaginaba —dijo Lesley.

Johnny se inclinó.

—¿Dónde estuvo el sábado por la mañana?

Lesley levantó una mano para detenerle.

—Subinspector Goodall, cuénteme lo que sepa sobre el matrimonio de Susan y Archie.

Tony puso cara de sorpresa.

—Bueno, ¿qué voy a decir? La trataba como a una mierda. Una amante en cada excavación. Dios sabe cuántas habrá habido a lo largo de los años.

—¿Eso es lo que le contó Susan?

—Esa es la verdad.

—¿Así que lo investigó por su cuenta? —preguntó Johnny.

Tony miró al cabo antes de contestar.

—Podría decirse que sí.

Lesley lo observó. Ambos conocían el castigo por utilizar recursos policiales para investigar temas personales. Pero ella tenía un asesinato en el que centrarse.

—Así que mantiene una relación con Susan Weatherton desde hace dieciocho meses. ¿Cómo de seria es esta relación?

—No mantienes una relación tanto tiempo con una mujer casada a menos que estés seguro de que va a dejar a su marido.

—¿Así que planeaba casarse con ella?

—Ya se lo había pedido.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas.

—¿Y se lo dijo a Archie?

—Todavía no. Lo estaba planeando.

Lesley se dio un golpecito en la rodilla.

—¿Está seguro de que no le estaba dando largas?

Tony apretó los dientes.

—Ya sabrán que Susan tiene una hija, Millie. Una niña encantadora. Le tengo mucho cariño. Susan no quiere precipitar las cosas, piensa en su pequeña.

Lesley asintió. Susan no le parecía el tipo de mujer que diera largas a un hombre.

—En ese caso, ¿sabía que Susan recibió una llamada de una mujer llamada Layla Ford el jueves pasado?

—Sí. Me llamó inmediatamente después.

—¿Y qué le dijo que Layla le había contado?

—Nada nuevo. —Soltó una carcajada—. Que Archie se la estaba tirando. Archie hacía eso todo el tiempo. No es que fuera una sorpresa.

—¿Ni siquiera para Susan? —indagó Lesley.

—No que estuviera siendo infiel. Recibir una llamada de la mujer, eso sí que la sorprendió. Ninguna de las mujeres del pasado lo admitió jamás. Ella sabía que Archie había tenido una aventura con Crystal cuando estaba embarazada de Millie. Pero Crystal nunca dijo nada.

—¿Así que también conoces a Crystal Spiers? —Lesley notó cómo Johnny se tensaba a su lado.

—Jamás he conocido a ninguno de ellos en persona —respondió Tony—. Ni siquiera a Archie. Pero Susan me habló bastante de ellos. Eran gente desagradable.

Lesley arqueó una ceja.

—¿Cree que Crystal era desagradable?

Se encogió de hombros.

—Tuvo una aventura con un tipo cuando su mujer estaba embarazada. No sé en qué clase de mujer la convierte eso.

—Tony —dijo Lesley—, voy a tener que preguntarle esto. ¿Dónde estuvo el sábado por la mañana?

Apoyó las manos en el escritorio.

—Me esperaba la pregunta. —Abrió un cajón del escritorio y sacó una agenda—. Estaba trabajando. Aquí puede verlo. —Deslizó la agenda por el escritorio. Tenía escrito los detalles de las reuniones y entrevistas que había realizado ese día.

—Un método un poco anticuado, ¿no? —dijo Lesley.

—Me gusta rellenar mi agenda, además del sistema electrónico. Por si acaso.

—OK. —Lesley empujó la agenda de nuevo a través del escritorio —. ¿Y su jefe puede confirmar esto?

—Por supuesto. Mi jefe, el inspector Malcolm Browning, puede confirmarlo. Llámelo si lo considera necesario.

—Lo haré —dijo Lesley—. Gracias por su tiempo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

TINA ABBOTT BAJÓ RUIDOSAMENTE las escaleras de la pequeña casa.

Ser agente de relaciones familiares era una cosa, pero hacerlo en un espacio tan reducido como aquel era totalmente distinto. Había pasado gran parte de la mañana intentando no acercarse demasiado a Patrick, aguantando sus miradas de desagrado, plenamente consciente de que el hombre no la quería allí. Si hubiera podido sacarla con sus propias manos, lo habría hecho.

Crystal había bajado a la excavación. Tina dudó entre seguirla colina abajo o quedarse aquí con Patrick. Sin embargo, sabía que el agente de relaciones familiares solía permanecer en la casa, así que decidió que ese era el mejor lugar para estar. Además, la inspectora parecía sospechar de Patrick; después de todo, había agredido a Layla. Era más probable que se comportara de manera sospechosa allí, en la casa, que Crystal en la excavación.

Abrió la puerta que separaba las escaleras del salón. La sala estaba vacía. Cuando subió, Patrick había estado sentado en un rincón, en aquel sillón raído, escuchando su pequeño aparato de radio. Algo sobre críquet… aunque a ella no le sonaba mucho a críquet.

Entró en la cocina vacía.

Volvió a la escalera y pasó por la habitación de Crystal. También vacía. Ninguna de esas habitaciones tenía cerradura. Se preguntó por qué Crystal y Patrick no habían arreglado eso todavía.

Se apresuró a subir las escaleras. La habitación de Patrick estaba justo a la izquierda, a pocos metros de la de Layla y Archie. Empujó la puerta. Otra vez, vacía. Tina sintió que se desinflaba. Había estado esperando a que ella subiera al baño para abandonar la casa.

¿Debía seguirlo colina abajo hasta el yacimiento o aprovechar para echar un vistazo a su habitación? Gail y su equipo habían registrado la casa el día anterior, lo mejor que pudieron. Pero Patrick insistió en que, como espectador inocente, no tenía ninguna obligación de permitirles registrar su habitación. Eso significaba que solo cubrieron los espacios comunes y la habitación de Crystal, para la que sí obtuvieron permiso.

Tina miró alrededor de la habitación desde el umbral. Si entraba y la registraba, sería un registro ilegal. No solo podría ser sancionada, sino que cualquier prueba que descubriera sería inadmisible ante un tribunal. Cerró la puerta y bajó las escaleras.

Atravesó la cocina y salió por la puerta trasera. Detrás de la casita había un pequeño patio, con una mesa plegable y unas sillas apoyadas contra la pared además de un cobertizo en la esquina más alejada.

Gail y su equipo lo habían registrado el día anterior. La puerta tenía candado, el único de toda la casa. Gail dijo que estaba lleno de cajas apiladas en meticuloso orden, todas etiquetadas y numeradas. Hallazgos arqueológicos.

Tina cruzó el patio hasta el cobertizo. El candado no estaba puesto. Tenían permiso para registrar la casa, así que estaba en su derecho de entrar. Si habían abierto el candado, quizá alguien había metido algo ahí después del registro de Gail.

Sacó un par de guantes del bolsillo y se los puso antes de quitar el candado. Luego, abrió la puerta. Las bisagras, oxidadas, chirriaron al tirar de ella. Esperaba un espacio mohoso, tal vez húmedo. Telarañas en los rincones, suciedad en el suelo. Pero no. Estaba ordenado, como si lo hubieran barrido hasta dejarlo impoluto. Este cobertizo contenía artefactos importantes, y era evidente que lo cuidaban bien.

Delante de ella había cuatro pilas de cajas. Cada caja tenía un identificador único; algunas, incluso, llevaban fotos de su contenido.

Tina recorrió las pilas con la mirada, tratando de identificar cualquier anomalía.

En la pila más alejada, había una caja en medio de la pila más alejada de ella, que no estaba etiquetada. Estaba amarillenta, más vieja que las demás. La miró, pensativa. ¿Podría sacarla sin molestar a las demás?

Podía intentarlo.

Apoyó el hombro en las cajas de encima para asegurarse de que no se cayeran y la sacó con cuidado. La bajó con suavidad hasta dejarla sobre la caja inferior y luego la colocó en el suelo. Enderezó el montón que quedaba, cogió la caja y cerró la puerta del cobertizo. Volvió a colocar el candado en la posición en que lo había encontrado.

Se acercó a la ventana de la cocina y miró a través de ella. Patrick no había regresado. La casa seguía vacía. Entró en la cocina, cerró la puerta que daba al salón y encendió la tetera. No estaría de más hacer ruido.

La caja era del tamaño de una de zapatos, pero un poco más grande. Levantó la tapa con cuidado y la dejó a un lado. Dentro había un objeto envuelto en tela.

El corazón le martilleaba el pecho al apartar la tela.

Tiró de las capas y entornó los ojos. Una vez retirado el lino, el objeto quedó al descubierto.

Era un hacha.

O, al menos, lo que quedaba de una. El mango estaba podrido y la hoja, corroída y desafilada. La punta estaba cubierta de óxido.

Sintió que se le cortaba la respiración.

Tina la observó, con el corazón acelerado. Sacó el teléfono del bolsillo interior, sin saber a quién llamar. Al hacerlo, oyó un portazo.

Volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y se quedó mirando la caja abierta. Colocó de nuevo la tela alrededor del objeto y cerró la tapa de golpe.

Oyó pasos en el salón.

Con el estómago revuelto, cogió la caja, abrió la puerta de un armario y la metió dentro. A Gail no le haría ninguna gracia, estaba

contaminando las pruebas. Pero no sabía quién estaba al otro lado de la puerta.

La puerta se abrió.

Tina se volvió, con los ojos muy abiertos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

SUSAN ESTABA SENTADA en el salón con Millie cuando oyó un leve golpeteo en la ventana.

Miró a Millie, que tenía los ojos vidriosos y miraba la televisión. Susan se levantó del sofá y se acercó de puntillas a la ventana. ¿Se lo habría imaginado?

Pegó la oreja a la cortina, sin atreverse a abrirla por si era el señor Gill, el vecino.

Lo oyó de nuevo. Unos golpecitos.

Lo suficientemente bajos como para no sonar en toda la casa, pero lo bastante altos como para que supiera que alguien intentaba llamar su atención.

Oyó movimiento al otro lado de la pared de la cocina. La agente de relaciones familiares hacía ruido intencionadamente, asegurándose de que Susan supiera que seguía allí. Susan odiaba a aquella mujer, aunque no era culpa suya que su trabajo la hubiera puesto ahí. Tomó aire y apartó la cortina un poco.

Al otro lado estaba Tony.

Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —siseó.

Sacudió la cabeza. No podía oírla. Le hizo señas para que saliera.

Dejó caer la cortina.

—Vuelvo enseguida, Millie, cariño. Tengo que hablar con alguien.

Millie la miró, con el rostro apagado.

Susan sintió que se le rompía el alma. Millie había dormido mal la noche anterior; se había despertado tres veces, pidiéndole que se uniera a ella en su cama, que la abrazara mientras lloraba. Dios sabía cuánto tiempo iba a estar así. Tal vez Susan debería buscar ayuda profesional, hablar con el médico de cabecera.

—¿Quieres venir conmigo, cariño?

Millie miró hacia la ventana.

—¿Quién es?

Susan consideró decírselo. A Millie le caía bien Tony, pero no quería que le dijera nada a la agente de las narices.

—Una amiga. No tardo nada.

Millie tragó saliva y asintió lentamente. Susan le dedicó una mirada de disculpa y salió del salón.

Avanzó con sigilo por el pasillo hasta la puerta principal, descalza, con cuidado de no hacer ruido. Abrió la puerta con suavidad y se deslizó por ella, cerrándola tras de sí.

Tony estaba frente a la puerta del garaje, fuera de la vista de las ventanas.

—Creía que no ibas a volver —susurró.

—Necesitaba contarte algo.

—¿El qué?

—La policía vino a verme.

—¿Quién? ¿La inspectora esa?

Asintió con la cabeza.

—No pasa nada. Le dije dónde estaba el sábado. Nadie sospecha nada.

—¿Por qué iban a hacerlo?

Tony la miró.

—Bueno, ahora que saben que planeamos casarnos, supongo que pensarán que quería deshacerme de Archie.

Susan lo miró.

—Pero tú no eres así.

—Yo sé que no soy así, y tú también lo sabes. —La atrajo hacia él.

Susan hundió el rostro en su pecho, deseando poder invitarlo a entrar.

—Sin embargo —continuó Tony—, sé cómo piensan. Sé cómo pensaría yo si estuviera en su lugar. Me alegro mucho de haber estado en el trabajo el sábado, aunque lamento no haber estado contigo.

Ella se apartó y le sonrió.

—Podremos estar juntos en el futuro.

Parpadeó, mirándola.

—¿Estás segura?

—Sí. No digo que me alegre de que Archie haya muerto. Lo extrañaré. Y Millie...

—Lo sé. —Le apretó los hombros—. Millie ha perdido a su padre.

Ella asintió.

—Te quiero, Tony.

Le sonrió.

—Yo también te quiero, Susie. —Le puso la mano en la nuca y tiró de ella hacia sí.

Dejó que la besara, deseando que la vida fuera sencilla. ¿Por qué demonios no se había divorciado de Archie hacía años, cuando se enteró de la primera aventura? Esa maldita Crystal Spiers… Susan estaba segura de que ella había sido la primera.

«Deja de pensar», se ordenó a sí misma. «Relájate».

Se apartó de Tony.

—No tenemos que ocultar que tú y yo estamos juntos ahora, pero no quiero hacer esto más difícil para Millie. Tenemos que ir despacio. Tenemos que ir a su ritmo.

—Lo sé. Llámame cuando estés lista, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Gracias, amor.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

DENNIS Y MIKE llevaban dos horas esperando en el vestíbulo de la Universidad de Bournemouth, a ver si uno de esos académicos descendía lo suficiente como para hablar con un par de policías.

Dennis estaba harto. Tenía hambre, la piel le picaba y estaba a punto de rendirse. Consultó su reloj por enésima vez.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, sargento? —le preguntó Mike.

Dennis asintió.

—Quizá deberíamos rendirnos. Que se ponga la jefa en contacto con ellos y lo haga por la vía oficial.

—Eso no es propio de ti, sargento.

Dennis gruñó. No estaba acostumbrado a lidiar con académicos. La gente de la excavación no estaba mal, quizá un poco rara. Patrick Donnelly parecía bastante amable. Crystal Spiers era distante, pero no arrogante.

Pero la mujer de la recepción lo había mirado como si fuera un chicle pegado a la suela de su zapato.

Se recostó en el banco rígido donde les habían pedido que esperaran.

—Voy a dar un paseo, llamar a la jefa y averiguar qué pasa en Bristol.

Mike asintió.

—Yo espero aquí.

Cuando Dennis se levantó, la mujer que había sido tan despectiva con ellos se acercó.

—¿Sargento?

Se volvió hacia ella, esperando el inevitable rechazo.

—El señor Sidhu dice que los verá ahora.

Dennis arqueó una ceja.

—Por fin.

La mujer lo miró con desprecio.

—Síganme.

Mike se levantó del banco y recogió sus cosas. El abrigo de Dennis, el que Pam le había comprado, seguía en el banco, debajo de donde había estado sentado. Cualquier cosa con tal de ponerse cómodo.

Siguieron a la mujer por los pasillos, pasando por delante de aulas llenas de estudiantes. Cuerpos jóvenes y confiados, que pasaban en dirección contraria, rozándolos sin molestarse en apartarse.

—Esta juventud… —murmuró Dennis.

Por fin llegaron a una puerta. La placa decía «Tim Sidhu, Administrador». Dennis suspiró. Le habían endosado al lacayo de la oficina.

La mujer abrió la puerta y les indicó que entraran. Un hombre delgado y de rasgos asiáticos estaba sentado detrás de un escritorio. Se levantó cuando entraron y les indicó que tomaran asiento.

Era más o menos de la edad de Dennis, con el pelo canoso y ralo por encima. Les sonrió.

—Pasen, agentes. Lamento haberles hecho esperar.

Dennis escuchó a Mike gruñir. Se sentó en la silla que el hombre le ofreció y mostró su placa.

—Soy el sargento Frampton. Este es el cabo Chiles. Estamos aquí en relación con los asesinatos de Archie Weatherton y Layla Ford.

El hombre asintió.

—Un asunto muy trágico. —Inclinó la cabeza y juntó las manos como si rezara.

Dennis lo observó, preguntándose hasta qué punto era un gesto auténtico.

—¿Conocía a alguna de las víctimas?

El hombre levantó la vista.

—No. El doctor Weatherton fue enviado por la Universidad de Bristol. La señorita Ford... Bueno, a ella la reclutó la catedrática Spiers.

Dennis arqueó una ceja. No se había dado cuenta de que Crystal era catedrática.

—¿Ella enseñaba aquí? ¿La catedrática Spiers?

—Todavía lo hace.

Dennis miró a Mike.

—Catedrático Sidhu, ¿puedo hacerle algunas preguntas sobre la excavación? ¿Sobre el proyecto en el castillo de Corfe?

—No soy catedrático sargento, ni siquiera profesor. Llámeme señor Sidhu. De hecho, llámeme Tim.

—Muy bien, señor Sidhu. Me gustaría comenzar por preguntarle sobre los artefactos descubiertos en esa excavación. ¿Había algo que específicamente puediera haber sido utilizado como arma?

Los ojos del hombre se abrieron de par en par.

—¿Usaron algo de la excavación? Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Bueno, todo es etiquetado, catalogado y luego enviado de vuelta aquí. Puedo enseñárselo. Tenemos un almacén.

—Pero nuestra forense nos dice que encontró varios objetos guardados y catalogados en la casa de Castillo de Corfe.

Sidhu negó con la cabeza.

—No, no, no funciona así en absoluto. Guardan las cosas durante unos días y, al final de cada semana, la catedrática Spiers las cataloga, las introduce en la base de datos y las envía aquí. A veces lo hace ella misma, a veces enviamos a un miembro del personal a recogerlo. A veces confiamos el trabajo a un par de estudiantes.

Dennis entornó los ojos.

Había sido ayer, un miércoles, cuando Gail encontró más de treinta objetos en aquel cobertizo. No era posible que hubieran descubierto tanto en solo dos días. La excavación había permanecido cerrada el lunes.

Mike se inclinó hacia adelante.

—¿Hay alguna posibilidad de que, con todo lo que ha pasado, los hallazgos de la semana pasada no hayan sido catalogados o transferidos?

El señor Sidhu frunció el ceño.

—Lo comprobaré. —Se volvió hacia su escritorio y pulsó varias veces el ratón.

—No —confirmó—. El viernes por la tarde, dos estudiantes nos trajeron una caja llena de objetos.

—Muy bien. —Dennis sopesó la información—. ¿Es usted consciente de que hay una serie de artefactos todavía en la casa del pueblo? Están guardados en el cobertizo.

El administrador se volvió hacia él.

—Debe de estar equivocado. Está todo aquí, lo confirma la base de datos.

Dennis se encontró con su mirada. Aunque las cuatro personas de aquella casa de pueblo hubieran planeado robar algunos artefactos, el robo no era nada comparado con un doble asesinato.

—Creo que alguien debería ir allí —le sugirió Dennis—. No me corresponde a mí decir cuáles son esos artefactos y si deberían estar aquí en la universidad. Pero tal vez quieran hacer un seguimiento.

El señor Sidhu asintió.

—Lo haré, gracias. ¿Puedo ayudarles en algo más? ¿Necesitan datos de contacto de los parientes más cercanos?

—Ya los tenemos. Hemos estado en contacto con la señora Weatherton, y el padre de Layla Ford va a venir a identificar su cuerpo.

Sidhu hizo una mueca de pesar.

—He visto las noticias. No le envidio.

—No —dijo Dennis. Fuera cual fuera la clase de chica que Layla Ford había sido, no había merecido morir de esa manera.

Tomó aire.

—¿Había algún problema financiero o presupuestario con esta excavación?

—¿Qué quiere decir?

—¿Tenían problemas económicos? ¿Les han retirado la financiación?

—Todo lo contrario. Acabábamos de recibir una gran donación de una... Bueno, eso es confidencial. Pero acabábamos de recibir una gran donación y también habíamos conseguido financiación internacional.

—¿Así que el proyecto estaba en buenas condiciones financieras?

—Desde luego que sí. Es uno de los proyectos con más fondos de los que me he encargado en mucho tiempo. Crystal Spiers es muy buena recaudando fondos. Llevaba dieciséis años haciéndolo, después de todo.

Mike se aclaró la garganta. La mente de Dennis iba a toda velocidad.

—Nos han informado de que había problemas financieros que generaron tensiones en el grupo.

Sidhu se encogió de hombros.

—Bueno, eso desde luego no está respaldado por nuestros datos.

Dennis podía oír a Mike garabatear frenéticamente en su bloc de notas. Tendrían que informar de esto a la jefa.

—Entonces, ¿falta algo de la excavación, que usted sepa?

—A ver, tendría que comprobarlo en la base de datos. Deme un momento. —Por segunda vez, el señor Sidhu consultó su ordenador.

Dennis y Mike intercambiaron miradas. Si no había problemas financieros, ¿por qué Archie había dicho a la Universidad de Bristol que sí los había? ¿Y por qué dijo Archie que iba a Londres a reuniones para buscar financiación adicional?

¿Era eso lo que había estado haciendo en realidad?

Sidhu se apartó de su ordenador.

—No falta nada en lo que respecta a mis registros. Tendríamos que comprobar el almacén, pero tenemos un sistema bastante sólido. De hecho, sigue el modelo de los sistemas que utilizan los forenses en las investigaciones policiales.

Dennis asintió. Tenía la sensación de que, si faltaba algo, no habría llegado a la universidad.

—Gracias por su tiempo —dijo mientras se ponía de pie.

—¿Eso es todo? —preguntó el señor Sidhu.

—De momento, sí.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

LESLEY CRUZÓ a toda prisa la entrada principal del cuartel general de la Policía de Dorset. Estaba impaciente por saber si Dennis y Mike habían descubierto algo en la Universidad de Bournemouth. Al deslizar su tarjeta de identidad por el torniquete, la recepcionista le hizo señas para llamar su atención.

—¡Disculpe, señora! Tengo un mensaje urgente para usted.

Lesley asintió.

—¿Sí?

—El Superintendente Carpenter quiere hablar con usted ahora mismo.

Sintió que se le hundía el estómago.

—¿Ahora mismo?

—Eso es lo que dice esta nota.

—OK.

Se encaminó hacia las escaleras y subió apresurada al despacho de Carpenter. Llamó suavemente a la puerta un par de veces.

—Adelante.

Lesley se ajustó las mangas de la chaqueta y entró en la oficina.

—Inspectora Clarke, ¿recibiste mi mensaje?

—¿Va todo bien? Estaba a punto de reunirme con mi equipo...

—No te entretendré mucho. Siéntate, por favor.

Evitaba mirarla a los ojos. Ella tomó asiento frente a él en el escritorio. Esta vez no había sillones cómodos en la esquina.

—Señor, ¿de qué se trata?

—Lamento decir que he recibido una queja.

—¿Una queja?

Apenas llevaba cuatro días en esta zona y había tenido poco contacto con el público. ¿Cómo es posible que ya hubiera una denuncia?

Entonces pensó en Crystal Spiers. La mujer no los había querido en su excavación. Estaba convencida de que estaban arruinando valiosos artefactos.

—Si se trata de Crystal Spiers, señor, puedo...

—No ha sido un miembro del público. Me temo que es una denuncia interna, anónima.

—Ah. —Se rascó el dorso de la mano.

—Al denunciante le preocupa que tu salud pueda repercutir en tu capacidad para cumplir con sus obligaciones.

—¿Mi salud, señor?

La miró fijamente.

—Tuviste una lesión en la cabeza en marzo. Te diagnosticaron un tipo de estrés postraumático. Al denunciante le preocupa que eso signifique que no puedas...

—Estoy más que capacitada para dirigir esta investigación.

—Te enviaron aquí para que llevases un ritmo más lento.

—Y eso es lo que estoy haciendo.

El superintendente arqueó una ceja.

—¿Una investigación de doble asesinato en tu primera semana? Solo llevas aquí unos días y ya estás en medio de nuestro mayor caso en meses.

—Con todo respeto, señor, ya he manejado casos como este, incluso significativamente más complejos. Soy más que capaz...

Carpenter levantó una mano.

—Tú y yo apenas hemos tenido ocasión de conocernos, algo que deberíamos rectificar. Pero el denunciante te ha visto en acción. Le preocupa que tus problemas de salud estén afectando tu capacidad para dirigir al equipo, para delegar con eficacia.

Sintió que el calor subía en su interior.

—Eso es falso. Delegar es algo que yo...

—No estoy haciendo ningún juicio. Ahora mismo es solo una queja informal. Más bien una advertencia, si quieres decirlo así.

Tragó saliva. Sabía perfectamente lo que implicaba una advertencia.

—¿Esto irá en mi expediente personal, señor?

La miró fijamente, entrelazó los dedos y se inclinó ligeramente en la silla.

Le costó mantener la calma. La estaba poniendo a prueba, a propósito…, o no.

—No —dijo por fin—. No irá a tu expediente. Sin embargo, quiero que tengas en cuenta la forma en que interactúas con tu nuevo equipo. Son diferentes a lo que estás acostumbrada. Por favor, tenlo en cuenta.

—Sí, señor. Lo tendré en cuenta.

Le indicó con un gesto que podía irse. Lesley salió del despacho con el corazón acelerado. No le cabía la menor duda de quién había presentado la queja.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

SU EQUIPO seguía en sus escritorios cuando Lesley entró en su despacho.

—A mi despacho, ahora —ordenó con dureza. Intentó que su mirada no se detuviera en Dennis, que no la miraba.

«Cabrón», pensó para sí misma. Todo por culpa de esa maldita hucha de las palabrotas.

Una vez estuvieron todos reunidos dentro, le hizo un gesto a Mike.

—Cierra la puerta.

Mike lo hizo; parecía nervioso. Johnny y él se sentaron. Dennis estaba de pie detrás de ellos, balanceándose de un pie a otro.

«Joder, deja de parecer tan nervioso», pensó. «Al menos, admite tu deslealtad».

Respiró hondo. No tenía ni idea de si los otros dos sabían lo que había pasado. ¿Hablaban de ella a sus espaldas? ¿Especulaban sobre su estado de salud? ¿Estaban tramando deshacerse de ella?

Se mordió el labio inferior. Era su oficial superior. No debía dejar que ese tipo de cosas la afectaran.

Se aclaró la garganta.

—De acuerdo, saquemos el tablón.

Johnny sacó la pizarra de detrás del escritorio de Lesley. Cogió un rotulador y la miró, esperando.

—Muy bien. —Podía notar la irritación en su voz. Dennis también lo notaría—. Entonces, tenemos a Susan Weatherton y a su

amiguito, que resulta ser policía.

Mike aspiró.

—Eso ha dolido.

Ella lo miró.

—La profesión del amigo no afecta para nada. El que tenga un amigo, sin embargo, le da un posible motivo, pero su coartada parece sólida.

Johnny levantó una mano.

Lesley puso los ojos en blanco.

—No estamos en la escuela, Johnny.

—Lo siento, jefa. Hice varias llamadas. La coartada de Susan Weatherton es cierta.

Lesley asintió. Señaló la pizarra.

—Aun así, pon el nombre de Tony Goodall ahí arriba.

—Su coartada también concuerda —dijo Johnny—. Los extractos del diario que nos diste.

—Ya lo sé —dijo Lesley—, pero quiero añadirlo en aras de la exhaustividad.

Johnny asintió y escribió el nombre de Tony Goodall en la pizarra.

—¿Qué más tenemos? —le preguntó a su equipo—. ¿Cómo os fue en Bournemouth?

Dennis seguía evitando su mirada.

—Tardamos en conseguir una reunión, pero al final hablamos con un administrador.

—¿Y? —espetó.

—Nos dijo que tienen un sistema que sigue el modelo de los procedimientos utilizados por nuestros equipos forenses. Registran todo lo que encuentran en la excavación y luego lo transfieren a la Universidad de Bournemouth al final de cada semana.

—Pero —interrumpió Mike—, no todo está incluido. Nuestros forenses encontraron objetos en el cobertizo cuando registraron la casa.

Lesley asintió.

—¿Qué tipo de objetos?

—Montones de ellos, catalogados, en cajas. Parecía muy profesional, al parecer. Pero según el señor Sidhu, el tipo con el que

hablamos, todo debería estar en la Universidad de Bournemouth. Nada debería quedar en ese cobertizo.

—¿Ni siquiera los objetos descubiertos esta semana? —preguntó Lesley.

Dennis la miró a los ojos por fin.

—Solo llevan dos días trabajando, desde que volvieron a abrir la excavación.

—Sí, y había demasiadas cosas en ese cobertizo para que fueran dos días de trabajo —añadió Mike—. Quiero decir, si hubieran estado descubriendo hallazgos a ese ritmo, el equipo forense se habría tropezado con varios de ellos cuando estuvieron allí trabajando.

Lesley asintió.

—¿Tienes fotos? Pégalas en el tablón.

Mike sacó unas hojas de una carpeta.

—Vale —continuó Lesley—, tenemos que averiguar por qué esos objetos no van a la Universidad de Bournemouth. ¿Están siquiera catalogados?

— Por lo que contó Tim Sidhu, no lo parece —respondió Mike.

—¿Va a hacer un seguimiento?

—Él será la única persona que sabrá si coinciden con lo que hay oficialmente —respondió Dennis—. Dijo que pasaría por la excavación esta tarde o a primera hora de la mañana.

Lesley asintió.

—Bien. Así que tenemos que averiguar quién ha estado acumulando artefactos en la casa del pueblo y si el arma está entre ellos.

—No lo está —dijo Dennis—. Se lo pregunté a Gail.

—Maldita sea. —Se rascó las uñas. ¿Cómo era posible que se ensuciaran tanto desde que trabajaba en Dorset?—. Vale, ¿falta algo en el inventario oficial? ¿Nuestra potencial arma homicida?

Mike miró su bloc de notas.

—No, jefa. El administrador revisó sus registros y nos llevó al almacén. No faltaba nada. No voy a negarlo, tienen un sistema de puta madre allí.

Dennis hizo un chasquido con la lengua.

Lesley disimuló una sonrisa.

—¿Algo más?

Johnny tosió.

—Creo que podría haber un vínculo entre el equipo de excavación y el policía que está teniendo una aventura con Susan Weatherton.

Lesley inclinó ligeramente la cabeza.

—Continúa.

—Bueno, revisé la hoja del diario que nos dio y miré las investigaciones en las que está trabajando. Llamé a un compañero que trabaja en un equipo de investigaciones locales en Bristol.

Lesley lo miró con el ceño fruncido. No estaba segura de si eso lo convertía en un buen poli o si era algo por encima de lo que él estaba autorizado a hacer.

—¿Encontraste algo?

—Puede ser.

—¿Qué clase de algo? —preguntó Dennis.

Johnny lo miró.

—El subinspector Goodall trabaja en fraudes, ¿no?

Lesley asintió.

—Bueno, parece que está investigando al equipo que dirige esa excavación. Parece que podría estar pasando algo en la universidad.

—¿Qué universidad? —preguntó Lesley.

—No estoy seguro. Tanto Bournemouth como Bristol patrocinan la excavación. Oficialmente es de Bournemouth, pero Bristol también ha aportado mano de obra y financiación.

—¿Archie Weatherton, por ejemplo?

—Correcto.

—Si Tony Goodall lo está investigando, debe ser la Universidad de Bristol la que les interesa.

—Eso parece —dijo Johnny.

—Vale. Necesito que investigues eso más a fondo. Si hay un vínculo entre Tony Goodall y ese equipo, podría ser la razón por la que se ha hecho amigo de Susan Weatherton.

Dennis negó con la cabeza.

—No veo cómo eso es relevante.

—Yo tampoco —espetó Lesley—. Pero es una pista, así que la seguimos.

—Pero que un subinspector se involucre así con una...

—Eso pasa, Dennis. No es ético. Puede que no sea legal. Pero ocurre. Y podría encajar con lo que nos han dicho sobre los problemas financieros. La mujer con la que hablamos en la Universidad de Bristol dijo que estaban teniendo problemas con la financiación de la excavación. Pero el tipo con el que hablaste en la Universidad de Bournemouth dijo que todo estaba en orden.

—Así es —dijo Mike—. Dijo que les salía dinero por las orejas.

—Entonces, ¿por qué le habría dicho Archie a su jefa que estaban cortos de fondos?

—¿Quizás tenga algo que ver con esta investigación de fraude? —sugirió Johnny.

Lesley asintió.

—Tenemos que encontrar la conexión. Tenemos una investigación de fraude en curso en Bristol, una excavación patrocinada por la Universidad de Bournemouth que dice que hay dinero a raudales y a una catedrática en la Universidad de Bristol que dice que están cortos de dinero. Y, en medio de todo eso, tenemos a Archie Weatherton y su esposa.

—Puedo ponerme con ello —dijo Johnny.

—Muy bien —dijo Lesley—. Mike, trabaja con él. Yo seguiré buscando el arma.

Los cabos asintieron.

Lesley se volvió hacia Dennis.

—Y el otro asunto que quiero investigar es la agresión a Layla por parte de Patrick Donnelly. Quiero que investigues el pasado de Donnelly. Averigua si tiene antecedentes. Layla le dijo a su amiga que él la agredió sexualmente. Con Layla muerta, va a ser difícil probarlo. Pero si podemos averiguar que ha hecho ese tipo de cosas antes...

Dennis tenía las manos metidas en los bolsillos.

—Creo que es tenue. Todo lo que hizo fue intentar besarla.

Lesley lo fulminó con la mirada.

—Creo que hizo un poco más que eso, Dennis. El tipo es un depredador sexual.

Dennis se rio.

—Pero ¿tú lo has visto?

—Sí, lo he visto, y te sorprenderías. Hombres así se presentan de una manera cuando conocen a alguien como tú y yo. Pero cuando están con una mujer joven y vulnerable... Bueno, estoy segura de que te los has encontrado antes.

Dennis se encogió de hombros.

—Esto no es Birmingham, jefa.

Apretó los dientes. ¿Cuándo iban a dejar de lanzarle eso?

—Solo quiero que lo investigues, Dennis. Averigua si tiene antecedentes, si es algo que haya hecho en el pasado o si ha habido acusaciones contra él. Tenemos a Patrick y Crystal. Crystal con el dinero. Patrick con el asalto.

El equipo murmuró en respuesta.

—Adelante entonces —espetó—. No sé a qué esperáis.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

GAIL SE LLEVÓ el teléfono a la oreja mientras Tina Abbott la observaba. La agente se movía de un lado a otro, visiblemente inquieta. Gail parpadeó y esperó a que contestara.

Por fin, respondieron.

—Inspectora Clarke.

—Lesley, soy Gail.

—Gail, ¿dónde estás?

—Estoy en la casa del pueblo con la agente Abbott.

—¿Ha pasado algo?

—Podría decirse que sí.

—¿Patrick o Crystal han hecho algo?

—No, eso no —dijo Gail. Tina la miró fijamente, con las mejillas sonrojadas. Se encontraban en la cocina de la casa. Patrick Donnelly había estado allí cuando llegó Gail. Estaba en el salón, mirando a la agente Abbott con una expresión que parecía a punto de estallar. Se había escabullido en cuanto apareció Gail, con un lenguaje corporal furtivo.

—¿Qué pasa, entonces? —Lesley sonaba impaciente.

Gail tomó aire.

—Creo que tenemos el arma homicida.

Lesley tomó aire.

—¿Crees?

Gail miró la caja, que estaba sobre la encimera de la cocina. Tina la había sacado después de que Patrick se fuera. Estaba destapada,

y podía ver la tela que envolvía el arma.

—Es un hacha. El mango está muy degradado y hay corrosión en la cabeza, pero estoy segura de que es la misma. —La había levantado brevemente, con los guantes protectores puestos. La forma de la hoja encajaba con las heridas de Layla.

—¿Entonces coincide con los fragmentos de metal que encontraste? —le preguntó Lesley.

—Tendría que hacer un análisis de laboratorio para saberlo, pero es posible.

—¿Dónde la encontraste?

—La agente Abbott la halló en el cobertizo, en la parte trasera de la casa.

—¿Pensé que ya lo habías registrado?

—Lo hice. Esto no estaba aquí cuando yo entré.

—Espera —dijo Lesley—. ¿Quién pudo haber accedido al cobertizo entre el momento en que terminaste tu búsqueda y cuando la agente Abbott la encontró?

—Bueno, sabemos que Patrick Donnelly estuvo aquí. No estamos seguros de Crystal Spiers.

—Muy bien —dijo Lesley—. ¿Y por qué no me ha llamado la agente Abbott?

Gail miró a la agente. Tina se apoyó en la encimera de la cocina, con la respiración entrecortada.

—Podría haber un problema —dijo Gail.

—¿Qué tipo de problema?

— El registro oficial de aquel cobertizo ya había finalizado. Lo cerraron de nuevo…, o al menos eso creíamos. La agente Abbott me dijo que el candado no estaba echado. Por lo que respecta a los ocupantes, no lo iban a registrar de nuevo.

—Así que eso significa... —dijo Lesley.

Gail sintió que se le caían los hombros.

—Podría considerarse un registro ilegal. Y, aunque no lo fuera, un abogado medio decente lo aplastaría.

—En ese caso, no podrá utilizarse como prueba. —La voz de Lesley sonaba tensa.

Las mejillas de la agente Abbott enrojecieron aún más. Gail le dirigió una mirada entre tranquilizadora e irritada.

—Vale —dijo Lesley—. Entonces, ¿ya le has puesto el polvo para las huellas?

—Todavía no —respondió Gail—. Quiero llevarlo al laboratorio, ver si tiene huellas y ADN. Necesito comparar los materiales con los fragmentos que encontramos.

—Hazlo tan pronto como puedas.

—¿Qué pasa con la legalidad de la búsqueda? —preguntó Gail.

—Déjalo en mis manos. Aunque no podamos usarlo como prueba, nos dará lo que necesitamos. Luego solo tenemos que respaldarlo con pruebas legales.

Gail miró a la agente Abbott, que se retorcía las manos delante de ella.

«Tranquilízate», pensó Gail. Al menos ya tenían el arma.

—Muy bien —le dijo a Lesley.

—Y avísame en cuanto tengas un resultado.

—Por supuesto que lo haré.

—Ah, y dile a la agente Abbott que asista a la reunión de mañana a primera hora, ¿de acuerdo?

Gail asintió. Colgó.

—Bueno —respiró Tina—. ¿Cómo se lo ha tomado?

Gail ladeó la cabeza.

—Ya me habían advertido que es muy estricta con el procedimiento. Encuentra pruebas, construye un caso según las reglas. Esto no le va a gustar.

—¿Estás segura de que no fue un registro legal? —preguntó Tina.

—La inspectora lo sabrá mejor que yo —le dijo Gail, aunque tenía bastante claro cuál era la respuesta—. En cualquier caso, te quiere en la sesión informativa de mañana por la mañana, a primera hora.

Los ojos de Tina se abrieron de par en par.

—Pero me necesitan aquí. Soy la agente de relaciones familiares.

—Creo que la inspectora te necesita más.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

UN MONTÓN de cartas la esperaban en el felpudo cuando Lesley regresó a casa. Dos de ellas eran propaganda y fueron directas a la papelera. Otra iba dirigida a alguien que ella no conocía; sería un inquilino anterior. La última tenía matasellos de Birmingham y estaba escrita a mano.

La tomó en la mano y reconoció la caligrafía al instante.

Fue a la cocina, postergando el momento de abrir la carta. No podían ser más que malas noticias. La dejó sobre la mesa.

Encendió la tetera, cogió una taza del estante superior y buscó en un armario una bolsita de té. Tenía la sensación de que, después de leer la carta, necesitaría algo más fuerte.

De mala gana, cogió la carta. Deslizó la uña por el sobre y tiró de él para abrirlo. Dentro había dos hojas de papel, rayadas y escritas a mano. Así que había decidido ponerse lírico.

Inspiró hondo mientras desdoblaba el papel, sintiendo la boca seca. Hacía dos días que intentaba llamarlo. El muy cerdo ni siquiera se atrevía a hablar con ella. Iba a hacerlo por escrito.

Leyó la carta.

Lesley, quería enviarte esto antes de que recibas la documentación oficial. Siento de verdad que me encontraras con Julieta de la forma en que lo hiciste. Llevaba queriendo decírtelo varias semanas, pero

no ha habido oportunidad. Has estado muy ocupada con el trabajo y, luego, cuando llegabas a casa, parecías demasiado cansada para poder hablar con propiedad.

Lesley se humedeció los labios. Así que le echaba la culpa a ella, alegando que estaba demasiado ocupada para hablar como es debido.

«Demasiado ocupada, y una mierda», pensó. Demasiado ocupada para darse cuenta de que se estaba tirando a una española mientras ella estaba fuera, trabajando.

Siguió leyendo:

Conocí a Julieta en octubre, en un acto universitario. Congeniamos enseguida. Tú y yo no hablábamos mucho por aquel entonces. Intenté abordar las cosas contigo. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos a principios de octubre? Fue más o menos cuando terminó el caso Canary. Pensé que las cosas se calmarían en ese momento. Pero entonces el ayudante del jefe de Policía fue asesinado, y te perdí de nuevo. Siempre sentí que amabas tu trabajo más de lo que me amabas a mí.

Lesley se burló. Claro que le encantaba su maldito trabajo. Ser ascendida a inspectora era más común ahora que cuando ella empezó en el cuerpo, pero seguía sin ser fácil. Había tenido que soportar a gente como Bryn Jackson, con sus actitudes antediluvianas hacia las mujeres.

Y había demostrado su valía. Había trabajado duro, no se había metido en líos y había triunfado.

Terry tendría que haberse alegrado por ella. Debería haber estado celebrando con ella el final del caso Canary, compadeciéndose con ella cuando solo uno de los cabrones que habían arrestado había caído.

Pero no. En vez de eso, la culpaba por trabajar demasiado y se fue a los brazos de otra mujer.

Pasó la página.

He intentado entablar una conversación contigo en varias ocasiones, pero parece que no quieres escucharme, así que he contratado a un abogado. Creo que nuestra relación ha llegado a su fin. No creo que haya nada que podamos hacer para rectificar las cosas ahora. Apenas hemos hablado desde que te nombraron inspectora. No quiero alargar esto.

El abogado considera que estuviste ausente de nuestra relación, que no participaste plenamente. Dice que eso constituye una conducta indebida. También dice que tus horas de trabajo implican que tengo buenas posibilidades de obtener la custodia de Sharon. Evidentemente, el hecho de que ahora estés viviendo a más de doscientas millas de distancia, y que lo estarás por los próximos seis meses, también ayuda.

Lesley sintió que la rabia le invadía el cuerpo. De ninguna manera iba a arrebatarle a su hija. Apretó los puños, deseando golpear algo. Preferiblemente a su marido.

Ya no podía seguir leyendo. Tiró las hojas y le temblaron las manos. Metió la mano en el bolsillo y cogió las llaves. Necesitaba un trago. Avanzó por Church Street, entró en East Street y abrió de un empujón la puerta del Duque de Wellington.

La mujer con la que había hablado anoche estaba detrás de la barra. Elsa. Era abogada. Lesley necesitaba un abogado ahora mismo, pero Elsa era abogada criminalista.

Aunque a lo mejor conocía a algún abogado de familia.

Lesley dejó las llaves sobre la barra y las palpó con los dedos.

Elsa levantó una ceja.

—¿Estás bien?

—Muy bien —espetó Lesley.

—Parece que necesitas un trago.

—Podría decirse que sí.

—¿Whisky?

Lesley no solía beber whisky. Había estado a punto de pedir un gin-tonic, pero necesitaba algo que pudiera tomarse rápidamente. Algo para suavizar los nervios.

—Que sea doble.

Elsa asintió y se volvió hacia las botellas.

Lesley percibió una presencia detrás de ella. Cambió de posición, deseando que se fueran. Algún tipo a punto de hacer un comentario zalamero en plan: «¿qué tal, guapa? No pareces muy contenta». Dios, odiaba a los hombres así.

Se preguntaba cómo Terry había convencido a Julieta para acostarse con él. ¿Cómo conseguía un hombre como Terry que una mujer así se acostara con él? ¿Qué cuento le habría contado?

Elsa colocó el vaso sobre la barra.

—Gracias. —Lesley se lo bebió de un trago, tosiendo mientras lo colocaba de nuevo en la barra—. Así está mejor.

Elsa sonrió y sus ojos se oscurecieron. Tenía unos ojos preciosos, a diferencia de Lesley, cuyos ojos eran pequeños y de color azul grisáceo.

—¿Quieres compartir tus problemas?

Lesley sacudió la cabeza. Oyó que alguien se aclaraba la garganta; aquel hombre seguía rondando detrás de ella.

Se volvió hacia él. Estaba a punto de decirle que se largara cuando lo reconoció.

—Joder, ¿qué coño estás haciendo aquí?

Su rostro palideció. No era el momento ni el lugar para disculparse por su lenguaje. Si él supiera...

—Jefa —dijo Dennis, sin que sus ojos se encontraran con los de ella.

—¿Qué pasa, Dennis? ¿Olvidé algo en la sesión informativa?

—Fui a tu casa. Te vi salir y te seguí hasta aquí.

—Vaya, felicidades. Premio al detective del año.

Miró de ella a Elsa. Elsa se encogió de hombros. Lesley sabía lo que estaban pensando: vieja zorra bocazas de la ciudad, que ha

llegado aquí a soltar improperios e insultar a todo el mundo. Bueno, ahora mismo le importaba una mierda.

—¿Qué quieres, sargento?

—He venido a disculparme.

—¿A disculparte? ¿por qué?

Tragó saliva.

—Creo que sabes por qué.

—Quiero oírte decirlo.

Lesley estaba de mal humor, lo sabía. También sabía que no debía desquitarse con Dennis, pero él había ido a Carpenter con la queja. Tal vez se merecía el trato.

—¿Sobre qué, Dennis?

—Te llamaron de la oficina del superintendente, ¿no?

Elsa se dirigió al otro extremo de la barra para atender a otro cliente. Sabía cuándo no la querían. La mujer tenía discreción, un rasgo importante en un abogado.

—Así es, Dennis. ¿Sabes tú algo al respecto?

Parpadeó.

—Quería decirte que lo siento.

—¿Por qué te has quejado de mí? Solo me diste unos días y ya me estás juzgando.

Volvió a palidecer.

—Estaba preocupado por ti.

—Preocupado y una mierda. No te gusto. No te gusta cómo hablo. No te gusta que te mande. —Se inclinó hacia él. El whisky le estaba haciendo efecto—. No te gusta tener una mujer como jefa.

—Eso no es cierto. He trabajado para muchas mujeres.

—¿Sí? Antes que yo, trabajabas para un tipo.

Su rostro se ensombreció.

—Preferiría no hablar...

—¿Qué pasa con Mackie? ¿Cuál es ese secreto que nadie me cuenta?

—Por favor, jefa. No quiero hablar de ello.

Suspiró.

—Ven y siéntate conmigo.

Cogió su vaso vacío y lo condujo a una mesa. La mesa era pequeña y redonda, y estaba un poco coja. Se apoyó en ella para tratar de estabilizarla y se dio cuenta de que ella misma se tambaleaba un poco.

—Venga —le dijo—. Oigamos tu disculpa.

Puso las manos sobre la mesa, manteniéndola quieta.

—Presenté una queja. No era tanto una queja, sino una muestra de preocupación. Sé que tuviste problemas de salud en tu antigua comisaría y sé que por eso te enviaron aquí. Me preocupaba que aterrizar con un caso de doble asesinato tan rápido pudiera afectarte.

—Pensaste que no podía hacer mi trabajo, que no iba a poder dirigir el equipo.

—No te voy a mentir, jefa. Algo de eso sí que pensé. Pero tienes que entender que no tenemos casos como este a menudo. Debemos asegurarnos de que se hace correctamente.

Golpeó la mesa con el puño.

—¿Correctamente? Si «correcto» fuera un apodo, sería el mío. Me aseguro de que todo se haga correctamente. Si supieras lo que he descubierto esta noche y con lo que tengo que lidiar mañana...

—¿Lo del arma?

Lesley arqueó una ceja.

—¿Lo sabes?

Asintió con la cabeza.

—La agente Abbott volvió a la oficina después de que te fueras, con el rabo entre las piernas. Parece que espera que la despidan mañana.

Lesley se rio.

—El sindicato me mata si lo intento. Además, ha descubierto una prueba fundamental. Vale, no lo hizo según las normas. Pero si no lo hubiera hecho, todavía estaríamos dando palos de ciego sin nada en lo que basarnos.

Asintió con la cabeza.

— Sin embargo, la fiscalía no será capaz de utilizarlo.

—Eso no es lo importante. Si esa arma nos dice quién mató a Archie y Layla, entonces sabremos dónde buscar algo que podamos

usar.

—Crystal —sugirió Dennis.

—O Patrick —respondió ella.

—Puede ser. —Se levantó—. Me tengo que ir a casa. Pam, mi mujer, me está esperando.

Lesley se encogió de hombros.

—Vete a casa, disfruta de la noche. —Quería estar celosa de él. Pero la verdad era que estaba contenta de no volver a casa, a la rutina doméstica. Hacía años que no disfrutaba de ese tipo de cosas.

—Hasta mañana, jefa. —Parecía aliviado.

—Gracias —le dijo Lesley—. Para esto que acabas de hacer se necesitan agallas.

Él asintió. Ella le agarró del brazo cuando él se dio la vuelta.

—La próxima vez que tengas un problema, vienes a mí, ¿de acuerdo?

—Sí, jefa.

Cuando Dennis salió del pub, Elsa se deslizó hasta la mesa, ocupando su sitio. Puso un gin-tonic delante de Lesley.

—Me he tomado la libertad de traerte esto.

Lesley lo cogió.

—Gracias, esto es más de mi estilo.

Elsa ladeó la cabeza. Tenía un hoyuelo en la mejilla izquierda que se acentuaba cuando sonreía.

—Ya me lo imaginaba. ¿Necesitas ayuda con tus problemas de hombres?

—Joder que si necesito ayuda. Mi marido ha pedido el divorcio, y es él quien se acuesta con otra mujer.

—Bueno, estás bien entonces —dijo Elsa—. Un caso claro de adulterio.

—Ya. Pero dice que ya ha presentado una demanda, alegando conducta indebida. Al parecer, trabajo demasiado.

Elsa se rio.

—Eres inspectora de policía, claro que trabajas demasiado.

—Él es un académico —respondió Lesley—. Dios, estoy harta de universitarios en este momento.

Se desplomó en la silla y dio un sorbo a su gin-tonic. Le sentó bien beber algo fresco y refrescante después del calor del whisky.

—No puedes ayudarme dado que eres abogada penal.

—Pero tengo muchos amigos abogados de familia —le respondió Elsa—. ¿Quieres que haga una llamada?

Lesley asintió. En Birmingham habría tenido media docena de personas a las que llamar. Se habría comido a Terry con patatas.

Pero aquí se sentía a la deriva. No tenía a nadie en quien apoyarse. ¿Quizás Elsa sería esa persona?

—Sí, por favor. Y tómate una copa conmigo mientras lo haces.

CAPÍTULO SESENTA

SUSAN escuchó a su suegra hablar con la empleada de la funeraria y deseó haber rechazado la oferta de la mujer de acompañarla. El cuerpo de Archie estaba a punto de ser entregado y necesitaba un lugar donde descansar.

Susan no tenía ni idea de cómo organizar un entierro. Así que cuando Rowena apareció y ofreció encargarse del entierro de su hijo si así lo deseaban, Susan no dudó en aceptar la oferta.

Millie estaba en casa con Fiona. Susan se preguntó qué opinarían los jefes de Fiona sobre todo el tiempo que se estaba tomando libre. ¿Y qué hacía el marido mientras Fiona cuidaba de ella?

Susan debía abrir los ojos y fijarse en la gente que la rodeaba. No era la única afectada por la muerte de Archie. Por muy mal que le cayera la mujer sentada a su lado, esta había perdido a su hijo.

¿Cuántas personas acudirían al funeral? Sus colegas, sus amigos. Sintió un nudo en el estómago. ¿Harían acto de presencia sus antiguas amantes? ¿Tendría Crystal Spiers la audacia de aparecer?

—¿Señora Weatherton?

Susan se dio cuenta de que la empleada de la funeraria ya no hablaba con su suegra, sino con ella.

—Perdón, estaba en las nubes —dijo parpadeando.

La empleada sonrió. Era una mujer rubia y regordeta de unos treinta años, demasiado maquillada y con una sonrisa de «no podemos sonreír del todo, estamos de luto».

Susan tragó saliva.

—Lo siento, ¿qué pasa?

—Solo necesitamos que firme este formulario —explicó la empleada.

A su lado, Rowena apuntaba a una hoja de papel con una uña afilada de color rosa.

Susan frunció el ceño.

—¿Para qué es?

—Es un contrato por nuestros servicios.

Susan parpadeó y miró a la mujer. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí sentada, sin escuchar? Habían decidido todos los detalles del funeral de Archie: el ataúd, el coche fúnebre, el vehículo de acompañamiento… Todo. No se había enterado de nada.

Debería ser parte de esto, no solo una espectadora voluntaria. Pero lo único que quería hacer ahora era dejarlo todo atrás. Acabar con el funeral. Continuar con el duelo por su marido muerto. Empezar la vida con uno nuevo, vivo.

Tendría que haber un periodo de transición, por supuesto. Millie tendría que acostumbrarse a Tony y, si Susan era sincera consigo misma, ella también. Hacía una semana estaba emocionada por empezar su nueva vida. Pero ahora era viuda.

Susan se estremeció al oír la palabra. Dios… viuda. La palabra le evocaba ancianas vestidas de negro, con sombreros de ala ancha y velos de encaje. La reina Victoria, pasando la mayor parte de su vida de luto por el príncipe Alberto.

Esa no era Susan. Ella quería vivir.

Asintió.

—Lo siento. —Se le había ido la cabeza otra vez.

Cogió el bolígrafo que había junto al contrato, firmó. No tenía ni idea de lo que estaba aceptando. Pero Rowena había perdido a su hijo. No sabía que su nuera estaba a punto de empezar una nueva vida con otro hombre. No sabía que su hijo se había acostado con docenas de mujeres mientras estaba casado. No necesitaba saberlo.

La empleada volvió a sonreír. Fue su manera de dar por finalizada la reunión.

Susan siguió a su suegra fuera del edificio. Cada una había venido en su propio coche.

—¿Estarás bien sola? —preguntó Rowena.

Susan se preguntó si debería devolverle la pregunta.

—Sí, estoy bien. Tengo a Fiona. ¿Y tú?

Rowena se encogió de hombros.

—Yo ya estoy acostumbrada a estar sola.

Susan sintió una punzada de culpabilidad. Nunca se había llevado bien con su suegra, nunca había buscado su compañía. Con Archie fuera tanto tiempo, había pocas razones. Días festivos y vacaciones, los cumpleaños de Millie, las navidades.

Dio un paso hacia su suegra y, por primera vez, le ofreció un tímido abrazo. Algo que podría empezar a hacer ahora.

—Gracias por venir conmigo —dijo con sinceridad.

Rowena le devolvió el abrazo, le dedicó una apretada sonrisa y se dirigió a su coche pisándole los talones. Susan se metió en el suyo, sintiendo un profundo alivio. Al menos eso estaba hecho. Ahora solo tenía que pasar los días previos al funeral. Superar el funeral en sí y decidir qué iba a pasar después.

Cogió su teléfono y marcó, pero la llamada fue directa al buzón de voz. No era propio de él no contestar.

—Tony, soy yo. He estado en la funeraria con mi suegra. Llámame, ¿quieres?

Era el tercer mensaje que le dejaba esa mañana.

¿Le habría asustado el hecho de que ahora fuera viuda? ¿La prefería cuando era inalcanzable, cuando no podía comprometerse?

Sacudió la cabeza. «No seas tonta». Le había pedido matrimonio hacía menos de dos semanas. Planeaban empezar una vida juntos. Respiró entrecortadamente y se sujetó la muñeca para tomarse el pulso. Lo tenía agitado.

Giró la llave en el contacto y puso rumbo a casa.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

TINA ABBOTT la esperaba en el despacho de Lesley cuando esta llegó a la mañana siguiente. Lesley la esquivó para llegar hasta su escritorio. No sabía qué pensar sobre el hecho de que la agente hubiera entrado en su oficina.

—Tina —comenzó mientras se sentaba—, ¿qué puedo hacer por ti?

Tina se detuvo frente al escritorio. Lesley no le pidió que tomara asiento. Intuyó que la joven se sentía más cómoda haciéndolo lo más incómodo posible.

—Solo quería decirle que lo siento, señora.

Lesley la miró.

—¿El qué sientes?

Tina se enderezó.

—Registrar el cobertizo ayer, en la casa de los arqueólogos.

Lesley se echó hacia atrás en la silla. Tenía hambre. Había metido un par de yogures en el bolso; serían un desayuno tolerable. Aún no había encontrado la nevera en la comisaría. En las Midlands, lo normal era comer en la mesa. Solía asistir a reuniones informativas en las que aprovechaba para reponer fuerzas, y sus compañeros estaban acostumbrados a verla comer barritas de chocolate, yogures y fideos instantáneos.

Pero aquí nadie comía en su mesa. Se tomaban un descanso para comer, ¡por el amor de Dios!

Suspiró.

—Bueno, supongo que hay dos maneras de verlo, agente. Siéntate.

Tina se sentó en una silla y metió los pies debajo de ella. Estaba erguida, con el cuerpo rígido.

Lesley se inclinó sobre el escritorio. Contó con los dedos.

—Primero, está lo que hiciste. Fuiste a escondidas de las personas a las que debías supervisar como agente de relaciones familiares. Te dije que los observaras. Te dije que los vigilaras. No te dije que te pusieras a registrar la casa.

—Lo siento, señora.

Lesley asintió.

—¿Estaba abierta la puerta del cobertizo?

—No estaba cerrada, señora.

—¿No?

—El candado estaba suelto, colgaba de su cerrojo.

—Eso nos viene bien.

Lesley levantó el segundo dedo.

—En segundo lugar, descubriste el arma homicida. Gail y su equipo ya habían estado allí y no la habían encontrado. Lo que significa que alguien la puso allí después del registro. Quien fuera que lo hiciera, pensó que esconderla a plena vista sería lo mejor. —Ladeó la cabeza—. Si no hubieras vuelto a entrar, jamás la habríamos encontrado.

Tina se relajó un poco.

—Pero no puedo ir con esas a la fiscalía —dijo Lesley.

Tina se puso rígida de nuevo.

—De verdad que lo siento, señora.

—Deja de disculparte, agente. En general, hiciste algo bueno. ¿Sabemos algo de Gail sobre huellas o ADN en el hacha?

Tina se encogió de hombros.

—No estoy segura, señora.

Lesley vio movimiento por el rabillo del ojo. Miró más allá de Tina y vio a Gail pasando por delante de la mesa de Dennis. Él se volvió para hablarle, pero ella lo ignoró y se dirigió directamente a la puerta de Lesley.

—Parece que estamos a punto de averiguarlo —le dijo a la agente Abbott.

La agente Abbott se levantó cuando entró Gail. Se apartó del escritorio.

Lesley suspiró. Tina necesitaba más carácter. Tenía potencial, pero debía aprender a valerse por sí misma.

Gail abrió la puerta de golpe, sin detenerse a llamar.

—Lo tengo.

—¿El qué tienes? —preguntó Lesley.

Dennis y los dos cabos se apiñaron detrás de Gail, casi empujándola dentro de la oficina.

—¿Qué tienes entonces, Gail? —preguntó Johnny.

Lesley lo miró para que se callara.

Gail se acercó al escritorio de Lesley y dejó una copia impresa sobre la mesa.

—Han limpiado el arma —comenzó Gail—. No hay huellas, absolutamente nada.

—Pero... —dijo Lesley.

—Hay un pequeño residuo de sangre en el arma. No coincide con la de Layla ni la de Archie.

Lesley exhaló un suspiro.

—Ahora sí. ¿Sabes de quién es la sangre?

—Todavía no. Pero ya está en el laboratorio. Te pondré al día tan pronto como tengamos una coincidencia.

Lesley miró a Dennis.

—¿Hemos tomado muestras de ADN de Patrick y Crystal?

Asintió con la cabeza.

—Los técnicos las tomaron cuando registraron la casa.

—Vale —respondió Lesley—. Quiero saber el momento en que el resultado esté listo.

—Por supuesto.

Mike dio un paso adelante.

—Tengo más información sobre las finanzas, jefa.

—Muy bien. —Lesley se levantó de la silla y rodeó el escritorio. Se apoyó en el borde—. Poneos cómodos. Vamos a ver qué nos ha traído Mike.

El cabo se dirigió a la pizarra. Escribió Universidad de Bristol y Universidad de Bournemouth, luego trazó una línea entre las dos y de estas a los nombres de Crystal Spiers y Archie Weatherton.

—He hablado con Tony Goodall —comenzó Mike—. Y con la jefa de Archie Weatherton en la Universidad de Bristol. Todo apunta a que alguien estaba malversando fondos.

—¿De Bristol? —quiso aclarar Lesley.

—Posiblemente. Aunque, a lo mejor, era de Bournemouth. Parece que tenían un presupuesto conjunto para el proyecto. Ambas universidades contribuyeron y también llegó dinero de fuentes externas.

—El administrador del Bournemouth dijo que todo estaba en orden —declaró Dennis.

Mike se giró hacia él.

—Eso no es lo que Tony Goodall cree. Ha estado reuniendo pruebas de que un miembro de ese equipo no solo estaba malversando dinero, sino también falsificando registros y presentando declaraciones inexactas al equipo de administración.

—¿Tenemos alguna idea de quién es esta persona? —intervino Lesley.

—El subinspector Goodall no está seguro al cien por cien de momento —dijo Mike—, pero trabajaba con la hipótesis de que sea Crystal Spiers. Al fin y al cabo, era su trabajo gestionar el presupuesto.

—Archie también tuvo un papel en ello —dijo Dennis—, ya que él buscaba financiación y asistía a reuniones.

—Solo porque no había suficiente dinero —replicó Mike—. Tim Sidhu nos dijo que había dinero de sobra. Si Archie creía que el presupuesto era bajo, solo hay una persona que pudo habérselo dicho: Crystal Spiers. Ella le estaba diciendo que estaban cortos de pasta y que intentara conseguir fondos de otras fuentes. Pero, al mismo tiempo, recibía dinero de la Universidad de Bournemouth y de Bristol.

—Y se lo guardaba para sí misma —añadió Lesley.

Mike asintió.

—Tony Goodall ha solicitado acceso a sus cuentas bancarias. Cree que el vínculo con este caso de asesinato le permitirá obtener una orden judicial.

Lesley se mordió una uña.

—Sigue trabajando en eso. Quiero saberlo en cuanto encuentres pruebas concretas de que Crystal estaba amañando los libros.

—¿Jefa? —Dennis levantó una mano.

Lesley lo miró.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Dennis?

—Lo siento, jefa. De todos modos, he comprobado el sistema. Patrick Donnelly...

—¿Qué pasa con él?

—No tiene condenas, pero fue detenido por agresión sexual hace doce años.

—¿Dónde?

—En Dublín.

—Por eso no lo sabíamos.

—Volví a revisar y descubrí que trabajó allí, en la universidad. Una estudiante lo acusó de agresión, pero retiró la denuncia antes de que llegara a los tribunales.

—Buen trabajo —dijo Lesley—. Así que sabemos que tiene antecedentes preocupantes.

—Eso no significa que llegara a matar a alguien —replicó Dennis.

—Aun así —intervino Gail—, estaba bastante cabreado con Layla después de agredirla y que la pobre consiguiera escapar. Tal vez se desquitó con Archie y, luego, con ella. Quién sabe lo que hace un hombre cuando se pone celoso.

Dennis miró a Gail. Ella cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó la cabeza, como desafiándolo.

—Vale —dijo Lesley—. Esto hace más creíble que Patrick agrediera a Layla. No es que le dé un motivo para matarla, o para matar a Archie. Pero con Crystal tenemos el desfalco. ¿Y si Archie se enteró y por eso quisieron callarlo?

—Pero eso no explica lo de Layla —dijo ahora Johnny—. Ella era un miembro junior del equipo de excavación, la trajeron hace apenas unas semanas. No sabría nada acerca de las finanzas.

—Se acostaba con Archie —propuso Mike—. ¿Charlas de almohada?

—Es posible —dijo Lesley—. Ponlo en la pizarra.

Mike escribió «malversación» y «fraude» en la pizarra. Unió esas palabras al nombre de Tony Goodall, así como al de Crystal, con un signo de interrogación.

Lesley revisó sus notas.

—Me preocupa el vínculo entre Goodall y Archie Weatherton. Por un lado, lo tenemos investigando a Crystal Spiers, quien hace años tuvo una aventura con el marido de la mujer con la que ahora él tiene una aventura. Quiero hablar con su jefe en Bristol. Dennis, consígueme los datos de contacto.

—Sí, jefa.

Tina estaba de pie en la parte posterior, balanceándose de pie a pie.

—¿Qué pasa con el arma?

—No nos sirve de mucho —murmuró Dennis—, sobre todo, con la forma con la que se encontró.

—Nos sirve de mucho —dijo Lesley.

El sargento la miró fijamente.

—Si la agente Abbott hubiera seguido el protocolo...

Lesley golpeó el escritorio para detenerle.

—Ahora no es el momento ni el lugar para discutir el cómo, cuándo ni el porqué. Tenemos el arma; haremos uso de ella.

Dennis gruñó.

—El laboratorio ya está en ello —dijo Gail. Comprobó su teléfono —. Todavía nada.

—Sigue tirando de esos hilos —Lesley miró a Dennis—, de todos ellos. Quiero saberlo en cuanto tengamos algo más.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

EL EQUIPO SALIÓ del despacho de Lesley.

—Tú no, Dennis —le pidió mientras él se dirigía a la puerta.

—¿Jefa?

—Es solo una charla rápida.

—Por supuesto.

Dennis cruzó una mirada con Johnny, que salió arrastrando los pies hacia la puerta. Cuando los demás se hubieron marchado, Dennis cerró la puerta y se acercó al escritorio de Lesley.

—Jefa, ya me disculpé.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que deberíamos olvidar aquello, ¿no?

Dennis sonrió.

—Gracias. ¿Qué dijo el super?

—Eso es cosa mía, Dennis. Pero no te preocupes. Viniste a verme. Encontraste mi casa. Me seguiste al pub. Estaba claro que tenías muchas ganas de disculparte. Supongo que eso significa que de verdad te arrepientes de lo que hiciste.

Asintió con la cabeza.

—Y que no lo volverás a hacer.

En ese momento, Dennis bajó la mirada.

—Depende.

Lesley soltó una carcajada.

—¿Ah, sí? ¿De qué?

La miró.

—Si me preocupa que tu estado mental afecte tu trabajo y bienestar, no puedo hacer la vista gorda.

—¿Estás preocupado por mí?

—Podría decirse que sí.

—¿A pesar de que soy una vieja zorra que dice demasiadas palabrotas y se niega a trabajar como tú quieres?

—Creo que eres muy buena en tu trabajo, por mucho que intentes ocultarlo.

Lesley se sorprendió tanto como si le hubieran dado una bofetada.

—Vaya, Dennis, gracias. Acepto el cumplido. Pero quiero hablar contigo sobre la forma en la que acabas de dirigirte a la agente Abbott en la reunión.

Su expresión se oscureció.

—Hizo un registro ilegal, jefa.

—También descubrió una prueba crucial. Y la puerta del cobertizo no estaba cerrada con llave.

—¿No pretenderá hacernos creer que vio el hacha a través de la puerta del cobertizo al pasar?

—Ella no insultaría mi inteligencia así, ni yo la tuya. Pero si es necesario, eso es lo que diremos. O algo parecido.

—Con respeto, jefa. Pensé que eras de las que siguen las normas a rajatabla.

—Y lo soy. Esto ya sería si no nos queda otra opción. No quiero usar esta evidencia. Ojalá pudiera, pero no puedo. Es lo más importante que tenemos y, por la forma en que la encontraron, no podemos dárselo a la fiscalía. Pero eso no significa que no ayude a nuestra investigación. Si Gail encuentra ADN en el hacha...

Dennis se encogió de hombros.

—No puedo negarlo, pero creo que alguien le debería haber dicho a la agente Abbott que no metiera las narices en la investigación.

—Ah, sí, ¿quién?

Dennis enrojeció.

—Señora.

Lesley decidió dejarlo estar.

—Yo lo veo de otra manera. Lo veo como una joven agente usando su iniciativa. Lo veo como una mujer que fue más allá de sus tareas asignadas para ayudarnos a resolver esta investigación.

Dennis se quedó mirándola fijamente.

—Estarás de broma, ¿no?

—No, sargento. La agente Abbott tiene potencial. Es entusiasta, lista y se le da condenadamente bien hablar con el público.

Su ojo izquierdo se crispó.

—He dicho «condenadamente», Dennis. Podría haber dicho jodidamente o algo peor. Pero no lo hice. Dije «condenadamente». ¿Podemos al menos acordar eso?

Dennis bajó los hombros. Tenía ganas de volver a mirar a su escritorio, donde la hucha de las palabrotas seguía en su orgulloso aislamiento. Lesley no pensaba meter ni una moneda en ella. Pero tampoco quería ofenderlo.

—Intentaré no blasfemar —sugirió—. No puedo prometerlo, pero haré lo que pueda. Y mantendré las palabrotas en el tipo de palabras que podrías usar delante de tu tía abuela Mildred.

—No delante de mi tía abuela Mildred —murmuró.

—¿Tienes una tía abuela Mildred?

—Hablaba en sentido figurado.

Ella se rio.

—Yo también. Venga, entonces. Tenemos trabajo que hacer. Dos sospechosos, un arma. Vamos a atraparlo, ¿vale?

El teléfono de Lesley vibró sobre el escritorio. Miró la pantalla.

—Eso es todo. Gracias, Dennis.

Miró hacia abajo. Aunque viera el nombre al revés, no lo reconocería.

Dennis salió del despacho y cerró la puerta tras de sí. Al acercarse a los escritorios, ambos cabos levantaron la vista. Johnny le habló. Dennis negó con la cabeza, cogió la hucha de las palabrotas, abrió un cajón de la mesa y la metió dentro. Cerró el cajón y le dijo algo a Johnny con cierta brusquedad.

Lesley sonrió. Contestó al teléfono.

—Zoe, me alegra oír de ti.

—Tengo información sobre el tal inspector Mackie.

Lesley cruzó su despacho y se aseguró de cerrar bien la puerta. Volvió a la ventana y se apoyó en ella, deseosa de que nadie de la sala contigua la oyera.

Rodeó el auricular con la mano.

—Adelante.

—Vale. Fue inspector en la policía de Dorset desde septiembre del 2003 hasta hace apenas dos meses. Cogió la jubilación anticipada a los cincuenta y ocho años.

Lesley arqueó una ceja.

—¿Cómo consiguió eso?

—Aún no estoy segura. ¿Puedo seguir cavando si quieres?

—No levantes sospechas.

—No lo haré.

—¿Ni idea de por qué se jubiló antes de tiempo?

—Todavía no. Pero lo que sí sé es que, una semana después de jubilarse, murió repentinamente.

—¿Se había cogido la jubilación por enfermedad? —le preguntó Lesley.

—No —respondió Zoe—. Se suicidó.

—¿Cómo?

Lesley repasó las pocas conversaciones sobre el inspector Mackie desde que llegó al cuerpo de Dorset. Nadie había mencionado nada sobre un suicidio.

—Tal vez tenía una enfermedad terminal —sugirió Zoe—. Y decidió acabar con todo antes de que empeorara demasiado.

Lesley apoyó la frente contra el frío cristal de la ventana.

—Pobre hombre.

El suicidio estaba mal visto entre los policías. Veían de cerca el impacto que tenía en los compañeros que descubrían el cuerpo y en los seres queridos de la persona fallecida. Se preguntaba qué nivel de desesperación habría llevado al inspector Mackie a infligir aquello a los profesionales que tendrían que limpiar el desastre.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó entonces Lesley.

—Cerca de Swanage, en la playa. Debajo de los acantilados.

—¿Se tiró por un acantilado? —Lesley se estremeció.

—Sí.

Miró a través del cristal que separaba su despacho de su equipo. El inspector Mackie no llevaba muerto ni dos meses. No sabía lo cercana que habría sido su relación con el equipo, pero aún estarían de luto.

Dennis estaba en su mesa, hablando por el móvil. Le había costado mucho aceptarla. Quizá no fuera porque era mujer y de ciudad. Ni siquiera porque dijera palabrotas.

A lo mejor simplemente se reducía a que ella no era el inspector Mackie.

—Gracias por esto, Zoe. Te lo agradezco.

—¿Necesitas que siga cavando?

—De momento, no. Vamos a dejarlo así.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

JADE FORD BAJÓ del autobús y se subió la capucha de la sudadera, lamentando no haberse puesto algo más abrigado que una cazadora vaquera. ¿Siempre llovía así en este rincón olvidado de la mano de Dios?

Al menos, había estado calentita en el autobús. La calefacción estaba justo debajo de su asiento, y el aire caliente le subía por las piernas, haciéndola sudar. Sentía las extremidades agarrotadas después de haber estado encerrada en tres autobuses. Habían sido cinco horas en total.

Llegó a una plaza. Un monumento se alzaba frente a ella y, a un lado, el castillo.

Consultó los mapas de Google. La casa de Layla quedaba a la izquierda, en una hilera de casas adosadas. Jade olisqueó. Odiaba el campo. A su hermana, por el contrario, le había encantado corretear con las botas llenas de barro y desenterrar trozos de historia.

Jade, en cambio, era una chica de ciudad. Se había mudado a Londres después de licenciarse y apenas hablaba con su familia. Pero Layla le había enviado el paquete que le quemaba en la mochila y necesitaba saber por qué.

Avanzó por la estrecha callejuela con las piernas aún entumecidas. Las casas eran diminutas, con ventanas bajas y puertas tan diminutas que parecían hechas para gnomos. No entendía cómo podía vivir la gente aquí.

Por fin, encontró la dirección correcta.

Un hombre estaba fuera, abriendo la puerta principal. Llevaba un paraguas de golf azul y blanco, que sacudió antes de entrar. Era mayor que su padre.

¿Era esta la casa correcta?

Volvió a comprobarlo y se dirigió a la casa con un cosquilleo en los sentidos. Llamó a la puerta.

Echó los hombros hacia atrás, intentando no parecer que había pasado cinco horas sentada en autobuses. Intentando no parecer que apenas había dormido en las dos últimas noches.

La puerta se abrió. El hombre llevaba un jersey gris raído y unos vaqueros con barro en los dobladillos.

—¿Quién eres? —espetó el viejo.

Jade le devolvió la mirada.

—Me llamo Jade. Soy la hermana de Layla.

El hombre frunció la nariz. Un escalofrío le recorrerió la espalda. «Viejo verde». Conocía al tipo.

Layla le había hablado de él y ahora se presentaba en su puerta. ¿Sería prudente hacerlo?

«Vamos, tú puedes», se dijo.

—¿Puedo pasar?

Arqueó una ceja.

—¿Eres su hermana?

Ella asintió con lentitud.

—Por favor, déjame entrar.

Se apartó, pero sin dejar espacio suficiente para que ella pasara.

Se encogió mientras se abría paso. Si no fuera por su maldita mochila, le habría dado la espalda. No lo quería cerca.

El paquete que llevaba en la mochila era como un faro, llamándola a abrirlo de nuevo. Ya había leído el contenido y había llamado a Layla para hablarlo.

Pero había sido demasiado tarde. Y nada de aquello tenía sentido.

Quizá traerlo aquí había sido una mala idea, pero era lo único que se le ocurrió.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

TINA ABBOTT ESTABA SENTADA en su mesa, dando gracias al cielo de que Lesley Clarke fuera de las que perdonaban.

La inspectora le había dado unos documentos para revisar. No la había apartado del caso, a pesar de todo. La habían quitado del puesto de agente de relaciones familiares y no había entrado a formar parte del equipo de manera oficial. Pero ahí estaba, revisando pruebas, involucrada, a pesar de todo.

Le caía bien la inspectora. Era directa, y su forma de hablar sacaba de quicio al sargento Frampton, algo que a Tina le divertía bastante. Era como un soplo de aire fresco en la oficina, mucho mejor que cuando Mackie había estado al frente. El antiguo inspector había tenido la costumbre de mirar a Tina de una manera que le ponía la piel de gallina. También hacía comentarios, con demasiada frecuencia, sobre lo ajustadito que le quedaba el uniforme. Tina se estremeció al recordarlo.

Abrió otro archivo con documentos enviados por una de las universidades, Bournemouth o Bristol; no estaba segura. Ya había perdido la cuenta. Pero el subinspector Goodall había compartido sus archivos con ella, y había conseguido ganarse su confianza.

Revisó el documento y suspiró. Nada útil. Lo cerró y abrió otro.

Tres documentos fueron y vinieron. Nada relevante. O, al menos, nada que le llamara la atención. Quizá debería consultar con uno de los cabos, para asegurarse de que no se le pasaba algo obvio. Pero

estaban ocupados, cada uno con su tarea. La inspectora había dejado claro lo que cada uno debía hacer.

Mike también estaba revisando documentos. Tina había consultado con él antes de empezar. Pero Mike era majo. No era anticuado como el sargento Frampton ni arisco como Johnny. Mike tampoco terminaba de encajar en el equipo.

Abrió un quinto archivo y repasó la pantalla con la mirada.

Se detuvo. Volvió a subir en la pantalla.

Tina negó con la cabeza. Apartó el documento y abrió otro. Eran parecidos. Los puso uno al lado del otro y miró de un lado a otro.

Abrió un tercero.

Este corroboraba los dos primeros. Contuvo la respiración. Lanzó una mirada a Mike, que estaba al teléfono. Miró hacia Dennis Frampton. El sargento la observaba con expresión inquisitiva. Tina sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Sargento —lo llamó—, creo que he encontrado algo.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

—HAS VENIDO DESDE MUY LEJOS —dijo el hombre.

Jade se encogió de hombros.

—Su funeral no será hasta la semana que viene. La policía todavía tiene su cuerpo.

—No he venido por el funeral.

El hombre se dejó caer en un sillón verde y raído, que se hundió bajo su peso.

Jade se quedó de pie detrás del sofá. Se quitó la mochila y la sujetó delante de ella, como si fuera demasiado valiosa para dejarla en el suelo.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—¿Y tú cómo te llamas? —le preguntó Jade.

—Patrick —respondió con acento irlandés—. Y tú debes de ser Jade. No te pareces a ella.

Jade volvió a encogerse de hombros. No pensaba decirle que tenían padres diferentes.

—Tu hermana era guapa.

«Lo sé», pensó. «Me contó lo que le hiciste».

El hombre se recostó en la silla y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Vas a decirme para qué has venido, entonces?

—Estoy cansada.

—Pues siéntate de una vez, joder.

A ella se le erizó el vello al oír aquel tono tan duro.

—No me vendría mal una taza de té.

Patrick soltó una sonora carcajada.

—Así que apareces de la nada, al menos una semana antes del funeral, ¿y quieres que te haga una taza de té? —Señaló hacia la cocina—. Ahí está la tetera.

Apretando la mochila contra el pecho, fue a la cocina. Prepararse un té podría calmar sus nervios. Podría calmar su malestar por estar a solas con aquel hombre.

¿En qué estaría pensando? Debería haber ido a la universidad o haberse puesto en contacto con uno de los jefes de Layla. Pero ellos no sabían nada de los antecedentes de Layla. No era licenciada, sino estudiante. Y había abandonado los estudios.

Dio un respingo al oír la puerta principal abrirse. Escuchó voces: un hombre y una mujer. Regresó al salón, aún sujetando la mochila.

Una mujer estaba de pie en la puerta. Llevaba el pelo corto y revuelto y los pantalones cubiertos de barro.

Se volvió hacia Jade.

—¿Y tú quién coño eres?

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

EL EQUIPO se paró frente al escritorio de Lesley. Su lenguaje corporal delataba impaciencia. Estaban desesperados por salir, por hacer un arresto.

—Ya tenemos suficiente, jefa —dijo Dennis.

Lesley negó con la cabeza.

La agente Abbott estaba a su lado, con los dedos rozando el escritorio. Había impreso tres documentos y los había traído, con Dennis siguiéndole el paso. Lesley estaba satisfecha con la joven. Había metido la pata en la casa con el registro ilegal, pero esto lo compensaba con creces.

Lesley extendió los documentos sobre su escritorio.

—No es suficiente. Ya sabes lo que os dije: poned los puntos sobre las íes. Necesitamos todo. Sabéis perfectamente qué pistas hay que seguir. Mike, la financiación. Dennis, el asalto. Johnny, habla con Tony Goodall en Bristol. Averigua qué opina de esto.

Dennis suspiró.

—Es suficiente. Admito que...

Lesley levantó una mano para pararlo.

—Ya te diré yo cuando sea suficiente.

—Sí, jefa —dijo Johnny.

—Poneos a ello, entonces. Tengo que hablar con el superintendente.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

SUSAN se sentó en la cama mientras contestaban la llamada.

—Tony. —Suspiró—. He estado intentando localizarte.

—Lo siento, amor. Estaba ocupado en el trabajo. ¿Cómo lo llevas?

—Como puedo.

Millie estaba abajo con Fiona, las dos haciendo tortitas juntas. Había visto sonreír a Millie por primera vez desde la noticia de su padre.

Se acercó el teléfono a la oreja.

—Te echo de menos.

—Lo sé, Susie, pero me pediste que me mantuviera alejado.

—Les hablé de ti, ¿recuerdas? Ya no necesito que te mantengas alejado.

—Es complicado, amor. Y además...

—Además, ¿qué? —preguntó con ansia.

Tony suspiró.

—Hay algo que no te he dicho. Ahora no es el momento, pero me pasaré luego, ¿vale? Hablaremos esta noche.

—No —dijo ella—. Dime qué pasa.

—Es un caso en el que estoy trabajando. Involucra... Nada. No necesitas involucrarte con todo esto ahora.

—Tony. —Sentía que se le encogía el corazón—. Si hay algún problema, quiero saberlo. Estoy harta de que la gente ande con pies de plomo a mi alrededor. Fiona me mira como si me fuera a romper.

—A lo mejor lo haces —le dijo Tony.

—Iba a divorciarme de él, ¿no? Me fue infiel durante años. ¿Por qué iba a estar sufriendo por él?

Su voz se suavizó.

—Pero lo estás, Susie. A pesar de lo nuestro, debes permitirte llorar por él.

—Háblame del caso.

—No puedo, amor. Es confidencial.

—Entonces, ¿por qué me has hablado de ello?

—Porque ya casi está resuelto. Una vez que termine, te lo contaré todo.

—Vale. —Suspiró.

Oyó la voz de Millie subiendo las escaleras.

—¡Mamá! ¡Tortitas! —Susan sintió que se le aceleraba el corazón.

—Hablaré contigo más tarde —le dijo a Tony—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Susie.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

EL SUPERINTENDENTE CARPENTER levantó la mirada de la mesa y observó a Lesley. Aunque era la tercera vez que lo visitaba en su despacho, Lesley seguía sintiéndose incómoda.

El hombre se reclinó en su silla y la movió de un lado a otro.

—Así que quieres una orden —dijo.

—Aún no estoy segura de que tengamos suficiente. Pero mi equipo sigue trabajando en ello.

—¿Qué enfoque seguís?

—Estamos buscando más archivos, más pruebas documentales —respondió—. Dennis está investigando el pasado de la persona sospechosa y Mike está en contacto con el equipo de fraude de Bristol.

—¿Y seguís investigando a ambos?

—No podemos descartar la posibilidad de que los dos estén involucrados.

—Hmm… —Miró los documentos que ella había colocado sobre su escritorio—. ¿Pero tienes preferencia por uno?

—Así es, señor —asintió Lesley.

—¿Crees que tienes suficiente para un arresto?

Le dolía la cabeza. Había tomado analgésicos, pero apenas habían hecho efecto.

—No del todo.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Quiero estar preparada. Si uno de ellos mató a Layla y Archie, el otro está en riesgo.

—Llevan días en peligro. ¿A qué viene tanta urgencia ahora?

—Cuando por fin descubra las pruebas que necesito, creo que será prudente actuar con rapidez.

El superintendente resopló.

—¿Quieres ser prudente y actuar con rapidez a la vez? No, Lesley. Necesitas más. Cuando tengas pruebas contundentes, ven a verme.

—Mientras tanto, iré a la casa —dijo Lesley soltando un resoplido.

—No para arrestar a nadie. —Carpenter arqueó una ceja.

—No, señor. Pero podría ayudar si hablo con ellos.

—Muy bien. Pero ten cuidado, ¿quieres?

Ella asintió.

—Por supuesto, señor.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

—RESPONDE A LA PREGUNTA —espetó la mujer. Se quitó el abrigo y lo colgó en un gancho junto a la puerta. Frunció el ceño cuando rozó el paraguas de Patrick y le cayó agua en la manga.

Jade apretó la mochila contra sí.

—¿Quién eres? —La mujer parecía enfadada.

—Es la hermana de Layla —dijo Patrick.

Los ojos de la mujer se entornaron.

—¿La hermana?

Jade asintió.

—Me llamo Jade. Tú debes de ser Crystal.

—¿Estás aquí para el funeral?

Jade negó con la cabeza.

—No es hasta la semana que viene.

—Entonces, ¿para qué estás aquí? No puedes llevarte nada, la policía aún tiene su habitación acordonada. —La mirada de Crystal se dirigió hacia arriba.

Jade dejó la mochila en el suelo. Se inclinó hacia ella y abrió la cremallera poco a poco. Sacó el sobre que Layla le había enviado.

—Quería preguntarte sobre esto —le dijo.

La mujer se quedó mirando el sobre, con el rostro pálido.

—¿Qué es? —preguntó Patrick mientras se levantaba y se acercaba a Jade.

Jade encogió los hombros, aferrándose al sobre. La mochila estaba apoyada contra la pared.

—Unos documentos —respondió—. Layla me los envió.

Los ojos de Crystal se entrecerraron.

—¿Y de dónde los sacó tu hermana?

Jade se encogió de hombros de nuevo.

—No lo sé. Me dijo que los mantuviera a salvo. No tienen ningún sentido para mí.

Crystal se quedó mirando el sobre que Jade tenía en los brazos.

—Dámelos.

Jade le devolvió la mirada. Se aferró al sobre con más fuerza.

—Solo quería preguntarte...

Patrick dio un paso y se le acercó. Olía a ajo y a humo de cigarrillo.

—Dámelos —le dijo Patrick a la chica—. Esos documentos pertenecen a la excavación, ¿no?

Jade dirigió su mirada de Patrick a Crystal.

—Layla me los envió, así que ahora me pertenecen a mí.

Crystal la miró con frialdad.

—Yo soy la directora de este proyecto. Te sugiero que me los des. —Se lamió los labios—. Puedo ayudarte a entender lo que significa y por qué Layla pensó que era importante.

Jade aflojó el agarre del sobre. Los ojos de Crystal se entornaron. Extendió la mano con cautela, como si Jade fuera un animal salvaje dispuesto a morder.

Pero Jade agarró la mochila, metió el sobre dentro y cerró la cremallera.

—No hace falta —les dijo—. Hablaré con la universidad.

CAPÍTULO SETENTA

LESLEY ACELERÓ POR LA A351, Dennis iba a su lado, en el asiento del copiloto.

—El límite de velocidad aquí son cuarenta millas por hora, jefa —dijo, con voz débil.

—Estamos en una emergencia.

—Creía que no tenías una orden judicial.

—Todavía no.

Dennis se agazapó en el asiento cuando Lesley pisó a fondo el acelerador. Respiraba con dificultad.

«Oh, cálmate», pensó la inspectora. No es que hubiera mucho tráfico por allí. Puede que echara de menos Birmingham, pero tenía que admitir que ir a la escena del crimen era mucho más fácil en Dorset.

—Entonces, cuando lleguemos, tenemos que presentar un frente unido.

—No sé para qué vamos, jefa, así que no creo que pueda hacer otra cosa.

Lesley lo miró.

—Has visto los documentos. Sabes cuáles son mis sospechas.

Dennis asintió con la cabeza.

—Sí, pero dijiste que no era suficiente.

—Una vez que tengamos el ADN del hacha, tendremos suficiente.

—Pero sabes que eso no sería una prueba irrefutable.

—No, pero nos dará lo que necesitamos.

Se acercaron al castillo y ella redujo la velocidad, al igual que la respiración de Dennis.

—Que me parta un rayo si tengo que volver a aparcar en ese puñetero aparcamiento.

Dennis tomó aire, pero no dijo nada.

—Lo siento, Dennis. —Puso los ojos en blanco—. Preferiría no volver a aparcar en ese aparcamiento. ¿Así está mejor?

Asintió con la cabeza.

—Allí. Hay un hueco en la plaza.

Señaló un Mini azul que salía de una plaza de aparcamiento frente al pub que frecuentaba Patrick Donnelly.

—Perfecto —respondió Lesley.

Mientras aparcaba, sonó su móvil. Era Mike.

—He recibido un correo electrónico —le dijo el cabo.

—¿De Tony Goodall?

—No jefa, de la hermana de Layla. Lo envió hace media hora. Su nombre es Jade Ford.

Lesley miró a Dennis.

—Un momento, que pongo el manos libres.

—Sí, jefa —dijo Mike.

—Continúa.

—Al parecer, Layla le envió varios documentos. Dijo que Patrick Donnelly los estaba buscando entre las cosas de Archie. Layla los encontró la noche antes de morir y se los envió a su hermana.

—Mierda. —Lesley se desplomó en su asiento—. ¿Y?

—Son pruebas de que Crystal Spiers estaba malversando dinero de las cuentas de la excavación.

Lesley y Dennis se miraron. Sin dejar de hablar por teléfono con Mike, abrió de golpe la puerta del coche y corrió hacia la casa. Dennis la seguía de cerca.

—Reenvíamelo —le pidió a Mike—. Quiero ver exactamente qué dicen antes de entrar en la casa.

—Ahora mismo te los mando.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

JADE SE ECHÓ la mochila al hombro y se dirigió a la puerta.

La mujer, Crystal, estaba de pie frente a ella, con las piernas bien plantadas.

—Tú no vas a ninguna parte.

—Lo siento —dijo Jade—. Vine al lugar equivocado. No os molestaré más.

Crystal extendió la mano, firme.

—Dámelo.

Jade imitó el lenguaje corporal de la mujer.

—Es mío. Layla me lo envió.

Crystal hizo un gesto con los dedos.

—De eso nada.

Jade se hizo a un lado, con la esperanza de pasar por delante de la mujer. Pero Crystal se movió con ella, bloqueándole el paso. Jade avanzó, empujando a Crystal hacia la puerta. Ella retrocedió, mientras Patrick se acercaba por detrás.

Estaba acorralada.

Jade miró el paraguas que Patrick había colgado. Crystal siguió su mirada, se rio y lo cogió.

—¿Qué? ¿Vas a golpearme con eso? —le instigó Jade.

Crystal lo levantó.

Patrick se acercó a Jade.

—Crystal, ¿qué estás haciendo?

Crystal se volvió hacia él, con los ojos desorbitados.

—¡No podemos dejarla ir! Ese sobre que lleva en la mochila es mío.

—¿De qué estás hablando?

Crystal lo fulminó con la mirada.

Era su oportunidad. Jade se escabulló más allá de Crystal y se lanzó hacia la puerta. Agarró el picaporte, pero sintió la mano de Crystal en su brazo, tirando de ella hacia atrás.

—¡Ni se te ocurra, hija de perra!

Crystal levantó el paraguas y golpeó a Jade en la cabeza. Jade se llevó la mano al ojo. La había golpeado con la punta.

Golpes fuertes resonaron en la puerta.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Medio cegada, Jade empujó a Crystal y se chocó contra la puerta.

—¡Socorro! ¡Déjenme salir, por favor!

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

DENNIS INTENTABA SEGUIRLE el ritmo a Lesley mientras avanzaba a toda velocidad por West Street.

—Si Mike tiene razón —dijo con voz entrecortada—, entonces Patrick podría ser el siguiente.

El sargento jadeaba, luchando por mantener el ritmo. Tenía la cara roja y la frente húmeda.

Por fin llegaron a la puerta principal. Lesley la aporreó.

—¡Policía! ¡Abran la puerta! —Podía oír voces dentro. ¿Un grito?

Se volvió hacia Dennis.

—¿Qué demonios...?

La miró con preocupación.

—Tenemos que entrar.

—Suena a una mujer. ¡Son dos mujeres!

Dennis la apartó y golpeó la puerta.

—¡Policía! ¡Abran!

Se oyó otro golpe. La puerta se abrió tan de repente que Lesley casi se cae hacia dentro. Se agarró al brazo de Dennis para detenerse.

Una mujer estaba sentada de espaldas al marco de la puerta. Tenía el pelo corto y pelirrojo y estaba acurrucada sobre una mochila. Tenía la cara ensangrentada.

¿Quién era?

Lesley miró más allá de la mujer. Crystal corría hacia la cocina.

—¡Alto! —gritó Lesley.

—Iré a por ella. —Dennis echó a correr y pasó junto a Patrick Donnelly para seguir a Crystal. Lesley se inclinó hacia la joven.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—Ella... —La mujer señaló hacia donde Crystal había ido—. Ella mató a mi hermana.

Dennis reapareció con Crystal esposada. Su expresión era lo bastante ardiente como para derretir un volcán.

—Perra. —Patrick, de pie junto a su sillón de siempre, le dio una patada.

—No lo hagas —lo advirtió Lesley.

La fulminó con la mirada.

—¿Vas a detenerme?

Lesley se volvió hacia la mujer desplomada contra la puerta principal. Estaba sentada y se frotaba la herida con las manos.

—No pasa nada —le dijo Lesley—. No te lo toques. Dennis, llama a una ambulancia.

Dennis forcejeaba con Crystal, que se retorcía intentando alejarse de Patrick en el reducido espacio.

—Ya tengo bastante con lo mío, jefa.

Lesley cogió su móvil e hizo la llamada. Luego se puso en cuclillas para ponerse a la altura de la mujer.

—¿Te duele algo?

La mujer asintió, con los ojos en blanco. Se frotó la piel sobre el ojo; la sangre había dejado de fluir.

—Estoy bien. ¿Dónde está...? —Buscó a su alrededor y cogió una mochila roja y azul. Se la acercó.

—¿Quién eres? —le preguntó Lesley.

—Jade —respondió la joven—. Jade Ford.

—La hermana de Layla.

Jade asintió.

—¿Quién eres tú?

—Soy la inspectora Clarke —respondió Lesley—. Estamos investigando la muerte de tu hermana.

Jade abrió la mochila con dedos temblorosos. Sacó un sobre marrón.

—Tú ya nos enviaste esto —dijo Lesley.

—Por si acaso.

Lesley agarró el sobre y sacó un montón de papeles.

—¿Qué es, jefa? —preguntó Dennis desde el rincón en el que se encontraba. Había controlado a Crystal con la ayuda de Patrick. Patrick se sentó en el sofá, jadeando.

Crystal estaba de pie junto a Dennis, tirando de vez en cuando de las esposas. Él le gruñía cada vez que ella lo hacía. Lesley no lo había creído capaz de gruñir.

—Es la prueba que necesitamos, Dennis.

—¿El email del que nos habló Mike?

Lesley le mostró el sobre.

—Layla lo escondió y se lo envió a Jade.

—Lo encontró entre las cosas de Archie —explicó Jade—. Le preocupaba que alguien pudiera hacerle daño para conseguirlo.

A Lesley se le encogió el corazón.

—¿Cuándo te lo envió?

Jade se encogió de hombros.

—Lo recibí el día que murió.

Lesley cruzó una mirada con Dennis. Lo último que había hecho Layla antes de ser atacada había sido poner estas pruebas a salvo. Ponerlas en un lugar seguro. Pensó que se estaba protegiendo, pero ya era demasiado tarde.

«Pobre chica».

Sonó el teléfono de Lesley. «Ahora no».

Era Gail.

—Dime que es el ADN.

—Todavía no tenemos una coincidencia exacta, pero es sangre de una mujer.

Lesley sintió que la inundaba la satisfacción. Se volvió hacia Crystal.

—Crystal Spiers, queda arrestada por asesinato.

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

LESLEY DEJÓ el bolso sobre el escritorio y se sentó pesadamente en la silla. Se había quedado en la casa hasta que se llevaron a Jade en ambulancia y llegó un coche patrulla a por Crystal. A Patrick lo habían traído en otro coche y estaba declarando ante Dennis.

Se giró en la silla para mirar la pizarra, que había vuelto a colocar detrás de su escritorio, protegida de la vista desde la carretera. ¿Había servido de algo? Al final fue el correo electrónico de Jade, junto con el hacha.

Oyó abrirse la puerta y se volvió.

—Señor. —Se levantó y se alisó la falda. Tenía el pelo alborotado y la blusa salida por la cintura.

Carpenter se acercó a ella, con la mano extendida.

—He oído que hay que felicitarte.

Ella tragó saliva y le cogió la mano.

—Gracias, señor.

—Lo has hecho bien.

—No fuimos con la orden, señor.

Carpenter arqueó una ceja.

—Por lo que he oído, estaba atacando a alguien cuando llegaste. Evitaste otro crimen, potencialmente otro asesinato.

Sintió un escalofrío.

—Sí, señor.

Ni siquiera sabían de la existencia de Jade Ford, y mucho menos que hubiera venido a Dorset y se hubiera puesto en peligro. ¿Qué

clase de vínculo fraternal llevaba a una persona a hacer eso?

El superintendente le soltó la mano.

—Has empezado bien —le dijo—. A pesar de todo.

—¿A pesar de todo, señor?

—Se suponía que tienes que descansar y recuperarte. —Se rio entre dientes—. Eso sí, quiero que trabajes duro mientras sigas aquí.

Ella sonrió.

—Puedo hacerlo, señor.

Trabajar duro sería su descanso y recuperación. No necesitaba que la mimaran ni que la cuidaran. Solo necesitaba seguir con el maldito trabajo y dejar atrás los recuerdos del atentado.

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

—VAMOS, Millie, o llegaremos tarde.

Susan hizo señas a su hija, que arrastraba el abrigo. Tenían una reunión con el colegio para ayudar a Millie a reincorporarse. No volvería hasta la semana que viene, pero mientras tanto, le habían asignado una profesora de apoyo. Alguien que la vigilara y velara por su bienestar. Y tenían una cita con la mujer esa misma tarde.

Abrió la puerta principal y, al girarse, vio a Tony subiendo por el camino. Se le heló el rostro.

Tony le sonrió.

—Susie, tengo noticias. —La sonrisa se le desvaneció.

—Ya lo sé.

—¿La policía de Dorset te llamó?

Asintió, luego miró a Millie.

—Aquí no.

Extendió una mano y le acarició un lado de la cara. Ella le dejó. Dejó que Millie lo viera. Era solo una caricia.

—Tengo algo que decirte —comenzó Tony.

—Estás involucrado, ¿verdad? ¿Te han metido en la investigación?

—Es más complicado que eso. —Miró hacia abajo. Sus pies se balanceaban en el camino, su lenguaje corporal inquieto.

—Dios mío. —Susan lo miró fijamente y sintió un hueco en el estómago.

Solo había estado con ella por el caso. No había sido más que un camino para llegar a Crystal.

—Pensé que teníamos algo —le dijo.

—¿Qué quieres decir? Todavía lo tenemos.

—He leído acerca de agentes como tú. Engatusan a mujeres para acercarse a un caso.

Tony tenía la mandíbula desencajada. Se le humedecieron los ojos.

—No puedo creer que pienses eso de mí.

—¿Acaso no es verdad?

—No. —Le cogió la mano—. Susie, yo no tenía ni idea. No sabía que Crystal Spiers estaba trabajando con tu marido. Me enteré hace solo dos días. Si lo hubiera sabido, te lo habría dicho.

—Ah.

—Todavía estamos comprometidos, ¿no?

—Calla. —Millie estaba detrás de ella, murmurando algo para sí misma. Susan le hizo señas a su hija—. Vamos, Mils.

Se volvió hacia Tony.

—¿Esto puede esperar? Tenemos una reunión.

—Te quiero, Susie. Y también quiero a Millie. Podemos ser una familia. No pensé que las cosas iban a suceder tan rápido como hasta ahora. Pero puedo esperar.

Susan asintió. También lloraba.

—Va a salir todo bien, Susie. Millie lo superará. Haré lo que sea necesario.

Ella le cogió la mano.

—Yo también, Tony.

CAPÍTULO SETENTA Y CINCO

LESLEY ENTRÓ en la oficina y sintió que era su primer día de nuevo.

Había pasado el fin de semana intentando convertir su casa del pueblo en un hogar. Había querido volver a Birmingham, pero Terry no respondió a sus llamadas y Sharon tampoco. Una parte de ella estaba tentada de ir de todos modos, de enfrentarse a él y de buscarla a ella.

Pero su hija necesitaba espacio. Y no quería enfrentarse a su marido en ese momento. La carta del abogado aún no había llegado, pero cuando lo hiciera, estaría preparada.

Pasó por delante de las mesas donde se sentaba su equipo. Dennis se incorporó en el asiento cuando pasó junto a él.

—Buenos días, jefa.

—Buenos días, Dennis. —Se dio cuenta de que la hucha de las palabrotas seguía desaparecida. Miró el espacio donde había estado y arqueó una ceja.

Dennis sonrió.

—La he metido en el cajón, jefa.

—Bien. —Miró a los dos cabos— ¿Ocupados?

—Papeleo, jefa —respondió Mike—. Ya sabes cómo es esto.

Se rio.

—Joder que si lo sé.

Dennis abrió la boca para quejarse, pero volvió a cerrarla.

Lesley continuó hacia su despacho. Dennis la siguió y cerró la puerta tras de sí.

—¿Todo bien? —le preguntó Lesley.

La pizarra seguía detrás de su escritorio, pero la habían borrado. Las fotos de Layla, Archie, Crystal y Patrick habían desaparecido.

—¿Quién ha hecho esto?

—La agente Abbott, jefa.

Lesley miró a través del cristal. No se veía a la agente Abbott por ninguna parte. Estaría en su coche patrulla, haciendo lo que normalmente hacían los agentes de su rango.

—Quiero añadirla al equipo —dijo Lesley.

—Ya tenemos suficientes tipos.

—Eso es precisamente a lo que me refiero, Dennis. Tipos. Ella aporta algo de equilibrio al equipo.

—No puedes reclutarla solo por ser mujer.

Lesley le lanzó una mirada.

—No estoy siendo políticamente correcta, sargento. He identificado a una agente que puede aportar algo a nuestro equipo. No digo que haya nada malo con esos dos cabos de ahí fuera, son buenos policías. Pero ella puede aportar algo más.

Su rostro se ensombreció.

—No es mi decisión, me imagino.

—Ya he hablado con Carpenter. No te preocupes, no va a ser inspectora y ni siquiera se va a presentar a los exámenes. Pero trabajará con nosotros como apoyo.

Dennis suspiró.

—Se lo diré a los chicos.

—Sí, eso, encárgate tú —replicó Lesley.

Dennis se dirigía a la puerta cuando la inspectora le hizo otra pregunta.

—¿Qué pasa ahora? El tablero está vacío.

—Tenemos que coordinar con el equipo del subinspector Goodall en Bristol y combinar los dos casos. Hay que asegurarse de que todo esté listo y bien atado para la fiscalía.

—Me alegra oírlo —asintió Lesley. Eso era lo que le gustaba a ella: construir un caso, acumular pruebas, facilitar al máximo el

trabajo de la fiscalía.

Se acomodó en su escritorio. Se había traído una taza de la casa y una foto de Sharon. Aquí podría sentirse como en casa. La casa tenía potencial. Tenía un problema de humedad y era más pequeña de lo que le hubiera gustado, pero había flores en la entrada. También había malas hierbas, pero eso tenía fácil solución. Y aquí, en esta oficina... El edificio tenía el aspecto de estación de servicio de autopista, pero al menos era luminoso y tenía un equipo renovado.

Miró a Dennis.

—Avísame si surge algo, ¿vale?

Dennis asintió con la cabeza y contestó:

—Sí, jefa.

CAPÍTULO SETENTA Y SEIS

LESLEY TERMINÓ de limpiar los armarios de la cocina. Estaban pegajosos y habían desprendido un tufillo a fritanga, pero ahora los había dejado relucientes. Cerró la última puerta y se apartó para examinar su trabajo.

Hacía años que Lesley no hacía una limpieza a fondo. Ahora solo faltaba llenarlos. Aún no había comprado comida, solo unas barritas Mars y un par de botes de fideos instantáneos. Tenía hambre. Hora de ir al pub.

Cerró la puerta principal, se volvió para inspeccionar la casa y vio unos hierbajos que crecían de una grieta en el pavimento. Suspiró. Al menos su jardín era pequeño, no le costaría mucho trabajo mantenerlo limpio.

Caminó por la estrecha callejuela hacia el pub y saludó con la cabeza a una pareja que pasó a su lado. Cogió el teléfono y volvió a llamar a Sharon. Justo cuando abría la puerta del pub, su hija contestó. Lesley tragó saliva, sorprendida y aliviada.

—¿Mamá?

—Sharon, cielo. —Lesley se quedó junto a la puerta, no quería que nadie oyera su conversación—. Llevo intentando localizarte toda la semana.

—Lo siento, mamá. Estaba un poco descolocada. Papá me dijo que te habías ido.

—No lo hice sin razón.

—Sí. Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Papá me lo contó. Julieta, se llama. Parece maja, pero...

—Pero ¿qué?

—¿Vas a venir a casa?

Lesley miró hacia el interior del establecimiento. Elsa estaba detrás de la barra, bromeando con un cliente. El local estaba más lleno que el lunes por la noche y parecía más animado. La luz del sol se colaba por las ventanas y el lugar estaba alegre.

Tragó saliva.

—Lo siento, Sharon. Volveré a casa el fin de semana. Pero tengo que quedarme aquí seis meses, está en mi contrato.

Su hija hizo una pausa.

—¿Puedo ir a verte el fin de semana?

—¿No tienes que estudiar?

—Puedo coger el tren el viernes después de clase y volver el domingo. Puedo estudiar en el tren. Quiero verte, mamá.

Lesley se ablandó.

—Por supuesto. Comprobaré los horarios de los trenes.

—Ya los he mirado yo. Llegaré a la estación de Bournemouth a las seis y veinte.

—Perfecto.

Lesley echó un vistazo a la barra. Elsa sostenía una copa de vino, con una pregunta en los ojos. Lesley asintió.

—Te veo el viernes entonces, cielo —le dijo a Sharon.

—Lo estoy deseando.

Lesley se dirigió a la barra. Elsa llenó la copa y se la entregó. Su mano rozó la de Lesley al hacerlo.

Lesley sintió una sacudida recorriéndole el cuerpo. Miró a Elsa, sorprendida por su reacción. Se había sentido atraída por mujeres antes de conocer a Terry, pero hacía años que no pensaba en ello.

Elsa sonrió a Lesley y sus ojos bailaron. Lesley le devolvió la sonrisa.

—Pareces feliz —le dijo Elsa—. Es la primera vez que te veo así. —Se apoyó en la barra y miró a Lesley a los ojos.

Lesley se inclinó hacia ella. Sintió el aliento de Elsa en la piel. Acarició el teléfono en el bolsillo.

—Creo que quizá lo esté. A lo mejor, por fin, puedo estar feliz.

CAPÍTULO SETENTA Y SIETE

LESLEY SE QUEDÓ de pie al borde del cementerio de Bristol, observando a los asistentes del funeral salir de la iglesia.

Susan Weatherton estaba rodeada de su familia. Una mujer alta y rubia que Lesley reconoció como su hermana, acurrucada junto a ella. Una niña pequeña, la hija, le agarraba la mano con fuerza, con la cara llena de lágrimas.

Lesley sintió que se ablandaba al verla. Retrocedió detrás de un árbol, deseosa de que nadie la viera. Al hacerlo, se dio cuenta de que había alguien detrás de ella.

Se giró.

—¿Dennis?

Él le dedicó una sonrisa tensa.

—Pensé que estarías aquí, jefa.

—Solo quería...

Asintió con la cabeza.

—Lo sé.

Era común que los agentes de policía asistieran a los funerales o, al menos, se mantuvieran en la periferia. A veces, asistía el asesino. Tal vez porque era un amigo o un familiar, o tal vez porque quería regocijarse de las consecuencias de su crimen.

Pero Crystal Spiers, Lesley lo sabía, estaba en una celda de la comisaría. La iban a sentenciar hoy mismo.

Se alejó de la iglesia y siguió el paso de Dennis.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó al sargento.

—Tengo una reunión con el subinspector Goodall, es parte del cierre del caso.

Lesley asintió.

—Me apunto a ir contigo.

—Vale, jefa.

Caminaron en silencio hasta el coche de ella. El de él estaba aparcado justo detrás. Un poco más adelante, el coche fúnebre permanecía junto al vehículo negro en el que había llegado Susan. Lesley vio a Tony Goodall de pie junto a un coche más allá. Le saludó con la mano y él le devolvió el saludo.

Entró en su coche y abrió la ventanilla mientras Dennis se inclinaba para hablarle.

—Nos vemos en la oficina de fraudes, jefa.

Ella asintió.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro que puedes.

—El inspector Mackie… —comenzó—. ¿Qué le pasó?

El rostro del sargento se tensó.

—Murió. No me gusta hablar de ello.

Ella lo miró.

—¿Cómo murió?

—No me gusta hablar de ello.

—Oí que se suicidó.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Dennis.

—Por favor.

—De acuerdo. —Lesley le dedicó una sonrisa tensa—. Siento haberte recordado cosas desagradables. Hasta pronto. —Pulsó el botón para cerrar la ventanilla.

El inspector Mackie, supuestamente, se había tirado por un acantilado al norte de Swanage. Pero esa mañana, Lesley había recibido una llamada de Zoe. Siempre tenaz, Zoe había estado buscando en los archivos y descubrió que el inspector Mackie no había mostrado signos de depresión, que no había tenido problemas en el trabajo y que estaba deseando jubilarse. Incluso había pagado el depósito para un crucero para el verano.

¿Por qué un hombre que había reservado un crucero y no había acudido a su médico por depresión ni ninguna otra enfermedad, se arroja por un acantilado?

Lesley arrancó el coche. Miró por el retrovisor y vio a Dennis hablando con Tony Goodall.

Susan salió del cementerio, con su hija aún agarrada de la mano y los demás asistentes detrás de ella. Miró a Tony al otro lado de la calle, le hizo un gesto con la cabeza y se marchó en otra dirección.

Lesley se preguntó cuánto sabía Susan de la investigación de Tony sobre Crystal. ¿Funcionaría su relación o quedaría manchada para siempre por cómo había empezado? No era asunto suyo.

Echó un vistazo al retrovisor y arrancó. Asistiría a la reunión, pero dejaría que Dennis tomara la iniciativa.

Después de eso, quería hablar con Zoe. Todavía estaba preocupada por la muerte del inspector Mackie. Si su predecesor había muerto en circunstancias sospechosas, ¿eso la ponía a ella en peligro?

«Basta», se dijo a sí misma. «Ahora ya no estás en las Midlands».

Se había mudado aquí en busca de paz y tranquilidad. Se acabaron las conspiraciones y la corrupción. Aquí iba a llevar una vida tranquila.

—Una vida tranquila de verdad —murmuró. Y se preguntó, mientras cruzaba el puente colgante de Bristol, si acabaría acostumbrándose a tal vida.

* * *

Espero que hayas disfrutado de ***Los crímenes del castillo***. ¿Quieres saber más sobre la muerte del inspector Mackie? La precuela ***El crimen de la roca***, es gratuita para suscriptores a mi lista de correos. Apúntate AQUÍ y empieza a leerla hoy mismo.

O si estás leyendo en Kindle o en papel y lo prefieres… usa el código QR en tu teléfono para descargar tu libro gratis.



LIBRO GRATIS

LEE LA PRECUELA GRATUITA EL CRIMEN DE LA ROCA

El sargento Dennis Frampton aún se está acostumbrando a la vida sin su antiguo jefe, el inspector Mackie, y disimula como puede lo mucho que detesta estar al mando del equipo de investigación de delitos graves de Dorset. Sobre todo, debe asegurarse de que nadie descubra que todavía le pide consejo a Mackie sobre sus casos.

Pero entonces Mackie no aparece a una reunión… y horas después, un cadáver es descubierto al pie de unos acantilados cercanos.

Cuando Dennis descubre que se trata de su viejo amigo y mentor, su mundo se tambalea. ¿Se quitó la vida Mackie… o alguien

lo empujó? ¿Está su nuevo jefe intentando encubrir algo? ¿Puede confiar en las pruebas, o alguien las ha manipulado?

Descúbrelo leyendo *El crimen de la roca* — GRATIS en este enlace: http://subscribepage.io/emHMbY

OTRAS OBRAS DE RACHEL MCLEAN

Serie Inspectora Lesley Clarke

Los crímenes del castillo

Los crímenes del acantilado

Los crímenes de la isla

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a nuestro equipo de lectores cero, que nos ayudan a pescar los errores que hemos cometido. En esta novela han colaborado Julio Turell de Uruguay, Resu Chacón de Sevilla, Claudia Vargas y Circe Hernández de México, Rosa Muñiz de Asturias, Carmen Losada González, Begoña Gancedo, May Rojo y Carlos García de Madrid, Jimena Cernich de Argentina, Rafaela Svarzman de Alicante y Mercedes Leal Lama de Badajoz.

¡Muchísimas gracias a todos!